

El International Center for Ethnobotanical Education, Research & Service (ICEERS) es una organización filantrópica, sin ánimo de lucro y de utilidad pública que se dedica a 1) la integración de la ayahuasca, la iboga y otras plantas tradicionales como herramientas terapéuticas en la sociedad occidental, y 2) la preservación de las culturas indígenas que han utilizado estas especies botánicas desde la antigüedad, su hábitat y recursos botánicos.

Por qué existe ICEERS

La misión de ICEERS es integrar el conocimiento etnobotánico de los pueblos indígenas en la terapia occidental actual, respondiendo así a la necesidad urgente de aportar herramientas eficaces para el desarrollo personal y social. Durante miles de años, las sociedades indígenas preindustriales llegaron a dominar las propiedades de determinadas especies vegetales para tratar problemas médicos, sociales y psicológicos con el fin de mantener sus vínculos sociales y su propia supervivencia. La importancia y el potencial que poseen estas especies vegetales para la humanidad, como instrumentos de evolución personal y social, no deberían menospreciarse. Desde esta perspectiva, ICEERS trabaja para la aceptación e integración de estas herramientas etnobotánicas en la sociedad contemporánea enfocándose en tres áreas: Educación, Investigación científica y Servicios. Para más información visite www.iceers.org.



Guardianes de misterios insondables, inspiradores de leyendas, símbolos y religiones, los hongos con propiedades visionarias han seducido y aterrorizado al ser humano desde épocas prehistóricas. El lector encontrará en estas páginas la información más actualizada disponible hoy en día en castellano sobre usos y costumbres, consideraciones clínicas, efectos, placeres y riesgos, historia, estudios científicos, referentes culturales y artísticos, así como identificación de las especies presentes en la península ibérica, aspectos legales y experiencias subjetivas en torno a estas herramientas mágicas, vehículos sagrados de comunicación con el más allá capaces de derribar en cuestión de minutos cualquier idea preconcebida que alberguemos acerca de la realidad. El doctor José Carlos Bouso ha seleccionado cuidadosamente a los autores para ofrecer una amplia y rigurosa perspectiva, contrastada con abundante documentación, que le aporta al lector casi cualquier tipo información que quiera conocer relacionada con los hongos que contienen psilocibina y otros alcaloides. Firman los capítulos, por orden de aparición, Daniel Ciro, Òscar Parés, José Carlos Bouso y Magí Farré, Fernando Caudevilla, Igor Domsac, Diego de las Casas, Ignacio Seral y Joaquim Tarinas. El libro está además profusamente ilustrado con fotografías y amenizado con las no menos alucinatorias ilustraciones de Davín. Si has llegado hasta aquí, no olvides cerrar la puerta al entrar, acomódate donde prefieras y... ¡que tengas un buen viaje!

15 €



J. C. Bouso (Ed.)

Psilocibes

ULTRARRADIO

Psilocibes

-the mushrooms-

Honguitos, setas, monguís, cucumelos... Historia, farmacología, iconografía, usos terapéuticos, efectos, reflexiones, gestión de placeres y riesgos, identificación, referentes culturales y aspectos legales de los hongos visionarios.



José Carlos Bouso (Ed.)

-The Mushrooms- es el grupo de artistas formado por Daniel Ciro, Óscar Parés, José Carlos Bouso, Magí Farré, Fernando Caudevilla, Igor Domsac, Diego de las Casas, Ignacio Seral, Joaquim Tarinas, Davín y Helena Ali-cart, reunidos por primera vez y en exclusiva para componer la singular sinfonía polifónica que se despliega entre estas páginas. Cada creador ha incorporado lo mejor de su registro para hacer de esta obra una pieza única en su género, destinada a deleitar las más refinadas sensibilidades.



El editor de la obra, José Carlos Bouso, es Psicólogo Clínico y doctor en Farmacología. Ha realizado ensayos clínicos terapéuticos con MDMA y ha desarrollado investigación con sustancias psicoactivas publicando los resultados en revistas de prestigio internacional como *PLOS ONE* y *Journal of Psychopharmacology*, entre otras. Es autor del libro *Qué son las drogas de síntesis* (RBA) y ha sido director de la colección Psiconáutica en la editorial Amargord. Actualmente desarrolla su actividad profesional en el Institut Hospital del Mar d'Investigacions Mèdiques de Barcelona (IMIM) y en la Fundación ICEERS (International Center for Ethnobotanical Education, Research & Service).

Psilocibes

ULTRARRADIO

 ICEERS INTERNATIONAL CENTER FOR
ETHNOBOTANICAL EDUCATION
RESEARCH & SERVICE

Psilocibes

-the mushrooms-

Honguitos, setas, monguis, cucumelos... Historia, farmacología, iconografía, usos terapéuticos, efectos, reflexiones, gestión de placeres y riesgos, identificación, referentes culturales y aspectos legales de los hongos visionarios.

José Carlos Bouso (Ed.)

Daniel Ciro,

Òscar Parés,

Magí Farré,

José Carlos Bouso

Fernando Caudevilla,

Igor Domsac,

Diego de las Casas,

Ignacio Seral y

Joaquim Tarinas.

Helena Alicart Bonafort (dibujo de portada y fotografía de la solapa).

Davín, (ilustraciones).

ULTRARRADIO



ICEERS

INTERNATIONAL CENTER FOR
ETHNOBOTANICAL EDUCATION
RESEARCH & SERVICE

© Ultrarradio 2013

Por la presente edición.

Maquetación y Diseño: Andrés Alonso.

Corrección de textos: Igor Domsac.

Primera edición (500 ejemplares): Enero 2013.

Imprenta Comercial: Motril

*Para «El Lupa»,
desde este lado del espejo.*

Agradecimientos (por orden de aparición):

A Daniel Ciro,

Òscar Parés,

Magí Farré,

Fernando Caudevilla,

Igor Domsac,

Diego de las Casas,

Ignacio Seral

y

Joaquim Tarinas,

por haber aceptado tan amable y resolutivamente
escribir un capítulo para este libro.

A Helena Alicart, por el dibujo de la portada.

Y, cómo no, a Davín, por sus ilustraciones
y por todo lo demás...

«Era casi fines de verano y esa hora de la tarde cuando las parejas de señores y señoras de Colmenar, creyentes de toda la vida, cruzan despacito la plaza del pueblo camino de la novena. Nos hallábamos ya en pleno declive de una reveladora visita controlada al santuario espiritual de los animales de la noche, el mundo subterráneo de las pesadillas. Los niños santos mejicanos que Paloma trajo de Ámsterdam habían resultado, en efecto, ser unos guías maravillosos: la placa de contraste de los pulmones había dado negativo y por el tamiz de los muchos libros se filtró por primera vez la oración eterna de los dioses: Esto se pasa, todo se pasa».

(J. Izquierdo Antonio, *Marcianos, melanesios, millonarios, mochileros y murcianos. De la pérdida económica o el turista espacial*)

«Si te toca ir arriba, antes que yo,
porque existe la vida eterna,
lleva de parte mía un cucumelo,
por si no llovía en el cielo,
y de parte de los 22,
se lo das al chico, cuartetero,
y dale un abrazo muy largo,
a mis amigos que se fueron primero».

(A. Calamaro, «*Los chicos*»)

Nota preliminar del Editor

Éste no es un libro basado en mitos, falsas creencias, leyendas urbanas, opiniones personales ni especulaciones pseudocientíficas que busquen impresionar. La mayor parte de la información aquí vertida está escrupulosamente documentada con fuentes fiables y evidencias científicas contrastables que se han tratado de presentar al lector de la manera más amena, accesible y divulgativa posible, dentro de los márgenes que cada temática tratada permite. Si bien, como editor, no me responsabilizo de las opiniones personales que pueda haber expresado puntualmente cada autor, sí lo hago de la información científica aquí presentada y de la rigurosidad de las ideas expresadas, por lo que, de existir algún dato erróneo o falso con relación al conocimiento a momento de hoy relativo a cada uno de los capítulos, la responsabilidad de que hubiera ocurrido es solamente mía por no haberlo contrastado fehacientemente. Afortunadamente, el conocimiento, a diferencia del dogma, está en continua revisión, por lo que es posible que algunas de las informaciones aquí presentadas puedan verse modificadas en el futuro. Como no podía ser de otra forma, dado que lo escrito y publicado sobre la temática es diverso y proveniente de diferentes áreas de la cultura y el conocimiento en general, este libro no está exento de la presentación de ideas especulativas. Tampoco era la intención perseguida con la publicación de este libro el evitarlas: como propias de la cultura psicodélica así se han recogido y cada autor las ha reconstruido de la forma que mejor ha creído conveniente. Sí que este libro persigue la exhaustividad, de ahí la diversidad de temáticas. Y de ahí una única excepción a lo dicho hasta ahora: la que constituye el primer capítulo de este libro, que es lo opuesto a lo explicado, pues está basado única y exclusivamente en la experiencia personal del autor. No podía ser de otra manera: un libro sobre psicodélicos quedaría incompleto sin dar voz a las experiencias subjetivas. Lo que sí garantizo, de nuevo, es que esa experiencia es auténtica en su vertiente fenomenológica más radical. Si bien cada capítulo en sí mismo podría dar lugar a la escritura de varios textos de grosor imposible, cada autor ha hecho lo posible por condensar ese conocimiento disperso y, en función de su especialidad, volcarlo aquí para deleite del lector interesado. Sólo hay un tema que no se aborda en este libro, que es el del cultivo de hongos psicodélicos, por entender que ya hay documentación abundante sobre el tema tanto en libros y revistas como en Internet. Al tratarse de un libro de divulgación, y por no entorpecer el discurso narrativo, apenas se ofrecen citas bibliográficas en apoyo a lo explicado en los textos. En este sentido, cada autor ha hecho lo que ha creído conveniente para apoyar su discurso. Como editor, insisto, mi trabajo principal ha sido que ninguna de las informaciones aquí presentadas haya quedado sin contrastar. Como el editor no lo sabe todo, ha elegido a los autores que a su entender mejor conocen la temática concreta de cada capítulo, por lo que tiene la certeza absoluta de que cualquier dato erróneo no ha sido expresado con fines impostores. De nuevo, la responsabilidad de que eso haya podido ocurrir la asumo también gustosamente. El lector tiene la suerte de tener en sus manos un excelente libro que aborda, con una calidad extraordinaria, llegando a veces al desparpajo y al humor inteligente, casi todos los aspectos relacionados con los hongos psicodélicos. A día de hoy, se trata de un libro disponible para el lector de habla hispana único en su género. Sólo me queda esperar que disfrute tanto con su lectura como yo he disfrutado confeccionándolo. Bon viatge.

«Boletaires» (Jaume Sisa)

Boletaires, boletaires...

Boletaires arrauxats,
somniaadors de l'endemà,
cercadors de l'elixir,
del bolet més exquisit.

Planetaris creadors
de la mescla de colors,
aprenents de la transmutació dels cors.

Boletaires, boletaires...

Psiconautes enlairats,
viatgers ben orientats
cap a l'interior del nord,
per la brúixola de l'or.

Una dèria perseguint
dalt el cel, a sota els pins,
amanita, rovellons i fredolics.

Buscant bolets
em perdo poc a poc,
s'esborra el caminet.

Arbres i fonts,
estrelles i ocellets
i savis voladors.

Boletaires, boletaires...

Arriscats exploradors,
dels topants ocults del bosc,
dels tresors i dels secrets.

Gent tocada pel bolet
que il·lumina als iniciats
i obre d'altres realitats,
terra fèrtil, pluja viva i un esclat.

Boletaires, boletaires...

ÍNDICE

Obertura. Pensamientos abreviados de un comedor de hongos. <i>Daniel Ciro.</i>	18
I. Historia general de los hongos psilocibios. <i>Òscar Parés.</i>	28
II. Neurobiología de la psilocibina y potencialidades terapéuticas. <i>José Carlos Bouso y Magí Farré.</i>	44
III. Efectos y riesgos del uso de hongos psilocibios. <i>Fernando Caudevilla.</i>	68
IV. Gestión de placeres y riesgos en el consumo de hongos psilocibios. <i>Òscar Parés.</i>	86
V. Los hongos visionarios y sus referentes culturales. <i>Igor Domsac.</i>	104
VI. Aspectos legales en torno a los hongos psilocibios. <i>Diego de las Casas.</i>	142
VII. Hongos visionarios en la península ibérica. <i>Ignacio Seral Bozal.</i>	148
Apéndice. Visiones de hongos en la península ibérica. <i>Joaquim Tarinas.</i>	172
Cierre. Nota del Editor. Arte rupestre en Selva Pascuala (Cuenca): revisitando la identificación de los supuestos hongos psilocibios representados.	246
Ilustraciones: <i>Davín.</i>	



OBERTURA

PENSAMIENTOS ABREVIADOS DE UN COMEDOR DE HONGOS

Daniel Ciro

Y mandó Yahvé Dios al hombre, diciendo: de todo árbol del huerto podrás comer; pero del árbol del conocimiento del bien y del mal no comerás, porque el día que de él comas, ciertamente morirás (Génesis 2:16-17).

[...] sabe Dios que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como dioses, sabiendo el bien y el mal (Génesis 3:4-5).

Antes de empezar debo decir que no soy muy ortodoxo, que lo único que voy a contar es el proceso de cambio que uno cree que le produjeron las tomas de hongos, que voy a hablar en muchos casos desde la ignorancia intentando ser fiel a lo que creo, si es que puedo creer algo...

Para tomar hongos sería bueno que te guste reírte de ti mismo. Si no es así, estate tranquilo, que ya aprenderás si deseas volver a tomar: vas a enfrentarte a todos tus miedos, la locura va a estar acechándote de continuo, por eso sólo vamos a dejar la risa y alguna pizca de lo que creías que eras.

Los hongos se vuelcan en la mesa, todo está oscuro, el panorama de por sí es un poco tétrico: poca luz, frío, alguna vela mal encendida, olor a madera y a humo, así empiezan los nervios. Si lo volcado son *cubensis* hay que trocearlos con la mano, el olor estremece al recuerdo, su aspecto al final es el de una montañita del pánico de cachitos acorchados; los *semilanceata* aún me hacen temblar más, su pequeño tamaño reafirma su potencia. Debo ingerir con cuidado, hago varios montoncitos, todos mis sentidos me avisan de la aventura, ensalivo, añado un poco de agua en mi boca y los trago, así, uno tras otro, toda la dosis de una vez, y a esperar con una calma un tanto ansiosa poder decirle cuanto antes al conserje Pedro que abra las puertas del cielo.

Ahora podría simplemente empezar a recitar las virtudes de los enteógenos, cómo ellos muestran un secreto que siempre estuvo ante nosotros, que son una herramienta

que conduce a los mismos lugares de los que hablan las grandes tradiciones religiosas, y aun así no habría dicho gran cosa. Qué significa, por ejemplo, sentir a dios dentro cuando la propia palabra hace huir de pánico al más valiente, qué quiere decir experiencia mística, esa fusión de uno con el cosmos; todo eso no significa nada hasta que no se sufre. Vivimos atrapados en una pequeña realidad formada por hombres que sucumben ante el miedo al castigo eterno, una tierra caótica llena de buenas intenciones, pero con una puesta en funcionamiento realmente dramática que merma al *homo* y lo deja lleno de miedos. Ése es, más o menos, el panorama psicológico que arrastramos y que llega incluso a carecer de importancia cuando dentro de la experiencia estamos dispuestos a soportar todos los sufrimientos que la vida y la existencia llevan consigo. La emoción de la existencia no es sólo mirar las estrellas y la luna, uno debe sacrificar su propia vida, debe asesinar sus creencias, debe estar dispuesto a no saber nada. Sólo cuando no tengas nada, cuando lo hayas perdido todo, se te regalará, de verdad, una realidad que no pasa ni por átomos ni por latidos, encontrarás una realidad que no tiene que ser buscada como un fin, bastaría entonces con querer saber y saber sentir. Estarás despierto, nunca lo habrás estado tanto, como sin cuerpo, tan vivo que podrías estar muerto y entonces respirarás y verás con claridad cómo todo es información y toda esa información está conectada y tú estás ahí presenciándolo, qué cojones, tú eres eso, tú eres la ilusión que lo crea todo, ahora hasta la existencia del universo carece de importancia.

Recuerda que apenas podrás andar, o atarte los zapatos. Habrá momentos en los que teniendo sed no recordarás ni dónde está la boca. Tómame todo con calma, no quisiera ser yo el que formule algunas pautas de toma, pues me las he saltado casi todas. Pero vete antes de la excursión al baño y, si eres capaz de no arriesgar, no lo hagas, pues te juegas pasar un rato similar a la eternidad en el infierno.

Las experiencias resultan terriblemente duras en todos los aspectos. Apenas conozco a gente que realice viajes al fondo del alma, donde la consciencia parece desvanecerse hasta no saber dónde acaba uno y empieza el resto. Los consumidores avezados son como las meigas, uno parece tener que educarse con los hongos en solitario. Yo no sé si existen los guías y menos aún los chamanes. Personalmente creo que el mundo de los enteógenos, y el de los hongos en particular, se encuentra un poco triste. La gran mayoría de la gente desconoce su potencial, juegan con dosis pequeñas de fiesta y colocón, y quizás algún día, al aumentar la dosis, tiemblen de miedo al adentrarse en un universo que exige la entrega del alma para llevarte a la otra orilla. Quedan pocos aventureros que tomen el fruto del árbol de la sabiduría, el árbol del conocimiento del bien y del mal, y estén dispuestos a morir para alcanzar la inmortalidad. Las instrucciones de uso debieran de ser sencillas si de la gran panacea estuviéramos hablando, bastaría con

abrir la boca y masticar para que recibiésemos una consciencia superior, una sabiduría sólo reservada a los dioses, para que encontrásemos la verdad y el porqué de todo. Sin embargo, ese camino no está exento de riesgos y uno sólo posee su realidad como defensa para interpretar el universo, universo que probablemente haya que poner en tela de juicio, pues este sagrado grial aparece protegido por los monstruos más feroces, nuestros miedos, y no sólo por éstos sino por el miedo que empapa a toda la humanidad y a toda la existencia, con su pena y con su sufrimiento, con el recuerdo de una tristeza asentada en los genes y todo esto adornado con la locura de pensar que estamos cuerdos... Pero bueno, no quisiera empezar a describir lo que considero origen del desarrollo del hombre alertando sobre el peligro que le espera al pequeño explorador.

Contar los cambios que producen los hongos en la consciencia es algo de por sí complejo. La consciencia no constituye más que un proceso interno de análisis de lo que ocurre en el exterior de ella, una especie de proceso de evaluación de la realidad, suponiendo que esta consciencia es lo que somos y que no hay una sencilla manera de definirnos. Aquélla sería como una emoción que capta, procesa y emite. Básicamente, los enteógenos modifican la forma que tenemos de construir la realidad, pero claro, si de repente tu realidad es sustituida por otra nueva de la cual no puedes escapar, y ésta incluye una visión tremendamente viva de todo el universo que llega a sentirse como un pensamiento, entonces tenemos el problema de tener demasiadas emociones que procesar, y digo emociones porque nuestro cerebro ya no reacciona como estamos acostumbrados a los estímulos exteriores, sólo se siente y se siente tanto que uno duda si está vivo o muerto (para romper el hielo, tengo que decir que acabo de hacer una pausa para ir al baño, siempre me pasa cuando se acerca una toma o pienso mucho en ello). Incluso estando acostumbrado a tomar grandes dosis, uno cae de rodillas y, ante la grandeza de la experiencia, sólo queda ceder y no atarse a su realidad como única visión del mundo, pues se iniciará entonces un camino que normalmente sólo lleva a la locura y al miedo, convirtiendo lo que podría ser un sueño querido para toda la humanidad en una pesadilla no deseada a nadie.

Vamos a imaginar una toma de enteógenos (siempre alta). He visto psicosis, personas que pasan el viaje en posición fetal o balbuciendo como niños, gente que ve a la Virgen, a Jesús y al demonio, he visto a algunos comer tierra, o tirarse al fuego, he visto personas realmente violentas y he visto a otros hablar como locos para intentar no perder la consciencia, o quedarse totalmente mudos, y creo que todo es de lo más normal, pero, sobre todo, lo que he visto es gente que se encuentra consigo misma, que descubre que más allá de lo creado y de lo creído posee dones desconocidos, gente que explota y da a luz un nuevo ser que llama felicidad, conocedora por un momento del mayor secreto, gente que gana la batalla de la existencia y recibe el regalo más ansiado, ese

despertar de la consciencia dormida en que el universo se vuelve un lindo sueño. Estar presente en esos momentos es como dar la bienvenida a un nuevo mundo, a una nueva persona que reconoce todo como algo natural y muchas veces nada desconocido.

Los sentidos se agudizan, se funden, hasta no percibir diferencia alguna entre ellos. Sólo sentimos una emoción que aumenta con cada bostezo. Con cada lágrima y con cada latido, la sesión se hace más profunda, todo el entorno se siente diferente, pero ya no son los sentimientos los que perciben el mundo con mucho más detalle, es el cerebro el que desbloquea parte de la información recibida, sólo analizamos la parte necesaria para el comportamiento cotidiano y la necesaria supervivencia, pero en realidad la información que recibimos es muchísimo mayor y ahora somos conscientes de ella. En esta nueva realidad todo parece maravilloso, hay tantísima información que normalmente cuesta pensar. Nuestro ser aparece ahora en un mundo totalmente nuevo. Todo parece estar impregnado de divinidad y no es ninguna alucinación, entonces todos veríamos siempre el mismo espectáculo, con una puesta en escena que te hace llorar al presenciar tanta belleza. Esa emoción se vuelve física, se vuelve un temblor, y ese pensamiento empieza a navegar por un nuevo mundo, que nunca estuvo ni lejos ni escondido.

Creo que los hongos, en la gran mayoría de los casos, provocan una experiencia mística, dependiendo más de la cantidad ingerida que del estado anímico del usuario. En realidad, yo soy partidario de tomar siempre que uno esté existencialmente confuso, pues creo que precisamente la función de los hongos enteógenos es la de hacer aflorar los miedos para poder comprenderlos. Nosotros somos una emoción igual a cualquier otra, nuestro aislamiento interior suele traer problemas y suele construir una barrera de madera, de piedra o de acero, que estas sustancias funden para que uno se vea con naturalidad, para volverse tan importante como el universo mismo, para sentir la emoción de ser parte de todo, pero con sus riesgos.

En un par de ocasiones fui realmente insensato y aumenté las dosis más allá de lo fijado y en ambas recibí el mismo castigo, pasando de ser un elegido que más allá de cualquier vociferante profeta tenía el poder de saberlo todo a tener que pensar y obrar como tal. Los pensamientos se alborotaban en el cerebritito de este mono demente que creía no haberse vuelto loco sino haber vuelto loca toda la realidad, ahora sometida a un irresponsable que por jugar con lo que sabía que no debía la había transformado en un caos constante de pensamientos alborotados, todo en una insana danza eterna de locura que como última solución requería mi muerte y sacrificio para recuperar el orden, pero morir no es tan fácil y tras una brusca bajada el arrepentimiento era mayúsculo, el ego había recibido su merecido y el mensaje quedaba bien claro.

Advierto que ya es difícil llegar a manejarse con las dosis altas o muy altas, el cerebro tiene un límite claramente marcado que separa en este caso una experiencia plenamente transformadora de un caos imposible de manejar. Las emociones son algo físico, el pensamiento es algo físico, el cerebro es un producto de la naturaleza, cuya realidad no suele ser fácil de interpretar, ignoramos si el universo es un accidente o si tiene un propósito; el mundo que vislumbramos es sólo una parte ínfima de las formas que éste tiene para mostrarse. Nuestra percepción del mismo nos condiciona el pensamiento. Estamos modificando lo único que tenemos de una manera radical y nuestra mente y nuestra consciencia tienen un tope. A partir de ese límite empieza un juego muy peligroso que desaconsejo, pues lo que no aprendas con las dosis fijadas no lo aprenderás siendo un kamikaze. Ícaro no hizo caso a las advertencias y por querer tocar el cielo se ahogó en un inmenso océano.

Gracias a los hongos, ya no tengo mariposas en el estómago, tengo garrapatas y rinocerontes, pues también hay mucho dolor en las experiencias, un fondo de pena y melancolía; quizás sea el amor por el recuerdo de lo pasado o por el gran sufrimiento que la vida lleva impreso en todo momento. No es desagradable, pero puede llegar a resultar un verdadero tormento si sólo se alimenta esta pena eterna que estremece el corazón y te hace llorar profundamente con unas lágrimas antes desconocidas. Una vez asumido eso, la vida se vuelve hermosa y el llanto se vuelve alegre y una sensación de paz y amor lo envuelve todo. De repente todo es hermoso, todo puede pasar de pesadilla a cuento en un instante y aunque puede haber muchas experiencias sin sufrimiento, pues probablemente la propia visión del universo embriagará tus sentidos, no siempre será así, y es que la vida tiene también una parte muy dura que digerir.

El universo es sólo una ilusión de nuestro pensamiento, nuestro pensamiento es una ilusión, la vida y la muerte son un suceso ilusorio, lo que ves a tu alrededor forma tanta parte de ti como tu hígado, tú eres todo lo que sientes, tú eres la realidad y a tu muerte la realidad seguirás siendo tú, todo son reflejos de la misma ilusión, del mismo sueño.

Con los hongos sientes cómo siente la vida, sentirás una emoción al principio bastante confusa que si deseas que se vuelva masticable tendrás que aceptar; empezarás aceptando tu ignorancia y tu locura, empezarás aceptando que tus ideales no los comen ni los perros.

En realidad estoy seguro de estar enfermo, creo que lo llaman estar *tocat del bolet*, una masa que no noto detrás de las orejas suele meditar, pensar o lo que quiera que haga, anteponiendo siempre la visión enteógena sobre todas las cosas. Parece que lo que ocurre en la vida le marca a uno en gran medida y un enfrentamiento con los modelos que uno utiliza para razonar puede servir para buscar más allá de lo cotidiano

ciertas respuestas a preguntas mal formuladas y darse cuenta de que uno siempre está equivocado, que uno vive en esa «maya» de continuo, aunque quizás se pueda salir temporalmente y... mierda, entrar en otra.

Tú no existes, nunca has existido, estás loco.

Nada, creo que voy a ir directamente. Despierto, me siento tremendamente despierto, me miro las manos y evaluó hasta dónde me ha llevado la cantidad ingerida, parece que ya estamos en casa.

Para comprender la vida, sólo tengo que recordar, sólo tengo que recuperar el sentimiento que tenía al tomar hongos, sentado en la cabaña, mirando el fuego, mirándome la mano o mirando las piedras, con los ojos empapados de ternura al ser consciente de lo que estaba presenciando, ahora comprendía que todo era sólo una ilusión, no veía materia sino energía y esa energía era pensamiento y ese pensamiento era la realidad, una realidad infinita, una realidad sin tiempo, una realidad soñada.

Somos creados por algo inteligente que llamamos vida, formado por la misma materia que te aprieta el corazón, todo está formado de lo único físico que conocemos y esa materia la compartimos con todo, no somos seres aislados ni escogidos, somos tan importantes como un escarabajo, todos estamos participando en lo mismo por igual.

Yo creía que eran los sentidos los que ampliaban su espectro, los que atravesaban mi cerebro con emociones, pero ellos siempre son así, pues es el cerebro quien analiza la información recibida en un plano donde ya casi no hay sujeto, donde el alma y la existencia se vuelven iguales, de ahí que el conocimiento que uno creía tener antes de la toma desaparezca o, más aún, entre en un conflicto total con la poca consciencia que le queda al usuario.

Pido ese respeto que los vivos roban a los muertos.

La realidad no es un ser, el todo no puede ser descrito con palabras sin sentirse sucio, podemos sentirlo, vivirlo, intuirlo, pero no podemos tratar de explicar qué es la realidad, pues pasa por el filtro de un pequeño animal confuso y medio evolucionado que ignora prácticamente todo acerca de todo y que es tan prisionero de sus miedos y anhelos como de sus ilusiones.

Ignoro si con los hongos es mejor ir poco a poco aumentando las dosis, o quizás estando el entorno más o menos preparado dar una dosis lo suficientemente alta como para hacer todo el trabajo de golpe. He estado en ambas experiencias y hay tantos riesgos en la media como en la alta y, sin embargo, una crisis en la media sólo la aplacan el tiempo y el sosiego, pues la persona aún mantiene la defensa de su consciencia ordinaria, mientras que en la alta se está totalmente entregado a la experiencia y en la batalla, más que lucha, hay aceptación.

El pensamiento final al que suelen llegar los usuarios de hongos es adonde conducen también diversos métodos como la meditación y algunas otras prácticas «espirituales», pero ninguna pasa por una experiencia tan agresiva capaz de dejar, tras unas pocas horas, al hombre desconcertado de por vida o tremendamente agradecido, tan lleno de paz como tan perdido y desolado. Pensando en un maravilloso bailoteo de partículas o sin poder pensar.

Sin prisa, así hay que ir con los enteógenos. Normalmente hay que moverse anormalmente despacio, el suelo parece pertenecer a un planeta pantanoso, con su barro y sus agujeros, todo respira de tal manera en esa pantomima atómica que los límites de la materia ya no están tan claros, no hay principio ni fin en el universo ahora observado, los colores no son definibles, no existe un verde o un azul (aunque la naturaleza se muestre más amoratada que de costumbre) y esos famosos caleidoscopios que se dicen ver ahora forman toda la realidad, viajando por el espacio, con forma de tubos que emanan de todas las cosas. Aunque no ves con nitidez ningún color, la mezcla y los matices parecen infinitos, ahora hasta lo más pequeño transmite una información desmesurada y tremendamente hermosa, una partícula de niebla posee tanto valor como el cielo estrellado, la triste llama de una vela es más hermosa que el mejor amanecer, muchos pensamientos bombardean tu cerebro y ese personaje creado entra ahora en disputa con una personalidad que llega con fuerza, ahora tienes que sentirte vivo y comprender al hombre y no inmolarte con castigos innecesarios. Sería bueno no atrapar nada, no trates de recordar lo sentido en ese instante por fabuloso que sea, deja ir esas sensaciones, que te atraviesen sin más y encontrarás un lugar seguro, una última verdad, un rincón seguro de tu ser y conseguirás tenerlo siempre contigo por si la experiencia se pone difícil y no deseas sufrir en ese momento, aunque en el fondo sea lo más saludable y necesario, entregarse a la misma, hay que intentar transformar entonces la tozudez en tenacidad, pues son muchos años acostumbrado a ser y pensar de una determinada manera y el personaje va a luchar por mantener lo que cree que es una personalidad muy trabajada, y es que incluso creer que uno ha descubierto el paraíso puede ser también otra fantasía que alimentar o que perder en la próxima toma; quizás varias tomas sean necesarias, quizás muchas o con una sola ya baste, o quizá uno no aprenda nada nunca y sólo esté besando a Narciso.

Ahora las palabras que atraviesan la laringe forman poemas, unas simples vibraciones producen emociones y con los hongos enteógenos tú ya no serás el intérprete de esos fenómenos sino los fenómenos en sí, ahora eres la tierra, eres la flor y el rocío, pero también la sangre del cordero degollado, eres lo vivo y lo muerto, eres la naturaleza y la materia que la contiene, no hay diferencia, ahora eres un susurro o la fuerza del viento, ahora das gracias y te quedas quieto y encuentras respuestas en el silencio. Los

hongos acabarán bajando, de una manera muy suave, lo vivido te parecerá un sueño y no una alucinación, pero aunque tus neuronas ya no sean las mismas, gran parte de lo aprendido se quedará allí y volveremos a ser la persona de antes pero con algunos cambios en la forma de apreciar y asimilar que enriquecerán nuestra comprensión si así lo deseamos, pues hay momentos únicos para ahorrar los hábitos: todo depende de aprovechar esas ocasiones en las que este maldito cerebro no se cierra ni se protege y admite, sin juicios, ciertos pensamientos que antes quedarían rechazados incluso antes de ser pensados.

Aunque sea buena práctica no pensar, algún día habrá que poner palabras a las emociones, tendremos que dar más sentido a lo intuitivo.

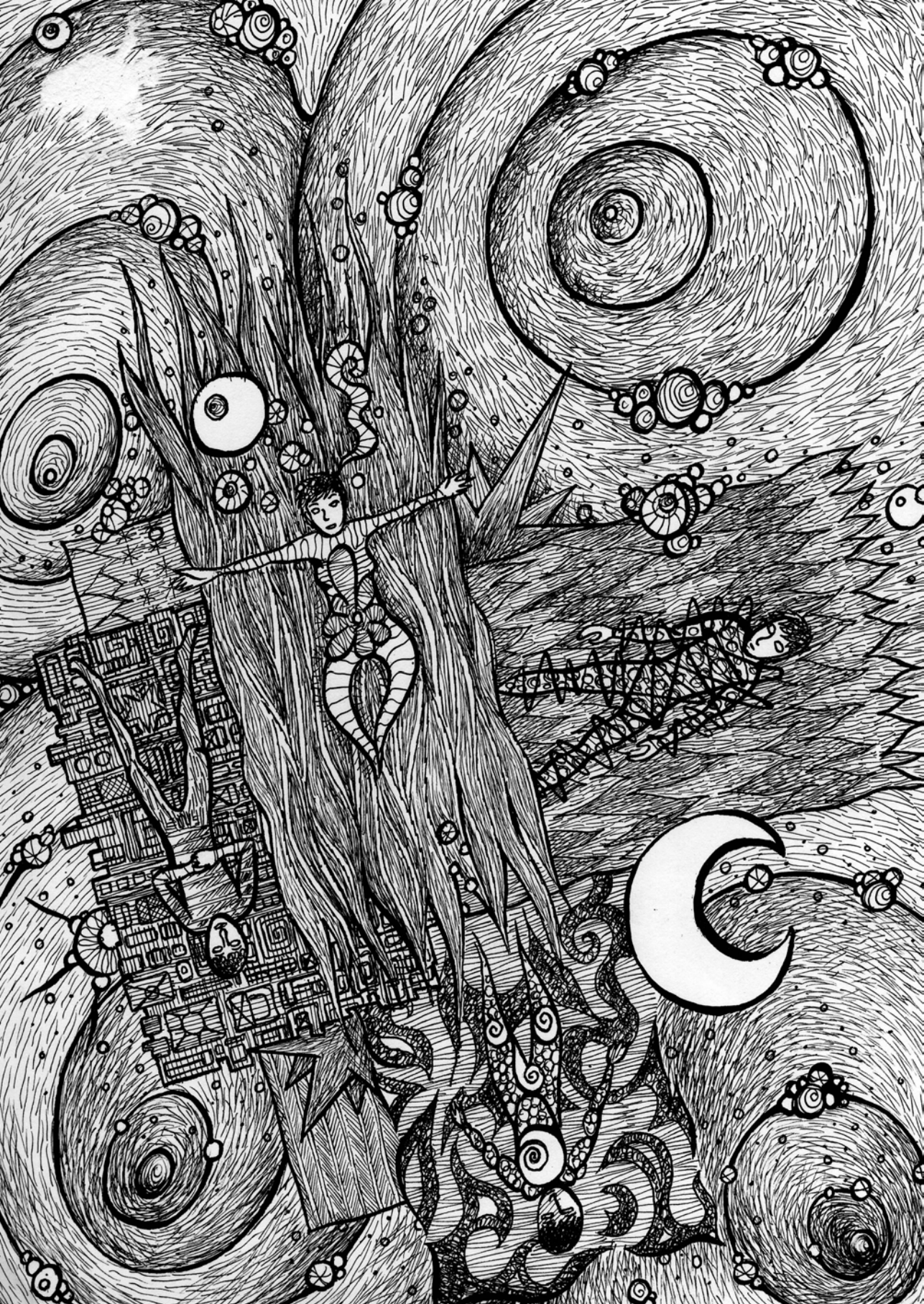
Preocúpate sólo de ti, tú eres lo único que importa, el universo sólo pasa por tu pensamiento, nada existe fuera de ti, pues todo es una proyección de tus ideas, tendrás todo prácticamente resuelto, no es cerrar los ojos, es abrirlos totalmente para no mirar al resto hasta verse bien a uno mismo, ya que todo lo que sientes fuera de ti en realidad eres tú y está dentro, muy dentro. Quedarás libre de toda sentencia moral o castigo divino gracias a la comprensión de la idea, de una idea que regala bastante libertad y deja a uno en paz. Sin embargo, quizás la felicidad no pase por ninguna fase piramidal del desarrollo de la consciencia, quizás al asomarnos a este universo estemos negando que no hay otra realidad más profunda y sólo estemos jugando con otra fantasía, con otra ilusión igual que la del resto, pues la realidad sólo es, nada más.

El pánico y el sufrimiento en el viaje no deben durar mucho tiempo, teniendo en cuenta que allí el tiempo no existe. Con media hora de eternidad infernal sería suficiente, después hay que ayudar a la persona a encontrar las llaves para salir del pozo si así lo desea. Algunas veces, el usuario desea sufrir un castigo que cree merecido, pues así asume cambios importantes y con cada asesinato nace algo nuevo. Si la persona desea que acabe, con palabras sencillas vale, vale con una simple conversación, con un paseo, con una gominola o con una sonrisa, y, dependiendo de la persona, un pequeño golpe también vale.

Por el camino hemos descubierto que la muerte no existe, la vida, al igual que la energía, no se crea y no se destruye, tú eres imprescindible dentro del universo: sin ti, éste no existiría, por eso no temerás tanto a la muerte y vivirás libre, sin dogmas, sabiendo que no existe un lugar más sagrado que otro y que allá donde mires todo reflejará la misma idea, una que juraste nunca olvidar. Esbozarás entonces una sonrisa y seguirás haciendo cualquier cosa.

Buena suerte a tod@s.





I

HISTORIA GENERAL DE LOS HONGOS PSILOCIBIOS

*Òscar Parés*¹

La biología es la ciencia que tiene por objeto de estudio el origen, la evolución y las propiedades de los seres vivos. Desde que Aristóteles, en el siglo IV a. C., propusiera organizar las entidades vivas en dos reinos, el animal y el vegetal, hasta hace unos setenta años, dos milenios después, la biología ha encontrado dificultades en clasificar adecuadamente el reino de los hongos. A los hongos se les conocía desde la antigüedad como vegetales pero, a día de hoy, se considera que los hongos son distintos del reino vegetal y del reino animal. Se distinguen de los vegetales por un carácter negativo: carecen de clorofila. Tampoco los podemos radicar en el reino animal, pues mientras que los animales ingieren los alimentos, los hongos los absorben.

Actualmente se conocen unas 196 especies de hongos psicoactivos. Podemos clasificarlos en tres grupos: 1) especies que contienen psilocibina, o con anillos indólicos relacionados en su estructura, 2) especies que contienen ácido iboténico, 3) hongos con ergot.

En el primer grupo encontramos los *Psilocybe* (116 especies), *Gymnopilus* (catorce especies), *Panaeolus* (trece especies), *Copelandia* (doce especies), *Hypholoma* (seis especies), *Pluteus* (seis especies), *Inocybe* (seis especies), *Conocybe* (cuatro especies), *Panaeolina* (cuatro especies), *Gerronema* (dos especies), y *Agrocybe*, *Galerina* y *Mycena* (cada uno con una especie). Todos ellos contienen psilocibina, un alcaloide psicoactivo de la familia de las triptaminas. A grandes rasgos, muchas de las sustancias llamadas enteógenas (palabra que etimológicamente significa «devenir divino por dentro») se pueden clasificar en triptaminas o en feniletilaminas.

1. ICEERS (International Center for Ethnobotanical Education, Research and Service) – oscarparés@iceers.org.

La triptaminas y las feniletilaminas son familias de compuestos químicos que se encuentran presentes de manera natural en el reino animal y vegetal. A su vez, algunos de estos compuestos se encuentran de manera endógena en el cerebro humano. Dentro de las triptaminas más conocidas también podemos encontrar la LSD (dietilamida del ácido lisérgico), la DMT (N,N-dimetiltriptamina) y, como ya se ha mencionado, la propia psilocibina (4-fosforiloxi-N,N-dimetiltriptamina). Dentro de las feniletilaminas, algunas de las más consumidas son la MDMA (3,4-metilendioximetanfetamina, *éxtasis*), la mescalina, la anfetamina y el 2C-B (2,5-dimetoxi-4-bromo-feniletilamina, *nexus*). El trabajo y dedicación del matrimonio formado por Ann y Alexander Shulgin ha iluminado este campo de conocimiento que para muchos resultaba lejano o inaccesible hasta tropezar con sus dos libros más conocidos: *PIHKAL: Phenethylamines I Have Known And Loved* y *TIHKAL: Tryptamines I Have Known And Loved*.

En el segundo grupo de hongos psicoactivos se encuentran la *Amanita muscaria*, la *Amanita pantherina* y la *Amanita regalis*. Es interesante observar cómo, precisamente, esta especie de hongo ha sido «adoptada» por la cultura occidental. Con frecuencia evocamos la imagen de un hongo rojo con manchas blancas cuando tenemos que dibujar una seta. De igual manera, es común la intuición del vínculo entre la amanita y las dimensiones mágicas de la realidad. No menos habitual es encontrar, al lado de la amanita, un gnomo o duende que habita en ella. Desde la antropología se ha interpretado este proceso; así, Fericgla (1996) nos dice:

En este sentido, con la A. muscaria se observa un fenómeno habitual en la antropología. Todo elemento sagrado, si es suficientemente importante, cuando pierde su espacio central para la sociedad que lo mantenía vivo, casi nunca suele desaparecer en la profundidad del tiempo y el olvido, sino que los símbolos y prácticas que constituían la manifestación del culto sacro suelen pasar a formar parte del mundo lúdico de la sociedad. Se trata de un conocido fenómeno denominado «obliteración».

En otra magnitud o escala, esta misma obliteración se pone de manifiesto continuamente en símbolos hoy día popularmente extendidos como pueden ser la hoja de marihuana o los *smileys* (emoticonos©), estos últimos propios del movimiento *acid house*. Si bien en su origen estos símbolos eran bandera de ideas y prácticas mucho más particulares y psicoactivas, hoy día han quedado absorbidos por la cultura de masas y su significado original diluido en la historia.

En relación con la *Amanita muscaria*, existe una sugerente hipótesis que entrelaza al pueblo de los sami, perteneciente a los lapones, y a la imagen de Papá Noel por medio de esta particular seta. Por un lado, del pueblo lapón, que desde hace unos 10 000 años habita en Escandinavia, nos han llegado relatos acerca de sus prácticas referentes al consumo del orín de los renos que habían ingerido amanitas psicoactivas. Por otro,

Papá Noel, ese entrañable personaje que cada año entra por televisión y chimeneas, surca los cielos viajando en un trineo propulsado por renos y siempre va rodeado de gnomos. Este personaje tiene sus orígenes católicos en San Nicolás de Bari, que vivió en el siglo IV. Curiosamente, y cada cual que interprete a su gusto, el papa Benedicto XVI ha rescatado del armario el «camauro», un simpático gorrito rojo que produce la misma sensación al observador, al divisarlo en la lejanía, a la que se enfrenta un cazador de hongos en su búsqueda y captura de ejemplares de *Amanita muscaria* en el monte. Unos pensarán que está rindiendo homenaje a la ancestral práctica del culto al hongo; otros, que resultaría más efectivo promover el uso del preservativo para acercarse al público joven y ser noticia... Para acabar de componer este *puzzle*, nos falta la aportación de una conocida multinacional de refrescos que, a principios del siglo XX, supuestamente dejó de utilizar el truquillo del euforizante andino en su fórmula secreta. Ávidos de beneficios, y haciendo gala de su buen olfato para el *merchandising*, reinventaron, al fundir la mitología lapona y sus intereses, la imagen del repartidor de botellines en uno de los pocos desconocidos al que dejarías dar un caramelito a tus hijos. Los vuelos celestiales de los renos y la aureola benéfica de San Nicolás de Bari salieron de la cocotera creativa en la forma del Papá Noel que todos conocemos. No estamos seguros, sin embargo, acerca de cuánto hay de realidad y cuánto de mito en este, digamos, en terminología 2.0, posible *hoax* respecto a la famosa bebida.

Y, para finalizar la clasificación de los tipos de hongos con potencial psicoactivo, en el tercer grupo encontramos los hongos que contienen ergot, los *Claviceps purpurea* (cinco especies) y *Cordyceps* (dos especies). Se trata de hongos parásitos que pueden afectar a una gran variedad de cereales y hierbas, aunque su anfitrión más común es el centeno. Vistas las investigaciones, parece que en la antigua Grecia personajes como Aristóteles, Platón, Sócrates, Sófocles u Homero participaron en ceremonias religiosas en honor a Deméter, la diosa de la agricultura. En dichos oficios se ingería el llamado *kykeón*, brebaje enteógeno en el que este hongo jugaba un papel importante (Hofmann, 1993). Entre los científicos que estudiaron los *Claviceps* y sus derivados resalta, por encima de otros, Albert Hofmann, cuyos experimentos con este hongo le encaminaron al descubrimiento de la LSD. Entre las sustancias químicas que contiene está el ácido lisérgico, precursor de la LSD.

Uno de los grandes divulgadores del conocimiento sobre los hongos psicoactivos, Paul Stamets, sugiere ordenar la historia de la relación entre los hombres y los hongos psicoactivos en cuatro períodos diferenciados que, a día de hoy, pueden ser complementados con un quinto.

1.ª etapa

Uso de los hongos psicoactivos por parte de los pueblos ancestrales en varios sitios del planeta como Mesoamérica, Norteamérica, África y Siberia, entre los más importantes

Al hablar de tiempos sin memoria, desconocemos dónde y cuándo empezó la senda que nos conduce hasta aquí. Podemos aproximar, pero no determinar, la fecha de la primera comunión entre hombre y hongo. Las tesis del etnomicólogo italiano Giorgio Samorini nos acercan a la comprensión de ese primer paso: ¿cómo alguien descubrió y difundió la psicoactividad de determinados hongos y plantas? La respuesta es más sencilla de lo que uno podría esperar. Según Samorini, el hombre lo aprendió observando las filias y las fobias de los animales. La respuesta, además de sorpresa, nos podría aportar un poco de humildad a los humanos, comúnmente dispuestos a considerar lo irracional como inferior o despreciable.

Otro interesante campo de reflexión que abre Samorini es que, gracias a los hallazgos arqueológicos de Tassili n'Ajjer, en el desierto del Sáhara, al sur de Argelia, el culto a los hongos fuera fuente de inspiración del arte rupestre encontrado en los frescos de las rocas. Estas representaciones datan del Neolítico tardío y podrían tener unos 7 000 años. Allí figuran una suerte de chamanes saltarines a los que les crecen cuatro grandes hongos en las manos y unos cincuenta pequeños ejemplares que recubren su silueta. Recientemente, en febrero de 2011, se publicó un artículo en la revista *Economic Botany* en el que se especulaba acerca de que en las pinturas del abrigo rupestre de Selva Pascuala, en Cuenca, hay representados hongos del tipo *Psilocybe hispanica*, lo cual indicaría que el consumo de dichos hongos en España podría remontarse, al menos, a hace unos 6 000 años. Es un hallazgo muy revelador incluso en el ámbito europeo porque da cuenta del consumo de enteógenos antes de lo que se pensaba hasta el momento. En la investigación que propició el artículo participaron dos de los mayores expertos mundiales en esta temática: Carl Ruck y Gastón Guzmán. Por parte española, de la Universidad de Castilla la Mancha, el profesor de Prehistoria Juan Francisco Ruiz fue el coautor del artículo e integrante del grupo investigador. Nuestro compañero Ignacio Seral nos hace notar el más que posible error en la identificación del hongo, ya que, según su buen saber, de ser un hongo psicoactivo lo que está representado en el mural, no se trataría de *Psilocybe hispanica* sino del archiconocido *Psilocybe semilanceata* (ver la «nota final» de este libro para una explicación detallada).

De igual manera, hasta nuestros días han llegado vestigios arqueológicos que nos muestran la estima que tenían los indios hacia el hongo. Las piedras-hongo más antiguas, de los olmecas mexicanos, datan del siglo XI a. C. Los indígenas se referían al hongo visionario como *teonanácatl*, que etimológicamente significa «hongo maravilloso».

Todo apunta a que la finalidad del consumo por parte de los indios era religiosa y medicinal y efectivamente las pistas que hemos sabido interpretar así lo indican. Pero no podemos descartar que, al igual que en nuestros días, existieran buscadores de sensaciones de antaño, individuos que experimentarían al margen de lo establecido y no sintieran la necesidad de «salir del armario» y dejar rastro del ejercicio de su libertad. No sabemos con exactitud dónde estaba el límite entre lo religioso y lo cotidiano entonces y es tan posible como imposible que en algún ágape festivo los disidentes sintieran la llamada del hongo maravilloso. En el libro undécimo de su *Historia general de las cosas de la Nueva España*, una obra que el fraile español Bernardino de Sahagún empezó a escribir a mediados del siglo XVI, nos dice (Benítez, 1964):

[...] los que los comen [...] sienten vascas del corazón y ven visiones a las veces espantables y a las veces de risa; a los que muchos de ellos provocan a lujuria y aunque sean pocos. Y a los mozos locos o traviesos dicenles que han comido nanacatl.

Para terminar con esta etapa, citaremos al escritor y filósofo Terence McKenna (McKenna, 1992). El desaparecido psiconauta etnobotánico conjeturó que antes de que el hombre y sus finalidades religiosas o medicinales habitaran el planeta, existió el hongo. Así pues, los primeros grupos humanos que consumieron hongos no nacieron enseñados. Es más, fueron los primeros homínidos consumidores de psilocibina los que adquirieron ventajas adaptativas y sobrevivieron a los homínidos que no tenían dicho manjar en su dieta. Según McKenna, aprender a regular las dosis y la frecuencia de la ingestión de hongos facilitó un aumento de la agudeza visual, estímulo sexual y acceso al éxtasis chamánico que pondrían en crisis muchas teorías de la evolución imperantes. El poder extraordinario de la psilocibina pudo catalizar el desarrollo del lenguaje humano, así pues, el hongo visionario podría ser una parte esencial de la ecuación que propició la autoconciencia humana. Es más, estirando el hilo de la causalidad, McKenna sugiere que las esporas de los hongos llegaron del espacio exterior y éstas podrían ser una de las formas de vida e inteligencia más primerizas de nuestro planeta. Sus tesis absorben y actualizan parte de las consideraciones míticas que tenían algunos pueblos mexicanos hacia el hongo visionario al considerarlo como el resultado de un relámpago caído del cielo, engendrado por el dios del rayo fulminante, en la dulce madre Tierra.

Retomando el hilo mesoamericano, el primer informante que nos dejó pistas sobre la relación con el hongo fue Tezozómoc, un indio culto que en 1598 escribió en español (Ott, 1996):

[...] los extranjeros les dieron á comer hongos montesinos que se embriagaron con ello, y con esto entraron a la dança [...]

Conocido es el baño de sangre que propiciaron las hazañas de Colón y sus colonias en el Nuevo Mundo. Un nombre así ya denota poco aprecio por las tradiciones locales. La llamada inquisición farmacrática se instauró en Europa en el siglo IV y tenía en su afán reprimir el uso de embriagantes chamánicos allí donde colonizaba el catolicismo. Como por desgracia era de esperar, en este caso actuó de oficio y en consecuencia. En 1620 el Santo Oficio de la Inquisición decretó formalmente en la Ciudad de México que la ingestión de plantas embriagantes constituía una herejía.

2.^a etapa:

Estudios inciertos o erróneos sobre la identificación de dichos hongos a principios del siglo XX

Reputados etnobotánicos sentenciaron que los cronistas españoles habían sido engañados y que los supuestos hongos visionarios no eran más que peyote desecado. De 1939 a 1949 los pioneros en etnobotánica, Reko y Schultes, el matrimonio de antropólogos Weitlaner y Johnson, y Weitlaner padre —antropólogo austríaco que obtuvo los primeros ejemplares— tuvieron en sus manos, en distintos momentos, a los supuestos hongos visionarios, pero dificultades técnicas propias de sus tiempos y la Segunda Guerra Mundial pusieron en paréntesis la resolución definitiva.

El marido de Irmgard Weitlaner, Jean B. Johnson, murió en combate en 1944. El prolífico Richard Evans Schultes fue enviado a Sudamérica por el gobierno de EE UU para estudiar los árboles del caucho, no sin antes dejar rastro escrito de sus indagaciones. El llamado maestro de la etnobotánica moderna recibió en 1992 el equivalente al premio Nobel de Botánica, la Medalla de Oro de la Linnean Society de Londres. Schultes presenció hasta el final de su vida la continua destrucción de selvas en muchas partes de la Amazonia. Sin embargo, su obra contribuyó a que el gobierno de Colombia decidiera reservar unos 45 millones de acres (más de dieciocho millones de hectáreas) para la escasa población indígena del país. De esta gran reserva, un sector de dos millones de acres (más de 800 000 hectáreas) lleva el nombre de Richard Schultes como reconocimiento por su trabajo en la región.

3.^a etapa

Investigaciones específicas, empezando por los estudios de Robert Gordon Wasson, a partir del año 1950

La relación epistolar, iniciada en 1949, entre el matrimonio de dos de los etnomicólogos americanos más reconocidos de la historia, formado por Valentina P. Wasson (de

origen ruso) y Robert Gordon Wasson, y el erudito poeta Robert Graves desencadenó los acontecimientos que darían a conocer la verdadera naturaleza de los hongos visionarios a los tiempos modernos. El matrimonio Wasson llevaba más de veinticinco años estudiando el papel cultural representado por los hongos (esto es, la etnomicología). Sus investigaciones concluían que en el llamado mundo primitivo los hombres habían rendido culto al hongo. Las indagaciones que hicieron en Europa les permitieron conceptualizar dos actitudes aparentemente opuestas hacia el consumo de hongos (todo tipo de hongos). Los pueblos que se sentían atraídos por los hongos participarían de la «micofilia» y los pueblos que sentían rechazo y aversión hacia los hongos formarían parte de la «micofobia». Buena parte de los argumentos que permitieron llegar a esta conclusión eran fruto de la semántica referida a los hongos. Los nombres de los distintos hongos, y sus connotaciones, dejaban entrever esas dos actitudes muy arraigadas en la cultura de distintas naciones. El doctor Josep Maria Fericgla, en su libro *El hongo y la génesis de las culturas* (2008), nos da la llave para entender cómo se articulan estas dos categorías en nuestro entorno más próximo. Los catalanes, vascos e italianos sienten atracción hacia el consumo de hongos. Los valencianos, castellanos, alemanes y el mundo anglosajón sienten rechazo hacia el mismo. Vale la pena recordar que estamos hablando de todo tipo de hongos y no sólo los visionarios. Estas actitudes hunden sus raíces muchísimos siglos atrás y es muy probable que en un mundo globalizado se desdibujen las diferencias. Desde el punto de vista antropológico, es interesante observar que el uso culinario de los hongos no ha sido la causa de las tendencias emocionales micófilas, de la misma manera que la micofobia no tiene su origen en territorios faltos de hongos.

El poeta Graves, quien en 1934 publicó la novela histórica *Yo, Claudio*, uno de los grandes *best sellers* del siglo XX y posteriormente serie televisiva de mucho éxito, escribió que la muerte del quinto emperador romano aconteció por un envenenamiento por *Amanita phalloides*. A raíz de esta información, los Wasson se pusieron en contacto con él. De esta primera epístola nació una fructífera relación que alcanzó las trescientas cartas y los veinte años de duración. Ya en un primer momento, Graves estuvo de acuerdo en que la micofobia podría tener un origen religioso, exponiendo a los Wasson que la actitud micofóbica que habían descubierto en la cultura occidental no era otra cosa que un tabú: una ley de prohibición que tomaba todas las características de una censura sobre un alimento de significación religiosa. En un segundo paso, y quizás el de más trascendencia entre los que ofreció esta creativa relación, Graves hizo llegar a los Wasson un recorte de prensa en el que se mencionaba un artículo de Schultes sobre una velada con hongos sagrados, acontecimiento que presencié en la sierra mazateca en México en el año 1938, pero en el que no ingirió el sacramento. Esto llevó a los Wasson a dirigir su atención de Eurasia al Nuevo Continente, que había quedado excluido de sus investigaciones en un primer momento. Tras examinar los papeles de Schultes y los

relatos de los frailes españoles (principalmente el antes citado Sahagún), y tras varios viajes a México, los Wasson fueron admitidos a participar en una velada con el hongo visionario oficiada por la memorable María Sabina, en la noche del 29 de junio de 1955. Gordon Wasson, del cual algunos informantes apuntan que fue rápidamente apodado por la población local como el «Gordo Guasón», recibió seis pares de hongos y María Sabina ingirió trece pares. Nunca sabremos hasta qué punto los Wasson descubrieron a María Sabina o María Sabina descubrió al mundo a los Wasson. Por un lado, los Wasson coronaron sus casi treinta años² de estudios con una experiencia enteógena de una intensidad y trascendencia que tuvo consecuencias históricas. Por otro, María Sabina, exponente de una tradición milenaria en peligro por la persecución prohibicionista, encaminó la senda que le llevaría, entre otros muchos fenómenos imprevistos, a ver su faz estampada en camisetas de turistas. El apasionante engranaje que se puso en movimiento esa noche desató una reacción en cadena que, latente, esperaba su hora. Si podemos valorar con perspectiva histórica los acontecimientos, vemos que quien pagó los platos rotos de tan mitificado desvelamiento fue la chamana mazateca, pues, pocos años después de su ofrecimiento a los forasteros, fue perseguida, encarcelada y estuvo varias veces en peligro de muerte. Sólo para intuir la profundidad de su existencia y la fidelidad a su austera forma de vida es recomendable ver las imágenes grabadas disponibles en Internet si se teclea *María Sabina: mujer espíritu* (documental de Nicolás Echevarría, filmado en 1978).

Los Wasson se pusieron en contacto con el prestigioso micólogo francés Roger Heim para que identificara correctamente los hongos. Heim y Wasson identificaron hasta veinte especies de hongos enteógenos. Pero requirieron la ayuda de tres compañías farmacéuticas para aislar los principios activos. Ninguna tuvo el éxito esperado. Finalmente, conocedores de la sensibilidad del químico suizo Albert Hofmann, descubridor de la LSD, mandaron muestras a su laboratorio y, a principios de 1957, Hofmann, después de unos cuantos bioensayos³ y demás técnicas de investigación, aisló los principios activos de los hongos, a los que llamó psilocina y psilocibina. La psilocibina era la 4-fosforiloxi-N,N-dimetiltriptamina y la psilocina la 4-hidroxi-N,N-dimetiltriptamina. En 1968 se aisló otro análogo de la psilocibina, la baecocistina (4-fosforiloxi-N-metiltriptamina) y desde entonces se ha determinado la presencia de baecocistina en 32

2. El libro *Mushrooms, Russia and History* recoge sus treinta años de investigaciones etnomicológicas. Sólo se editaron 512 ejemplares con bellas ilustraciones. A día de hoy, su precio en subastas puede subir de los 4 000 dólares, si bien se puede encontrar gratis en Internet:

<<http://www.newalexandria.org/archive/MUSHROOMS%20RUSSIA%20AND%20HISTORY%20Volume%202.pdf>>

3. Albert Hofmann describe su primera ingesta de hongos en su libro *Historia del LSD*. Ed. Gedisa, 3.ª ed., 1997. En su artículo del libro *Teonanácatl*, Hofmann detalla cómo consiguió aislar y sintetizar la psilocibina [Ott, J. (Ed.). 2009. *Teonanácatl. Hongos alucinógenos de Europa y América del Norte*. Barcelona: Estudios del Tema (son extractos de la Segunda Conferencia Internacional sobre Hongos Alucinógenos de 1977), con los autores: Robert Gordon Wasson, Albert Hofmann, Richard Evans Schultes, Jonathan Ott, Jeremy Bigwood, Andrew Weil y Dolores Belmonte].

especies diferentes de hongos psicobios. Según Ott (Ott, 1996, p. 275), la baeocistina es enteógena a una dosis de 10 mg.

El llamado dios de los ácidos⁴, Albert Hofmann, regresó a México una vez pudo encapsular la psicobina. Tal y como en su día María Sabina había compartido su conocimiento con los forasteros, Hofmann quiso compartir su descubrimiento con ella. El químico suizo administró 20 mg de psicobina en comprimidos a María Sabina y a algunos acompañantes en una velada en Huautla de Jiménez. A los veinte minutos de la ingestión se empezó a alterar el ambiente, pues no aparecían efectos. Ante la disyuntiva de si explicar a los asistentes, los cuales difícilmente habían visto un comprimido antes, que las píldoras necesitaban entre 30 y 45 minutos para hacer efecto y los problemas lingüísticos incluidos o la posibilidad de dar una dosis de refuerzo a los asistentes, Hofmann no se mostró dubitativo en sugerir 10 mg más para disipar las dudas. Una vez finalizó la sesión, la chamana mazateca manifestó que no había diferencia entre los efectos de los hongos y los de las píldoras de psicobina. Hofmann dio un frasco de comprimidos a María Sabina, quien le «expresó agradecimiento pues ahora podría ayudar a la gente incluso cuando los hongos no estuvieran disponibles» (Ott, 1996).

En otro orden de cosas, el gran público, mediante las revistas *Life* y *This Week Magazine*, en 1957 conoció la existencia de los hongos sagrados (Wasson, 1957). La aparición en los medios de comunicación de masas jugó un papel muy destacable en la presentación de los hongos al mundo. El único punto sobre el que Wasson no tenía plena potestad en su artículo era el título del mismo. Los editores de *Life* lo titularon «En busca del hongo mágico». Desde aquel momento, el imaginario popular hizo un hueco en su seno para los «hongos mágicos», y en tromba se desató la siguiente etapa de nuestro recorrido.

4.^a etapa:

Uso de los hongos visionarios como sustancia recreativa y degeneración del uso tradicional, principalmente en México, a partir de 1960

A finales de los años cincuenta se publicaron noticias sensacionalistas sobre «las drogas del diablo que causan visiones, orgías y locura» (Ott, 1996). A día de hoy parece que algunos aún no han descubierto el potencial contrapreventivo de los mensajes alarmistas, pero, sin duda, este tipo de mensajes contribuye, tanto en nuestros días como antaño, al narcoturismo y a la búsqueda de esas orgías. Iniciada la década de 1960, el gobierno mexicano tomó medidas para combatir el «turismo fúngico». Hasta mediados

4. N. del E. Así es llamado Albert Hofmann en el libro de Gnoli, A. y Volpi, F. 2008. *El dios de los ácidos. Conversaciones con Albert Hofmann*. Madrid: Siruela.

de los setenta no se restableció una cierta normalidad que, por descontado, nunca sería la misma que la de antes de la «profanación consentida» del hongo sagrado.

En otro orden de cosas, es relevante reflejar lo que Escohotado ha llamado «complots en búsqueda de la droga de la verdad» que se explica por dos derroteros (Escohotado, 2008). En los dos casos se trató de grupos elitistas que intentaron poner en juego hongos, mescalina y LSD para sus fines particulares. Los dos grupos, servicios de inteligencia y los conspiradores paganos, andaban tras la veracidad.

El proyecto MK-ULTRA, que en 1953 comenzó a experimentar con la LSD, a la cual consideraban un fármaco potencialmente interesante para producir la locura en personas normales, dejó de utilizarla en 1959 al considerarse que también tenía el potencial de fortalecer la cordura en el hombre. Así, no sólo era inservible, sino peligrosa para el interés nacional. La CIA entrevistó a Wasson en un par de ocasiones con el fin de que sus indagaciones revirtieran en la llamada «guerra química», esto es, la búsqueda de armas no convencionales para aplicar a sus rivales. Ante la negativa de Wasson a colaborar, consiguió infiltrar a un investigador en su equipo de campo para hacerse con ejemplares de los hongos. Pero Hofmann fue más eficaz que el emisario de la CIA, que así perdía la posibilidad de quedarse con el monopolio de la psilocibina. Los servicios de inteligencia buscaban un fármaco para extraer la verdad a sus rivales.

La misión de los llamados «conspiradores paganos» también estaba relacionada con la verdad: ellos querían que ésta aflorase, brotase por sí sola al ingerir enteógenos y, con ello, propiciar un cambio de consciencia, una evolución en el ser humano. Los dos grupos estaban de acuerdo en que dichas sustancias no eran muy compatibles con la compostura, el decoro, el encubrimiento, la hipocresía, la ocultación, etc. Nombres de intelectuales, artistas y profesores universitarios como los de Aldous Huxley, Graves, Schultes, Wasson, Hofmann, Osmond, Bateson, Watts, Jünger o Leary integraron lo que Escohotado llama el «complot pagano». Mucho se ha escrito sobre la senda psicodélica que iniciaron estos eruditos. Universidades de renombre como Berkeley, Princeton, Chicago, Harvard y Yale pronto fueron permeables a las ideas que propugnaba dicho grupo.

La psilocibina apareció en un contexto en el que había irrumpido la LSD años antes. De 1947 a 1967 se hicieron más de mil estudios científicos con dicha sustancia. La mayoría de terapeutas que investigaron con psilocibina y la ayuda de psicoterapia deseaban activar conflictos y memorias inconscientes de la persona. Otra línea de investigación intentaba valorar el potencial de los enteógenos para propiciar experiencias místicas o religiosas. Principalmente, las investigaciones se basaron en dos modelos de experimentación. El modelo psicolítico consistía en administrar dosis bajas e inter-

pretar y analizar lo que vivía el paciente durante su experiencia. El modelo psicodélico implicaba altas dosis y la interpretación se reservaba para después de la experiencia.

En la Universidad de Harvard, en 1959, se puso en marcha el Proyecto de Investigación Psicodélica, dirigido por el notorio Timothy Leary, quien al ahondar «ruidosamente» por dicha senda fue finalmente expulsado en la primavera de 1963. Dentro de este marco académico surgió el llamado *Proyecto Psilocibina*, que debutó con un primer experimento administrando psilocibina a 175 personas sanas. Más de la mitad se sintieron enriquecidas después de la experiencia y nueve de cada diez quisieron repetir. Seguidamente recibió autorización para administrar psilocibina a 34 presos, principalmente ladrones y asesinos. Otro experimento memorable fue el llevado a cabo por Walter Pahnke, supervisado por Leary, como parte de su doctorado en Religión por la universidad de Harvard. El denominado «experimento del Viernes Santo», realizado en 1962, consistió en administrar psilocibina a quince estudiantes de Teología (elegidos por tener cierta propensión hacia la vida espiritual) de la Universidad de Boston en el servicio católico del Viernes Santo, en la Capilla de Marsh. El actual director de MAPS (Asociación Multidisciplinaria para el Estudio de los Psicodélicos), Rick Doblin, hizo en la década de los noventa un seguimiento de los experimentos realizados en la cárcel y en la capilla. La euforia que desataron sendas investigaciones en muchos investigadores del momento es comprensible, pero Doblin apunta a que, en el caso de los presos, no hubo mejora a largo plazo en relación con la reinserción de los convictos pero sí cambios importantes en la conducta de esas personas. Ciertamente es que tampoco existían programas de reinserción para ellos.

En el caso del estudio de Pahnke, se administró psilocibina a doble ciego, de forma que ni los investigadores ni los voluntarios conocían qué había dentro de su cápsula. La mitad de los participantes ingirió cápsulas con psilocibina y la otra mitad un placebo activo con ácido nicotínico, que produce una sensación de hormigueo que podría hacer pensar a los receptores que habían ingerido alguna droga. El seguimiento de Doblin, con entrevistas, veinticuatro años después, a todos menos dos de los participantes en el experimento relata que, pese a los defectos metodológicos acaecidos, las conclusiones apoyan fuertemente la hipótesis de que la psilocibina puede ayudar a facilitar experiencias místicas al ser utilizadas por personas religiosas o en ambientes parecidos. Otra revelación surgida del seguimiento realizado por Doblin es que Pahnke tuvo que administrar toracina, un potente tranquilizante, a uno de los sujetos que ingirió psilocibina y que sufrió un brote psicótico durante la experiencia. Este hecho se minimizó en la tesis del doctorando, restándole rigor y minimizando los riesgos inherentes a los enteógenos. Uno de los participantes a los que se administró psilocibina, el gran historiador de las religiones y del empleo de los enteógenos en un contexto espiritual, Huston Smith

(Smith, 2001) cuenta que el voluntario que experimentó la crisis fue uno de los que no quisieron participar en el seguimiento, veinticinco años después, hecho por Doblin.

En 1968 vieron la luz dos libros que sin duda propiciaron el interés del gran público por los hongos visionarios. El titulado *High Priest* de Timothy Leary (1968), y *Las enseñanzas de don Juan, una vía yaqui de conocimiento*, de Carlos Castaneda (Castaneda, 1968). El primero explicaba sus vivencias con alucinógenos y en un capítulo relataba la primera experiencia que tuvo, en agosto de 1960, en Cuernavaca (México) con los hongos visionarios. La obra de Castaneda ocupó en su momento las estanterías de antropología de muchísimas bibliotecas. Pocos años después de la fascinación que despertaron sus escritos, otros antropólogos como Marvin Harris (Harris, 1980), periodistas investigadores como Richard de Mille (de Mille, 1976) y etnobotánicos como Wasson o el mismo Ott (Ott, 2009) criticaron la falta de rigor y la sobredosis de imaginación administrada a sus textos. Las críticas recibidas y las esquivas respuestas que ofreció el misterioso autor acabaron por situar su obra en los estantes de literatura-ficción⁵. Lo que no puede negarse es que Castaneda tenía un buen conocimiento de los estados alterados de conciencia y de los estilos de vida de los pueblos arcaicos del continente americano, así como una gran capacidad para mantener en vilo al lector. Los estudios críticos respecto a la obra de Castaneda revelaron la capacidad inventiva del autor y lo poco verosímiles que resultaban sus historias en relación con las enseñanzas de su maestro, don Juan, sobre el consumo de los hongos visionarios. Supuestamente, fumaba la mezcla de hongos desecados y dicho polvo «se ingería sin arder» e inmediatamente se sentían los efectos. Castaneda nunca identificó su composición. Según Ott, uno de los grandes críticos de Castaneda, cualquiera que ingiera hongos tardará un mínimo de quince minutos en sentir el efecto, frecuentemente un poco más. Pero queremos hacer notar que esta refutación es confusa porque la vía fumada es más rápida que la oral. La psilocibina se podría llegar a fumar en base o en otras preparaciones intermedias que facilitasen una buena absorción. De alguna manera, podríamos hacer girar la tortilla y ver el planteamiento desde otro prisma poniendo de relieve que los críticos de Castaneda se muestran excesivamente agresivos con él. Forzando un poco el cuadro, también se podría ver que Castaneda, a diferencia de Wasson, y precisamente para evitar descubrir públicamente al don Juan, tal y como hizo Wasson con María Sabina, pudo perfectamente haber mentido en muchos datos y haber preferido hacer una obra de medio ficción para proteger a un pueblo que ya de por sí estaba bastante maltrecho. Si esto es así, y puede ser tan así como puede no serlo, es irónico que el héroe de la historia sea un banquero que, después de hacerse famoso desvelando a María Sabina y a sus misterios, la dejara desprotegida, haciendo ejemplar exposición del peor de los

5. N. del E. La editorial de Castaneda, Simon & Schuster, sigue clasificando las obras de Castaneda en los apartados de Antropología. De hecho, una reedición de su obra original, con notas inéditas de Castaneda, fue publicada en 1998 por la Universidad de California, donde se publicó el libro original de 1968, clasificado en los géneros "Antropología, Autobiografía, New Age".

colonialismos, y el impostor sea un antropólogo doctorado por UCLA que noveliza para proteger: ¿no está el mundo loco?

La mirada del antropólogo Harris, uno de los propulsores del paradigma del materialismo cultural en la década de los setenta, no iba tan dirigida a las supuestas técnicas enteógenas de don Juan como a la figura de Castaneda como exponente de lo que se conoció como el movimiento *new age*. Esta corriente ideológica surgió en los sesenta a raíz de la cultura *hippie* y propugnaba una revolución pacífica, un cambio de conciencia, y suponía desconfiar profundamente de la lógica, la ciencia, la objetividad y la racionalidad. Para Harris, las ideologías que aspiran a un cambio social exclusivamente a través de un giro de la conciencia son propias de burgueses y acomodados:

Las drogas psicodélicas son útiles porque permiten que las relaciones «ilógicas» parezcan «perfectamente naturales». Son buenas porque, como dice Reich, hacen «irreal lo que la sociedad toma más en serio: los horarios, las conexiones racionales, la competencia, la cólera, la autoridad, la propiedad privada, la ley, el estatus, la supremacía del Estado». Constituyen un «suero de la verdad que expulsa la falsa conciencia».

La contracultura celebra la vida supuestamente natural de los pueblos primitivos. Sus miembros llevan collares, cintas en la cabeza, se pintan el cuerpo y se visten con ropas andrajosas llenas de color; anhelan ser una tribu. Creen que los pueblos tribales no son materialistas, sino espontáneos, y se hallan en contacto reverente con fuentes ocultas de encantamiento.

La reflexión filosófica de que la pobreza es, después de todo, un estado mental siempre ha sido fuente de confort para los que no son pobres.

5.^a etapa

Compendio y síntesis de conocimientos, descripción de nuevas especies y más análisis químicos

A partir de los tratados internacionales de 1970, la psilocibina queda fiscalizada. Muy al pesar de los fiscalizadores, se sigue consumiendo con fines recreativos y esto propicia el surgimiento de un mercado *underground* y un comercio ilegal de los hongos visionarios. Entre 1970 y 1978 fueron publicadas en América una docena de guías de campo que permitieron al gran público ahorrarse el viaje a México para consumir los hongos visionarios. Las praderas, los campos y los bosques de América, Canadá, Europa, Australia y Asia estaban habitados por hongos con psilocibina que fueron objeto de deseo de un nuevo depredador, el consumidor lúdico-recreativo. A su vez, a mediados de los setenta, ya se podían encontrar unas pocas guías de cultivo que facilitaron el au-

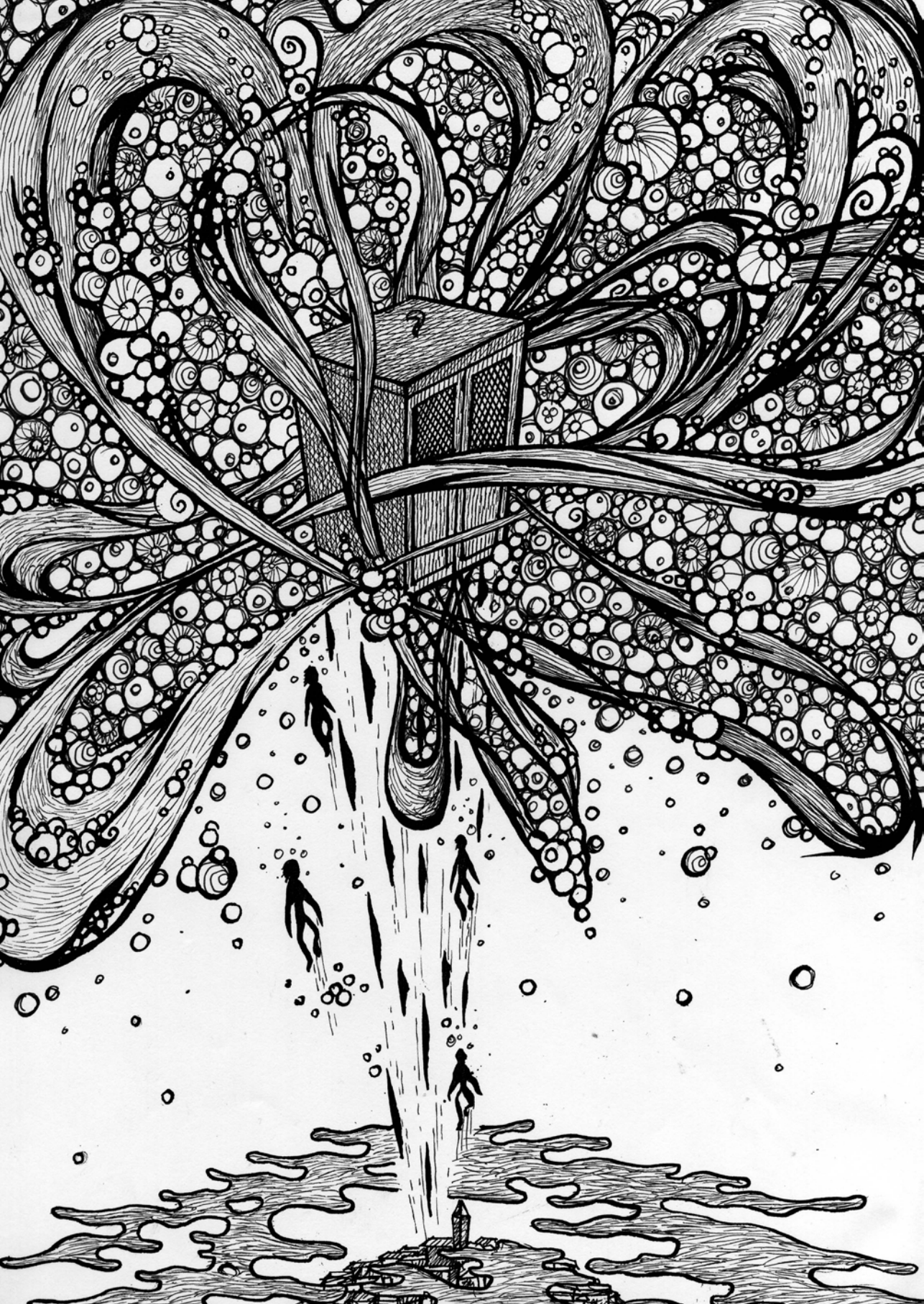
toabastecimiento casero. La variedad *Stropharia cubensis* fue la más difundida, tendencia que sigue en la actualidad. En 1976, los autores D. J. McKenna, T. K. McKenna, K. Harrison McKenna y J. Bigwood publicaron un manual para el cultivo de hongos psicocibios con utensilios de cocina en el que se incluían fotos de cada paso y láminas en color del resultado final. El centeno, que miles de años atrás, en los rituales de Eleusis, había sido el alimento del cornezuelo precursor de la LSD, se convirtió, a finales de los setenta, en el hábitat más común de cultivo de los hongos modernos. Podríamos decir que en 1983, con el libro *The Mushroom Cultivator*, Stamets y Chilton saciaron el hambre de conocimiento de los cultivadores con técnicas al alcance de cualquiera con un poco de dedicación y método.

En 1970 se volvió a manifestar esa ley no escrita que consiste en hacer más atractivo para muchos el consumo de alguna sustancia sólo por el hecho de estar prohibida. En los setenta se sabía que la toxicidad orgánica de la psilocibina y la psilocina era mínima para los adultos y no se conocían, ni se conocen, enfermedades graves o muertes relacionadas con la ingestión de hongos con psilocibina. Irónicamente, muchos de los hongos cuya ingestión puede resultar mortal nunca han sido prohibidos. Vale la pena resaltar la obviedad de que el criterio para clasificar las drogas en dicho momento era más político que científico o basado en imperativos de salud. En la lista I encontrábamos LSD, psilocibina, mescalina, cannabis, MDA; en la lista II cocaína y metanfetamina, y en la lista III otras anfetaminas. Lo que más se vio perjudicado con relación a dichas leyes fue, hasta inicios de los años noventa, la experimentación científica con dichos compuestos.

Otro punto de inflexión lo marcó la empresa *Psilocybe Fanaticus* en 1991. Esta empresa patentó la técnica *PF TEK*, que, por medio de jeringuillas con esporas y la fácil preparación de un sustrato, permitía la producción a pequeña escala de hongos psicocibios. Con la globalización y el espacio legal que poco a poco ocuparon las *smartsbops* se democratizó el cultivo de hongos. En 2003 el propietario de *Psilocybe Fanaticus* fue detenido y acusado de conspiración para distribución y manufactura de psilocibina. La base de su negocio era la distribución de jeringas con esporas de hongos psicocibios que al no contener psilocibina no eran estrictamente ilegales (algo parecido a lo que pasa con las semillas de marihuana), pero en su clausurada *web* se podían encontrar instrucciones precisas sobre cómo poner en marcha los cultivos. El propietario declaró haber ganado unos treinta mil dólares mensuales con su negocio. Seguramente no acertó con el soborno adecuado a la persona adecuada, pues en el mismo momento había unas quinientas empresas que se dedicaban a lo mismo. Mientras, en *eBay* podemos seguir comprando guías para el cultivo de hongos psicoactivos.

Bibliografía

- Benítez, F. 1964. *Los bongos alucinantes*. México: Ediciones Era.
- Castaneda, C. 1977 (1968). *Las enseñanzas de Don Juan*. México: Fondo de Cultura Económica.
- De Mille, R. 1976. *Castaneda's Journey: The Power and the Allegory*. Santa Barbara, CA: Capra Press.
- Escotado, A. 2008. *Historia general de las drogas*. Madrid: Espasa.
- Fericglá J. M. 1996. Enteógenos y principales embriagantes tradicionales en el área mediterránea. En: San, L.; Gutiérrez, M.; Casa, M. (Eds.). 1996. *Alucinógenos*. Barcelona: Ediciones en Neurociencias. Disponible en: <<http://josepmfericgla.org/2011/enteogenos-y-principales-embriagantes-tradicionales-en-el-area-mediterranea>>.
- Fericglá, J. M. 2008. *El hongo y la génesis de las culturas*. Barcelona: Los Libros de la Liebre de Marzo.
- Gordon Wasson, R. 1957. En busca del hongo mágico. *Life* y *This Week Magazine*. El artículo fue publicado en la edición española de la revista *Life* el 3 de junio de 1957. Disponible gracias a: <<http://www.imaginaria.org/wasson/wasson.html>>.
- Harris, M. 1980. *Vacas, cerdos, guerras y brujas*. Madrid: Alianza.
- Leary, T. 1968. *High Priest*. New York (NY): New American Library (NAL) and World Publishing.
- McKenna, T. 1992. *El manjar de los dioses*. Barcelona: Paidós.
- Ott, J. 1996. *Pharmactheon*. Barcelona: Los Libros de La Liebre de Marzo.
- Ott, J. 2009. *Teonanácatl. Hongos enteogénicos de Norteamérica*. Extractos de la Segunda Conferencia Internacional sobre Hongos Alucinógenos. Barcelona: Ed. Estudios del Tema.
- Shulgin, Alexander y Ann. 1992. *PIHKAL. A Chemical Love History*. Transform Press.
- Shulgin, Alexander y Ann. 1997. *TIHKAL. The Continuation*. Transform Press.
- Smith, H. 2001. *La percepción divina. El significado religioso de las sustancias enteógenas*. Barcelona: Kairós.
- Wasson, R. G.; Hofmann, A.; Ruck, C. A. P. 1993. *El camino a Eleusis. Una solución al enigma de los misterios*. México: FCE.



II

NEUROBIOLOGÍA DE LA PSILOCIBINA Y POTENCIALIDADES TERAPÉUTICAS

José Carlos Bouso ¹ y Magí Farré ²

1. Introducción

La psilocibina (4-fosforiloxi-N,N-dimetiltriptamina) y la psilocina (4-hidroxi-N,N-dimetiltriptamina, o 4-OH-DMT) son los principales compuestos químicos que se encuentran presentes de manera natural en los hongos del género *Psilocybe*. La psilocibina se transforma en psilocina, que es la responsable de los peculiares efectos psicológicos que induce la ingesta de este tipo de hongos. La psilocina es una molécula altamente inestable que al contacto con el oxígeno del aire, o con la luz, se degrada. De ahí que los hongos frescos tengan más potencia que los mismos hongos que se han dejado secar, ya que contienen a la vez psilocibina y psilocina. Esta inestabilidad ha hecho que típicamente se utilice la psilocibina.

Como se decía más arriba, cuando se ingiere psilocibina, bien pura, bien contenida en los hongos, ésta es metabolizada en el hígado y se forma psilocina. Como una parte de la psilocibina se degrada en el proceso de metabolización gastrointestinal, es por ello que se necesitará siempre una mayor dosis de psilocibina que de psilocina para conseguir la misma intensidad de efecto. En este sentido, se dice que la psilocibina es una *prodroga* que contiene dentro de ella el principio activo sin ser ella misma psicoactiva, ya que sólo inducirá efecto cuando se haya transformado en psilocina dentro del organismo.

1. Institut Hospital del Mar d'Investigacions Mèdiques (IMIM); International Center for Ethnobotanical, Research & Service (ICEERS), www.iceers.org.

2. Institut Hospital del Mar d'Investigacions Mèdiques (IMIM).

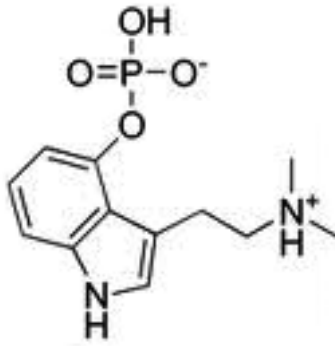
En los hongos psicocibios existen también otros compuestos químicos, como la baecocistina o la norbaecocistina, si bien a día de hoy se piensa que no influyen en la intensidad de los efectos de la psilocina, sino que su aportación al efecto global del hongo consiste en modular su acción general, no pareciendo pues que tengan acción psicotrópica por sí mismos. De ahí posiblemente que cada variedad de hongos psicocibios tenga una peculiaridad idiosincrásica en el perfil de efectos tanto psicológicos como somáticos, aun conteniendo dosis equivalentes de psilocibina y psilocina.

Durante las dos últimas décadas, la psilocibina ha sido una droga que ha atraído la atención de muchos investigadores y ha habido toda una explosión de estudios, tanto en modelos animales como en humanos, que han permitido avanzar en el conocimiento tanto de cómo actúa esta droga en el organismo, como de sus potencialidades terapéuticas. Este capítulo pretende ser una puesta al día de todo este conocimiento del que no se dispone a día de hoy en lengua castellana, ni está accesible al lector no especializado, ya que se encuentra disperso por las diferentes revistas técnicas de farmacología y neurociencias. Si bien aún quedan muchos interrogantes por resolver con relación tanto al modo en el que actúa la psilocibina sobre nuestro cerebro como a sus potencialidades terapéuticas, a la vez nos encontramos en un momento de la historia en el que nunca se ha dispuesto en un período de tiempo tan corto de un volumen de datos científicos tan amplio para un compuesto alucinógeno como del que se dispone hoy día para la psilocibina. Esta investigación científica contemporánea juega además en una doble dirección: gracias a conocer mejor cómo actúa la psilocibina-psilocina en nuestro cerebro, conocemos mejor el cerebro en sí, y con ello las posibilidades de crear mejores y más efectivas herramientas terapéuticas para tratar problemas psiquiátricos que tienen como base una alteración cerebral clara, como es el caso de la esquizofrenia. Abordaremos, pues, en este capítulo la farmacología de la psilocibina, sus mecanismos de acción sobre los sistemas de neurotransmisión cerebral, las áreas cerebrales que parece activar y las implicaciones de todo este complejo proceso que conduce a unos efectos psicológicos peculiares que pueden servir, primero, para entender mejor las bases neurobiológicas de enfermedades mentales como la psicosis, así como, segundo, su posible aplicación terapéutica en personas en fase de enfermedad terminal o en el tratamiento de algunos trastornos psiquiátricos que tienen como base común la ansiedad.

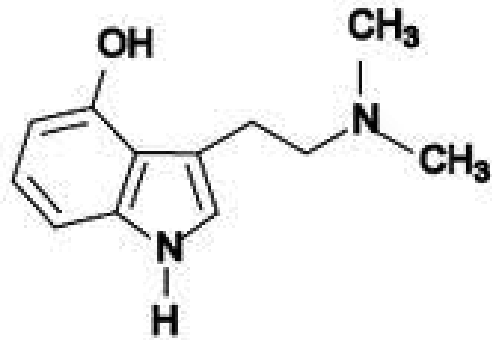
2. Farmacología de la psilocibina

La psilocibina y la psilocina son los alcaloides principales presentes en todas las variedades de hongos del género *Psilocybe* e *Indocybe*. La psilocibina, como se dijo antes, al ingerirse, se desfosforila (pierde el átomo de fósforo) y se crea un metabolito, la

psilocina, que es el responsable final de los efectos psicoactivos. En ensayos clínicos realizados con voluntarios sanos se ha encontrado que los efectos psicológicos de la psilocibina tras la administración oral empiezan a los 20-30 minutos, alcanzado sus efectos máximos entre los 60 y los 90 minutos. Es en este intervalo de tiempo cuando se encuentran también los niveles máximos en plasma de psilocina. La duración total de los efectos se prolonga entre 4 y 6 horas.



Psilocibina



Psilocina

En voluntarios sanos, la psilocibina aumenta los parámetros cardiovasculares (presión arterial y gasto cardíaco). Los efectos cardiovasculares se inician a los 30-60 minutos, alcanzan su pico máximo entre los 90 y 180 minutos, donde cumplen muchas veces criterios de hipertensión para la presión sistólica (mayor de 140 mm/Hg) y vuelven a parámetros normales hacia el final de la sesión. La psilocibina también produce aumento del diámetro pupilar, un efecto fisiológico relacionado con la activación del sistema nervioso simpático, indicando su acción psicoestimulante. También promueve la liberación de prolactina, cortisol y ACTH, hormonas relacionadas en parte con la activación del sistema serotoninérgico, indicando estos efectos que la psilocibina es un fármaco que actúa sobre dicho sistema neuronal. El cortisol y la ACTH son también hormonas que se liberan en situaciones de estrés. Sin embargo, no parece que la liberación de estas hormonas para el caso de la psilocibina se deba a la activación de los mecanismos de estrés, ya que sólo se encontraron concentraciones elevadas en el momento de mayores concentraciones plasmáticas y sólo para dosis altas. Este efecto es algo inusual, ya que otros fármacos serotoninérgicos como la DMT y la MDMA o psicoestimulantes como las anfetaminas sí promueven la liberación de estas hormonas incluso a dosis bajas. De hecho, la liberación de cortisol y de ACTH parece que es un efecto inespecífico de muchas drogas de naturaleza farmacológica diferente. El hecho

de que la liberación de estas hormonas no sea promovida por la psilocibina más que a dosis altas y en sus efectos pico quizás refleje un efecto de naturaleza menos ansiógena respecto a otros alucinógenos. De hecho, como veremos más adelante, la psilocibina se ha propuesto como tratamiento para algunos trastornos de ansiedad. A pesar de ello, y como también veremos más adelante, bastantes voluntarios de los estudios de laboratorio manifiestan haber atravesado momentos de ansiedad e incluso de miedo en la fase máxima de efectos. Quizás ocurra que simplemente el efecto global no es tan desgastante para el organismo como el producido por otras drogas. De hecho, la psilocibina es una droga bastante segura fisiológicamente. Sólo tendría una contraindicación clara en personas con problemas cardiovasculares graves.

3. Mecanismos de acción de la psilocibina

Los efectos psicológicos de cualquier droga se deben a su acción sobre el cerebro. Ello se debe a que la estructura química de las drogas es parecida a la estructura química de los llamados neurotransmisores cerebrales, que son las sustancias químicas que se encuentran presentes de manera natural en el cerebro de los organismos y que sirven para transmitir información de una neurona a otra. Si en el proceso de comunicación humana existe una neurona transmisora de información y otra que es la receptora, las neuronas tienen funciones parecidas: cuando el cerebro quiere transmitir cualquier tipo de información, hace que, mediante una descarga eléctrica, una neurona se *excite*, liberando un neurotransmisor que recibirá la neurona adyacente en una estructura llamada receptor, que no es otra cosa que una proteína donde el neurotransmisor se acopla, transmitiendo así la información codificada químicamente. A su vez, esta neurona receptora, al recibir el neurotransmisor, puede excitarse también y enviar, de la forma explicada, el mensaje a la neurona adyacente. El sistema nervioso de los mamíferos es un complejo recipiente de sustancias químicas que interaccionan entre ellas para mantener activa la transmisión de información dentro del sistema. En términos metafóricos, se podría decir que los neurotransmisores son las palabras de las neuronas. A su vez, las neuronas se agrupan formando áreas cerebrales, que si bien trabajan siempre en perfecto equilibrio entre ellas, también se caracterizan por tener cierto grado de especialización, de tal forma que cada área suele ocuparse de un tipo particular de actividad cerebral, que se traduce en una cierta especialidad conductual. Los alucinógenos en general, y la psilocibina en particular, actúan de manera muy específica sobre un sistema de neurotransmisión particular llamado sistema serotoninérgico.

El sistema serotoninérgico está compuesto por diferentes receptores de serotonina, esto es, proteínas especializadas en recibir al neurotransmisor serotonina, formando

una red neuronal implicada en mantener una serie de funciones fisiológicas especializadas, como son la regulación del ciclo sueño-vigilia, del estado de ánimo y de algunos procesos cognitivos sofisticados, entre otras. De hecho, una alteración en el normal funcionamiento del sistema serotoninérgico puede que esté en la base de trastornos mentales como la depresión, la ansiedad o la esquizofrenia, así como de las alteraciones cognitivas que normalmente acompañan a este tipo de trastornos.

Hay dos tipos de sistemas anatómicos principales regulados por neuronas serotoninérgicas, esto es, neuronas encargadas de almacenar, liberar y recibir serotonina: el denominado «núcleo de rafe», encargado principalmente de mantener cierto tono homeostático de actividad neuronal; y un tipo particular de neuronas que se encuentran distribuidas por toda la corteza cerebral, especialmente en áreas frontales, que es la zona filogenéticamente más evolucionada de nuestro cerebro. Si bien en los años setenta se entendía que los alucinógenos producían sus efectos prototípicos al actuar sobre los núcleos del rafe, inhibiendo el disparo neuronal en dicha área y por tanto disminuyendo el tono de activación general del cerebro, hoy se sabe que el mecanismo de acción no es éste, sino que se debe a la acción sobre neuronas localizadas en la corteza cerebral, y que además el resultado es el contrario: un incremento en el tono neuronal del cerebro al inducir el aumento de un neurotransmisor clave en la activación fisiológica cerebral y que se conoce con el nombre de glutamato, como pasaremos a explicar a continuación.

Las áreas frontales de la corteza cerebral son las estructuras encargadas de modular las tareas más complejas de nuestra actividad mental, como es el procesamiento de información compleja proveniente del medio (frente a información, por ejemplo, más simple, si bien importante para la supervivencia, como puede ser responder a situaciones básicas de lucha o huida en presencia de estímulos potencialmente amenazantes, o la información procedente de estímulos potencialmente agradables y desagradables provenientes del medio y que el organismo debe aprender de cara a repetirlos o evitarlos en el futuro y así aumentar sus probabilidades de supervivencia). La corteza frontal se ocupa de mantener en la memoria a corto plazo información relevante de cara a flexibilizar la conducta de los organismos mediante la actualización de diferentes opciones alternativas de respuesta conductual, está por tanto encargada de la planificación de tareas complejas, así como de inhibir conductas impulsivas que puedan perjudicarla. En el caso concreto del ser humano, juega un papel relevante en el razonamiento abstracto y en el correcto funcionamiento del proceso y el curso del pensamiento, de tal forma que uno pueda tomar las decisiones adecuadas en función de las necesidades adaptativas a las que se ve sometido por el medio. Por último, la corteza cerebral está especializada en la generación de hipótesis respecto a la realidad, estableciendo relacio-

nes entre los diferentes estímulos para crear mapas mentales que puedan servir tanto para la reflexión como para planificar la acción.

La corteza cerebral se encuentra estratificada en capas, cada una de ellas con neuronas especializadas. Una de estas capas, denominada capa V y que inerva toda la corteza cerebral en su conjunto, está compuesta por un tipo especial de neuronas denominadas neuronas piramidales. Las neuronas piramidales de la capa V se encargan de poner en contacto áreas distantes de la corteza cerebral, así como conectar a ésta con estructuras subcorticales, mediante proyecciones de neuronas serotoninérgicas. Algunas áreas subcorticales imprescindibles para el moldeamiento de procesos cognitivos básicos, como la memoria, y de procesos emocionales, como el de dotar de significado cualitativo a un recuerdo, también son ricas en neuronas serotoninérgicas.

A día de hoy se conocen casi una docena de diferentes subtipos de receptores serotoninérgicos sobre los que actúa la serotonina endógena. Cada receptor está especializado en un tipo de proceso fisiológico, si bien lo habitual es que todos ellos estén más o menos en funcionamiento, para, junto con el resto de sistemas de neurotransmisión cerebrales, trabajar en conjunto con el fin de mantener la homeostasis y el funcionamiento adaptativo del organismo. Como se ha dicho, los alucinógenos en general, y la psilocibina en particular, son sustancias de estructura química muy similar a la serotonina. Esto hace que cuando llegan al cerebro puedan acoplarse a los receptores serotoninérgicos como si de serotonina se tratara, si bien, de entre la docena de receptores serotoninérgicos, sólo se acoplan a algunos subtipos.

Para que un fármaco tenga poder alucinógeno debe activar necesariamente un subtipo de receptor cerebral de serotonina muy concreto: el llamado 2A (o receptor 5-HT_{2A}). Debido a que en las neuronas piramidales de la capa V de la corteza cerebral y en estructuras subcorticales especializadas en el procesamiento de la emoción y la memoria se encuentra de manera abundante este tipo de receptor cerebral, la acción de la psilocibina es principalmente sobre estas estructuras. Estudios de neuroimagen en los que se ha administrado en el laboratorio dosis de psilocibina a voluntarios han mostrado que, efectivamente, las áreas que se activan son áreas frontales y corticales, encontrándose escasa activación en áreas subcorticales. Efectos parecidos se han encontrado, utilizando también técnicas de imaginería cerebral, cuando se han administrado en laboratorio dosis de mescalina y ayahuasca. Sólo un estudio ha encontrado cierta liberación de dopamina en una estructura conocida como estriado. Esta liberación dopaminérgica es posible que sea la responsable de los efectos eufóricos de la psilocibina.

Estudios recientes con psilocibina administrada por vía intravenosa han encontrado efectos de alguna forma contrarios a los mencionados, esto es, disminución de la ac-

tividad prefrontal, los cuales se han relacionado con potenciales efectos antidepresivos. Sin embargo, es la primera vez que se encuentra este tipo de efecto para un alucinógeno, por lo que es posible que este efecto novedoso se deba a la forma de administración intravenosa exclusivamente.

El proceso de activación cerebral que inducen la psilocibina y otros alucinógenos es muy interesante y hasta fechas muy recientes no se ha descubierto hasta el nivel de detalle con que se conoce hoy día. Se sabe que al activarse los receptores 5-HT_{2A} por la acción de un alucinógeno, se produce a su vez una liberación de glutamato, que es el principal neurotransmisor excitatorio de la corteza cerebral. Esto es, la corteza cerebral, al ser la encargada del procesamiento de la información, se sirve de dicho neurotransmisor para gestionar la activación cognitiva. Como se ha dicho, la corteza prefrontal envía información a estructuras subcorticales. Una de estas estructuras es el tálamo, del que se sabe que es el responsable de filtrar la información que viene del medio. Quizás influidos por la detallada descripción que el escritor inglés Aldous Huxley hizo de sus experiencias con mescalina en su seminal libro *Las puertas de la percepción*, en el que teorizaba que los efectos para él tan maravillosos que ofrecía la sustancia podían deberse a que una hipotética estructura cerebral anticipada por primera vez por el filósofo Bergson, a la que éste denominó «válvula reductora», supuestamente encargada de impedir que la realidad tanto interna como externa nos desbordara, sería la encargada de someter a la realidad a un filtrado, de tal forma que nos permitiera vivir en un mundo donde la información estimular se encuentra bajo el control del sujeto. Desde entonces, el modelo planteado por Huxley ha prevalecido hasta tal punto que ha derivado en modelos neurobiológicos acerca del funcionamiento de los alucinógenos, y sólo en los últimos pocos años, la abundancia de pruebas en contra ha dejado patente que, si bien el modelo era narrativamente muy poético, no se ajusta a la realidad en absoluto.

En este sentido, algunos investigadores psicodélicos de reconocido prestigio internacional en su día interpretaron que, debido a que las neuronas serotoninérgicas tienen proyecciones sobre el tálamo y que el tálamo es la estructura cerebral encargada del filtrado de la información estimular, al liberarse glutamato desde las neuronas de la corteza prefrontal hasta el tálamo, el glutamato, a su vez, al ser un neurotransmisor excitatorio, aumentaba la actividad del tálamo, y éste, por tanto, permitiría un mayor filtrado de estímulos tanto internos como externos. Parecía que el modelo literario propuesto por Huxley por fin se había corroborado científicamente.

Sin embargo, toda una serie de pruebas provenientes de la investigación animal han refutado dicho modelo: la liberación de glutamato se da sólo en la corteza cerebral. En definitiva, los efectos de los alucinógenos, y éste parece ser el caso también para la psilocibina, se deben a activaciones puramente corticales, principalmente, como se ha

dicho, de la corteza prefrontal, pero también estructuras cerebrales muy interesantes encargadas de la autoconsciencia y la introspección, como son la corteza cingulada y la ínsula. Los alucinógenos también se ha visto que activan áreas denominadas parahipocampales, esto es, estructuras corticales muy próximas a áreas subcorticales encargadas del procesamiento de la memoria emocional. En definitiva: los alucinógenos, al activar los receptores 5-HT_{2A}, ponen en marcha una compleja reacción en cadena de liberación de glutamato que hace que se activen pensamientos y organizaciones cognitivas que en condiciones ordinarias se encuentran de alguna manera *desconectadas*, acompañadas de una agudización de la autoconsciencia que dota de un contenido emocional revelador a los fenómenos experimentados.

Un estudio reciente realizado con ayahuasca utilizando resonancia magnética funcional (fMRI), una técnica sofisticada de neuroimagen, ha encontrado que en los sujetos a los que se les administró ayahuasca se activaban las mismas áreas occipitales (esto es, encargadas del procesamiento de la información visual) cuando se les pedía que recordaran unas imágenes que se les habían presentado previamente en condiciones normales (esto es, sin ayahuasca) que cuando se les presentaban las imágenes reales. Es decir, el cerebro *veía* las imágenes de la misma forma cuando se imaginaba las imágenes bajo los efectos de la ayahuasca que cuando las veía *de verdad*. No es éste el lugar para debatir las implicaciones ontológicas de este estudio, pero sí parece que, derivado de este conjunto de datos puestos en su conjunto, el término alucinógeno quizás debería recuperarse como el que más fielmente describe los efectos de este tipo de sustancias, dejando, eso sí, de lado, las connotaciones clínicas patológicas que pueda arrastrar. En cualquier caso, el hecho de que existiera correlación entre esa área cerebral occipital específica y las puntuaciones en un test de psicopatología no debe hacernos perder de vista que, pese a todo, la experiencia psicodélica y la psicótica guardan ciertos nexos en común, como veremos en los siguientes apartados. En cualquier caso, según el psicólogo Ralph Metzner, la palabra «alucinar» parece provenir del latín *alucinare*, que etimológicamente querría decir «viajar a través del alma». No hay palabra entonces más acertada, de acuerdo a lo explicado en este apartado, para referirse a este tipo de sustancias que la de «alucinógeno».

Como dato curioso, y no exento tampoco de polémica, quedaría, antes de pasar al apartado siguiente, discutir las implicaciones que tiene la liberación de glutamato en la corteza cerebral. Como se ha dicho, el glutamato es el principal neurotransmisor excitatorio de la corteza. Esto quiere decir que la actividad cognitiva implica una activación glutamatérgica sostenida. La pregunta es: ¿qué pasa cuando esa activación glutamatérgica viene dada por la liberación causada por un fármaco y por tanto los niveles de glutamato endógeno son mayores que los que se producen naturalmente en

condiciones fisiológicas? El glutamato, debido a su implicación en el procesamiento de la información, se encuentra en la base del aprendizaje, ya que está implicado en el fortalecimiento de las conexiones nerviosas y por tanto de la plasticidad neuronal, siendo el mediador en un proceso bioquímico que se conoce como «potenciación a largo plazo» (PLP), que no es otra cosa que, eso, el establecimiento de redes neuronales que son la base del aprendizaje. El resultado de esta PLP se expresa por medio de una proteína conocida como BNFD, de tal forma que la presencia de esa proteína indica que la PLP se ha producido. Los alucinógenos han mostrado aumentar la tasa de *disparo* de las neuronas (*disparos*, llamados en jerga científica «potenciales de acción»), que reflejan, en definitiva, una mayor actividad cognitiva, y también se ha demostrado que aumentan la expresión de proteínas BNFD en las áreas prefrontales. Luego, desde cierto punto de vista, se podría entender que los alucinógenos son un tipo especial de potenciadores cognitivos. Sin embargo, a su vez, el glutamato, cuando es activado en exceso, es también el responsable de un proceso patológico conocido como apoptosis, o muerte cerebral programada: cuando se produce un accidente cerebrovascular, o un traumatismo encefálico, se puede producir una liberación exagerada de glutamato, que termina matando las células receptoras y, si no se trata a tiempo, puede inducir la muerte cerebral del individuo (fenómeno conocido como excitotoxicidad). Se desconoce por el momento si la liberación de glutamato inducida por los alucinógenos es lo suficientemente alta como para producir este fenómeno. Nunca se han hecho estudios en animales en este sentido. Hoy día se dispone de técnicas no invasivas para medir la liberación de glutamato inducida por fármacos en humanos, si bien, de nuevo, este tipo de estudios tampoco se han realizado por el momento. En cualquier caso, de producirse este fenómeno, probablemente no se habrían encontrado en los cerebros de los animales marcadores moleculares nada sospechosos de daño neuronal, como es el caso referido de la formación de proteínas BDNF y la expresión del gen c-Fos (otro marcador de plasticidad neuronal), habiéndose encontrado, por contra, en los cerebros de los animales neuronas muertas. El hecho, además, de que las dosis utilizadas son siempre muy altas en la investigación animal, parece hacer improbable la ocurrencia de este suceso. En cualquier caso, si bien improbable, es algo que se desconoce si puede llegar a ocurrir en humanos, ya que éstos tienen una corteza prefrontal más extensa y compleja que la de los animales y, al ser además también evolutivamente más moderna, puede por tanto resultar a su vez más frágil. Los escasos estudios sobre efectos a largo plazo sobre funciones cognitivas realizados con consumidores de alucinógenos no han encontrado evidencias de déficits neuropsicológicos. Un estudio recién publicado en el que se recogían datos de 110 voluntarios a los que se les administró psilocibina en un contexto de ensayo clínico tampoco evidenció ningún tipo de secuelas a largo plazo en los voluntarios, si bien se trataba de voluntarios escrupulosamente bien seleccionados.

La otra alternativa puede ser que la mencionada potencial diferencia en fragilidad entre animales inferiores y el ser humano no se exprese en éstos en un daño neuronal evidente, sino en una vulnerabilidad a padecer una enfermedad mental, sobre todo dentro del espectro de las psicosis. La psicosis, de hecho, a diferencia de otros trastornos como la depresión o la ansiedad, es difícilmente modelable en animales, y parece de hecho una enfermedad exclusivamente humana. En lo que sí parecía estar acertado Huxley es en que una experiencia con alucinógenos puede ser tan beatífica como terrorífica y, si bien la mayoría de los efectos psicológicos negativos desaparecen al desaparecer los efectos de la droga, dejando como mucho un mal recuerdo que servirá para no repetir nunca más la experiencia, hay casos documentados de secuelas psiquiátricas permanentes. La razón, de nuevo, puede que radique en la capacidad de liberación de glutamato que tienen los alucinógenos: como se ha explicado arriba, el glutamato está implicado en la esquizofrenia de tal modo que los fármacos antipsicóticos del futuro cercano estarán basados en la inhibición de su acción en la corteza cerebral. De hecho, algunos de los fármacos más utilizados para el tratamiento de la esquizofrenia actúan precisamente inhibiendo los receptores 5-HT_{2A}, es decir, haciendo el efecto contrario al que hacen los alucinógenos (si bien el solo bloqueo de los receptores 5-HT_{2A} no parece ser suficiente para tener acción como antipsicótico, necesitando también combinar el efecto bloqueando los receptores D2 de la dopamina). Es posible que el potencial terapéutico de los inhibidores de los 5-HT_{2A} se deba precisamente a que bloquean el disparo de glutamato originado tras la activación de esos receptores cerebrales. El paso siguiente que se está investigando, como se ha dicho, es inhibir la liberación de glutamato activando directamente receptores glutamatérgicos. Existen toda una serie de estudios utilizando la psilocibina como modelo de psicosis para investigar precisamente los posibles mecanismos biológicos subyacentes a los procesos psicológicos propios de este tipo de alteración mental y utilizar este conocimiento para trabajar en conseguir mejores herramientas terapéuticas para tratarlos.

4. La psilocibina como modelo farmacológico para estudiar la psicosis: estudios de procesos cognitivos

Durante los últimos quince años hemos asistido a una auténtica explosión de la investigación neuropsicofarmacológica en humanos con psilocibina. En este tiempo se han publicado aproximadamente cuarenta artículos científicos describiendo algún aspecto relacionado con sus mecanismos de acción. Casi toda esta investigación proviene de dos grupos de investigación, casi los dos únicos en el mundo que han realizado in-

investigación de este tipo: el grupo del doctor Vollenweider, de la Universidad de Zúrich y el de la doctora Gouzoulis-Mayfrank, de la Universidad de Colonia. En los últimos años también el grupo de Roland Griffiths, de la Universidad John Hopkins, Baltimore, se ha sumado a la investigación con psilocibina, si bien desde otra perspectiva que será comentada en el apartado siguiente. Muchos de estos estudios han partido del llamado modelo psicotomimético, que conceptualiza a la psilocibina como una sustancia que comparte sustratos neurobiológicos con los circuitos cerebrales que están activados en los procesos activos de la esquizofrenia. Como se ha explicado en el apartado anterior, la psilocibina actúa acoplándose a los receptores 5-HT_{2A} y a la vez se ha visto que los fármacos que bloquean este tipo de receptores tienen actividad antipsicótica. Luego es evidente que la psilocibina comparte algunos procesos neurobiológicos con la esquizofrenia. De hecho, no es raro atravesar por experiencias de paranoia bajo los efectos de la psilocibina y así de hecho les ocurrió a veces, aunque de manera transitoria, a algunos de los voluntarios de los estudios en los que se ha administrado psilocibina, incluso en aquellos estudios en los que, como veremos más adelante, están enfocados a inducir experiencias místicas y que por ello el *setting* está escrupulosamente cuidado.

El objetivo de estos estudios es determinar qué procesos cognitivos y emocionales se ven alterados bajo los efectos de la psilocibina y de ahí extrapolar a lo que podría estar ocurriendo en las personas con esquizofrenia. Es lo que se llama en jerga servirse de un “modelo”. Cuando el fenómeno que interesa estudiar es más o menos inaccesible es por lo que se necesitan modelos de enfermedad. Un modelo no es la realidad, pero a veces resulta heurísticamente útil.

Otros estudios psicobiológicos con psilocibina se han centrado en entender mejor el papel de los receptores 5-HT_{2A} administrando psilocibina a voluntarios y observando su rendimiento en pruebas en las que a los sujetos se les pide que hagan algo. Como la psilocibina produce una variedad de efectos enorme, se utilizan lo que en ciencia cognitiva se llaman «paradigmas», que no son otra cosa que la implementación de tareas concretas. De esta forma, viendo qué mecanismos psicológicos se alteran en la realización de dichas tareas se puede entender mejor cuál es la función de este grupo de receptores.

No es intención en este apartado recoger todos estos estudios, pues podría ocupar un capítulo entero en sí mismo como mínimo. Como son trabajos extremadamente técnicos, al lector interesado le invitamos a que entre en <www.pubmed.org> y teclee en su buscador la palabra «*psilocybin*». Allí le aparecerán todos los artículos publicados sobre el tema y en todos ellos se puede acceder al menos al resumen. En este epígrafe recogeremos lo que nosotros consideramos lo más transmisible, por lo que es seguro que el mapa que tracemos aquí no será ni mucho menos el territorio.

El primer estudio de este tipo se publicó en 1995 y es uno de los más interesantes. Utilizó una prueba llamada *priming semántico*, que consiste en medir el tiempo de reacción a la aparición de una palabra en la pantalla del ordenador después de que se haya presentado otra palabra semánticamente cercana, lejana o sin relación. Por ejemplo, «blanco» y «negro» son palabras semánticamente muy cercanas mientras que «limón» y «dulce» pueden estar relacionadas pero la *distancia* entre ellas ya es mayor. Los sujetos reconocían mejor las palabras asociadas remotamente cuando estaban bajo los efectos de la psilocibina que con el placebo. Según los autores de este estudio, es efectivamente como si la psilocibina ensanchara el espectro de consciencia. Esta capacidad de asociación remota también es propia de la esquizofrenia, y si bien ésta es una prueba que mide creatividad, según los autores, esas mayores asociaciones remotas se producen porque los sujetos, bajo los efectos de la psilocibina, parecen ser poco dependientes del contexto a la hora de establecer relaciones semánticas. Algo que también ocurre en el núcleo del delirio. Y también en cualquier proceso creativo. La diferencia es que en la esquizofrenia no se tiene noción del contexto y con psilocibina, incluso a dosis altas, los voluntarios saben que están realizando un experimento.

Los primeros estudios con psilocibina utilizando pruebas de neuroimagen mostraron que aquélla producía aumentos en la actividad del cerebro frontal. Esto ponía de manifiesto cómo la psilocibina actúa principalmente en las zonas más evolucionadas de nuestro cerebro. Lo mismo se ha observado con otros alucinógenos como mescalina o ayahuasca. Otras áreas que suelen activar los alucinógenos son estructuras corticales llamadas ínsula y cíngulo, que son estructuras encargadas de la toma de consciencia de procesos interoceptivos y que están relacionadas con la autorreflexión.

Sin embargo, las cosas no deben de ser tan sencillas. Estudios recientes realizados con resonancia magnética tras la inyección intravenosa de psilocibina han mostrado justo lo contrario: decrementos en donde los estudios previos habían encontrado activación. Quizás lo peculiar de estos efectos sea la vía de administración. En cualquier caso, sería interesante saber por qué la psilocibina intravenosa tiene un efecto en la estructura cerebral diametralmente opuesto a la psilocibina oral. Por alguna razón, la función de los receptores 5-HT_{2A} cambia en función de su diferente activación. Desafortunadamente, los autores de estos estudios no aportan una explicación de este fenómeno en sus artículos.

También se ha demostrado cómo, al margen de los subtipos de receptores serotoninérgicos que active la psilocibina, el efecto principal es, efectivamente, dependiente de su acción sobre los 5-HT_{2A}. Esto se comprobó dando un fármaco bloqueador de los 5-HT_{2A} (en este caso, concretamente, ketanserina). Tras la combinación de ketanserina y psilocibina desaparecían los efectos de la psilocibina. ¡¡Se cerraba la puerta de acceso

al otro lado!! Por su parte, un bloqueador de los receptores de la dopamina (receptores que están también implicados en la esquizofrenia), como el haloperidol, sorpresivamente, en vez de disminuir los efectos de la psilocibina, los potenció. Las consideraciones clínicas de este hecho son relevantes. Todos los fármacos antipsicóticos clásicos son bloqueantes de los receptores D2 de la dopamina y este tipo de fármacos sería de lo primero que echaría mano un clínico para cortar un mal viaje de alucinógenos. Sería contraproducente. Al menos en las fases de efecto agudo, sería altamente eficaz un antipsicótico de los que se consideran «atípicos» y que actúan bloqueando los receptores 5-HT_{2A}. Otra cosa es ya cuando el efecto de la sustancia ha desaparecido pero queda instaurado un cuadro de paranoia, ahí es posible que lo más eficaz sea un fármaco antidopaminérgico.

En estudios de laboratorio se ha visto que la psilocibina no altera el rendimiento en tareas de memoria de trabajo a dosis bajas y medias, aunque sí a dosis altas. Sin embargo, esta ausencia de efecto puede deberse más a que las pruebas que se utilizaron fueron extremadamente sencillas. Todo psiconauta sabe que la psilocibina tiene un marcado efecto sobre el núcleo central de la experiencia de lo que nos hace humanos: el lenguaje y el paso del tiempo. El lenguaje y el paso del tiempo se alteran bajo los efectos de la psilocibina. Un estudio ha encontrado que la noción interna del paso del tiempo se ve alterada a los 90 minutos tras la administración de psilocibina. Y la mayoría de estudios utilizan pruebas libres de conceptos lingüísticos precisamente por la dificultad que se tiene cuando se está bajo los efectos de la psilocibina para asignar a cada palabra el concepto que le corresponde. Si esto es así, para los sujetos debería ser difícil realizar una prueba de memoria de trabajo, en la que el lenguaje y el tiempo son fundamentales para mantener en el sistema activa la información. Se necesitan estudios futuros con pruebas que no tengan efecto techo para comprobar si esta hipótesis es cierta.

También se ha visto que la psilocibina disminuye el rendimiento en pruebas de atención, tanto sostenida como visoespacial y que altera lo que se conoce como «inhibición prepulso» (IPP) del reflejo de la respuesta de sobresalto, que es un marcador fisiológico de procesos atencionales tempranos. Sin embargo, otro estudio concluye que es posible que el déficit de atención no se deba tanto a que las capacidades atencionales queden mermadas como a que posiblemente lo que queda disminuida sea la habilidad para suprimir o ignorar estímulos distractores. Esta hipótesis puede estar apoyada además en el hecho de que procesos preatencionales (medidos con la prueba de potenciales evocados conocida como «*mismatch negativity*») no se ven afectados por la psilocibina.

También existen paradigmas psicológicos para estudiar procesos perceptivos, como la «rivalidad binocular». Los procesos perceptivos responden a un modo peculiar que tiene nuestro cerebro de percibir la realidad en forma de ritmos, es lo que se llama el

«modelo del oscilador». Si el ritmo se ve modificado, la percepción también. La rivalidad binocular se ha visto afectada tras la administración de psilocibina. Lo interesante es que sigue estando alterada cuando se administra ketanserina, un bloqueador de los 5-HT_{2A}. Luego parece que hay procesos perceptivos que van vía receptores 5-HT_{1A} (un receptor que también activa la psilocibina pero que se desconoce qué papel concreto juega en sus efectos) y no vía 5-HT_{2A}. Que el *ritmo* perceptivo del cerebro bajo los efectos de la psilocibina está alterado también lo muestra un estudio en el que se vio cómo la percepción del movimiento se vio alterada. Lo interesante de este estudio es que sólo se vieron perjudicados los procesos perceptivos que dependen de estructuras corticales y que por tanto tienen un predominio más cognitivo. Procesos de percepción del movimiento relacionados con otras áreas no se vieron afectados. Igualmente, la capacidad para reproducir secuencias de sonidos rítmicos y para sincronizar momentos temporales se vio igualmente afectada por la psilocibina.

Todos estos resultados confirman que la alteración de la psilocibina se produce en las estructuras corticales, esto es, de procesamiento cognitivo y no tanto sensorial. Un estudio en el que se utilizó el test de Stroop, una prueba clásica que evalúa control cognitivo, encontró que la psilocibina reducía el rendimiento en esta prueba. Fue interesante ver que bloqueando con ketanserina los receptores 5-HT_{2A} disminuía el déficit, luego esta alteración en el control cognitivo debe de estar mediada de nuevo por este tipo de receptores. Un último estudio en el que se registraba la actividad eléctrica cerebral cuando se presentaban figuras incompletas a las que normalmente nuestro sistema visual les da forma para percibir las completas encontró diferencia en los diferentes componentes de registro de actividad eléctrica. De nuevo, la mayoría de estos fenómenos aquí resumidos también se han encontrado en personas con fases agudas de esquizofrenia, de ahí lo interesante de la psilocibina como modelo experimental para estudiar las psicosis.

Como se ha visto, la mayoría de estudios se han centrado en determinar qué procesos cognitivos (sensoriales, atencionales y perceptivos) se ven alterados por la psilocibina. Pero uno de los efectos claros de la psilocibina es su capacidad para modular el estado emocional. Igualmente, en la esquizofrenia hay una clara alteración del estado de ánimo, tanto en su fase aguda (que suele ser de euforia) como en su fase crónica (que suele ser de planicie emocional). A fecha de hoy sólo hay publicados dos estudios en los que se hayan utilizado paradigmas para evaluar cómo modula la emoción la psilocibina. Ésta es una estrategia que se está consolidando cada vez más en investigación psicofarmacológica. El paradigma más utilizado es el del reconocimiento de expresiones emocionales, ya que el ser capaz de reconocer estados emocionales en otras personas es algo clave en la interacción social. Se ha visto que la psilocibina altera el

normal procesamiento de las expresiones emocionales, tanto en el nivel inconsciente como en el consciente. En el nivel inconsciente (registrando actividad eléctrica en procesos previos a la consciencia) la psilocibina dificulta la codificación de caras que expresan miedo, no afectando a la codificación de caras que expresan felicidad. De hecho, un posterior estudio ha demostrado que en el nivel consciente, donde ya se recogen las respuestas de los sujetos y no sólo los registros de actividad eléctrica de fases tempranas de procesamiento, la psilocibina aumenta el estado de ánimo positivo, disminuye el reconocimiento de expresiones faciales con connotación negativa y dirige la conducta hacia claves contextuales positivas frente a las negativas. Estos efectos se ven bloqueados de nuevo administrando ketanserina, luego este efecto *prosocial* de la psilocibina está igualmente mediado por los receptores 5-HT_{2A}. Respecto a este último efecto, hay que tener en cuenta que los voluntarios de estos estudios, como ya se ha dicho antes, están escrupulosamente seleccionados y suelen ser voluntarios que nunca han tenido experiencias negativas con alucinógenos en el pasado y que, además, si se presentan voluntarios para este tipo de estudios es porque, de alguna forma, este tipo de sustancias les sienta bien, luego este efecto *prosocial* inducido en el laboratorio por la psilocibina quizás no es del todo extrapolable a toda la población.

En resumen, la psilocibina altera una serie de procesos cognitivos y emocionales, algunos de los cuales están emparentados con lo que les ocurre a los esquizofrénicos, lo cual permite comprender mejor la enfermedad. A la vez, estos estudios arrojan resultados interesantísimos acerca del papel de los receptores 5-HT_{2A} en el procesamiento cognitivo y emocional de la información y permiten comprender mejor las bases neurobiológicas de procesos de consciencia humanos sofisticados.

5. Efectos subjetivos de la psilocibina

El famoso etnomicólogo Robert Gordon Wasson fue quien describió por primera vez la experiencia con hongos psilocibios. Previamente, en revistas médicas habían aparecido descripciones de intoxicaciones eventualmente accidentales, la primera de ellas, concretamente, en 1979 en una revista médica británica. Es probable, pues, que el uso tanto recreativo como ritual de hongos psilocibios sea muy antiguo en Europa, más incluso que en Mesoamérica, a pesar de la falta de registros escritos, como se verá en el apéndice y cierre de este libro. En el transcurso de una velada mazateca en las montañas de Oaxaca, siendo la oficiante la no menos famosa chamana María Sabina, Wasson escribió que «las visiones parecían más reales que cualquier objeto visto hasta entonces con los propios ojos» y calificó a la velada como una «comunidad sagrada»,

inaugurando de esta forma esta idea tan occidental de entender la experiencia psicodélica como una experiencia enteógena, esto es, como una experiencia mística. De hecho, si uno lee cualquiera de los diferentes relatos que Wasson escribió acerca de su primera experiencia con los «hongos maravillosos» de María Sabina, encontrará la primera experiencia mística narrada en primera persona por parte de un occidental con una droga alucinógena. Vendría después a sumarse a esta línea de interpretación de la experiencia alucinógena como experiencia mística el escritor británico Aldous Huxley, que aportaría además, como ya se ha dicho, su modelo teórico fisiológico acerca de cómo funcionan los *fanerótimos*, como él propuso llamar a este tipo de sustancias, luego rebautizadas por su colega Humphry Osmond como psicodélicos, basado en la actividad de una supuesta válvula reductora cerebral. Y, finalmente, el bueno de Timothy Leary —que impulsó, como en seguida veremos, el no menos famoso experimento del Viernes Santo— pondría el colofón al entendimiento de la experiencia psicodélica como una experiencia mística. Previamente, en los años cincuenta, el psiquiatra Humphry Osmond fue quien observó por primera vez que muchos de sus pacientes alcohólicos, tras administrarles LSD, atravesaban una experiencia místico-religiosa que transformaba su personalidad y podía conducirles a la curación. Como ya se ha dicho, Osmond fue quien acuñó el término psicodélico («que hace que la mente se manifieste») haciendo gala de su buena profesionalidad científica y dejando de lado términos religiosos a pesar de ser quien más consistentemente utilizó los psicodélicos para inducir experiencias místicas.

Así pues, uno de los efectos subjetivos prototípicos de la psilocibina parece ser precisamente la inducción de algún tipo de experiencia mística. Ya en épocas tempranas de la investigación psicodélica, el grupo de Leary constató que el contexto en el que se consumía psilocibina determinaba en buena medida los efectos globales de la experiencia. Leary fue la primera persona en el mundo en hablar de la importancia del contexto en toda experiencia con drogas. Y el primero en tratar de comprobar experimentalmente el eventual efecto misticomimético de la psilocibina. El 20 de abril de 1962, uno de sus alumnos de doctorado, el estudiante de Teología Walter Pahnke, bajo la supervisión de Leary, diseñó un estudio para determinar si la psilocibina podía inducir experiencias místicas en personas espiritualmente orientadas. En los sótanos de una iglesia de Boston, a la mitad de un grupo de seminaristas estudiantes de Teología se le administró una dosis de psilocibina y a la otra mitad un placebo activo conocido como ácido nicotínico, que imita algunos de los efectos somáticos de la psilocibina pero que carece de sus efectos psicológicos. Para este estudio se diseñó una escala que se administró a todos los sujetos al terminar la experiencia, diseñada específicamente para evaluar experiencias místicas inducidas por alucinógenos. Tal y como plantearon

en su hipótesis los investigadores, el grupo que tomó psilocibina puntuó más alto en dicha escala que el grupo que recibió el placebo activo.

Más de cuarenta años después se ha replicado este famoso estudio, controlando mucho mejor el contexto y utilizando cuestionarios de efectos subjetivos y de personalidad modernos en una serie de estudios que han tenido bastante notoriedad mediática.

El primero de estos estudios se realizó con voluntarios que manifestaban tener inclinaciones espirituales y que estaban involucrados en la práctica continuada de algún tipo de técnica espiritual con el objetivo de constatar si efectivamente la psilocibina, cuando se administra en el contexto adecuado a personas orientadas hacia la espiritualidad, puede inducir experiencias de tipo místico. Se utilizó la versión moderna del cuestionario ya mencionado de Pahnke, junto con otra escala para evaluar experiencias místicas, aparte de otros test de evaluación de efectos subjetivos y de personalidad. El estudio se realizó con 36 voluntarios, alcanzando 24 de ellos experiencias místicas completas que catorce meses después mantenían su significatividad. También se operaron incrementos igual de duraderos en actitudes generales positivas hacia la vida y en el estado de ánimo general, resultando para los voluntarios una experiencia con un significado intrínseco cargado de sentido. En las personas que habían experimentado experiencias místicas también se operaron cambios a largo plazo en algunas medidas de personalidad. Ello a pesar de que 11 de los 36 voluntarios atravesaran en algún momento de la experiencia por fases de miedo de moderado a extremo, y 8 de 36, momentos de paranoia.

Al margen del efecto específico misticomimético de la psilocibina en personas espiritualmente predisuestas, los efectos psicológicos globales de la psilocibina también se han evaluado en contextos de laboratorio. Si bien es posible que los efectos inducidos por cualquier droga en un laboratorio varíen respecto a los que se producen en condiciones naturalistas, probablemente la cualidad de los mismos sea idéntica a pesar de sus variaciones concretas en aspectos puntuales. Los efectos psicológicos de la psilocibina se han evaluado, como en el caso de las experiencias místicas, mediante cuestionarios diseñados para evaluar efectos subjetivos de los alucinógenos. Así, se ha visto que la psilocibina produce modificaciones en el proceso del pensamiento, en sensaciones interoceptivas y en el estado de ánimo, así como modificaciones perceptivas. Este tipo de efectos se acompaña también de experiencias de tipo oceánico, de disolución del ego y de abundantes visiones, explicando quizás de esta forma su potencial misticomimético. El lector interesado en los aspectos fenomenológicos de la experiencia con psilocibina puede leer la interesante «Obertura» de este libro.

6. Potencialidades terapéuticas de la psilocibina

En 1959 Albert Hofmann publicó el proceso de síntesis de la psilocibina. Un año después, en 1960, Sandoz, la compañía para la que trabajaba Hofmann, la empezó a distribuir gratuitamente con el nombre de Indocybin entre psiquiatras e investigadores interesados en explorar tanto su potencial psicoterapéutico como su utilidad como herramienta farmacológica para estudiar procesos cognitivos. Hasta principios de los años setenta se estuvo realizando investigación clínica con psilocibina, sobre todo en muchos hospitales españoles, donde los psiquiatras disponían de psilocibina, igual que de LSD, cedida gratuitamente por la Sandoz para investigación clínica. Hoy día se está reiniciando este tipo de investigación.

Debido al perfil de los efectos psicológicos peculiares de la psilocibina discutidos en el apartado anterior, los autores de los diferentes estudios mencionados postulan en las secciones de discusión de sus artículos científicos que la psilocibina podría ser de utilidad en el tratamiento de trastornos como las adicciones, o de la depresión y la ansiedad que sufren personas que padecen alguna enfermedad terminal. La lógica de este razonamiento estriba en que si alguien, en un contexto controlado, pierde su identidad sintiéndose parte de algo mucho más grande e importante que le trasciende, le inducirá un cambio en la personalidad que para el caso de las adicciones le ayudará a abandonarlas y en el caso de los enfermos terminales les permitirá aceptar mejor el fin de su vida y vivirla con menor angustia y tristeza. De hecho, ya en los años cincuenta, cuando la investigación psicodélica estaba en pleno auge, parece ser que los mejores resultados de la terapia psicodélica se encontraron precisamente en el tratamiento del alcoholismo y en enfermos terminales, para reconciliarlos con su proceso final. El ejemplo extremo de esto fue el escritor Aldous Huxley, que en su lecho de muerte pidió que se le administrara LSD, y así lo hizo su mujer, para adentrarse en el misterio desde un estado ya de abandono consciente y de disolución. Desafortunadamente, los informes de la época son confusos, contradictorios y poco concluyentes, fundamentalmente debido a que no se disponía de las metodologías sofisticadas de que se dispone hoy día para evaluar efectos terapéuticos de las intervenciones psicológicas. Actualmente hay varios grupos de investigación administrando psilocibina a enfermos con cáncer terminal, todos ellos localizados en EE UU, aunque, de momento, el único de esos estudios finalizados no ha encontrado resultados positivos (si bien se trata de un estudio piloto, por lo que se tendrá un mejor conocimiento de la eficacia de este tipo de terapia para esta población de pacientes, es de esperar, en pocos años). Un estudio similar, pero utilizando LSD, se ha finalizado a su vez en Suiza y también sin resultados estadísticamente significativos desde un punto de vista clínico, aunque, de nuevo, se trataba de un

estudio piloto en el que, al igual que en el estudio anterior, se utilizó una muestra compuesta por un número tan limitado de sujetos que hace difícil encontrar resultados clínicamente significativos, a no ser que el tratamiento fuera extremadamente eficaz, algo que, por el momento, no parece que ocurra de acuerdo a los resultados tan limitados encontrados. En cualquier caso, en ambos estudios no se refrieron efectos secundarios que empeoraran las condiciones psicológicas y médicas de los participantes. Por otra parte, la satisfacción subjetiva de los pacientes en ambos estudios pareció ser positiva, por lo que al menos abre las puertas a investigar garantizando la máxima hipocrática de que «lo primero es no hacer daño». Otro grupo de investigación ha iniciado también estudio con fumadores que quieren dejar de fumar y con alcohólicos, pero, de nuevo, estos estudios están aún realizándose o en fase de proceso de análisis de los resultados, por lo que no se dispone de momento de conclusiones.

Las potenciales propiedades terapéuticas de la psilocibina no se reducen a aprovechar los efectos misticomiméticos que induce, sino que, debido a su mecanismo de acción farmacológica y al margen de sus efectos subjetivos, pueden ser de utilidad para el tratamiento de un trastorno de ansiedad altamente incapacitante conocido por «trastorno obsesivo compulsivo» (TOC). Algunos casos anecdóticos referidos por personas con TOC que se habían visto libres de síntomas tras haber tomado hongos psilocibios con fines recreativos y la posibilidad de que en la base neurofisiológica del trastorno haya una disregulación de los receptores 5-HT_{2A}, hace pensar que la psilocibina puede ser de utilidad para el tratamiento del trastorno, quizás no debido a sus efectos psicológicos, sino precisamente por su acción sobre los receptores 5-HT_{2A}: es conocido que la psilocibina induce una rápida tolerancia, de tal forma que, si se consume de manera mantenida en el tiempo, en muy pocos días, por mucho que se incrementen las dosis, no se produce efecto alguno. Ello se debe a un fenómeno que se denomina «regulación a la baja», en el que los receptores 5-HT_{2A}, al sentirse permanentemente activados por la acción agonista de la psilocibina, terminan desactivándose, necesitando que pase de nuevo un tiempo sin sentirse *acosados* antes de que puedan volver a su funcionamiento normalizado. El hecho de que los receptores 5-HT_{2A} se desactiven por el consumo continuado de psilocibina permite así mantener niveles altos de serotonina en el sistema sin que aparezcan efectos subjetivos. Este mismo principio de acción farmacológica puede que sea el que está en la base de la potencial eficacia de la psilocibina y la LSD en el tratamiento de un trastorno raro pero demoledor para quien lo padece, conocido como «cefalea de racimo». La cefalea de racimo se conoce como la enfermedad del suicidio, ya que los dolores de cabeza pueden ser tan intensos para quien los padece que muchos pacientes terminan suicidándose. Tampoco existe un tratamiento eficaz para este trastorno pero, de nuevo, informes de pacientes que han visto desaparecer

los síntomas cuando han tomado hongos psicocibios o LSD de forma recreativa, hacen pensar que la psicocibina pueda constituir un tratamiento de utilidad para el trastorno. Si bien se ha publicado un informe científico en el que se notifica la remisión de síntomas en un número importante de pacientes, se trata de un estudio basado en encuesta y es necesario, antes de poder confirmar su eficacia, someterlo a la prueba del estudio clínico. Una molécula estructuralmente parecida a la LSD y a la psicocibina, aunque carente de psicoactividad, la bromo-LSD, también, en otro estudio basado en casos clínicos, ha resultado mostrarse eficaz en los cuatro pacientes estudiados. De nuevo, si la base del trastorno estuviera en una excesiva expresión de los receptores 5-HT_{2A}, o en unos niveles de serotonina cerebrales bajos, el tratamiento continuado con psicocibina podría resultar prometedor para tratar este trastorno a veces mortal. Los informes de las personas estudiadas en el estudio de encuesta manifestaron, tras haber tomado psicocibina, haber permanecido libres de síntomas por períodos prolongados de tiempo.

7. A modo de conclusión

En este capítulo se ha tratado de presentar, de manera accesible al público no experto, un resumen exhaustivo de toda la literatura científica que se ha publicado en los últimos años en revistas científicas especializadas y cuyos resultados, aparte de dar pie a titulares más o menos sensacionalistas, tanto si se describen los aspectos negativos del uso de psicocibina como cuando se describen sus posibles aplicaciones terapéuticas, suelen presentarse en los medios, en ambos casos, de manera exagerada. Una muestra de ello es el estudio referido realizado con enfermos terminales, que sin haber encontrado resultados eficaces, generó titulares que así parecían indicarlo. Pareciera como si, desde que se ha decidido investigar la vertiente espiritual de la psicocibina, la prensa norteamericana, y por efecto eco, el resto de prensa internacional, estuviera mirando ahora con buenos ojos un tipo de investigación que hace cuarenta años condenó. Sería interesante que el lector no perdiera de vista que esto ya ocurrió en el pasado: la investigación psicodélica tuvo un auge tremendo en los años cincuenta, en los que se llegaron a publicar más de mil artículos científicos realizados sobre más de 40.000 pacientes y que luego, de repente, movimientos culturales desprestigiados por los medios de comunicación hicieron que una investigación que parecía prometedora fuera condenada al ostracismo durante décadas. Estamos viviendo un claro renacimiento de la investigación psicodélica, tanto en su ámbito terapéutico como en el básico (investigación animal y farmacológica), pero una mala publicidad por parte de los medios por un lado, y un ingenuo sensacionalismo en positivo por parte tanto de los científicos que desarrollan este tipo de estudios como por parte de la contracultura, por otro, podría

volver a desprestigiar este tipo de investigación en el futuro. El riesgo más importante, de hecho, es que la comunidad científica ajena a este tipo de investigación desconfíe de los estudios que se van publicando por estar sus resultados en disonancia con los presentados en los medios, algo de lo que muchas veces son responsables los propios científicos que, desde sus respectivas instituciones, emiten notas de prensa en las que los resultados que divulgan a la sociedad no están en consonancia con los resultados de los estudios. El objetivo principal de este capítulo ha sido, por ello, presentar esta información científica de la manera más ecuánime posible y de una forma que pueda ser comprendida por el lector medio para que éste se haga una idea del estado actual de la cuestión. Es precisamente la divulgación de la información científica lo que falta en la literatura popular y esa escasez es especialmente apremiante, por inexistente hasta el momento, en nuestro medio. Si hemos conseguido transmitir de manera medianamente clara toda esta información y, sobre todo, si así lo entiende el lector, por nuestra parte, nos damos por satisfechos. El futuro de la investigación con drogas alucinógenas en general, y con la psilocibina en particular, se presenta hoy más excitante que nunca. Ojalá todos podamos asistir a ella sin que mecanismos reguladores moralizadores vengán a detenerla.

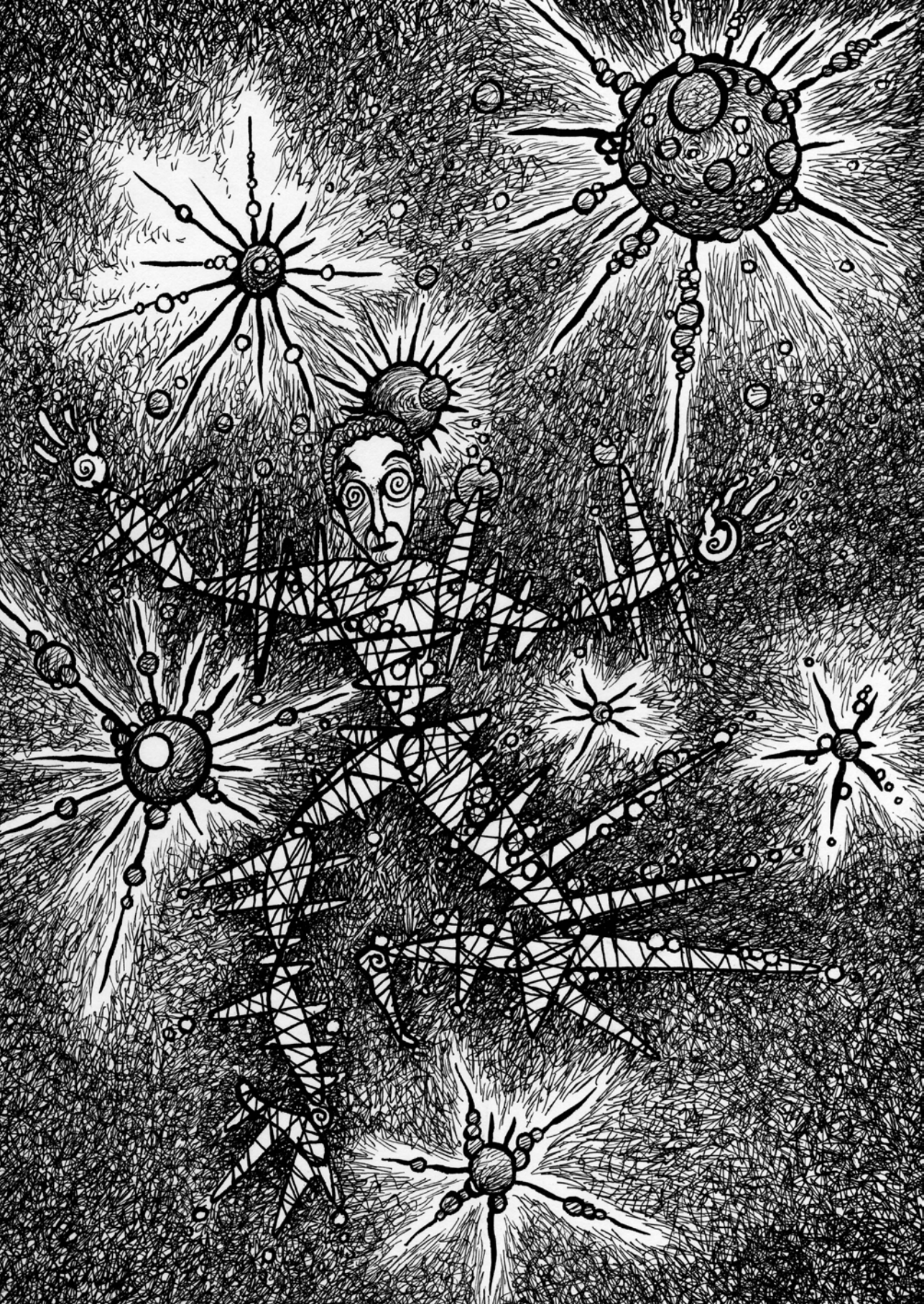
8. Para saber más

- Geyer, M. A.; Vollenweider, F. X. Serotonin Research: Contributions to Understanding Psychoses. *Trends Pharmacol. Sci.* 2008; 29(9): 445-53. Disponible en: <<http://www.sciencedirect.com/science/article/pii/S0165614708001545>>.
- Griffiths, R. R.; Grob, C. S. Uso terapéutico de alucinógenos. *Investigación y ciencia.* 2011; 418: 86-89. Disponible en: <<http://es.scribd.com/doc/62965228/Investigacion-y-Ciencia-Julio-de-2011>>.
- Griffiths, R. R.; Johnson, M. W.; Richards, W. A., Richards, B. D.; McCann, U.; Jesse, R. Psilocybin Occasioned Mystical-Type Experiences: Immediate and Persisting Dose-Related Effects. *Psychopharmacology* (Berl). 2011; 218(4):649-65. Disponible en: <<http://www.ncbi.nlm.nih.gov/pmc/articles/PMC3308357/>>.
- Studerus, E.; Komater, M.; Hasler, F.; Vollenweider, F. X. Acute, Subacute and Long-Term Subjective Effects of Psilocybin in Healthy Humans: A Pooled Analysis of Experimental Studies. *J. Psychopharmacol.* 2011; 25(11):1434-52. Disponible en: <<http://jop.sagepub.com/content/25/11/1434.long>>.

Studerus, E.; Gamma, A.; Kometer, M.; Vollenweider, F. X. Prediction of Psilocybin Response in Healthy Volunteers. *PLoS One*. 2012; 7(2):e30800. Disponible en: <<http://www.plosone.org/article/info%3Adoi%2F10.1371%2Fjournal.pone.0030800>>

Vollenweider, F. X.; Kometer, M. The Neurobiology of Psychedelic Drugs: Implications for the Treatment of Mood Disorders. *Nat. Rev. Neurosci.* 2010 Sep.; 11(9):642-51. Disponible en: <<http://www.nature.com/nrn/journal/v11/n9/full/nrn2884.html>>.





III

EFECTOS Y RIESGOS DEL USO DE HONGOS PSILOCIBIOS

*Fernando Caudevilla*¹

En este capítulo se abordarán los efectos psicológicos y físicos que la psilocibina (4-fosforiloxi-N,N-dimetiltriptamina) puede producir en el organismo. Hablaremos de forma genérica sobre psilocibina y hongos psilocibios, aunque la realidad es un poco más compleja y conviene hacer algunas puntualizaciones antes de entrar en materia.

En primer lugar, la psilocibina no tiene efectos por sí misma, sino que debe ser transformada en el cuerpo humano en psilocina (4-hidroxi-N,N-dimetiltriptamina, o 4-OH-DMT) para ser activa. Los hongos del género *Psilocybe* no son los únicos que contienen dosis psicoactivas de psilocibina, sino que esta molécula también se encuentra en otros géneros de hongos como los *Copelandia* o *Panaeolus*. Así, las consideraciones que se hacen en este texto sobre los hongos psilocibios o la psilocibina serían en principio extrapolables a estas otras variedades, que también se comercializan como «setas mágicas». Por otra parte, psilocibina y psilocina no constituyen los únicos principios activos presentes en los hongos psilocibes (o similares), sino que se pueden encontrar también otros como la baeocistina (4-fosforiloximetiltriptamina) y norbaeocistina (4-fosforiloxitriptamina). Estas triptaminas aparecen en muy bajas concentraciones en los hongos frescos o secos y se conoce poco sobre sus propiedades. Es posible que modulen de alguna forma los efectos de la psilocibina pero su contribución a los efectos globales es probablemente modesta.

1. Psilocibina: una droga específica

De acuerdo con sus efectos sobre el sistema nervioso central, las drogas pueden clasificarse en tres grandes familias: estimulantes, depresores y psicodélicos. Los efectos

1. Médico de familia. Experto en cannabis, cocaína y drogas de síntesis. <<http://www.doctorcaudevilla.com>>.

de una sustancia determinada pueden modularse por muchos factores como la dosis (pequeñas cantidades de depresores como el alcohol pueden tener efectos estimulantes), el entorno de consumo, la pauta de uso... pero de forma general esta clasificación caracteriza los efectos de cualquier droga, sea un fármaco de prescripción o una sustancia de uso recreativo. Así, las anfetaminas, la cocaína o la cafeína (sustancias todas ellas pertenecientes al grupo de los estimulantes) pueden distinguirse claramente del alcohol, las benzodiacepinas, los opiáceos o el GHB, que comparten propiedades depresoras.

Una característica común de los estimulantes y los depresores es que no sólo producen efectos sobre el sistema nervioso central, sino que también afectan de forma significativa a otras partes del organismo. Al utilizar cocaína, por ejemplo, no sólo se obtendrá un efecto de disminución del cansancio y claridad mental, sino que se incrementan el ritmo cardíaco y la tensión arterial. Así pues, ante dosis excesivas o frecuentes, así como en personalidades predispuestas, podrán aparecer distintos problemas relacionados, por ejemplo, con el sistema cardiovascular. Lo mismo sucede con depresores como el alcohol, que, además de sus efectos sobre el cerebro, tiene efectos tóxicos sobre el aparato digestivo o el hígado.

Los ejemplos anteriores pretenden ilustrar el hecho de que la mayoría de los depresores y los estimulantes no tienen un efecto *específico* sobre el sistema nervioso central, lo que puede dar lugar a la aparición de efectos no buscados a corto o largo plazo en otras partes del organismo. Estos efectos son muy distintos en su naturaleza e intensidad: desde lo leve y anecdótico (dilatación de las pupilas al tomar MDMA) hasta graves problemas de toxicidad sobre el sistema nervioso, circulatorio o digestivo (uso muy frecuente o en dosis elevadas de alcohol o cocaína). Esta circunstancia no es exclusiva de las drogas ilegales o destinadas al uso recreativo, sino que se presenta también con cualquier fármaco de prescripción. En muchos casos la frecuencia y gravedad de los efectos negativos dependen del patrón de consumo, aunque algunas personas muy sensibles pueden tener problemas incluso con dosis pequeñas.

Una de las características de la psilocibina es su especificidad en su acción sobre el sistema nervioso central. Los efectos sobre otras partes del organismo son escasos. Así, la psilocibina resulta extraordinariamente segura a nivel orgánico, sin que exista en la práctica una dosis tóxica que pueda poner en peligro la vida del usuario a través de una intoxicación aguda. Además, carece de efectos tóxicos sobre el aparato digestivo, respiratorio, circulatorio, endocrino, renal o neurológico, a corto o largo plazo.

Desde un punto de vista científico, la ausencia de toxicidad orgánica de la psilocibina está avalada por varios ensayos clínicos en voluntarios sanos. Tampoco existen series de casos o estudios epidemiológicos que relacionen el uso de hongos psicoci-

con efectos tóxicos sobre ningún sistema u órgano del cuerpo, a pesar de la experiencia de miles de años de uso sacramental en Centroamérica. Idénticas conclusiones se obtienen al revisar informes de organismos o instituciones oficiales en los que se evalúan los riesgos de la psilocibina o los hongos psilocibios. Tampoco existe ningún dato que indique que la psilocibina pueda afectar a la fertilidad, que pueda provocar alteraciones genéticas o ser tóxica para el feto (aunque la ética mínima y el sentido común indican que el consumo de cualquier psicoactivo está formal y completamente contraindicado durante el embarazo).

2. Efectos deseados

2.1. Definiendo términos

Pero, ¿en qué consisten los efectos de la psilocibina? En un texto escrito y divulgativo como éste, no nos quedará más remedio que utilizar palabras y un lenguaje técnico y descriptivo. Eso sí, convendrá tener en cuenta que esta descripción tendrá las mismas limitaciones que intentar caracterizar un orgasmo, la ansiedad o el enamoramiento a través de las palabras. Se trata de experiencias subjetivas con una alta carga emocional en las que los términos son muchas veces insuficientes y sólo permiten hacerse una idea relativa de la experiencia. Otras disciplinas (sobre todo artísticas, como la poesía, la pintura o el cine) pueden servir como herramientas complementarias para comprender mejor el asunto.

El término más habitual para referirse a los efectos mentales que producen drogas como la LSD o la psilocibina es «alucinógenos». No lo utilizaremos en este capítulo porque describe sólo una pequeña parte de la experiencia y tiene cierto matiz peyorativo. El término «alucinógeno» evoca elefantes rosas o la inmersión en un mundo irreal al estilo de *Alicia en el país de las maravillas*. Aunque las alucinaciones en un sentido estricto (percepción que no corresponde a ningún estímulo real) constituyen uno de los posibles efectos de la psilocibina, éstas sólo suelen presentarse con dosis elevadas y no se convierten en el elemento fundamental de este tipo de experiencias.

Más peyorativos aún son términos como «psicotomiméticos» o «psicodislépticos». A mediados del siglo pasado, cuando comenzaron los estudios científicos con mescalina, LSD o psilocibina, una parte de los psiquiatras consideró que la mayor utilidad de las sustancias modificadoras de la consciencia estaría en relación con el estudio de la esquizofrenia y otras psicosis. Según esta hipótesis, la administración de estas sustancias produciría un estado similar al que aparece en enfermos de esquizofrenia, lo que podría tener aplicaciones tanto desde un punto de vista farmacológico (servir como

modelo para ensayar terapias) como para poder entender mejor la enfermedad. Esta hipótesis es sin embargo muy discutible. En la esquizofrenia, las alucinaciones más características son de tipo auditivo, lo que resulta excepcional al administrar sustancias. Además, los trastornos psicóticos se acompañan de una serie de síntomas llamados negativos (empobrecimiento de la expresión de emociones y sentimientos, lenguaje vago, apatía...) que tampoco se manifiestan con drogas modificadoras de la consciencia. Aunque, como veremos más adelante, el uso de psicodélicos puede tener alguna relación con ciertos trastornos mentales, considerar que estas sustancias producen estados idénticos a las psicosis es una simplificación equivocada.

En 1957, el psiquiatra Humphry Osmond acuñó el término «psiquedélico» para definir la experiencia producida por la LSD. «Psiquedélico» deriva de las raíces griegas «psique» (alma) y «deloun» (revelar, manifestar), aunque el término correcto en castellano, según la Real Academia de la Lengua, es «psicodélico». La experiencia psicodélica se caracteriza por la percepción de aspectos mentales previamente desconocidos, por la liberación de la mente de los filtros de la percepción habituales. El estado de consciencia ordinario supone un filtrado de la ingente cantidad de información que recibimos a través de los sentidos. Los psicodélicos modifican temporalmente la forma en la que recibimos y procesamos la información y permiten percibir la realidad desde otras perspectivas. Este tipo de experiencia también puede alcanzarse a través de otras técnicas como la meditación, relajación, privación sensorial... pero algunas sustancias modificadoras de la consciencia como la LSD y la psilocibina son los modelos farmacológicos de la experiencia psicodélica.

2.2. La experiencia psicodélica

La duración media de los efectos de la psilocibina oscila entre cuatro y seis horas. Los primeros efectos suelen manifestarse entre veinte y sesenta minutos después de la ingestión, y el «pico cumbre» de la experiencia se produce una hora después, decayendo suavemente durante tres o cuatro horas más. Es característico que los efectos se presenten «en oleadas», intensificándose y decayendo de forma variable a lo largo del tiempo. La duración y la intensidad del viaje estarán en relación con la dosis, la experiencia del usuario y sus características individuales.

Como ya hemos señalado, el efecto fundamental y característico de los psicodélicos es la modificación radical tanto del mundo exterior, tal como se percibe a través de los sentidos de forma ordinaria, como del mundo interior (el que percibimos al cerrar los ojos). No sólo la percepción visual, sino la auditiva, táctil y la percepción del propio cuerpo van a verse modificadas.

El contenido y la fluidez de los pensamientos, la forma en la que se asocian distintas ideas o la capacidad para clasificar distintos conceptos en categorías se modifican con respecto al estado ordinario de consciencia. Estas características pueden resultar atractivas para personas interesadas en la creatividad o en la expresión artística. La percepción del propio cuerpo también puede verse afectada por una amplia y distinta gama de efectos: suave amplificación de los límites corporales, sensaciones de que el cuerpo cambia de tamaño o de forma, amplificación del sentido del tacto... hasta una disolución completa del ego. En el ámbito afectivo, suelen presentarse sentimientos de euforia, ansiedad, depresión o risa incontrolada, siendo muy frecuente la sucesión de diferentes estados de ánimo, que pueden ser modulados hasta cierto punto por el usuario o a través de estímulos externos. La percepción del tiempo se modifica, haciendo que expresiones coloquiales como «se me hace eterno» o «el tiempo se pasa volando» adquieran un significado literal. A veces son posibles percepciones temporales como la del «bucle temporal» (intervalo de tiempo que se repite varias veces).

Aunque ya hemos señalado que el componente visual no es el fundamental y definitorio de la experiencia psicodélica, sí es cierto que las manifestaciones en este sentido pueden ser importantes. Las visiones con ojos cerrados son las más precoces y frecuentes; suelen manifestarse con dosis bajas-medias. Pueden aparecer destellos, líneas rectas u onduladas de distintos colores, patrones geométricos en forma de alfombras persas o fractales, figuras o dibujos tradicionales de distintas culturas (india, egipcia, africana...). Este tipo de visiones suele ser más controlable que las que aparecen con los ojos abiertos y son relativamente modificables a través de la música o la respiración.

Las visiones con ojos abiertos son menos frecuentes. La variabilidad en el tipo de manifestaciones que pueden presentarse, su intensidad y su capacidad para ser manejadas por el sujeto van a ser de nuevo difícilmente predecible y está en función del contexto de uso, de la susceptibilidad del usuario a estos efectos, de la experiencia previa y de la dosis. En principio, los efectos visuales con ojos abiertos son más frecuentes con dosis elevadas, aunque esto no es condición necesaria ni suficiente en todos los casos. Incremento en la intensidad de los colores, auras, halos, estelas de color detrás de objetos en movimiento... son efectos muy frecuentes.

Los objetos pueden respirar, deformarse, licuarse, ondular, brillar, moverse, pixelarse o incrementar su resolución permitiendo percibir los más mínimos detalles... Todos estos efectos pueden ser interesantes o divertidos al contemplar un paisaje, un monumento o un edificio, pero pueden ser incómodos al percibirlos sobre las caras de otras personas o en el propio rostro.

La forma en la que el cerebro interpreta la perspectiva y los tamaños puede modificarse: por ejemplo, en el estado de consciencia ordinario, al contemplar un paisaje, los

objetos más lejanos se ven como de pequeño tamaño. Si vemos una casa o una persona a lo lejos, se ven «más pequeñas», pero el cerebro nos indica que ese estímulo visual significa «más lejano». Esta interpretación puede modificarse bajo los efectos de un psicodélico, lo que facilita el hecho de «ver enanos» o cambiar cualquier otra interpretación sobre la percepción visual.

Como también hemos señalado, las alucinaciones puras (percepción de un objeto no real) son poco frecuentes pero pueden presentarse, generalmente con dosis muy elevadas. Existen toda una serie de visiones comunes en este estado (pequeños duendecillos, reptiles, elfos...). Con poca frecuencia es posible verse sumergido en toda una realidad alternativa, en la que el entorno que rodea al sujeto es completamente distinto al percibido en el estado de consciencia ordinario.

Otro de los efectos más característicos de la experiencia con psicodélicos son las sinestias. La sinestesia consiste en la experimentación de sensaciones de una modalidad sensorial particular a partir de estímulos de otra modalidad distinta. Así, es posible oír o tocar los colores o ver y ser capaz de tocar algunos sonidos. O sentir cómo los sabores, los olores o el propio cuerpo se modifican a partir de distintos tonos musicales o estímulos visuales. Las emociones, la temperatura o la personalidad pueden expresarse de forma visual, auditiva o en cualquier otra modalidad sensorial. No se trata de metáforas o de asociaciones, sino de verdaderas percepciones. Aunque las sinestias son características de la experiencia psicodélica, no aparecen en todas las personas ni en todas las ocasiones, siendo más frecuentes en dosis medias-elevadas. Tampoco son exclusivas del uso de sustancias, sino que pueden aparecer en algunas enfermedades como la epilepsia o el autismo, e incluso en personas sanas.

Como también hemos señalado, el retorno al estado de consciencia normal se produce de forma lenta y progresiva a lo largo de una o dos horas, durante las cuales muchos de estos efectos remiten y se manifiestan de forma cada vez más espaciada, hasta desaparecer por completo.

Existe un interesante documento sobre la experiencia psicodélica, disponible en la imprescindible web sobre drogas de *Erowid*². En este documento, traducido al castellano por Alejo Alberdi³, la experiencia con psicodélicos aparece graduada en cinco niveles:

Nivel 1: En este nivel se experimenta un ligero coloccón, con cierto agudizamiento visual (como colores más vivos, etc.) y algunas anomalías en la memoria a corto plazo. La comunicación entre los hemisferios izquierdo y derecho del cerebro produce una ampliación de la percepción de la música.

2. *The Psychedelic Experience FAQ 1.1*. Disponible en: http://www.erowid.org/psychoactives/faqs/psychedelic_experience_faq.shtml.

3. Traducción disponible en: http://www.imaginaria.org/psi_faq.htm.

Nivel 2: Colores brillantes y distorsiones visuales (las cosas empiezan a respirar y a moverse). Algunos motivos geométricos bidimensionales se manifiestan al cerrar los ojos. Pensamientos confusos o evocadores. Los cambios en la memoria a corto plazo conducen a pautas de pensamiento de continua divagación. Se hace manifiesto un amplio incremento de la creatividad al ser superado el filtro natural del cerebro.

Nivel 3: Efectos visuales totalmente obvios. Todo aparece curvado o doblado. Se presentan motivos geométricos y caleidoscópicos en paredes, caras, etc. Alucinaciones leves, como un fluir parecido a un río, en superficies de madera con vetas o tipo *maderperla*. Con los ojos cerrados, visiones de objetos tridimensionales. Cierta confusión de los sentidos (sinestesia). Distorsiones en la percepción del tiempo y «momentos de eternidad». En ocasiones, resulta extremadamente difícil moverse, dado el esfuerzo que esto requiere.

Nivel 4: Fuertes distorsiones visuales, como metamorfosis de objetos en otros objetos. Destrucción o división del ego (las cosas empiezan a hablarte o adviertes que estás experimentando sensaciones contradictorias al mismo tiempo). Cierta pérdida del sentido de la realidad. El tiempo carece de significado. Fenómenos de abandono del cuerpo o de percepción extrasensorial. Sinestesia profunda.

Nivel 5: Pérdida absoluta de contacto visual con la realidad. Los sentidos dejan de funcionar normalmente. Pérdida total del ego. Fusión con el espacio, con otros objetos o con el universo. La pérdida de contacto con la realidad es tan pronunciada que desafía toda explicación. Los niveles previos son relativamente fáciles de explicar en términos de cambios mensurables en la percepción y en las pautas de pensamiento. Este nivel es diferente en el sentido de que el universo real, dentro del que percibimos las cosas normalmente, ¡deja de existir! Iluminación de tipo *satori* (y otras etiquetas equivalentes)⁴.

3. Efectos físicos

Aunque los efectos físicos que produce la psilocibina son de poca importancia en comparación con los de otras drogas, existen algunos aspectos dignos de mención. La dilatación completa de las pupilas (que tiene el nombre técnico de «midriasis») es un efecto característico de los hongos a dosis medias-altas. La tensión arterial y la frecuencia cardíaca pueden modificarse, disminuyendo o elevándose. Este efecto no aparece en todas las personas y su elevación se hace más evidente ante momentos o partes de

4. N. del E. Si bien estos 5 niveles ilustran con bastante precisión la experiencia fenomenológica que induce la psilocibina, su explicación basada en procesos neurobiológicos (p. ej., “comunicación entre hemisferios cerebral”) y/o psicológicos (p. ej. “memoria a corto plazo”) es pura especulación

la experiencia con contenido desagradable o ansioso. Es decir, no se trata de un efecto directo de la psilocibina sino de una alteración secundaria a un estado de ansiedad, si bien las dosis altas en sus efectos máximos pueden producirlo. En este sentido, los riesgos cardiovasculares de la psilocibina parecen moderados y asumibles en personas sanas pero podrían tener repercusiones en personas con patologías cardiovasculares de base (hipertensión arterial, arritmias, angina de pecho o infarto de miocardio previo, enfermedad cerebrovascular...). Es muy complicado cuantificar el riesgo en cada circunstancia concreta, pues no sólo habría que tener en cuenta la propia patología en sí, sino además la gran variabilidad de respuestas posibles ante una misma dosis de psilocibina, la experiencia previa del sujeto con psicodélicos, su respuesta ante situaciones difíciles... De forma general, las personas con antecedentes de enfermedad cardiovascular grave, con varios factores de riesgo cardiovascular, que tomen medicación por motivos cardiológicos, o aquellas personas que tienen limitación para la actividad física por prescripción facultativa, deberían abstenerse del consumo de hongos.

Aunque ya hemos hablado de la relativa especificidad de los psicodélicos como la psilocibina, su acción sobre el sistema de la serotonina puede producir en el organismo otros efectos agudos no deseados. Las náuseas son uno de los más típicos y tienen que ver con la activación de receptores serotoninérgicos en el aparato digestivo. Suelen ser de carácter moderado y se presentan habitualmente al principio de la experiencia, desapareciendo unos 30-45 minutos tras la ingestión. La aparición de vómitos es poco frecuente. Sensaciones de rubor o calor facial, a veces acompañadas de sudoración y molestias abdominales (en general leves) son otros efectos físicos posibles. Otro efecto curioso, relativamente frecuente y característico de la psilocibina, es la facilitación del bostezo, sin que se haya encontrado una explicación satisfactoria desde un punto de vista científico.

Una circunstancia teórica que habría que valorar es la posibilidad de una reacción alérgica. Pero antes conviene distinguir entre las alergias a hongos ambientales y las alergias alimentarias por hongos. Las primeras (alergias a hongos ambientales) son relativamente frecuentes en la población general. Lo que popularmente se conoce como «alergia a la humedad» es en realidad un cuadro de hipersensibilidad a los mohos u hongos ambientales, sobre todo a sus esporas. Ante determinadas condiciones de temperatura y humedad, estos hongos microscópicos llegan al cuerpo a través de la vía respiratoria, produciendo síntomas como picor de nariz y ojos, mocos líquidos, lagrimeo, dificultad respiratoria... Esta situación es distinta a las alergias alimentarias por hongos, en las que el mecanismo alérgico se desencadena al ingerir determinadas setas (champiñones, shiitake, níscalos...) y puede producir síntomas más graves (picor y manchas en el cuerpo, diarrea...). En circunstancias excepcionales, este tipo de

alergia puede provocar una reacción mortal conocida como «choque anafiláctico». En cualquier caso, las alergias a setas son poco frecuentes en comparación con otras alergias alimentarias (marisco, huevos o frutas).

No está descrito que las personas que sufren alergias respiratorias por hongos ambientales («alergia a la humedad») tengan un mayor riesgo de presentar episodios alérgicos al consumir hongos por vía oral. Pero sí es posible que las personas que hayan sufrido un episodio alérgico al comer cualquier tipo de hongos puedan ser más susceptibles a este riesgo al consumir hongos psicocibios o cualquier otro hongo que contenga psilocibina (*Gymnopilus*, *Panaeolus*, *Copelandia*, *Hypoloma*...). El motivo no es una reacción alérgica a los principios psicoactivos del hongo, sino una hipersensibilidad hacia los otros componentes estructurales de la seta. De hecho, existen casos documentados de personas que han presentado este tipo de reacciones alérgicas, aunque en general se trata de reacciones de carácter leve o moderado. Cualquier fármaco antihistamínico (cetirizina, clorfeniramina, hidroxicina, ebastina, loratadina...) por vía oral a las dosis habituales debería ser suficiente para controlar este tipo de reacciones en el caso de que se presentaran. Si los síntomas son muy llamativos, existe dificultad para respirar o tragar, o bien el fármaco no es suficiente para controlar los síntomas, debería buscarse ayuda especializada. Si se sospecha que una persona ha sufrido un episodio de alergia tras tomar hongos psicocibios, su ingesta quedaría absolutamente contraindicada en el futuro.

Otra circunstancia concreta hace referencia al uso de hongos en personas que padecen enfermedad celíaca. Esta enfermedad se caracteriza por la intolerancia digestiva al gluten que aparece en cereales como el trigo o la cebada y quienes la sufren deben eliminar estos productos y sus derivados de su dieta de por vida. Los hongos que contienen psilocibina no tienen ninguna cantidad de gluten, por lo que en este sentido son seguros. El problema es que muchas veces son germinados en panes de trigo o centeno, en los que no se puede descartar que se produzca algún tipo de contaminación. Los panes de avena tampoco serían recomendables, ya que aunque la avena no contiene gluten suele procesarse en los mismos lugares en los que se elabora el trigo o la cebada, por lo que no suele ser bien tolerada por los celíacos. Otros sustratos (maíz, arroz...) son seguros en este sentido para las personas que padecen enfermedad celíaca.

Previamente señalamos la seguridad de los hongos psicocibios a nivel toxicológico. Pero la única situación posible en la que puede aparecer toxicidad grave a nivel orgánico es la derivada de la confusión al identificar setas y consumir por error una especie micológica distinta. Aunque sólo algunas variedades de setas son tóxicas, los síntomas de intoxicación pueden ser muy distintos y presentarse varios días después de la ingestión, en ocasiones con consecuencias muy graves.

La forma más frecuente de intoxicación por setas es la gastroenteritis aguda, en la cual, entre cuatro y doce horas después del consumo oral, aparecen náuseas, vómitos y diarrea, a veces acompañados de fiebre. En general, se trata de cuadros leves y auto-limitados que se resuelven espontáneamente en uno o dos días. Otros tipos de setas, ricas en muscarina (*Inocybe*, *Clitocybe*...), producen estimulación del sistema colinérgico, provocando sudoración, salivación, lagrimeo, visión borrosa, diarrea, disminución de la tensión arterial y de la frecuencia cardíaca. Los hongos del género *Cortinarius* son relativamente parecidos a los *Psilocybe*, pero poseen toxinas específicas que afectan al riñón, produciendo cuadros de insuficiencia renal caracterizados por sed intensa e incremento en la frecuencia y la cantidad de la orina. La intoxicación por setas más peligrosa es la producida por *Amanita phalloides*, que contiene sustancias (amatoxinas) muy tóxicas para el hígado: una única seta de 10 g puede contener dosis suficiente para matar a una persona y los síntomas se manifiestan de forma larvada durante una o dos semanas.

Aunque la relación entre el uso de hongos psicocibios y este tipo de problemas es sólo indirecta, conviene ser tenida en cuenta cuando la procedencia de las setas no es clara o si han sido recolectadas en la naturaleza por personas sin los conocimientos suficientes. La ausencia de los efectos mentales buscados y la aparición en su lugar de cualquier efecto físico debería interpretarse en principio como una posible intoxicación por otra especie de setas. En ese caso conviene buscar ayuda médica, si es posible aportando algún espécimen de setas para su identificación, ya que muchos de estos cuadros tóxicos (típicamente los más graves) no se presentan de forma inmediata sino al cabo de unos días.

4. Potencial de adicción

La percepción social sobre las drogas asume que la drogodependencia es uno de los peligros irremediamente asociados a su consumo. La identificación entre «la droga» y los problemas sociosanitarios derivados del uso de heroína en décadas pasadas hace que la dependencia se perciba como el problema más grave asociado al uso de cualquier sustancia psicoactiva, sobre todo si ésta es ilegal.

La psilocibina se encuentra clasificada internacionalmente en la Lista I, que incluye sustancias con elevado potencial de abuso. Sin embargo, los criterios para su inclusión en esta lista son de tipo moral y no existen datos científicos sobre los cuales se sustente. La psilocibina induce tolerancia farmacológica de forma extraordinariamente rápida. El organismo *aprende* a identificar y eliminar la sustancia, de forma que es necesario incrementar las dosis para conseguir los mismos efectos. Así pues, la administración cotidiana de psilocibina resulta, desde un punto de vista farmacológico, virtualmente imposible.

Desde el punto de vista operativo, muchas drogas generan dependencia porque la realización de actividades de la vida cotidiana bajo sus efectos es posible o ventajosa. Así, algunas personas podrán sentirse más activas o menos tímidas utilizando cocaína o alcohol, y su uso habitual puede terminar provocando un problema de abuso o dependencia. Esta situación es impensable con los hongos psilocibios y con cualquier psicodélico en general: la modificación en el estado de consciencia es tan radical que resulta incompatible con una vida mínimamente ordenada, lo que limita su potencial de abuso. Para la inmensa mayoría de las personas, las experiencias con psicodélicos resultan tan abrumadoras o contundentes que sólo desean utilizarlos de forma ocasional o esporádica. De hecho, las admisiones a tratamiento en centros de dependencia por problemas derivados de adicción a psicodélicos son anecdóticas en todos los países que llevan este tipo de registros. Este bajo potencial de adicción se corrobora en estudios de administración de drogas a animales. En condiciones de laboratorio, los animales de experimentación pueden hacerse dependientes al alcohol, a los opiáceos o a las benzodiacepinas, pero no a la LSD o a la psilocibina, ante las cuales más bien desarrollan conductas de aversión.

5. Riesgos sobre la salud mental

Si hemos visto que la psilocibina es una sustancia extraordinariamente segura desde un punto de vista orgánico y con un escaso potencial de generar problemas de abuso o de dependencia, no sucede así sobre los aspectos mentales o psicológicos, donde se van a encontrar la mayoría de los riesgos o inconvenientes asociados a su consumo. De cara a una clasificación práctica, distinguiremos entre aquellos problemas que pueden presentarse durante la experiencia y los riesgos o peligros a medio plazo.

5.1. «Mal viaje»

Tanto en el lenguaje popular como en entornos más especializados, suele utilizarse el término «mal viaje» para definir un conjunto de síntomas psíquicos negativos o desagradables que pueden manifestarse durante una experiencia con psicodélicos. Las manifestaciones pueden variar desde ansiedad inespecífica hasta estados de terror y alucinaciones visuales incontrolables, ideas paranoides de persecución, sensación de alienación, de que el mundo no es real, o de muerte inminente.

De entrada, señalaremos que un «mal viaje puro» es tan poco frecuente como un «buen viaje puro». Una experiencia con psicodélicos nunca suele conllevar sólo una sucesión de imágenes beatíficas, sensaciones placenteras y percepciones místicas. Los

pensamientos negativos, momentos de ansiedad, percepciones visuales desagradables, dificultad para pensar... son normales y deben ser considerados como un elemento más del viaje. Sólo en la medida en que estos pensamientos o sentimientos sean muy prolongados en el tiempo, causen un malestar significativo o puedan dar lugar a conductas potencialmente graves (intento de agredir a otras personas o a uno mismo) precisarán intervención.

Existen distintos factores que pueden facilitar la aparición de sentimientos y pensamientos negativos. La falta de experiencia previa con psicodélicos, el desconocimiento acerca de los posibles efectos que pueden aparecer, una compañía o lugar inadecuados o no encontrarse en un buen momento anímico son algunas de las más típicas. Con respecto a las dosis, este tipo de problemas suele presentarse más con dosis bajas que con dosis elevadas. El motivo suele ser que, a dosis plenas, el viaje psicodélico se hace irremediable y el sujeto se ve de alguna manera *arrastrado* al estado de consciencia modificado. Con dosis bajas pueden presentarse muchas resistencias de tipo psicológico, a veces inconscientes, en las que el individuo pretende interpretar a través de los esquemas de pensamiento habitual las manifestaciones psicodélicas, facilitando la aparición de miedo o ansiedad. En cualquier caso, siempre existe un margen de imprevisibilidad e incluso preparando la experiencia de forma concienzuda en cuanto a dosis, contexto, compañía y momento es posible que se manifiesten estados no deseados.

Este tipo de reacciones negativas pueden controlarse muchas veces sin necesidad de intervención especializada. Para proporcionar ayuda conviene hablar a la persona de una forma tranquila, calmada, empática... Un cierto grado de contacto físico (abrazar, sentar en el suelo, ayudar a controlar la respiración...) suele ser útil. Conviene recordarle que está bajo los efectos pasajeros de una sustancia y que no se va a volver loco. Orientarlo en persona, espacio y tiempo (recordarle de forma constante quién es, dónde está y cuánto tiempo ha pasado desde que tomó la sustancia) también suele facilitar las cosas. Se debe escuchar a la persona e intentar razonar con ella, aunque sin ser impositivo, entrar en discusiones o dejarse arrastrar por sus razonamientos (este último punto es importante sobre todo si la persona que presta la ayuda se encuentra también bajo los efectos del psicodélico). En general, suele resultar útil animar a dejarse llevar por la experiencia y no a luchar contra ella, aunque es difícil dar una pauta de actuación general y cada caso concreto debe ser valorado con sentido común. Las personas que tienen alguna experiencia propia con psicodélicos y se hayan visto en este tipo de situación son las que con más facilidad podrán ofrecer este tipo de apoyo.

Si el malestar es significativamente grave y mantenido, existe riesgo para la salud propia o la de otros, y si las circunstancias del entorno no permiten la ayuda psicológica o ésta no es eficaz, conviene buscar ayuda médica especializada. El tratamiento médico

de estos episodios consiste en el aislamiento en un lugar que sea seguro para la persona y la administración de psicofármacos: las benzodiacepinas (diazepam, alprazolam, lorazepam...) son eficaces para reducir la ansiedad y el miedo pero no tienen efectos sobre las alucinaciones. Los antipsicóticos, sobre todo los conocidos como «atípicos» (como la risperidona), son selectivos sobre los receptores sobre los que actúa la psilocibina y por tanto eficaces para el control de los síntomas agudos. Los antipsicóticos «típicos», como el haloperidol, pueden potenciar los síntomas agudos pero son útiles si, tras la desaparición de los efectos, permanecen síntomas floridos como paranoia o ideas autorreferenciales. Finalmente, señalar que algunos especialistas en el tratamiento de psicoterapia con psicodélicos no consideran que este tipo de experiencias sean negativas, sino que ponen la atención en el hecho de que pueden ser muy beneficiosas para la persona en la medida en que sea capaz de superarlas.

5.2. Problemas a medio-largo plazo

En cualquier caso, cuando se presenta una experiencia negativa de una intensidad moderada o grave durante un viaje con psicodélicos, conviene que la persona esté acompañada no sólo durante la experiencia, sino que reciba también atención durante los días siguientes. Es necesario verificar que la experiencia ha sido correctamente integrada y que las ideas, sentimientos, pensamientos o percepciones extrañas han desaparecido. Como se explica seguidamente, este tipo de episodios puede representar en ocasiones el debut de un trastorno psiquiátrico.

Se ha escrito mucho acerca de la relación entre el uso de drogas y la aparición de trastornos psiquiátricos. La relación entre unos y otros se ha estudiado desde hace décadas, siendo difícil distinguir la investigación científica o epidemiológica de la simple propaganda antidroga. La idea de la «ruleta rusa» es un enfoque tan exagerado y simplista como lo sería considerar que los psicodélicos son siempre inocuos para la salud mental.

En concreto, el uso de psicodélicos se ha relacionado con el desarrollo de esquizofrenia y otros tipos de psicosis. Los psicodélicos no son simples «psicotomiméticos», pero existen similitudes y relaciones entre sus mecanismos de acción farmacológicos y bioquímicos y algunos procesos que se detectan en estas enfermedades. Los efectos de la LSD y la psilocibina se producen por interacción con los receptores de serotonina 5-HT_{2A} del cerebro. Resulta significativo que estos receptores tengan una concentración reducida y una configuración distinta en la parte frontal del cerebro de los pacientes esquizofrénicos.

Así, la cuestión fundamental es conocer en qué medida el uso de psilocibina puede facilitar el desarrollo de una psicosis persistente en el tiempo. En este sentido, los estudios más completos provienen de la investigación con LSD durante los años sesenta y setenta del siglo pasado, aunque parece sensato que puedan ser extrapolados a la psilocibina. Cohen⁵ describe síntomas psicóticos de más de dos días de duración en el 0,08% de los cinco mil voluntarios a los que se había administrado LSD en un período de tres años. En este mismo estudio, los síntomas psicóticos post-LSD fueron más frecuentes (0,18%) en pacientes con diagnóstico previo de enfermedad mental. En otro estudio británico publicado en 1971, el psiquiatra N. Malleon⁶ señalaba una proporción de 0,9% de reacciones psiquiátricas graves y persistentes en una población de 4 800 sujetos que habían recibido LSD.

Así, el desarrollo de un trastorno psicótico grave y persistente como consecuencia del uso de psilocibina parece una complicación posible pero poco frecuente. Las psicosis y la esquizofrenia se suelen explicar como el resultado de la acción de un factor desencadenante sobre una personalidad predispuesta. Se considera que determinados factores estresantes psicológicos (el divorcio de los padres, un desengaño sentimental, el servicio militar...) actúan como el detonante que desencadena una enfermedad en personas genéticamente predisuestas a desarrollarla. El elemento nuclear que define las psicosis es la «pérdida de contacto con la realidad» y, en este sentido, la experiencia psicodélica puede afectar a la forma y al significado sobre cómo esta realidad se percibe, en ocasiones de forma dramática. Una integración incorrecta o insuficiente de la experiencia en una persona predispuesta puede ser el factor que desencadene un trastorno psiquiátrico.

También convendrá distinguir el trastorno psicótico crónico (entendido como una enfermedad o patrón de conducta desadaptativo) de aquellas otras situaciones en las que la experiencia puede ser difícil de digerir, dando lugar a distintos síntomas de tipo psicológico que remiten al cabo de un tiempo. Algunas personas pueden presentar inestabilidad emocional, ansiedad o sentimientos depresivos días o semanas después de una experiencia intensa. Estos sentimientos pueden estar relacionados en ocasiones con recuerdos o experiencias reprimidas que afloran durante el viaje y que pueden manejarse bien con ayuda psicológica. Intentar clasificar, reordenar o dar significado a toda la gran cantidad de información recibida durante una experiencia puede llevar también su tiempo. Asimismo, puede traer como consecuencia que algunas personas lleguen a cambiar, en alguna medida, su escala de valores o sus planteamientos vitales.

5. Cohen, S. 1972. *Historia del LSD*. Madrid: Cuadernos para el diálogo.

6. <http://www.ewid.org/references/refs_view.php?ID=5136>

Otra de las complicaciones atribuidas a los psicodélicos son los *flashbacks*. Un *flashback* consiste en la reexperimentación involuntaria de los efectos psicodélicos que aparecen días, semanas o meses después de haber consumido. La música, la literatura y sobre todo el cine han utilizado también con frecuencia la idea del *flashback* en relación con sustancias alucinógenas (en películas de David Lynch o de Stanley Kubrick, por ejemplo) o como simple recurso estilístico.

Este problema está reconocido en psiquiatría y se conoce con el nombre técnico de «trastorno perceptivo post alucinógeno» (TPPA). Los criterios que deben cumplirse para diagnosticar un TPPA se encuentran recogidos en el *Manual de clasificación internacional de enfermedades mentales DSM-IV*. El diagnóstico de TPPA implica que estos efectos sean de una intensidad suficiente, que se presenten de forma espontánea sin estar bajo los efectos de una sustancia, que causen un malestar clínicamente significativo y que no puedan explicarse a través de otra enfermedad médica o psiquiátrica. En las personas que lo sufren, el TPPA puede presentarse durante años, lo que llega a afectar su calidad de vida de forma importante, sobre todo por el hecho de que el efecto pueda aparecer de forma espontánea en cualquier momento. Existen tratamientos farmacológicos (clonazepam, sertralina, naltrexona, paroxetina o clonidina) que mejoran los síntomas, aunque, curiosamente, otros psicofármacos (risperidona, olanzapina o clozapina) pueden empeorarlo.

Ahora bien, la frecuencia con la que aparece este trastorno (teniendo en cuenta las millones de dosis de alucinógenos consumidas en el mundo en los últimos cincuenta años) es ridícula. En 2003, los doctores Halpern y Pope publicaron en la revista *Drug and Alcohol Dependence* su estudio «Hallucinogen Persisting Perception Disorder: What Do We Know After 50 Years?», en el que revisaban de forma minuciosa todos los artículos científicos al respecto publicados desde los años cuarenta. En palabras de los autores, el trastorno es «real pero extraordinariamente infrecuente», tras la confirmación de unas pocas decenas de casos que corresponden realmente a la enfermedad.

6. Uso terapéutico para la cefalea en racimos

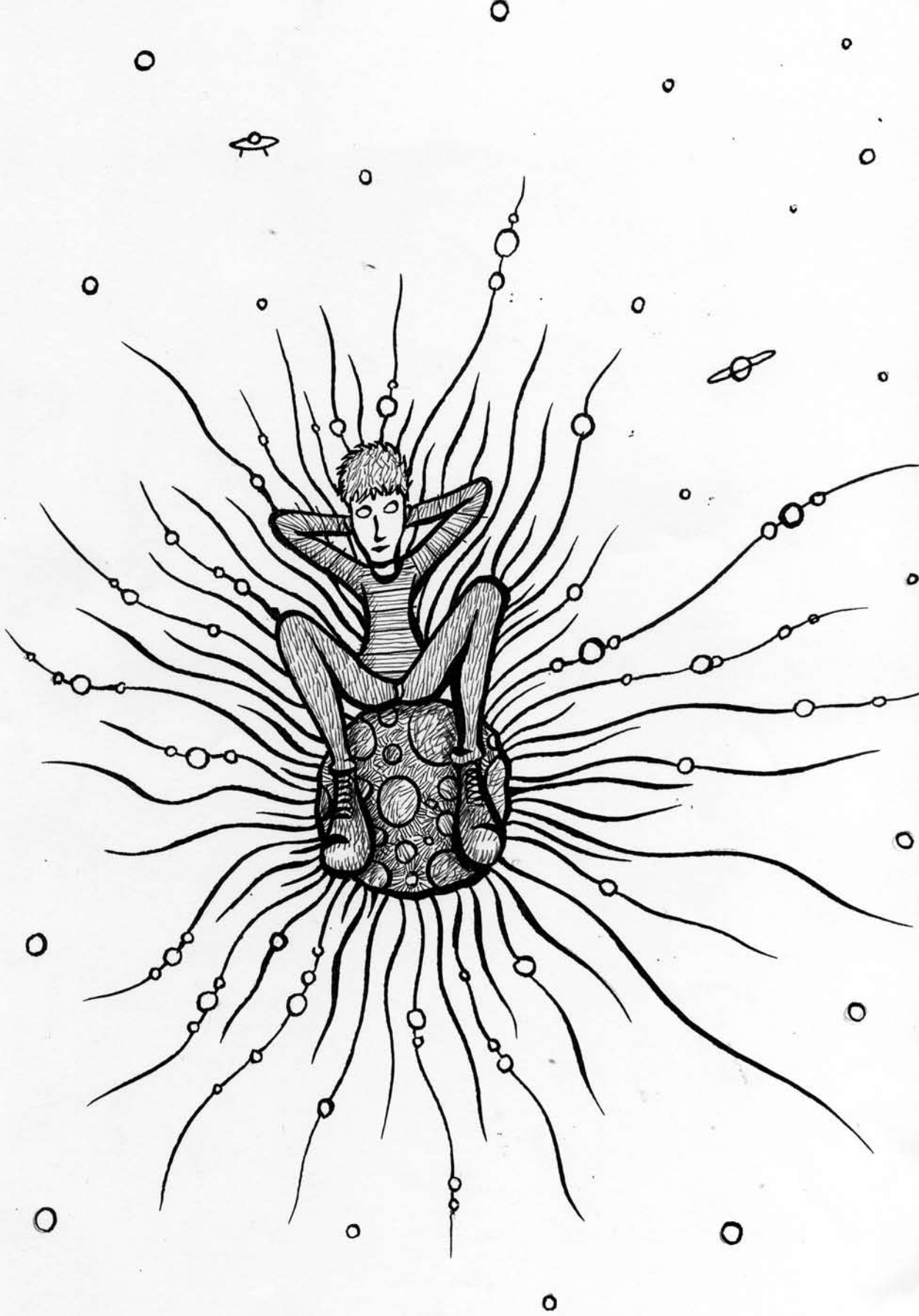
En el capítulo anterior se abordaron los posibles usos terapéuticos de la psilocibina como coadyuvantes de la psicoterapia. Para finalizar este capítulo, haremos referencia al papel de los hongos psilocibios en el tratamiento de una enfermedad orgánica, la cefalea en racimos. La cefalea en racimos (más conocida por su nombre en inglés, *cluster headache*) es un tipo de dolor de cabeza extremadamente intenso, debilitante, que tiende a repetirse en la misma zona de la cara o cuello. Es un trastorno poco frecuente, que afecta más a varones que a mujeres, que suele aparecer a intervalos regulares de 24-48

horas durante determinados períodos del año. Sus causas no se conocen y tampoco tiene un tratamiento específico eficaz en todos los pacientes. Se describe también como «cefalea suicida», pues es tal su intensidad que en ocasiones ha llevado a quitarse la vida a algunas personas.

En 2006, un equipo de investigadores publicó una serie de casos de 53 personas que habían consumido hongos con psilocibina o LSD con el objetivo de tratar sus cefaleas en racimo. De los 48 pacientes que habían utilizado hongos, el 52% referían que, tras la ingestión, el ataque había desaparecido, y un 37% adicional refería una efectividad al menos parcial en reducir la intensidad y duración del ataque. Además, en muchos de estos casos la dosis administrada de forma terapéutica era mucho más pequeña que la necesaria para obtener efectos psicodélicos.

Aunque se trata de resultados preliminares que deben ser confirmados en investigaciones más completas, el estudio resulta prometedor para el tratamiento de una enfermedad potencialmente grave y difícil de manejar. Datos recientes muestran cómo un derivado de la LSD no psicoactivo (la 2-bromo-LSD) también produce un efecto específico en el tratamiento de estas cefaleas.





IV

GESTIÓN DE PLACERES Y RIESGOS EN EL CONSUMO DE HONGOS PSILOCIBIOS

*Òscar Parés*¹

Con el tiempo aprenderás que hay diferencia
entre conocer el camino... y andar el camino.

(Matrix).

Hay una bonita teoría, forjada a lo largo de los últimos cincuenta años, e iniciada por el matrimonio Wasson, que desbanca a la prostitución del primer lugar del *ranking* de «profesiones antiguas», postulando el oficio de chamán como el primer agente que favoreció la cohesión, en términos de socialización, en el seno de los grupos humanos. Seguramente dicha tesis no sea agradable a oídos de algún machista, pero sí lo es a oídos de drogófilos y drogófilas. A los drogófilos machistas podríamos sugerirles que se reconcilien con su parte femenina y sigan leyendo.

Una definición parcial de chamán diría que es aquel agente encargado, dentro de una comunidad, de facilitar experiencias bajo estados modificados de consciencia que resultan útiles para vivir mejor. En nuestros días esta figura se ha fragmentado en múltiples y diferentes partes, como tantas otras figuras o roles después de miles de años de evolución. Antaño, era el propio chamán quien tocaba el tambor y daba las sustancias, ahora es el *disc-jockey* por un lado y el traficante por el otro quienes proveen dichos servicios a no pocos iniciados.

Ni el mejor de los chamanes nació enseñado. La faceta del chamán de los tiempos sin memoria que en el aquí y el ahora queremos invocar no es otra que la fundamental actitud del aprendiz: esa disposición a preguntarse, a interrogarse, a contrastar lo bueno y lo malo, para encontrar lo mejor. Quien tenga este libro delante seguramente buscará

1. ICEERS (International Center for Ethnobotanical Education, Research and Service) – <oscarparés@iceers.org>.

pistas que seguir, recetas que aplicar, enunciados para contrastar, reformular, incorporar u olvidar tan rápido como los ha leído. Y salvaguardará así el espíritu ancestral de los que se preocupan por sacarle jugo a la libertad de elegir.

La experiencia que tenemos al ingerir hongos es el resultado de una larga ecuación en la que entran en juego múltiples variables y constantes que debemos tener en cuenta. En la medida en que uno sea consciente del «margen de maniobra» que tiene con relación a lo que ingerirá y experimentará bajo el efecto de los hongos, puede evitar ciertos riesgos o efectos no deseados y favorecer los efectos buscados o deseados.

Si sólo pudiéramos dar una indicación a alguien que nunca ha tomado hongos u otro psicodélico, diríamos que lo haga con alguien que tenga experiencia previa y en quien pueda depositar su confianza. De hecho, esta suave y confortable palabra —confianza— esconde y enseña a la vez gran parte del secreto que se pone en juego al entrar en un estado modificado de consciencia como el que provoca la ingestión de hongos. Puesto que nuestro preciado lector dispone de su tiempo para dialogar con el libro, planteémosle una buena serie de argumentos.

Hasta el momento, la mejor formulación para desgranar las partes de la experiencia bajo el efecto de una droga son los ya clásicos *sustancia, contexto y persona*. Veamos, pues, algunos de los elementos de cada apartado.

En relación con la sustancia, lo más deseable es saber qué tipo de hongo vamos a ingerir, con el fin de conocer si tiene más o menos potencia psicoactiva. Todos los psicólibes atesoran psilocibina, psilocina, baeocistina y norbaeocistina como principios psicoactivos. Una premisa fundamental que debemos considerar es que cada ejemplar de hongo es diferente (incluso del hongo que ha crecido a su lado, y no digamos ya del que lo ha hecho en unas condiciones ambientales diferentes) y no podremos conocer a ciencia cierta el contenido exacto de principio activo. Esto no quita para que podamos recolectar una buena serie de elementos que habría que tener en cuenta.

Los dos alcaloides más psicoactivos, la psilocibina y la psilocina, se diferencian en que la psilocina es inestable, a saber, es más proclive a la oxidación que la psilocibina y se destruye al secar los hongos. Por el contrario, la psilocibina es más estable y se han llegado a encontrar restos de hongos con contenido de psilocibina de más de cien años de antigüedad. Los dos alcaloides son igualmente psicoactivos, puesto que la molécula de psilocibina es metabolizada por el hígado (por pérdida del radical fosfórico) en psilocina, la molécula que finalmente es activa en nuestro espacio sináptico.

Es importante tener en cuenta que hay dos fuentes principales diferenciadas de recolección de setas en nuestro contexto, a saber, las que se cultivan en casa y las que crecen de forma silvestre en las llanuras y pastos de, por ejemplo, Galicia, Asturias, Euskadi y Cataluña. Las más extendidas en el llamado mercado ilícito son las obtenidas

de cultivos controlados y no las silvestres. Podemos arriesgarnos sin ningún miedo a afirmar que las setas que más brotan del mercado negro son fundamentalmente del tipo *Psilocybe/Stropharia cubensis*. La complicación viene de la mano de la mercadotecnia, que en los últimos años ha propiciado la popularización de una interminable lista de sub-variedades de *cubensis*: *Mexicana* (la más difundida de todas ellas), *B+* (*be positive*), *Golden Teacher*, *Thai*, *Ban Hua Thai*, *Thai Koh Samui*, *Ban Phang Ka*, *Brazil*, *Amazonian*, *Tasmanian*, *PF Classic*, *PF Red Spore*, *Transkei*, *Z*, *Penis Emy*, *Malabar Coast*, *Florida Gulf Coast*, *Pensacola*, *Treasure Coast*, *Mazatatepec*, *Huautla*, *Matias Romero*, *Mexican Dutch King*, *Panama*, *San Isidro*, *Costa Rica*, *Puerto Rico*, *Keeper's Creeper*, *Orissa India*, *Phantasia Mystery*, *Nepal*...

Es evidente la influencia que tuvo en el bautizo de estas sub-variedades la demarcación geográfica donde fueron descubiertas por primera vez. Dada la facilidad que comparten el ser humano y el viento para transportar las esporas de un rincón del mundo al otro, el cruce de especies y la lista de nominados se encuentra en permanente y dinámica redefinición. Son interminables las discusiones en foros especializados sobre qué sub-variedad es la más potente. Pero desde la óptica de reducción de riesgos, agitando la bandera de la búsqueda de objetividad, no se puede hacer un *ranking* de potencias. Simplemente no hay suficientes estudios sobre el contenido de alcaloides psicoactivos entre todas estas sub-variedades de *Psilocybe cubensis* (las más extendidas debido a la facilidad y eficacia que ofrece su cultivo controlado). Y si veis algún catálogo por ahí, seguramente quien lo ha hecho tiene un interés comercial en ello: no sería de extrañar que la sub-variedad más ponderada resulte la más cara y la única que queda en *stock*, aparte de que, sospechosamente, la venderá quien redacte el anuncio.

Otras características que debemos tener en cuenta, que en cierta medida son más objetivables y de más interés para el cultivador, son la capacidad de producción o la rapidez de crecimiento de cada variante. La potencia de cada hongo podría fluctuar en función de otras variables como el substrato del que se alimente el micelio u otros parámetros del cultivo. No podemos pasar por alto otro factor que condiciona la percepción de la potencia de los hongos: la expectativa que uno tenga puesta en ellos. Es común entre los cultivadores pensar que su cosecha es más potente que la de los otros; sin duda le ha dedicado amor, cuidados y atención, atributos psicoactivos por sí mismos.

Otra variedad extendida son los *Panaeolus/Copelandia cyanescens* y *Panaeolus/Copelandia tropicalis* (*Hawaianas*, *Camboyanas*, *Jalisco*, *Jamaica*, *Tropicalis*). Pese a que los micólogos estadounidenses se refieren a este género como *Copelandia*, la mayoría de micólogos europeos prefieren la denominación *Panaeolus*. Podríamos decir que, a día de hoy, son sinónimos. Éstos son más difíciles de cultivar debido a su sensibilidad a los niveles de aire fresco, humedad y temperatura. Esta variedad de hongos se considera la más potente. Hay más o menos consenso en que estos ejemplares pueden resultar de dos a tres

veces más potentes que los *cubensis*. Susodicha información es fundamental y crítica, e ignorarla puede comportar que la experiencia vivida desborde la expectativa que teníamos al ingerirlos. En ese sentido, quienes quieran experimentar con hongos que no han consumido anteriormente, o de los cuales desconocen la potencia o dosificación, harían bien en pedir a alguien de confianza que les acompañe durante la experiencia. Dicha persona puede ser nuestro salvavidas o, en un sentido menos dramático, nuestro acompañante (lo que en términos post *new age* sería un facilitador).

Hay una tercera agrupación de hongos psicibios que conviene tener en cuenta. No se distingue de las dos anteriores por su familia genética sino por su forma o presentación. Denominada trufa (latín: *sclerotium*, plural: *sclerotia*), se trata de una masa compacta endurecida de micelio con contenido en psicibina. Ésta es producida cuando las condiciones ambientales no resultan favorables para que de la larga trama subterránea de micelio brote la flor, o aparato reproductor (léase: el hongo). Bajo este apartado encuadraríamos las más extendidas *Psilocybe tampanensis*, pero también se comercializan esclerocios de *Psilocybe mexicana* y *Psilocybe atlantis*. Todas ellas se encuentran en el mercado negro bajo sus particulares etiquetas: *Sclerotia*, *Esclerotia*, *Trufas*, *Piedras filosofales*, *Mexicana*, *Pajateros*, *Atlantis*. Las trufas contienen agua en un 60-70% de su peso, mientras que los hongos se componen de un 90% de agua. Dicha diferencia no es baladí. Justamente por ella, las trufas secas o deshidratadas resultan una tercera parte menos potente para el mismo peso que las *cubensis*. Y las trufas frescas pueden ofrecer casi el doble de psicibina que las *cubensis*. Todo esto se debe al hecho de que las trufas contienen tres veces más materia seca por cantidad de material fresco. Digamos que 30 gramos de trufas frescas tienen la misma potencia que 10 gramos de trufas secas, así como 30 gramos de *cubensis* frescos, en cuanto a potencia, equivalen a 2,5 o 3 gramos de *cubensis* secos.

En el norte de la península ibérica, a partir de unos 600 metros de altura, entre septiembre y octubre podemos encontrar con relativa facilidad en estado natural la variedad *Psilocybe semilanceata*, los llamados *monguis* o *bonguis*. En inglés son conocidos como *liberty caps* o *witch's hats*. Hay noticia de que también se han encontrado en campo abierto peninsular *Psilocybe cyanescens* y *Copelandia cyanescens*. Todos ellos tienen una predilección por brotar junto a las cacas de vaca. Es una pista apestosa pero efectiva si uno los quiere recolectar. Los *monguis* son pequeñitos, de 1 a 7 centímetros, y dorados. El problema de la dosificación resulta complicado, pues no es lo mismo comerse veinte *monguis* de dos centímetros que veinte de seis centímetros. A modo de orientación, unos treinta *monguis* de 3-4 cm equivaldrían a 2 g de *cubensis* secos. Se ha puesto de relieve que en los *P. semilanceata* hay presencia de feniletilamina. Dicho principio activo en el cerebro humano funciona como neuromodulador o neurotransmisor y está relacionado con la regulación del estado de ánimo, la energía y la agresividad. También se

encuentra presente en otros alimentos como el chocolate. En el estudio realizado se detectó una alta variabilidad en la concentración de dicho compuesto, encontrándose, como más alta, una concentración de 146 microgramos por gramo de *monguis* secos. Es notorio apuntar que, consumida oralmente, en la mayoría de los casos, debido a la rápida metabolización de la enzima MAO-B (monoaminooxidasa), la feniletilamina no llegará al cerebro en concentraciones significativas. Pero, en otra dirección, todo esto podría ayudar a explicar algunos efectos adversos acaecidos, como la taquicardia, que no está directamente relacionada con la ingestión de psilocibina².

Seguidamente pasamos a conocer otros dos hongos psilocibios de especial interés que brotan en el contexto ibérico. El primero de ellos es la *Psilocybe hispanica*. Este primo de los *monguis*, con menos psicoactividad que sus parientes (de entrada no parece la mejor presentación, pero es simplemente una estrategia conservacionista), fue descubierto por primera vez por Ignacio Seral, en 1998, en el Pirineo de Huesca. Hasta el momento, sólo se ha hallado en excrementos de caballo en el Pirineo aragonés y en el Pirineo central francés, a una altura de entre 1700 y 2000 metros. Su sombrerillo es de color marrón chocolate.

En Galicia encontramos los *Psilocybe gallaeciae*, que según Guzmán, uno de los micólogos con más prestigio del mundo, pertenece a la variedad *P. mexicana*. Esta especie fue reconocida como tal en 2003. Pese a que ambos «psilocibes ibéricos» no tengan más de quince años de historia oficial, sí la tienen oficiosa y ésta revela que han sido usados con fines recreativos por los micófilos de la zona. Hay indicios que apuntan que en Cataluña se pueden encontrar otros dos hongos con contenido psilocíbico: *Psilocybe subbalteatus* y *Panaeolus cyanescens*.

En otro orden de cosas, como referencia, si seguimos las publicaciones de nuestro oráculo virtual, *Erowid*, un estudio del reputado micólogo Paul Stamets³ muestra que, de más potente a menos, entre los tipos de psilocibes más populares encontramos: *azurescens*, *semilanceata*, *baeocystis*, *cyanescens*, *tampanensis* y *cubensis*. Para hacer cálculos en cuanto a dosificaciones, hay una herramienta en el colosal portal *Shroomery.org* llamada *The Magic Mushroom Dosage Calculator*⁴ que nos puede facilitar u orientar en alguna medida. Es cuestión de tiempo que se convierta en un *gadget* más en nuestros *smartphones*.

Como hemos aprendido de Escohotado, el arte de tomar drogas tiene que ver con la pericia en la dosificación: en ese sentido, una balanza de precisión será una herramienta de inestimable ayuda para desarrollar la virtud.

2. Beck, O.; Helander, A.; Karlson-Stiber, C.; Stephansson, N. 1998. Presence of Phenylethylamine in Hallucinogenic Psilocybe Mushroom: Possible Role in Adverse Reactions. *Journal of Analytical Toxicology* 22 (1): 45-49.

3. Disponible en: http://www.erowid.org/plants/mushrooms/mushrooms_info4.shtml.

4. Disponible en: <http://www.shroomery.org/6257/Magic-Mushroom-Dosage-Calculator>.

Un interrogante recurrente en las mentes de los consumidores de psilocibes, también conocidos como «*micófagos enteógenos*» o, por qué no, «*psilófilos*», emerge en forma de si es más potente el sombrero del hongo o el tallo (también llamado pie o pedúnculo). Los pocos estudios que hay al respecto muestran que existe una ligera diferencia a favor de los sombreros, pero en la práctica es casi imperceptible para el neófito. Deshagamos, pues, este mito: no es cierto que los sombreros sean mucho más potentes que los tallos. Lo más razonable al preparar una dosis será atender a la correlación entre los gramos de hongos (según la variedad) y el peso del consumidor: a más peso, más hongos.

En lo que sí parece haber cierto consenso es en que, durante el ciclo vital del hongo, la producción de psilocibina empieza en el momento en que el ejemplar nace y va aumentando hasta un punto máximo. Dicho momento, en el cual el hongo contiene más principio activo, es la fase justo anterior a que se abra o rompa la fina tela de debajo del sombrero que contiene las esporas del hongo. Una vez se rompe esa fina tela y el hongo sigue creciendo, se puede ver claramente el típico anillo rodeando el tallo del hongo. A partir de ese momento, la concentración de psilocibina va decayendo. Desde esta óptica no tiene mucho sentido esperar a que los ejemplares sean muy maduros, sino que es preferible recolectarlos cuando unos pocos ya han liberado las esporas pero una mayoría de ellos está a punto de hacerlo y otra gran cantidad aún son pequeñitos.

Hay dos formas principales de presentación de los hongos: frescos y secos. Una de las diferencias más notables es que la psilocina es inestable y se degrada cuando secamos los hongos; en cambio, la psilocibina se mantiene mucho más tiempo. Es conocido que la psilocibina se transforma en psilocina al ser metabolizada por nuestro hígado. Hay quien prefiere la presentación del ágape en su variable fresca, pero una ingestión de hongos no es una experiencia que se pueda improvisar (habitualmente) y los hongos frescos sólo se conservan unos días antes de pudrirse (de tres a quince días conservados en la nevera, nunca en el congelador ni tampoco en bolsas de plástico). Además, podrían resultar peligrosos para nuestra salud, aparte de prácticamente inactivos, psicoactivamente hablando. Dicha peligrosidad para la salud no tiene más misterio que cualquier otra ingestión de un alimento mal conservado y en proceso de putrefacción: se presentarían síntomas nada deseados como náuseas, vómitos, diarrea, dolor estomacal, dolor de cabeza, etc. Es cierto que náuseas y vómitos también se pueden dar tras ingerir psilocibes en buen estado, pero acaecen en la primera fase de la experiencia y de forma puntual. Todo esto dependerá de la sensibilidad de la persona al gusto y la textura de lo que vaya a ingerir y de la tolerancia de su estómago tras el *regalito* que le haya hecho. En este sentido, hay personas que agradecen camuflar/preparar los psilocibes con diferentes recetas para superar esta barrera (psico) fisiológica y dejarse llevar por el hongo con más facilidad. Lo veremos más adelante.

Puesto que en el párrafo anterior hemos acabado en un paraje relativamente escatológico, entre vómitos y náuseas, no dejaremos pasar la oportunidad de invitar a que se dejen de aplicar los lavados gástricos a las personas que llegan a los servicios de urgencias con intoxicación por hongos psicocibios. Dicha técnica médica sólo tiene sentido cuando la persona está asintomática; una vez se presentan los primeros efectos es mejor administrar una benzodiacepina para apaciguar la experiencia. Malpensando, se podría llegar a interpretar que en según qué prescripciones de lavado gástrico hay un sesgo que desprende cierto tufillo de castigo, digamos que se divisa una carga más moral que netamente científica en ciertos «protocolos médicos».

Un hongo que tenga mala pinta ante un examen visual y olfativo es mejor no ingerirlo, nada nuevo bajo el sol. Algo que nos da mal rollo, mejor no llevárselo a la boca. Si tenemos unos hongos o trufas que presentan algún punto de putrefacción, los podemos cortar y desechar, aprovechando así las partes que no presenten degradación orgánica.

Los hongos (o trufas) secos pueden conservar su potencia durante mucho tiempo si se han seguido unas cuantas precauciones durante su tratamiento de secado y conservación. Las cuatro principales amenazas para su óptima conservación son la luz, el calor, la humedad y el oxígeno. Cuanto mejor limitemos estos cuatro factores, más tiempo conservaremos la potencia de los llamados «niños santos».

Por lo que refiere al secado, ahí cada maestrillo tiene su blog o su *post*. En ese sentido, hay quien escoge simplemente dejar secar los hongos en un sitio ventilado y sin luz unos días y otros que prefieren incorporar diversas estrategias que optimicen el proceso. Hay dos variables que debemos controlar, a saber: la velocidad de secado y la textura de «galleta seca», que viene de *cracker dry* y es una muy buena imagen para designar la textura óptima para la conservación de los hongos secos. En el estado de *cracker dry*, el tallo del hongo no se dobla, se parte. Lo que garantiza dicha textura es que no queda agua dentro del hongo.

Para una primera fase del secado se recomienda extenderlos encima de un papel o una malla metálica y dejarlos a temperatura ambiente. Si situamos un ventilador cerca, al incrementar la circulación del aire, se acelera el proceso de secado. Podemos usar un calefactor, pero mejor que la temperatura no exceda los 30-40 grados centígrados. Esto nos permitirá extraer una cantidad considerable de agua del hongo. Para aquéllos que apliquen esta estrategia en un entorno en el que la humedad sea inferior al 40%, posiblemente con el ventilador durante unas 48 horas será suficiente y podrá secar del todo los ejemplares. Si no es así, o simplemente se quiere asegurar el mejor secado posible, pasaríamos a utilizar desecantes. Un desecante es una sustancia química con una alta afinidad al agua. Básicamente hay que distribuir el desecante dentro de un recipiente con cierre hermético, colocar un papel encima que no permita el contacto directo con

los hongos, situar éstos bien repartidos sobre el papel y echar el cerrojo. Recordar que se trata de los hongos que previamente hemos secado junto al ventilador: cuanto más secos estén, mejor rendirá el desecante. Al cabo de unas cuantas horas el desecante habrá absorbido el agua de los hongos. Si no ha sido suficiente, se repite el proceso. Normalmente el desecante se puede reutilizar unas cuantas veces, dejándolo reposar alguna hora en el horno (para que pierda el agua de nuevo). Los desecantes más utilizados, de menos a más efectivo, son el gel de sílice (el azul, no el blanco o transparente) y las sales de calcio, el cloruro de calcio y el sulfato de calcio (anhídros). Es importante remarcar que algunos desecantes pueden ser muy tóxicos en caso de ingestión, por lo que se deben extremar las precauciones durante el proceso de secado y también a lo largo de su almacenaje entre uso y uso.

Hay otras maneras de secar los honguitos, básicamente experimentando con el horno. El problema es que las temperaturas altas podrían destruir la psilocibina. Por eso, estas estrategias no son muy populares. Hay quien sugiere calentar el horno a unos 180° C, apagarlo al cabo de veinte minutos, abrir un poco la puerta y dejar que se enfríe durante cinco minutos. Seguidamente, poner los hongos pre-secados encima de varias hojas de papel de periódico y dejar la puerta abierta, y en unos veinte minutos estarán mucho más secos.

Otra forma consistiría en calibrar el horno a unos 30° C, enchufar el ventilador interno y que los hongos reposen dentro, con papel de periódico, durante tres o cuatro horas, e ir controlando el proceso de secado.

Una vez secados, una buena propuesta es conservarlos en la nevera, a poder ser en un tarro de vidrio (mejor que de plástico) en el que no entre la luz, con una tapa totalmente sellada. Quien tenga acceso a un electrodoméstico para conservar alimentos al vacío contará con un as en la manga en cuanto a conservación. Es importante que no quede nada de agua en el ejemplar, si no se degradaría o pudriría con el paso del tiempo. Un buen secado y conservación puede preservar la potencia de los hongos durante meses, incluso años.

Existen experimentos varios como hacer miel, o el llamado «vino dionisiaco», para conservar las propiedades psicoactivas en otros formatos (partiendo de hongos secos, no frescos). En este punto se multiplican exponencialmente las posibilidades. Una vez hemos superado el estadio del secado y conservación, pasamos a dilucidar sobre la preparación del ágape y su ingestión.

Hay una mayoría silenciosa que simplemente gusta de masticar bien los hongos y tragarlos. Los hongos secos saben un poco peor que los frescos. Para muchas personas el sabor es desagradable y buscan alternativas, y hay muchas. Podemos encontrar decenas de ellas en los foros especializados. Un argumento a favor del mascado es

que empezamos a absorber la psilocibina ya en nuestra boca y esto puede facilitar una absorción más rápida de los principios activos. Hay quien no ha acabado de mascar e ingerir su dosis de honguitos y ya siente los efectos, otros tienen que esperar treinta o cuarenta minutos. En este caso, es determinante lo vacío que tengamos el estómago. Bajo nuestro punto de vista, éste es un precepto que conviene seguir si queremos reducir riesgos y manejar mejor la experiencia. El precepto entra en crisis con los siguientes enunciados, pues muchas personas gustan de preparar los hongos con o entre otra comida como: bocadillos, *pizzas*, ensaladas, tortillas y cremas de chocolate o de cacahuete. Sin duda podremos camuflar el sabor pero incrementaremos las posibilidades de sufrir efectos gástricos no deseados y la subida de los efectos se demorará unos diez o veinte minutos más, pudiendo llegar a los sesenta minutos. Hay quien tira de antieméticos ante la expectativa de las molestias.

Otra posibilidad es trabajar con líquidos, como el jugo de naranja o limón, el té de hongo, añadir hongos al té, o hacer sopas. Seguramente, después de la ingestión a pelo o, mejor dicho, a diente, la siguiente forma más popular sea el té. Durante mucho tiempo ha pesado la incertidumbre sobre en qué medida el calor acelera la destrucción de la psilocibina. Según *Erowid*, la disparidad de opiniones sobre el binomio psilocibina y calor en el té no es una controversia, es un malentendido propiciado por datos incompletos. El quid de la cuestión es que hay algunos tipos de hongos psilocibios que parecen funcionar mejor o peor ante esta técnica de extracción. La evidencia sugiere que los *Psilocybe cyanescens* soportan peor el hervido. En todo caso, la experiencia ha probado que podemos preparar tranquilamente el té hirviendo: hay reportes que aseguran su psicoactividad después de hervir los hongos durante veinte minutos. Una receta que ha mostrado su efectividad consistiría en: triturar los hongos en un molinillo de café, poner a hervir unos 150-200 ml de agua por persona, retirar del fuego, añadir polvo de hongos (y otro té si queremos camuflar un poco el sabor), remover de vez en cuando durante cinco minutos, colar el té, agregar un poco de agua fría o hielo y abrocharse el cinturón, que vienen curvas. Otra variante, sin trituración de por medio, aconsejaría tres extracciones de quince minutos cada una en agua con limón (unos dos limones en total y dos bolsitas de té intercaladas en el proceso, junto con bastante azúcar o miel).

Como sabemos, el cementerio está lleno de héroes: hay quien ha probado la inyección intravenosa de jugo de psilocibes o se ha fumado en un porro sus hongos. Lo primero es digno de una compulsión pasada de vueltas, y lo segundo, un derroche de hongos (parecido a lo que pasa con los nevaditos de cocaína más tabaco).

Otro derrotero que podemos encauzar consiste en encapsular los hongos triturados. Se pueden rellenar cápsulas con el polvo de los hongos pasados por el molinillo de café. Esta preparación tiene sus pros y contras. Es muy laboriosa, pero existen recursos

para optimizarla, véase «*Cap-M-Quik*» en *Youtube*. A la vez, encapsular permite una exacta y equitativa dosificación entre los iniciados, una buena conservación y facilidad de transporte.

Una vez examinados los campos fúngicos del secado, la conservación, la preparación de las dosis y su ingestión, pasamos a completar el mosaico recopilando algunas interacciones que se deben tener en cuenta entre hongos psilocibios y otras sustancias psicoactivas.

Sin duda no es nada sensato y sí del todo desestimable empezar a mezclar sustancias sin conocer antes bien sus propiedades por separado. Hay mezclas intrínsecamente peligrosas. Es conocido que la potencia de la psilocibina se puede ver incrementada hasta casi doblarse si se ha tomado previamente un inhibidor de la MAO como la harmina o la harmalina. Las semillas de la planta *Peganum harmala*, también conocida como *Ruda siria*, usada tradicionalmente desde la región oriental del Mediterráneo hasta India, contienen un 4% de su peso en betacarbolinas, que son compuestos químicos que actúan como IMAOs. Debido a que en condiciones normales la MAO endógena puede que degrade una parte de la psilocibina en el tracto gastrointestinal, si se bloquea dicha enzima con un compuesto tipo IMAO, la cantidad de psilocibina que llegará al cerebro puede que sea mayor que en condiciones normales (que la psilocibina se degrade endógenamente vía MAO aún está por confirmarse científicamente, al margen de que algunos psiconautas intrépidos manifiesten que la experiencia se intensifica entre dos y tres veces más cuando se mezclan IMAOs y psilocibina que cuando se toman los hongos solos). Hay que ser, pues, extremadamente cuidadosos al combinar IMAOs y triptaminas. Desde aquí desaconsejamos este tipo de experimentos: si alguien quiere experimentar con dosis más altas, más que mezclar con otras sustancias, simplemente que ingiera más cantidad de hongos. En todo caso, quien quiera ahondar en dicha senda le recomendamos previamente la lectura en *Erowid* de las entradas «*Foods to Avoid with MAOIs*»⁵ y «*Drugs to Avoid with MAOIs*»⁶ (comidas y drogas que se deben evitar cuando se toman IMAOs). Nos jugamos desde un buen viaje hasta una crisis hipertensiva o, en el peor de los escenarios, la muerte.

Por lo que refiere a mezclas con psicoactivos más populares, en primer lugar desaconsejamos beber alcohol, especialmente el de alta graduación, pues puede provocar molestias estomacales y enturbiar la experiencia.

Fumar tabaco durante la experiencia resulta placentero para los fumadores, con el riesgo de fumar más de lo planeado dada la posible dispersión del navegante.

5. Disponible en: <http://www.erowid.org/chemicals/maois/maois_info2.shtml (en inglés)>.

6. Disponible en: <http://www.erowid.org/chemicals/maois/maois_info3.shtml (en inglés)>.

Respecto al cannabis, dependerá mucho de la relación que tenga cada persona con dicha sustancia. Por lo general, los que están más o menos habituados a sus efectos manifiestan que intensifica la experiencia. Pero matizan que durante la subida de los hongos los cannabinoides pueden acompañar suavizando la entrada al mundo psicocíclico, durante la meseta de la experiencia potenciará la ascensión a la cumbre, y durante la bajada puede llevarnos a recuperar momentos álgidos de la vivencia o a tener una entrada más acompasada a la realidad ordinaria. Aquéllos que no conozcan bien cómo les sienta el cannabis o a quienes habitualmente les afecte sobremanera, mejor que descarten este plato del menú psicoactivo. En cualquier caso, no hay riesgo de fumar mucho vista la afectación sobre la psicomotricidad fina que se produce en el neófito; traducimos: bajo los efectos de la psilocibina, liarse un porro resulta una odisea. Por otro lado, las propiedades antieméticas de la marihuana pueden ser de utilidad en según qué situaciones, especialmente durante la subida, cuando se pueden presentar náuseas.

Los estimulantes como el *speed* o la cocaína van a disminuir los efectos psicodélicos de los honguitos, y el estómago se puede resentir. Ningún interés presenta tampoco la mezcla con opiáceos.

El combo más popular es el formado por psilocibes más MDMA, conocido como *MX Missile* (M de *mushrooms* y X de *XTC*) o *hippie-flip*. En este *mix* hay unas cuantas variantes: se pueden tomar las sustancias juntas o por separado, o se puede tomar primero una o la otra; cada combinación tendrá sus matices, sus detractores y sus entusiastas. El maestro Shulgin alaba las virtudes de tomar los hongos al cabo de cuatro o cinco horas tras la toma de MDMA, prolongando así la empatía y la calidez. Otros prefieren tomar la MDMA primero y a los treinta minutos consumir la dosis de psilocibes: de esta forma se suavizan las dos subidas, creando una interesante sinergia. Nuestro estimado DDAA del blog *Narcoguerrilla* nos hace notar el potencial de esta mezcla como afrodisíaco, remarcando la importancia de controlar la dosis de hongos para que predomine el efecto del éxtasis.

Hay psiconautas que han experimentado con ketamina durante los efectos cumbre de los hongos. El efecto disociativo de la ketamina bajo una experiencia enteógena puede, sin duda, llevar a tan atrevido consumidor a las puertas del cielo o del infierno (o a ambos lugares a la vez). Segura o deseablemente, quien se encauce por este camino se habrá preparado lo suficiente como para sacar sus propias conclusiones y establecer pautas de seguridad. Lo contrario sería una temeridad. Algo parecido ocurre con la *Salvia divinorum* fumada, pudiendo llegar a perder con facilidad la consciencia de uno mismo durante muchos minutos. Estas dos mezclas implican muchos riesgos que conviene considerar y son potencialmente bastante peligrosas sin un acompañante de confianza.

La LSD y los hongos psilocibios inducen tolerancia cruzada y esto explicaría por qué después de tomar una no se perciban los efectos de la otra.

Por último, mezclar hongos psilocibios con otros psicodélicos fuertes, como 2C-B, DMT (dimetiltriptamina), mescalina, etc., no tiene claros atractivos dada la superposición de efectos y lo impredecible y poco llevadera que puede resultar la mezcla.

Después de haber discernido sobre muchas de las variables que se presentan al ponernos las gafas de la reducción de riesgos cuando examinamos la sustancia en sí, pasaremos a pivotar ahora sobre el llamado *setting* o contexto, es decir, en qué lugar y bajo qué condiciones nos tomaremos los hongos.

Lo anteriormente dicho respecto a las características del hongo es particular a esa sustancia pese a que algunas de las indicaciones, como las mezclas, podrían ser extensivas a otros enteógenos como la LSD. Todo lo que viene a continuación se podría perfectamente extrapolar a estados modificados de consciencia propiciados por cualquier enteógeno y, en todo caso, no pretende ser más que una oferta de ideas para que el lector disponga de más información para elegir de forma más responsable. Dicho de otra forma, la información que podáis encontrar en otros textos, como el de Jordi Bernabeu en el libro *LSD* (Ediciones Amargord), tiene pleno interés y compatibilidad con lo seguidamente expuesto. En efecto, a continuación hablaremos de factores más cualitativos que no tienen por qué ser tomados en consideración de una forma estricta o unívoca, puesto que en este terreno lo que para uno es dogma para otros es pecado. Y esto es justamente un síntoma de la desaparición de las estructuras rituales en nuestra sociedad. En un ritual arcaico lo que tenía más peso en la vivencia del iniciado venía más determinado por el contexto (la puesta en escena del chamán actuando y la comunidad acompañando) que por todas las variables anteriormente expuestas con relación a la sustancia en sí. Bajo este prisma, los antropólogos se dieron cuenta del peso que tiene la «eficacia simbólica», esto es: pese a que dos aguas salgan de la misma fuente, no te sientes igual si te echan en la cara agua bendita o agua del váter.

Hay una diferencia radical entre tomar una dosis baja de hongos o una dosis alta. Con dosis bajas, menos de un gramo de *cubensis*, es más probable que la persona pueda gestionar la experiencia en contextos en los que acaezcan «posibles sorpresas» sin que ello afecte demasiado negativamente a su vivencia del globo. Muchas veces es justamente esto lo que se busca al ingerir una dosis baja. Al vivir una noche de fiesta bajo el prisma de una ligera intoxicación psilocílica todo puede resultar más divertido, irónico, descantillado, intenso, imprevisible, etc. De alguna forma las cosas triviales pueden resultar de mucho interés. Las convenciones sociales se ven psicodélicamente distorsionadas y justamente esto, en un contexto festivo, que por definición tiene una tendencia al desorden, puede ser la aventura buscada. En este caso encontraríamos

riesgos asociados como la conducción de vehículos, la mezcla con otras drogas, las posibles consecuencias legales si nos pilla la policía en un control, u otros riesgos más recurrentes en los espacios de ocio como el de perder los papeles, las pertenencias, estar toda la noche buscando la máquina de tabaco o darse cuenta de lo fácil que resulta ensuciarse «por arte de magia».

A medida que se incrementa la potencia de la experiencia sería aconsejable reducir la posibilidad de que se produzcan interferencias. Una interferencia es un concepto muy amplio: en física es cualquier proceso que altera, modifica o destruye una onda durante su trayecto en el medio en que se propaga. Muchos consumidores han referido que el estado alterado de consciencia producido por los enteógenos es como si de repente su cerebro sintonizara con otra frecuencia. Algo parecido a descodificar la información que nos rodea y que ésta se procese con otros receptores distintos a los que usamos estando sobrios. Entonces, una interferencia es algo que intrínsecamente nos puede dar otra onda, sea buena o mala. En todo caso, estando muy colocado de psilocibina es aconsejable que las interferencias sean planificadas y no inesperadas, pues las segundas podrían desencadenar estados de malestar, agobio, ansiedad, paranoia, etc. Por ejemplo, tomar hongos en tu cuarto mientras tus padres miran la tele puede tener consecuencias familiares imprevisibles si de repente tu madre quiere hacerte un *colacao* antes de dormir. O incluso *colocao* sin el *colacao*. Esta exageración, en otra escala, bien podría ser atender a una llamada de teléfono en un momento crítico del viaje, puesto que puede enturbiar la experiencia, además de dejar *tofli* («to *flipao*») al que llama y obligarte a dar una explicación plausible la próxima vez que haya comunicación (si no te ha dado por imposible vista la delicada coherencia de tu conversación).

Por eso es tan importante elegir bien la compañía y el sitio. También ayudará tener a mano algunos recursos que nos puedan ser de utilidad, como una buena selección de música para acompañar la sesión, ropa acorde con el sitio y las condiciones de temperatura, líquidos para beber, algún instrumento por si queremos experimentar con la creatividad del momento (tener en cuenta que puede interferir en la experiencia de los demás), material para pintar o trabajar con las manos, un buen sofá, un saco de dormir y un largo etcétera forjado a base de ensayo y error, de la finalidad que se quiera trabajar durante el estado modificado de consciencia, de las capacidades o intereses de los integrantes del grupo...

De hecho, a dosis altas, el hongo deja literalmente tumbada a la persona. El cuerpo deja de ser algo prioritario y fácil de coordinar y, en consecuencia, es mejor no empecinarse en ello. Llegado ese punto, lo más aconsejable es intentar encontrar una posición confortable y entregarse a la experiencia sabiendo compartir lo estrictamente necesario con los acompañantes.

Hay un escenario en que la ingestión de hongos psilocibios no tiene parangón, y es el contacto con la naturaleza. La separación del bullicio de la urbe depara unas condiciones que permiten al iniciado redescubrir muchos implícitos en la madre naturaleza que hace tiempo le dejaron de sorprender, de asombrar e incluso de atemorizar. Ante la grandiosidad de una hormiga o la belleza y el saber estar de una piedra, uno se puede fundir con la eternidad del devenir y, por algunos momentos, ser y no ser lo que sea.

Y, en último lugar, y no por ello menos importante, está el factor llamado *set* o persona. Cada personita lleva consigo una mochila llena de cosas más o menos bonitas, más o menos útiles, más o menos latentes... Por esto, por muy milimetrados que tuviéramos todos y cada uno de los parámetros que hemos expuesto en este capítulo y fuéramos capaces de aplicarlos de igual y exacta manera a dos personas distintas (el mismo tipo de hongo, la misma cantidad, la misma dieta, en el mismo sitio...), siempre, absolutamente siempre, la experiencia es única, irrepetible y en gran parte inefable. Es decir, lo vivido es de una magnitud irreducible a palabras o conceptos. No se puede comunicar por completo. Ciertamente es que, en función de la cantidad de hongos ingerida, esto se pondrá más o menos de relieve; es decir, a medida que se incrementa la dosis se comparte menos la experiencia y pasa a ser cada vez más individual e introspectiva, llegando a no ser posible la comunicación ordinaria.

Cuando hablamos de dosis altas, se dice que «los hongueros expertos realmente conocen su mierda»; bueno, de ahí lo de la mochila que se ha mencionado en el párrafo anterior. Bajo un estado modificado de consciencia cada persona se sumerge en su interior o, visto desde otro prisma, su interior emerge y tendrá que enfrentarse con lo que se encuentre. Y a veces salpica.

Entonces, para concretar, si la persona se quiere iniciar o tiene poca experiencia y no dispone de alguien más experimentado que le facilite la iniciación, lo más recomendable sería empezar por dosis bajas y, a medida que se conozcan los efectos, ir aumentándolas en las siguientes sesiones. Si la persona se va a iniciar con alguien que tiene experiencia, es muy importante que sienta confianza en su capacidad para cuidar de él. En caso de que afluieran pensamientos incómodos, es muy importante tener clarísimo que se está bajo los efectos de una sustancia y que en unas pocas horas disminuirá su efecto. Aquéllos que tienen experiencia con los hongos dicen que para cambiar de rumbo en medio de una tormenta basta simplemente con no olvidar que es posible hacerlo. Cambiar de ambiente es un gran recurso para oxigenar una experiencia angustiosa. Los tres miedos más recurrentes bajo estos estados son el miedo a la locura (total o transitoria), a la intoxicación permanente y a la muerte.

Puesto que nos encontramos en el capítulo de la gestión de los riesgos y los placeres, no nos podemos despedir sin sacar a colación a quien es considerado como el pri-

mer y seguramente más influyente teórico del placer: el filósofo Epicuro de Samos, que vivió en Grecia hacia el 300 a. C. y formuló las primeras leyes de la reducción de riesgos y gestión de placeres. Decía que todo placer, por el hecho de que tiene una naturaleza apropiada a la nuestra, es un bien. Aunque no ha de elegirse cualquier placer, porque algunos aportan más males, para uno mismo o para el otro, que bienes. El placer es principio y fin del vivir feliz, el principio de cualquier elección o rechazo; pero es necesario elegir: para eso sirven la prudencia (por lo que respecta a uno mismo) y la moral (en lo que se refiere a los demás). Para resumir, no es posible vivir placenteramente sin vivir con prudencia, honesta y justamente. El placer es la meta, pero no siempre el camino. Sabias palabras.

Lo que nos permite sacar a la luz Epicuro es justamente el tema de la moral en relación con las terceras personas. Nada más lejos de nuestra voluntad que enmarañarnos en códigos éticos para aquellas personas que inician a terceros en el consumo de enteógenos. Pero sí ofrecer alguna idea para fomentar la responsabilidad en ese sentido. Iniciar a alguien, por muy de buen corazón que se haga, implica hacerse responsable de la persona durante la experiencia hasta que ésta haya aterrizado. De hecho, lo más deseable sería que el facilitador cuidara al iniciado antes, durante y después de la experiencia. No nos referimos a un cuidado asfixiante, sino a una búsqueda de complicidad, una buena sintonía. Quien inicie a una tercera persona lo debería hacer para vivir conjuntamente lo bueno y lo malo. Compartir estas prácticas y conocimientos propiciará que se establezcan unos lazos muy fuertes entre esas personas: de alguna forma, esa vivencia permite «acortar pasos» en el típico itinerario que recorreremos al conocer a una persona, hacernos amigos, parejas, etc.

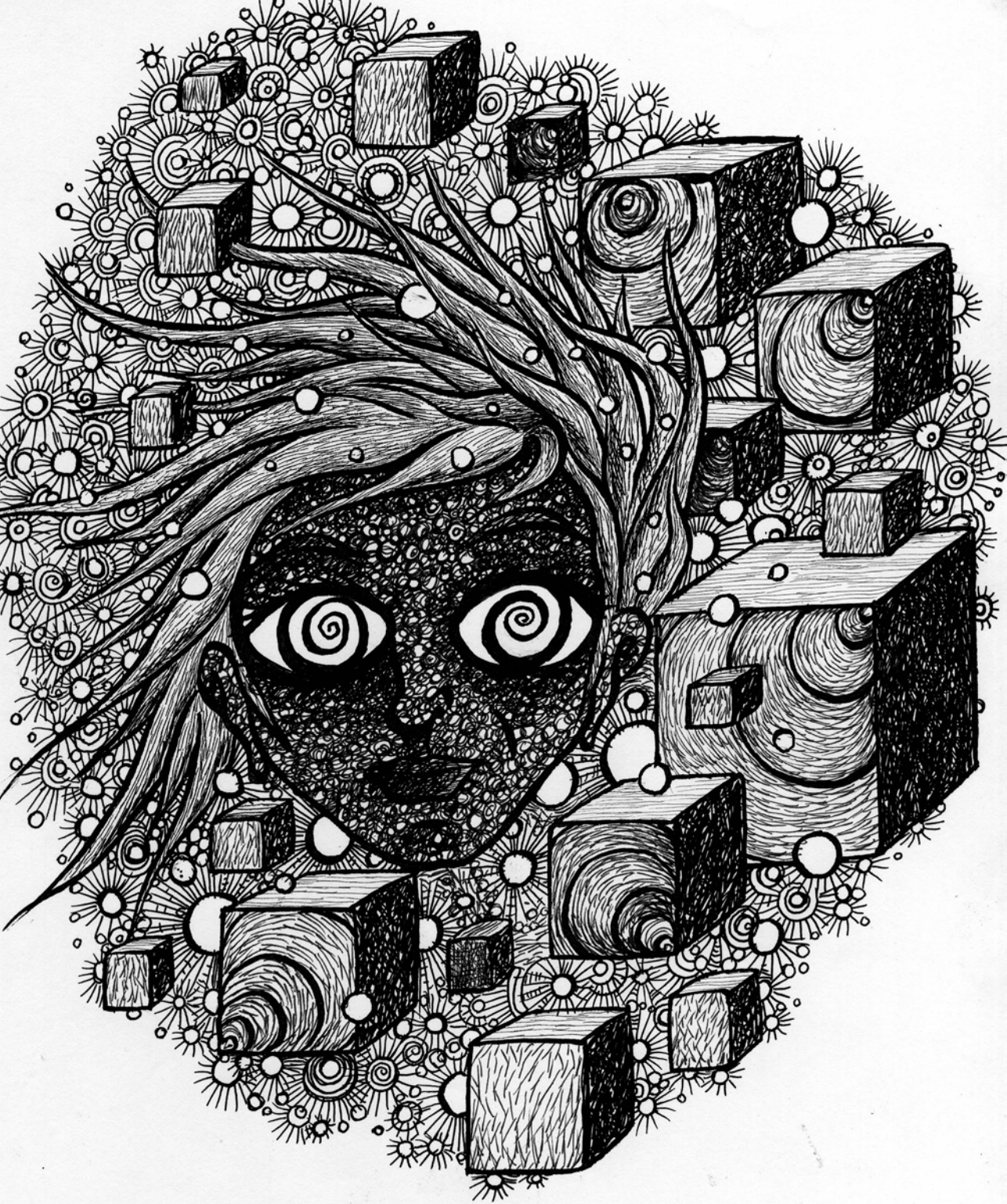
Permítaseme ahora una digresión. Tal y como se ha expuesto en este libro, sabemos muchas cosas, seguramente; el libro que nuestro apreciado lector tiene entre manos es de lo más nuevo y actualizado en lengua española a día de hoy, ¡qué suerte para todos! Pero por mucho que uno haya leído decenas de libros, tenga mucha experiencia con enteógenos, crea que lo sabe todo e incluso predique que «tiene poderes», los estados modificados de consciencia constituyen un gran reto para nuestra capacidad de entender, ya que hablamos del gran misterio de la consciencia. Se ha escrito bastante acerca de ello, especialmente a partir de la irrupción de la LSD. Referentes de la cultura psicodélica como Alexander Shulgin o Stanislav Grof han dado forma a su conocimiento y experiencias con interesantes conceptualizaciones. Incluso la editorial Amargord publicó un libro titulado *Cartografías de la experiencia enteogénica*⁷ en un intento de mostrar los diferentes mapas que se han trazado desde distintas perspectivas acerca de la experiencia con enteógenos.

7. Aguirre, J. C. (Ed.). 2007. *Cartografías de la experiencia enteogénica*. Madrid: Amargord.

Al respecto, queremos dejar volar un par de ideas a modo de globo sonda y que se pierdan en la imaginación de cada cual. Sin rigor científico, analizando la fenomenología de las experiencias bajo enteógenos, uno se percata de dinámicas recurrentes, de las cuales dos emergen aquí en este texto: los roles y las palabras. Hay una dinámica social que se pone en juego al interactuar y es que las personas tomamos roles y muchas veces nos enquistamos en ellos: el listillo, el gracioso, el autoritario, el chulo, el líder, el ocurrente, el despistado, el que está *out*... Esto es más o menos práctico en un doble sentido. Por un lado, la gente «nos conoce»: de alguna forma nos puede prever, entender, empatizar, reconocer e incluso despistar cuando uno no está muy fino. Por otro lado, uno mismo sabe lo que se espera de él y actúa en consecuencia; digamos que sería raro que el que nunca se ríe o no hace bromas de repente fuera un cachondo mental. Es lo que habitualmente se conoce por etiquetar al personal, poner etiquetas. Las etiquetas son útiles porque nos simplifican el hecho de interactuar en sociedad. No sería muy ágil conocer a todas las personas que nos rodean con la misma profundidad o levedad. Entonces, puede resultar terapéutico, o no, analizar el juego de roles que se pone en danza en las experiencias bajo estados modificados de consciencia. Las personas atribuimos significados a las otras personas y éstas moldean la propia vivencia. Cuando uno está bajo el efecto de un enteógeno se ve a sí mismo diferente de su estado ordinario y lo mismo le pasa con los otros. Esa sinergia puede ser fuente de grandes aprendizajes porque integrar lo que uno ve de sí mismo desde fuera le permitirá saber mejor qué sitio ocupa en este asombroso mundito.

Y, por último, las palabras. No hay nada más psicoactivo que las palabras. Otra dinámica que se repite al compartir experiencias bajo enteógenos tiene que ver con la recurrencia de ciertas palabras o conceptos durante el transcurso del efecto de la sustancia. Llegado cierto punto del efecto de los hongos (en dosis altas), los iniciados abandonan de alguna forma su manera de estar en el mundo y por ende de comunicarse. Las palabras pasan a ser más una herramienta que permite sosegar cierta ansiedad provocada por la complejidad de expresar la vivencia. La persona no puede dar forma a lo que experimenta, pues en cierta medida le sobrepasa, le sorprende, ya que, por ejemplo, la propia noción del espacio y el tiempo se relativizan. Lo que habitualmente necesitaría un comentario de treinta minutos pasa en tres segundos. Entonces se consensúan, de una forma más o menos formal, dos, tres, cuatro, cinco palabras que van saliendo a lo largo de la experiencia y que significan mucho más que el significado literal de la palabra en sí. En ocasiones, estas palabras u objetos funcionan como una especie de «desatascadores» o «salvavidas» que facilitan la transición entre situaciones más o menos divertidas. Muchas veces, esta función la cumplen también una suerte de amuletos que cada persona lleva consigo o que comparte con los otros. O también objetos que fortuita o predispuestamente durante la sesión pasan a tener esa utilidad. No vamos a descubrir ahora los tótems.





V

LOS HONGOS VISIONARIOS Y SUS REFERENTES CULTURALES

Igor Domsac¹

El primer encuentro entre los homínidos y los hongos que contienen psilocibina puede datarse antes de la domesticación del ganado en África, hace más de un millón de años. Durante este periodo de un millón de años, los hongos no sólo se recogían y comían sino que posiblemente alcanzaron el estatus de culto. La domesticación del ganado, un gran paso en la evolución cultural humana, al acercar tanto el ganado a los humanos, trajo también consigo un mayor contacto con los hongos, debido a que éstos sólo crecen entre los excrementos del ganado. A causa de ello, la codependencia intraespecífica humano-hongo aumentó y mejoró. Fue en esta época cuando nació el ritual religioso y se crearon los calendarios y la magia natural.

Poco después, los humanos tuvieron conocimiento de los hongos «visionarios» de las praderas africanas y, del mismo modo que las hormigas cortadojas, nos volvimos también especies dominantes en nuestra área, y también aprendimos formas de «mantener a la población a buen recaudo en refugios subterráneos». En nuestro caso, estos refugios fueron ciudades valladas.²

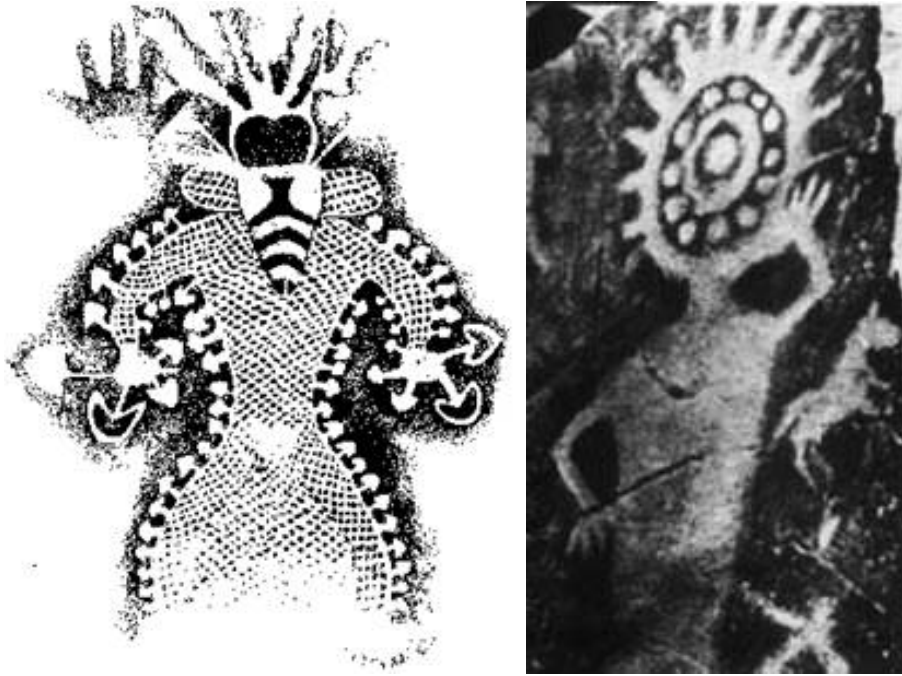
Traviesos, juguetones, enigmáticos maestros que transmiten su asignatura alienígena por el ingrátido sendero del humor más inocente, libre de prejuicios programados, los hongos mágicos se han erigido como objeto de reverencia desde los albores de la humanidad. El vestigio más antiguo de su uso es un mural con más de ocho mil años de antigüedad, descubierto en el desierto de Tassili (Argelia), que representa este tipo de delicias visionarias³.

Los faraones del antiguo Egipto convirtieron el consumo de hongos en privilegio exclusivo de la clase dirigente. Los celtas denominaban a estos seres «hijos de una

1. Periodista, padre y creador multidisciplinar. Actualmente divide su tiempo entre su hijo Aiur y la asociación Alter Consciens (<<http://www.alterconsciens.tk>>), dedicada a la investigación y divulgación de actividades en la frontera entre las artes escénicas, las nuevas tecnologías y los diversos estados de la consciencia.

2. McKenna, T. 1992. *El manjar de los dioses*. Barcelona: Paidós, p. 45.

3. Mientras este libro estaba en proceso de edición, se publicó un artículo en la revista *Economic Botany* según el cual el vestigio más antiguo de uso de hongos psilocibios ya no sería el de Tassili, sino un mural prehistórico localizado en Selva Pascuala, Cuenca. Ver la sección de «Cierre» [N. del E.].



Imágenes rupestres halladas en el desierto de Tassili. 6000-8000 a. C.

noche», mientras que los antiguos griegos los consideraban alimento de los dioses. De la Grecia clásica se conserva un bajorrelieve procedente de Farsalia que muestra a Deméter, diosa madre, y Perséfone, su hija, reina del inframundo, sosteniendo un hongo. Las dos diosas eran las figuras principales de los misterios de Eleusis. Allí, quienes se sometían a la iniciación, de carácter secreto, recibían una bendición espiritual en forma de visión inefable que les mostraba cómo vivir más allá de esta vida. Deméter, dadora de vida y dispensadora de muerte cíclica, constituye útero y tumba, al igual que la Pachamama de los indígenas americanos. Su hija, Perséfone, encarna la doncella del renacimiento y la regeneración, identificada con la luna, la primavera, las serpientes y el mundo subterráneo. Ambas viven juntas manteniendo los ciclos de la vida cósmica. A medida que madura, la hija se aleja de la madre y recorre distintos lugares, haciendo florecer cuanto encuentra en su camino. Un día, unos lamentos la atraen hasta el mundo subterráneo de los muertos, quienes, al ver la luz, detienen sus gemidos. Perséfone se queda a vivir con ellos, convirtiéndose en su reina y sacerdotisa, y ofreciéndoles el fruto del árbol de la vida. Su estancia allí representa el otoño: la naturaleza se despoja de lo viejo en espera de lo nuevo, el mismo proceso que atraviesan las almas de los



Perséfone y Deméter, 470 a. C.

difuntos, a las cuales Perséfone inicia para su ingreso en otra forma de vida. Ante la ausencia de su hija, Deméter se repliega asumiendo el rostro de Hécate, diosa invernal, una anciana sabia, oculta en las raíces y las hierbas curativas, bajo la tierra, dentro de las cuevas, donde la vida se refugia hasta completar su ciclo. El retraimiento de la madre y el descenso de la hija al inframundo manifiestan a la dispensadora de muerte y renacimiento, resguardando en lo profundo de su ser divino y de cada ser vivo la llama de la vida en estado de latencia.

En una vasija griega procedente del sur de Italia y fechada en el tercer cuarto del siglo IV a. C., Perseo corta con una hoz la cabeza de la gorgona Medusa, que descansa junto a un árbol, en una escena presidida por hongos. De hecho, el mito de Perseo parece describir el ritual mágico de recolección de un hongo visionario. En el mito, cuando el héroe se dirigía al territorio de Tirinto, sació su sed con el líquido de una seta (en griego, *mykes*). En agradecimiento, fundó allí su nueva acrópolis, Micenas. Resulta probable, por tanto, que la civilización micénica comenzara con un viaje de setas, uno de los ingredientes principales de la *ambrosía* de Dionisio.

Algunas teorías afirman que el maná mencionado en la Biblia (Éxodo, 16:14) podría constituir una sustancia enteógena, e incluso ciertos autores han sugerido similitudes con el hongo *psilocybe*. Además, se han descubierto motivos artísticos que señalan la presencia de un uso de estos hongos en Kerala (India) y en la Europa medieval. Se tra-



Perseo y Medusa, jarrón griego, s. IV a. C.

ta, pues, de una de las sustancias visionarias que más ha influido en la cultura humana, responsable para algunos de la génesis de las religiones.

El segundo de los salterios ingleses asociados a Canterbury, el llamado *Salterio de Eadwine* (1150 d. C.), contiene varias ilustraciones con referencias fúngicas y visionarias: la historia de Adán y Eva, el sermón en la montaña de los hongos... Desde Jesucristo tentado por un chamán-demonio sobre un campo de setas de colores hasta imágenes que sugieren que el propio profeta constituía el sacramento, que Jesús era un hongo. El libro se completaba con sendos tratados de numerología y quiromancia.

En América, los relatos de los primeros conquistadores europeos y las reliquias, frescos y alfarería rescatados de la memoria de los abuelos indígenas a lo largo de todo el antiguo territorio maya (donde se han hallado figuras de piedra en forma de hongo del año 1000 a. C. al 500 d. C.) revelan que la ingestión de los «niños de luz» constituía un sacramento importante en los ritos religiosos de diversas culturas mesoamericanas, desde el valle de México hasta el istmo de Tehuantepec.

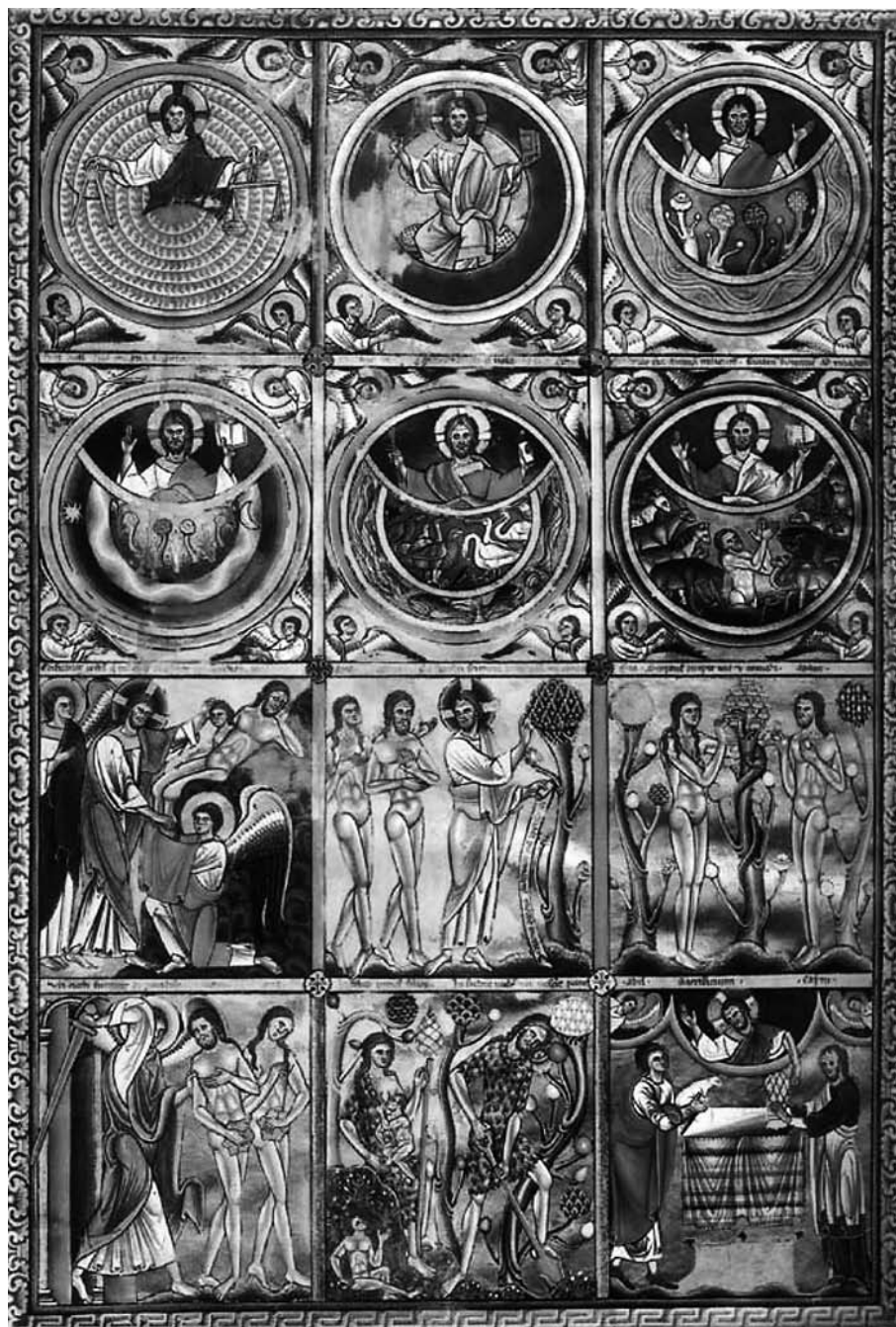


Salterio de Eadwine, 1150 d. C.

Los primeros hallazgos escritos pertenecen al siglo XVI, cuando autores como Fray Bernardino de Sahagún, Francisco Hernández o Jacinto de la Serna describían el efecto embriagador que producía la ingestión del *teonanácatl*, «carne de los dioses», y las extrañas alucinaciones, los sueños multicolores, visiones demoníacas, accesos de hilaridad, excitación erótica, sopor y bienestar que producía la ingestión de estas setas durante los ágapes celebrados en la vida comunitaria. El doctor Francisco Hernández, médico del rey de España, menciona tres tipos de hongos narcóticos venerados. Después de describir los venenosos, afirma que:

Otros, cuando se comen, no causan la muerte sino la locura que en muchas ocasiones es permanente; su síntoma es una especie de risa incontrolable. [...] Existen otros que, sin inducir a risa, producen visiones de todo tipo, tales como guerras e imágenes de demonios. Hay otros que son muy apreciados por los príncipes en sus fiestas y banquetes. Se procuran en vigiliias imponentes y terribles que duran toda la noche.⁴

4. Schultes, R. E. y Hofmann, A. 1993. *Plantas de los dioses. Orígenes del uso de los alucinógenos*. México: FCE, p. 145-146.



Salterio de Eadwine, 1150 d. C.



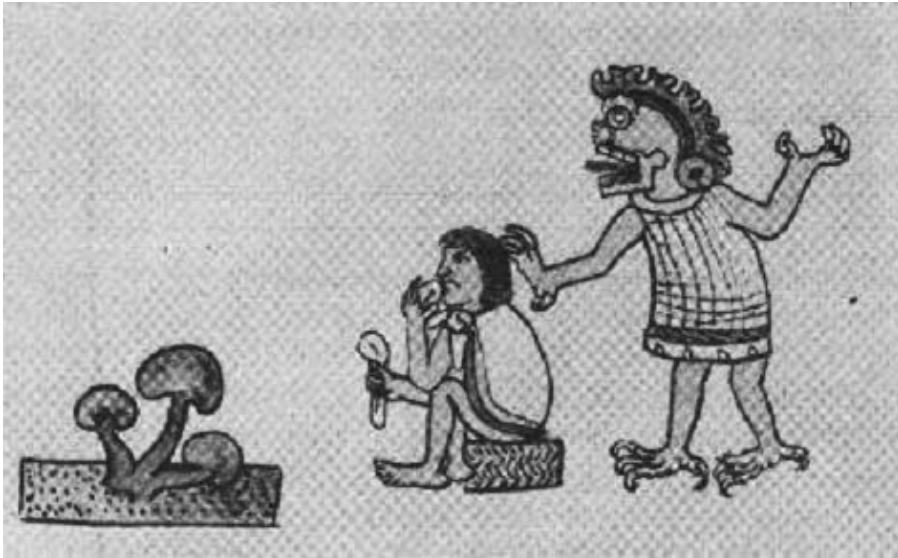
Ejemplo de representación de hongos en las culturas precolombinas.

Fray Diego Durán, en su *Historia de las Indias de Nueva España e islas de la tierra firme*, relata las ceremonias celebradas con motivo de la consagración de Moctezuma II, el último emperador azteca:

Se dio a comer a los forasteros hongos silvestres, con el fin de que pudieran embriagarse; después de lo cual les indujeron a la danza. Terminado el sacrificio, con los peldaños del templo y el patio bañados en sangre humana, se dirigieron todos a comer hongos crudos, alimento que les hacía perder la razón y les dejaba a todos en peor estado que si hubieran bebido mucho vino. Se encontraban embriagados y privados de la razón, hasta tal punto que se suicidaban y gracias al poder de esos hongos, tenían visiones y se les revelaba el porvenir. El diablo les animaba mientras se encontraban en estado de embriaguez.⁵

Los monjes franciscanos que acompañaron a Hernán Cortes durante la conquista de México denunciaron la comunión demoníaca que practicaban los aztecas. En su *Historia de los indios de la Nueva España*, Fray Toribio de Benavente (Motolinía) describe una antigua ceremonia con *teonanácatl*:

5. Durán, D. 1967. *Historia de las Indias de Nueva España e islas de tierra firme*. México: Editorial Porrúa. En: Rey Bueno, M. 2008. *Historia de las hierbas mágicas y medicinales*. Madrid: Ediciones Nowtilus, p. 159.



Dibujo mexicano del siglo XVI.

[...] tenían otra manera de embriaguez que los hacía más crueles, era con unos hongos o setas pequeñas, [...] de allí a poco rato veían mil visiones y en especial culebras; y como salían fuera de todo sentido, parecían que las piernas y el cuerpo tenían lleno de gusanos que los comían vivos, y así medio rabiando se salían fuera de casa, deseando que alguno los matase, y con esta bestial embriaguez y trabajo que sentían, acontecía alguna vez aborcarse, y también eran contra los otros más crueles. A estos hongos llámanles en su lengua teonanácatl, que quiere decir carne de Dios o del demonio que ellos adoraban y de la dicha manera con aquel amargo manjar, su cruel dios los comulgaba. [...] Algunos cantaban, otros lloraban porque estaban ebrios. Los había que estaban sin voz; se sentaban como absortos, en la pieza en que se reunían. Unos creían morir y lloraban en su alucinación; otros se veían comidos por una fiera; otros se figuraban que hacían preso a un enemigo en la pelea; éste que sería rico; aquél que tendría muchos esclavos... Pasada la embriaguez platicaban entre sí de sus alucinaciones.⁶

Se supone que la potente mezcla de psicoactivos provocaba algún tipo de catarsis. El bebedor relataba sus conflictos y confesaba todos sus delitos, sintiéndose posteriormente muy aliviado. De éste y otros relatos se desprende que, en la época precolombina, los hongos sagrados se consumían en ceremonias públicas, costumbre muy difundida y festejada hasta que los alargados brazos de la Inquisición se dedicaron a perseguir aquellas prácticas profanas, condenadas desde entonces a la clandestinidad.

6. Benavente de Motolinía, T. 2007. *Historia de los indios de Nueva España*. Barcelona: Linkgua, p. 33.

Se especula que estos seres podrían haber formado parte de la farmacopea de las brujas europeas y las tradiciones paganas durante la Edad Media, aunque no se dispone de documentos concluyentes que prueben tales hipótesis, excepto, quizás, el hallazgo de un par de medallones y la expresión en euskera con que se conoce a estos hijos del trueno, «sorgin zorrotz» (literalmente, «bruja picuda»).

La tempestad, última obra teatral de Shakespeare, escrita en 1611, refleja de forma evidente los conocimientos mágicos, psicológicos y filosóficos del autor. En ella se presentan los hechizos de Próspero, rey de una isla desolada —un territorio libre en que los hombres pueden comenzar de nuevo—. Sus poderes mágicos, procedentes de duendes cuyo pasatiempo consiste en hacer brotar setas en la noche, despiertan tempestades, abren las tumbas y manipulan a los hombres. El mago, que tiene la vida de todos sus enemigos en sus manos, decide sin embargo perdonar a quienes le traicionaron e intentaron asesinarlo.

La persecución cristiana del *teonanácatl* se inició en 1656. Debido a su ignorancia, a su vocación católica monoteísta y a sus pretensiones de conquista, los invasores prohibieron, junto con el culto a los antiguos dioses mesoamericanos, el consumo de las «plantas diabólicas del Nuevo Mundo». Ese año aparece una guía para misioneros que ataca la idolatría indígena, incluyendo la ingestión de hongos. Los escritos que condenan al *teonanácatl* van acompañados de ilustraciones que lo denuncian. En una de ellas aparece el diablo incitando a un indio a comer hongos; en otra, el diablo danza sobre ellos⁷. Así describía el culto proscrito un clérigo del Santo Oficio:

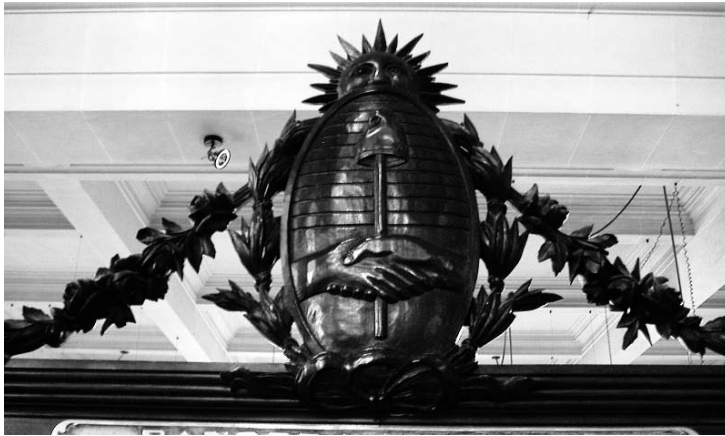
*Para recogerlos, los sacerdotes y viejos, distinguidos como ministros para este engaño, van a las colinas y pasan casi toda la noche dando sermones y rezando supersticiosamente. Al amanecer, cuando empieza a soplar cierta brisa que ellos conocen, salen en su búsqueda, atribuyéndoles divinidad. Cuando se comen o beben, causan intoxicación, privan de sus sentidos a aquellos que los ingieren y les hacen creer mil absurdos.*⁸

Tras esos primeros escritos de los viajeros españoles, se produjo un silencio sepulcral: los hongos se volvieron invisibles y su consumo se mantuvo en secreto durante siglos, sin dejar rastro, o sin que hasta el momento se haya encontrado evidencia alguna. Lo que sí podemos asegurar es que estos encapuchados geniecillos de pícaros quehaceres han pervivido a pesar de las afrentas recibidas por el ser humano, permitiendo a algunos pueblos amerindios conservar su identidad frente al etnocidio invasor.

El término anglosajón «*liberty cap*» no sólo se utiliza para referirse al *Psilocybe semilanceata*, sino también al tipo de gorro que llevan los pitufos. Conocido igualmente como «gorro frigio», sirvió de atuendo a los esclavos romanos emancipados como símbolo de

7. Brau, J. L. 1973. *Historia de las drogas*. Barcelona: Bruquera.

8. Schultes y Hofmann, *op. cit.*, p. 156.



*Desde Francia hasta Estados Unidos o Argentina, el gorro frigio sobre la lanza, sospechosamente similar al *Psilocybe semilanceata*, se ha convertido en emblema de la libertad.*

su nueva libertad. Es a su vez uno de los atributos del dios Mitra en el mitraísmo, cultura que sirvió de cimiento sobre el que se edificó el cristianismo. A menudo se representa en lo alto de una lanza con evidentes connotaciones fúngicas y, como tal, ha sido retratado en textos alquímicos y cientos de escudos heráldicos a través de los siglos, incluso en la simbología masónica. Durante la Independencia de Estados Unidos y la Revolución francesa fue adoptado como símbolo de la libertad. Todavía aparece en muchas banderas nacionales, dentro y fuera de Estados Unidos, donde podemos encontrarlo incluso en el escudo del ejército, que afirma con orgullo: «esto defenderemos».

En *Alicia en el país de las maravillas* (1865), Lewis Carroll describe los efectos cognitivos de los hongos: deformaciones somestésicas, macropsia, micropsia y alteraciones fantásticas de la imagen corporal experimentadas por la niña después de ingerir trozos de una enorme seta sobre la que reposa una gran oruga que fuma plácidamente en una

pipa de agua, entre muchos otros referentes psiconáuticos. Hoy en día siguen apareciendo versiones de la obra en los más diversos lenguajes artísticos.

Ya en los orígenes del cine encontramos setas gigantes que cambian de tamaño, habitadas por mágicos seres, en *Le voyage dans la lune (Viaje a la luna)*, dirigida en 1902 por Georges Méliès.

A finales de los años treinta, algunos investigadores americanos, como Reko, Weitlaner y Johnson, confirmaron que los nativos de ciertas zonas recónditas del sur de México aún ingerían setas con propósitos mágicos. En los cuarenta, el etnobotánico Richard Evans Schultes atrajo de nuevo la atención sobre el *teonanácatl*. Oakes Ames, director del Museo Botánico de Harvard, había influido en sus investigaciones de estudiante con el uso ritual de peyote por los kiowa de Oklahoma y con su descubrimiento de la identidad perdida de especies mexicanas alucinógenas como el *teonanácatl* y el *ololiqui*. Motivado por la lectura de las crónicas del siglo XVI, Schultes realizó su investigación de doctorado sobre los aspectos económicos de la flora del nordeste de Oaxaca.

Posteriormente, el banquero estadounidense Robert Gordon Wasson y su esposa Valentina Pavlovna, considerados los padres de la etnomicología, decidieron recabar todo lo que pudieran sobre las setas, para esclarecer el colapso entre la tradición micófila de él y la cultura micófila de ella. Esta labor, ejercida durante su tiempo libre, les condujo a un incansable viaje de treinta años en el que rastrearon canciones populares y etimologías de palabras. Robert Graves envió a los Wasson un recorte de prensa en el que se mencionaba un artículo de Schultes sobre rituales con hongos en un pequeño pueblo de Oaxaca. Tras varios intentos frustrados, el 29 de junio de 1955, Wasson asistió a una velada con la célebre curandera María Sabina, desvelando al entendimiento de un occidental la realidad de las experiencias fúngicas. En sus posteriores trabajos tras el árbol del conocimiento, el matrimonio investigó todos los rastros del uso de enteógenos en diversas religiones de Europa, Asia y América. Se pueden inspeccionar sus hallazgos, entre otros libros, en *El hongo maravilloso: teonanácatl*, así como en *Mushrooms, Russia and History*, la obra clásica de la etnomicología. En *La última cena de Buda*, Wasson estudia la relación de un posible hongo psicoactivo con los orígenes del budismo.

Otro fenómeno que cautivó nuestra atención es que desde las épocas más remotas los hongos silvestres aparecen rodeados del aura sobrenatural que los antropólogos llaman maná. Incluso el nombre en inglés de tales hongos, toadstool (literalmente asiento de sapo), significó quizás originalmente demonic stool (asiento del demonio) y se aplicó en concreto a un hongo alucinante de Europa. En la Grecia y Roma antiguas se creía que ciertas variedades eran procreadas por el rayo. Nuestras investigaciones acerca de este mito, carente de toda base científica, demostraron que tiene aún creyentes entre los pobladores de países separados entre sí por grandes distancias, como los beduinos, hindúes, persas y pamirios, tibetanos, chinos, filipinos, maorís de Nueva Zelanda y hasta zapotecos mexicanos... Este cúmulo de pruebas nos llevó hace muchos años

a formular una premisa audaz: quizás en tiempos prehistóricos remotos nuestros antepasados hayan adorado un hongo divino, lo que explicaría la aureola de poder sobrenatural que parece envolver al hongo. Nosotros fuimos los primeros en exponer la hipótesis de la existencia de un hongo divino en la cultura primigenia de Europa, y esta conjetura, a su vez, planteó otra interrogación: ¿Qué clase de hongo adoraron aquellos pueblos y por qué?

Nuestra hipótesis no resultó demasiado desacertada. En Siberia existen seis pueblos primitivos (tanto que los antropólogos los consideran reliquias de museo, ideales para el estudio de la cultura primitiva) que celebran ritos mágicos con hongos alucinantes. Los dayacas de Borneo y los aborígenes del monte Hagen de Nueva Guinea emplean unos hongos similares. En China y Japón, según una antigua tradición, hay un hongo divino «de la inmortalidad»; y en la India, conforme a cierta escuela, después de comer hongos en su última cena, Buda se sumió inmediatamente en el Nirvana.⁹

Entre los testimonios arqueológicos de los Wasson destacan el descubrimiento de la escultura del «príncipe de las flores embriagantes», Xochipilli, o los frescos de Teotihuacán, en el alto valle de México, que representan al hongo cerca de Tlaloc, divinidad del rayo y de las aguas, donde los sombreretes de los hongos se sucedían, simbolizados con dos círculos concéntricos, a lo largo de un arroyo. Su nombre en náhuatl, *apipiltzin* o «pequeños hijos de las aguas», relaciona a los hongos con el dios de las lluvias. En la lengua matlatzínca se les conoce como *ne-to-chu-táta*, «queridos dioses pequeños», y en mazateco, *ndxjítjo*, «aquello que hace brotar».

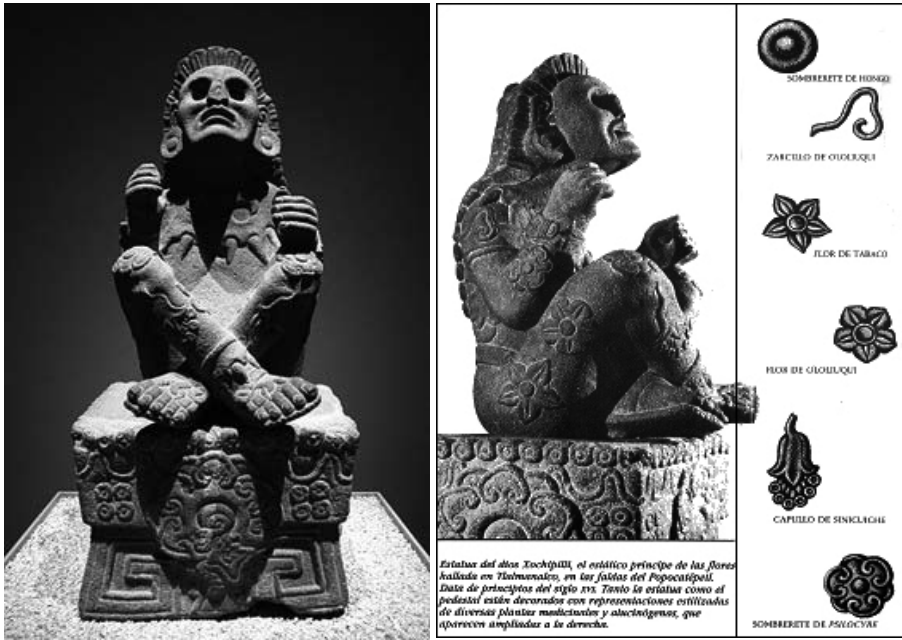
Para los mazatecos, estas setas constituyen símbolos de un misticismo especial que las convierte en objetos adorables a la vez que temidos. Creen que brotan milagrosamente, enviadas desde extraños dominios por medio de los truenos. En palabras de María Sabina, la sabia mazateca más conocida:

Hay un mundo más allá del nuestro, un mundo lejano, cercano e invisible. Ahí vive Dios, viven la muerte, los espíritus y los santos; es un mundo donde todo ha sucedido y todo se sabe. Ese mundo habla, tiene un lenguaje propio. Yo repito lo que me dice. Los hongos sagrados me llevan y me traen al mundo donde todo se sabe. Son ellos, los hongos sagrados, los que hablan en una forma que yo puedo entender. Yo les pregunto y ellos me responden. Cuando regreso del viaje, digo lo que ellos me han dicho, me han mostrado.¹⁰

El micólogo Roger Heim, director del Laboratorio de Criptogamia del Museo de Historia Natural de París, después de probar los hongos sagrados con Wasson, consiguió identificarlos y clasificarlos botánicamente. Tras infructuosos intentos por aislar los principios activos, envió una muestra a los laboratorios de Sandoz, en Basilea, donde trabajaba Albert Hofmann, descubridor de la LSD, que aceptó el encargo y probó

9. Wasson, R. G. 1957. En busca del hongo mágico. *Life en español*, 3 de junio. Disponible en: <<http://www.imaginaría.org/wasson/wasson.htm>>.

10. Schultes y Hofmann, *op. cit.*, p. 156.



Xochipilli, figura que representa, según Hofmann, Wasson y Schultes, un éxtasis enteógeno.

en carne propia sus efectos. Así relataba su primera experiencia, con treinta y dos especímenes secos de *Psilocybe mexicana* (2,4 gramos):

Después de media hora el mundo exterior comenzó a transformarse de modo peregrino. Todo adquirió un carácter mexicano. Como yo era plenamente consciente de que podía fantasear estas escenas mexicanas debido a mi conocimiento del origen mexicano de las setas, intenté conscientemente ver mi medio ambiente tal cual lo conocía de todos los días. Pero todos mis esfuerzos por ver las cosas con sus formas y colores habituales fracasaron. Con los ojos abiertos o cerrados veía únicamente motivos y colores indígenas. Cuando el médico que controlaba el ensayo se inclinó por encima de mí para medir la presión sanguínea, se convirtió en un inmolador azteca, y no me habría sorprendido de que blandiera un cuchillo de obsidiana. Pese a la seriedad de la situación me divertí ver que la cara teutónica de mi colega había adquirido una expresión netamente india. En el punto álgido de la embriaguez, unos noventa minutos tras la ingestión de las setas, el aflujo de las imágenes internas —en general eran motivos abstractos de forma y color rápidamente cambiantes— se hizo tan enorme, que temí ser arrastrado a ese vórtice de formas y colores y disolverme en él. El sueño finalizó unas horas más tarde. Subjetivamente no podría haber indicado cuánto había durado este estado vivido de modo totalmente atemporal. Sentí el reingreso a la realidad acostumbrada como un retorno feliz de un mundo extraño, vivido totalmente como real, al viejo hogar familiar.¹¹

11. Hofmann, A. 1980. *LSD. Cómo descubrí el ácido y qué pasó después en el mundo*. Barcelona: Gedisa, p. 129-130.



María Sabina, mujer chamán.
Diana Profilio, acrílico sobre lienzo.

Posteriormente, otra nueva hornada de etnomicólogos, entre los que se encontraban Jonathan Ott, Jeremy Bigwood, Andrew Weil, Jochen Gartz, Giorgio Samorini o Paul Stamets, continuaron desentrañando el misterio que rodeaba a los hongos visionarios. Otro entusiasta de ese «mundo donde todo se sabe» fue el poeta británico Robert Graves, que conocía estos hongos desde su infancia en Gales y especuló sobre su influencia en la religión griega arcaica y la precolombina. En el prólogo de su edición revisada de *Los mitos griegos*, en 1960, escribía:

Yo mismo he comido el hongo alucinante llamado psilocybe, una ambrosía divina utilizada por los indios mazatecos de la provincia de Oaxaca, en México; he oído a la sacerdotisa invocar a Tlaloc, el dios de los hongos, y he visto visiones transcendentales. Por este motivo convengo totalmente con R. Gordon Wasson, el descubridor americano de este rito antiguo, en que las ideas europeas acerca del cielo y el infierno pueden muy bien haberse derivado de misterios análogos. Tlaloc fue engendrado por el rayo; también lo fue Dioniso; y en el folklore griego, como en el mazateca, también lo son todos los hongos, llamados proverbialmente «alimento de los dioses» en ambos idiomas. Tlaloc llevaba una corona de serpientes, y Dioniso también. Tlaloc tenía un refugio bajo el agua, y también lo tenía Dioniso. La costumbre salvaje de las Ménades de arrancar las cabezas de sus víctimas podría referirse alegóricamente al desgarramiento de la cabeza del hongo sagrado, pues en México jamás se come el tallo. Leemos que Perseo, un rey sagrado de Argos, se convirtió al culto de Dioniso y dio a Micenas ese nombre por un hongo que encontró en aquel lugar y que al arrancarlo descubrió una corriente de agua. El emblema

de Tlaloc era un sapo igual que el de Argos; y de la boca del sapo de Tlaloc en el fresco de Tempeñtilla brota una corriente de agua. ¿Pero en qué época estuvieron en contacto las culturas europea y la de América Central?

Robert Graves pertenecía a la *generación beat*, grupo de jóvenes escritores estadounidenses de los años cincuenta que empezaron a interesarse por la filosofía oriental y la ecología. Rendidos a los ácidos y a los hongos psicotrópicos, escritores y artistas como Jack Kerouac, Allen Ginsberg, Timothy Leary, Aldous Huxley y William Burroughs, entre otros, conformaron la base de una contracultura sumergida en la psicodelia, germen de cultivo de la cultura *hippie* posterior. En 1960, en la Universidad de Harvard, el profesor de Psicología Timothy Leary iniciaba el Harvard Psilocybin Project. Leary acababa de regresar de Cuernavaca, donde había probado la «carne de los dioses», provocándole una experiencia mística que transformaría su vida y acabaría generando una revolución social. Así describe Leary en el libro *The Harvard Psychedelic Club* su investigación:

No tenía ni idea del potencial que tiene esta investigación hasta que tuve mi primera experiencia con hongos psilocybe este verano. En el fondo, tienes que entender que no se trata de un ejercicio intelectual. Es experiencial. Es, y casi me avergüenza decirlo, religioso. Pero es más que religioso, es despampanante. Te muestra que el cerebro humano tiene posibilidades infinitas. Puede operar en dimensiones de tiempo-espacio que jamás imaginamos. Siento que he despertado de un largo sueño ontológico [...] la investigación es bastante sencilla. Nuestros sujetos toman una dosis controlada de psilocibina sintetizada. Nos aseguramos de que estén en un entorno seguro y confortable»,¹²

En 1959, en el número 35 de la revista literaria francesa *Lettres Nouvelles* apareció publicado un breve artículo de Henri Michaux sobre los hongos psicotrópicos: «La psilocybine (Expériences et autocritique)», en el que el autor relataba dos experiencias consecutivas con la sustancia, en dosis por vía oral de 10 y 4 mg respectivamente. Tras un episodio de despersonalización en el primer viaje, en el segundo rebajó la dosis para tratar de describir sus vivencias bajo el influjo de la psilocibina. Según sus propias conclusiones, el diálogo con el hongo trascendió sus expectativas. A continuación, nos permitimos la licencia de traducir algunas líneas:

Incluso las pequeñas variaciones (que hacen la impresionabilidad), los pequeños cambios de sensaciones, de comunicaciones con nuestro propio cuerpo, y con los músculos [...] desaparecen de manera espectacular, no dejando sino una impresión de existencia, de soberanía, única, inmodificable existencia, la existencia en un fondo, un fondo intocable, invulnerable, ajena a todos y a todo, impresión finalmente de esencia, sin variedad, sin atributos [...] Muchos de

12. Lattin, D. 2010. *The Harvard Psychedelic Club: How Timothy Leary, Ram Dass, Huston Smith, and Andrew Weil Killed the Fifties and Ushered in a New Age for America*. Nueva York: HarperCollins. Traducción propia de un extracto disponible en: <<http://www.nytimes.com/2010/01/08/books/excerpt-harvard-psychedelic-club.html>>.

los que han probado el hongo «sagrado» sienten la impresión de la inanidad de todo lo demás y especialmente de todas las variaciones, que se han vuelto despreciables. El estado de fondo rechaza la variación, y la rechaza frecuentemente, como si en cierto modo fuera un sacrilegio. [...] Menos fuerte en espectáculos que la mescalina o el ácido lisérgico, la psilocibina es sorprendente por las transformaciones interiores. Se puede ver aquí el trabajo de un comprimido que te exhorta. Presenciar la curiosidad de un comprimido que se convierte en exhortación. [...] El mayor prodigio me parecía ser conducido por un hongo, y que un hongo dirigiera mi buena conducta y corrigiera mis pensamientos. El hongo contra la independencia. Contra la singularidad. Sentí que me convertía en cualquiera. Como he dicho, no era ilusión. Ya no tenía más mi estilo. Mi estilo había perdido sus «síbitos». Hay que saber establecer buenas relaciones con una droga recién llegada. Yo no soy lo suficientemente conciliador. Encuentro bastante fallido.¹³

El desencuentro de Michaux con la psilocibina contrasta con el idilio que mantuvo con la mescalina, la cual inspiró muchos de sus trabajos pictóricos y literarios. De hecho, parece ser que bajo el influjo triptamínico aparecen ojos, imperceptibles para la vista ordinaria, en sus figuras de tinta. Esos ojos los vio el escritor surrealista Alain Jouffroy, que ingirió psilocibina con la intención de adentrarse en la pintura de Michaux. Su testimonio resulta revelador:

No sólo su pintura contenía ojos imperceptibles para la vista ordinaria, no sólo era aquel paisaje mescalínico un paisaje-cabeza, sino que aquel paisaje sufría: era el retrato de una conciencia dividida en mil pedazos, la conciencia misma de Michaux disgregada, diseminada como resultado de la mescalina.¹⁴

A principios de los sesenta, Ken Kesey acudió a un hospital donde se experimentaba con psicofármacos para ganarse unos dólares como cobaya. Allí probó la LSD y, en su anhelo por conocer de primera mano los recursos de la psiquiatría, se sometió a sesiones de *electroshock*. Todas sus vivencias las recogió en *Alguien voló sobre el nido del cuco* (escrita en 1959 y publicada en 1962), novela muy aclamada con la que el autor alcanzó la fama y de la que en 1975 haría Milos Forman una versión cinematográfica. Muchas partes del libro fueron escritas bajo los efectos de LSD, peyote y hongos psilocibios. Su historia posterior puede presenciarse en el excelente documental *Magic Trip* (Alison Ellwood y Alex Gibney, 2011).

En la novela utópica *La isla* (1962), última obra de Huxley, en una isla alejada del mundo, una pequeña comunidad humanista emplea una sustancia imaginaria llamada *moksha*, extraída de un hongo visionario que otorga el conocimiento trascendente y una paz de espíritu ausente en el resto del planeta. La medicina *moksha* se utiliza para la introspección de la conciencia, como camino hacia el interior, revelando el cielo y el infierno personal, la grandeza y la miseria de nuestra propia estructura mental.

13. Traducción propia de Michaux, H. 1959. La psilocybine (Expériences et autocritique). *Lettres Nouvelles*, 7 (35): 1-14, p. 13-14.

14. Vila-Matas, E. 2000. Una red compleja de líneas. *Revista de libros*, n.º 47, septiembre.

En 1962 Bruce Conner rodó en México su búsqueda de hongos junto a Timothy Leary, la cual editó junto a búsquedas previas en San Francisco dando lugar a la película corta *Looking for Mushrooms*, con varias reediciones posteriores.

Matango, también conocida como *Fungus of Terror* y *Attack of the Mushroom People*, es una película japonesa de ciencia ficción dirigida en 1963 por Ishirō Honda en la que los supervivientes de un naufragio comen unas setas que encuentran en la isla, convirtiéndose ellos mismos en setas gigantes.

Escrita en 1965, *María Sabina* es una obra teatral de Camilo José Cela —que por aquel entonces residía en Mallorca, cerca de Robert Graves—, inspirada en la célebre mujer de conocimiento mazateca. La primera edición fue publicada en la revista *Papeles de Son Armadans*, en diciembre de 1967, y se estrenó, con música de Leonardo Balada, en el Carnegie Hall de Nueva York el 17 de abril de 1970. Así comienza declamando el primer pregonero:

*En la serranía de Oaxaca
crece el hongo de fray Bernardino
Los indios le dicen nanacatl
Y con él se emborrachan y cantan
[...]
Al cabo de cuatro siglos largos
Nació el ángel María Sabina
Que come teunanacatl amargo
Y bebe ron y anís y agua clara
[...]
La psilocybe mexicana Helm
Da la psilocibina lúcida
Y el juego de los montes de fuego
Ardiendo dentro del corazón¹⁵*

«White Rabbit», con abundantes referencias a la novela de Carroll, fue una canción escrita por Grace Slick como integrante de The Great Society. Cuando la banda se separó en 1966, Slick fue invitada a unirse a Jefferson Airplane. El primer álbum que Slick grabó con ellos fue *Surrealistic Pillow*, y ella aportó este tema, que se convirtió en un gran éxito y se asoció desde entonces a la banda.

La publicación en 1968 del primer libro de Carlos Castaneda, *Las enseñanzas de don Juan*, contribuyó a estimular el interés por los hongos psicoactivos en todo el mundo. En esta novela, cuya veracidad se halla en entredicho, el protagonista consume una mezcla psicoactiva llamada «humito», elaborada con hongos que don Juan secaba

15. Cela, C. J. 1970. *María Sabina y El carro de beno o el inventor de la guillotina*. Madrid: Alfaguara, p. 27-28.

durante un año, los reducía a polvo y los mezclaba con otras cinco plantas secas para fumarlos.

Performance (Donald Cammell y Nicolas Roeg, 1968) es una aclamada producción británica, protagonizada por James Fox y Mick Jagger, en la que las setas alucinógenas se sirven de desayuno, diluyendo las fronteras del tiempo y el espacio y la noción de identidad.

La confluencia de los diferentes factores mencionados propició que al cabo del tiempo brotaran en Huautla de Jiménez improvisados chamanes que emprendieron la comercialización de los ritos prehispánicos entre los *hippies* de los sesenta, que buscaban en los hongos algo que «elevara el espíritu» y manejaban suficiente dinero para invertir en esa búsqueda. La peregrinación de turistas psicodélicos continuó hasta que, en el verano de 1969, el ejército mexicano y agentes federales intervinieron Huautla para expulsar a los jóvenes.

Terence McKenna, uno de los investigadores más destacados en relación con el consumo y la reproducción de especies de hongos psicoactivos, publicó diversos artículos y un manual ilustrado de cultivo y reproducción. En su libro *El manjar de los dioses*, explora la influencia de los hongos psilocibios en el origen de la humanidad y el desarrollo de la cultura, hasta convertirlos en catalizadores de la evolución humana e incluso una posible tecnología procedente del espacio exterior.

En principio el hongo aparece ante nosotros como parte de la biosfera, pero si tenemos en cuenta que la psilocibina es el único indol de 4 sustituciones que aparece en la Tierra, podemos pensar que en realidad es algo artificial, exterior a nuestro planeta, un artefacto tecnológico procedente de una civilización muy avanzada que comprendió la biología.

Si miramos el hongo desde este punto de vista, parece mucho más el resultado de un proyecto de ingeniería genética que el producto de la evolución de nuestro planeta. La morfología estructural del hongo es una red, y anticipa el sistema nervioso de los mamíferos o Internet. El hongo psilocíbico parece más una herramienta para almacenar información, diseñada para sobrevivir en las condiciones del espacio exterior, viajar por el universo en esporas hasta alcanzar un ambiente adecuado, y reproducirse, transmitiendo la información de otra civilización inteligente al actuar en nuestro cerebro. Puedo imaginar algo semejante realizado por el ser humano en el futuro.

(Terence McKenna¹⁶, en una entrevista con Juanjo Piñeiro).

Higinio González, un mexicano que durante los sesenta vivió el esplendor de la época *hippie*, realizó frecuentes visitas a la sierra mazateca y otros lugares de poder del territorio mexicano. Después del 68 se trasladó a California, donde entró en contacto con diversos grupos dedicados al estudio científico de los enteógenos y los estados mo-

16. Piñeiro, J. 2000. *Psiconautas, exploradores de la conciencia*. Barcelona: La Liebre de Marzo, p. 57-58.

dificados de la consciencia. Según Higinio, la ingestión de plantas y hongos visionarios te ayuda a quitar «velos acumulados durante nuestro paso por el planeta: toda esa carga tribal, cultural, patriótica, religiosa, etcétera, que nos ata, nos sujeta, nos aprisiona, nos llena de miedos y nos lleva al suicidio existencial»¹⁷. Higinio, fundador del Instituto de Psicósíntesis Salvador Roquet, montó en la ciudad de Puebla una galería de arte con sus trabajos, recreaciones de la estética maya y de sus visiones utilizando enteógenos.

*Yo siento otra inteligencia, pero yo no la llamaría otra inteligencia; con el hongo uno conecta con esa energía consciente que está en nosotros, impresa en nuestro ADN, en nuestras células. Sí me he sentido conectado con el Todo, y no he sentido una inteligencia como fuera, nunca he experimentado eso. He sentido que esa inteligencia está en mí, y como está en mí, está en todo. En el momento de tener la experiencia con el hongo siento que esa fuerza o inteligencia está en todo. Yo me he sentido conectado con formas, no solamente de vida, sino formas materiales cuyas estructuras atómicas de alguna manera vibran con la misma frecuencia con la que yo estoy vibrando. Esa inteligencia que he percibido como parte mía, a su vez es parte del cosmos.*¹⁸

H.R. Pufnstuf fue una serie infantil norteamericana de televisión producida por Sid y Marty Krofft, con setas parlantes y abundantes referencias psicodélicas que recuerdan a los universos desplegados por los hongos. Sus diecisiete episodios se emitieron originalmente desde el 6 de septiembre de 1969 hasta el 4 de septiembre de 1971. También se rodó una película, *Pufnstuf*, traducida al castellano como *La flauta mágica* (Hollingsworth Morse, 1970).

En 1970, John Allegro, filólogo inglés que participó en la traducción de los manuscritos del Mar Muerto, publicó *El hongo sagrado y la cruz*, donde defendía que los orígenes del cristianismo eran a su vez fúngicos, un secreto codificado en la Eucaristía. Según Allegro, Jesucristo nunca tuvo existencia histórica, y es en realidad una forma de referirse en clave a un hongo visionario que los esenios y otros grupos religiosos judíos utilizaban para entrar en comunión con la divinidad.

Can fue una de las formaciones musicales más importantes del movimiento *krautrock* en Alemania a fines de los sesenta. En 1971 editaron el álbum *Tago Mago*, que incluía el tema «Mushroom», posteriormente versionado por Jesus and Mary Chain. Ese mismo año, los ingleses Leaf Hound sacaron a la luz el álbum *Growers of Mushroom*, con una canción del mismo nombre.

El doctor Fred Weidmann, pintor, escultor, diseñador e investigador nacido en 1938 en Suiza, comenzó desde 1971 a plasmar experiencias visionarias en sus pinturas, logrando darle vigor pictórico a las imágenes producidas bajo la influencia directa de un enteógeno. Fred comenzó realizando acrílicos sobre papel jaspeado bajo los efectos

17. *Ibidem*, p. 127.

18 *Ibidem*, p. 138.

de hongos como el *Psilocybe cyanescens*, y pronto su arte extático pudo contemplarse en exposiciones en Bonn, París, Múnich, Colonia, Basilea, Zúrich, Nueva York o Miami.

En 1972 el artista polifacético y reconocido micófilo John Cage publica *Mushroom Book (El libro de las setas)*, donde menciona de manera transversal a los psilocibes, a pesar de no haberlos probado y de que su música sea utilizada para acompañar viajes enteógenos. Ese mismo año se editan *A Key to the American Psilocybin Mushroom*, de Leonard Enos, y *Field Guide to the Psilocybin Mushroom*, de C. Ghould.

En los setenta los hongos se convirtieron en icono visual de la contracultura, protagonizando desde las portadas de *rock* de Rick Griffin y Stanley Mouse hasta los cómics *underground* de Vaughn Bode. Una preciosa fantasía fúngica aparece en el interior del doble álbum *Eat a Peach*, de Allman Brothers (1972).

En la producción mexicana *El hombre de los hongos* (Roberto Gavaldón, 1976), los hongos, comestibles, tóxicos y alucinógenos, juegan un papel crucial en la trama de la película, una fábula racial ambientada en la época colonial.

En 1976 se publicaban *Magic Mushrooms of the Pacific Northwest*, de John W. Allen, primera referencia en la extensa bibliografía que el etnomicólogo norteamericano les ha dedicado a los hongos mágicos, *Psilocybin: Magic Mushroom Grower's Guide*, un manual de cultivo escrito bajo pseudónimo por Terence McKenna y su hermano Dennis, y *Magickal Mushroom Handbook*, de Richard Allen Miller.

En 1977, por su parte, aparece *How to Identify and Grow Psilocybin Mushrooms*, de Jule Stevens y Rich Gee, sobre identificación y cultivo de estas laminadas criaturas.

María Sabina: mujer espíritu (Nicolás Echevarría, 1978) es el retrato cinematográfico de la vida de la más conocida sacerdotisa de los hongos alucinógenos que crecen en Oaxaca.

Paul Stamets publicó *Psilocybe Mushrooms And Their Allies* en 1978, donde identificaba especies específicas mediante fotografías a todo color. En 1979 el antropólogo y micólogo mexicano Gastón Guzmán escribió *The Genus Psilocybe: A Systematic Revision of the Known Species Including the History, Distribution and Chemistry of the Hallucinogenic Species*. Desde entonces, ha escrito ocho libros y cientos de artículos sobre hongos mexicanos, describiendo más de doscientos nuevos taxones en todo el mundo.

En *Altered States (Viaje alucinante al fondo de la mente)*, Ken Russell, (1980), adaptación cinematográfica de la novela del mismo nombre escrita por Paddy Chayefsky —basada en los experimentos llevados a cabo por John C. Lilly—, el protagonista combina el tanque de privación sensorial con la ingestión de hongos psicodélicos para sintonizar con las raíces de sus ancestros.

En 1981 el cantante de *reggae* jamaicano Johnny Osbourne les dedicaría a los honguitos un tema, «Mushroom», en el que afirmaba no quererlos y preferir la marihuana.



Psilocybe semilanceata
(Fred Weidmann, acrílico sobre lienzo, 180x120 cm, 1999).

En la perturbadora película de culto *Possession* (Andrzej Żuławski, 1981), uno de los personajes utiliza setas de psilocibina para alcanzar horizontes absolutamente desconocidos, mientras que en la satírica *Britannia Hospital* (Lindsay Anderson, 1982) encontramos hongos sagrados recogidos en las laderas del Himalaya.

En la segunda mitad de los ochenta, la banda de Ohio Dementia 13 brindaba al universo fúngico composiciones como «Psilocybin Spot», «Mushroom Season» y «Psychedelic Mushroom Cloud Explosion». Por su parte, en 1986, la canción «Hongos» abría el primer disco de la cantante argentina Sissi Hansen.

Fruit of the Gods (Stephen L. Peele, 1986) es un documental sobre los hongos mágicos realizado por la única persona que obtuvo el permiso de la DEA para investigar con psilocibes. En él nos muestra su laboratorio micológico privado y ofrece pistas para la búsqueda de estos seres diminutos.

En la película *El oso* (Jean-Jacques Annaud, 1988), el pequeño plantígrado protagonista ingiere una seta (en este caso, un ejemplar de *Amanita muscaria*) que le provoca coloridas visiones de hongos mutantes que revolotean por los aires.

En 1990 se publicó *Sacred Mushroom Seeker: Tributes to R. Gordon Wasson*, una recopilación de ensayos de varios autores editada por Thomas J. Riedlinger.

A principios de los noventa, el grupo de *rock* argentino Las Manos de Filippi compuso «El himno al cucumelo», una cumbia dedicada a los psilocibes, abundantes en el nordeste del país. Debido al rotundo éxito obtenido con aquel tema, la compañía propuso a la banda grabar un disco completo de cumbias, por lo que crearon un proyecto paralelo con el nombre de Agrupación Mamanis, donde volcarían su faceta más irónica y divertida. A ellos pertenece también la canción «Hongo por hongo».

Psilocybin: Magic Mushroom Grower's Guide: A Handbook for Psilocybin Enthusiasts (O. T. Oss y O. N. Oeric, 1993) es un instructivo manual sobre el cultivo de setas mágicas. Ese mismo año, el grupo francés Billy Ze Kick et les Gamins en Folie obtuvo gran popularidad con su primer *single*, «Mangez-moi», sobre la recolección de psilocibes.

En *Natural Born Killers* (*Asesinos natos*, Oliver Stone, 1994), los hongos enfrentan a Mickey y Mallory a sus propios demonios en mitad del desierto.

En 1995, Blue House Union toca «Psilocybe» y 311 hace lo propio con «Loco», un viaje de psilocibina del que no puedes escapar. Por su parte, *Fungimentary: The Magic Mushrooms of Balingup* (Paul Blake y Russell Vines, 1995) es un documental australiano sobre el descubrimiento de setas mágicas en un bosque encantado cercano a la pequeña localidad de Balingup.

En 1996, Mark Farina comenzó una serie de compilaciones de *jazz*, *downtempo*, *rap* e instrumental, llamada *Mushroom Jazz*, de la que se han publicado siete ediciones hasta la

fecha. En algunos de sus temas podemos escuchar *samples* de Leary, McKenna y otros célebres psiconautas sobre los hongos sagrados.

Por las mismas fechas se publica *Magic Mushrooms around the World: A Scientific Journey across Cultures and Time*, de Jochen Gartz, un completísimo manual sobre hongos visionarios. Asimismo, Paul Stamets (también autor de *Growing Gourmet and Medicinal Mushrooms*, 2000) edita la única guía de identificación dedicada exclusivamente a los hongos que contienen psilocibina, *Psilocybin Mushrooms of the World: An Identification Guide*, con descripciones detalladas y fotografías en color de más de cien especies. Al mismo año pertenece *Hallucinogenic and Poisonous Mushroom Field Guide* (Gary P. Menser, 1996).

En *A Very Brady Sequel* (Arlene Sanford, 1996), secuela de *Brady Bunch Movie*, Alice añade involuntariamente champiñones mágicos a la salsa de los espagueti, sumergiendo a la familia en los dibujos animados *The Brady Kids*, serie de principios de los setenta en la que se basan estas películas.

También en 1996, los argentinos La Renga editaban el tema «Psilocybe mexicana», y en 1997 la banda costarricense de *rock* Evolución sacaba a la luz el álbum *Música para sentir*, sobre los hongos alucinógenos, donde se incluye, entre otros, el tema «Doctor Hongo y compañía». Ese mismo año, los hongos enfrentaban a Papa Roach a sus problemas en «829». Tiamat les rinde homenaje en «Teonanacatl» (1997) y se toma un té de psilocibes en «Whatever That Hurts» (1999).

En la comedia paródica *Twin Town* (Kevin Allen, 1997), ambientada en el suroeste de Gales, las setas mágicas se mezclan con cannabis, heroína, cocaína, pegamento y psicofármacos para narrar las delirantes desventuras de una familia poco convencional.

En 1997 Adam Gottlieb publica *Psilocybin Production*, un sencillo manual sobre los procesos que hay que seguir hasta la extracción de psilocibina.

En 1998 los uruguayos El Cuarteto de Nos prueba infructuosamente marihuana, cocaína y hongos en «Palomo», y el rapero Xzibit nos cuenta su primer viaje en «Shroomz», mientras que el grupo británico de *gothic rock* Inkubus Sukkubus les dedica a los psilocibes una preciosa oda en «Away with the Faeries». Coil también edita un tema, de casi media hora de duración, titulado «4-Indolol, 3-[2-(Dimethylamino)Ethyl] Phosphate Ester: (Psilocybin)».

Omnipresentes setas de todos los colores y tamaños aparecen en los rincones más insospechados de la obra de Takashi Murakami (Tokio, 1962), uno de los artistas más influyentes del Japón de posguerra. Según parece, éstas hacen referencia a las nubes en forma de hongo provocadas por la explosión de las bombas atómicas en Hiroshima y Nagasaki. Como anécdota, Murakami creó en 1993 a su álder ego, al que bautizó como Mr. DOB, al igual que una de las fenetilaminas psicodélicas de más larga duración.

Tras su primer libro *En busca de las plantas sagradas* (1996), donde relata sus viajes a la zona del Amazonas y sus experiencias con ayahuasca y San Pedro, el autor español Juanjo Piñeiro escribió otro llamado *El despertar del hongo: diario de un psiconauta en México* (1998). El volumen se completa con una guía de cultivo del hongo visionario *Stropharia cubensis* y una bibliografía de libros y páginas web sobre enteógenos en español. Posteriormente publicaría el compendio de entrevistas *Psiconautas: exploradores de la conciencia* (2000) y *La Neta* (2007), una novela memética sobre la vida de un grupo de psiconautas en un futuro próximo de anarquía posttecnológica.

Los tiempos que vivimos nos exigen que seamos nuestros propios chamanes y chamanas, unidos más que por formar parte de una misma tradición, por compartir y mantener un nuevo intento para el ser humano.

Estamos acercándonos a poder expresar en nuestras vidas nuestra verdadera naturaleza. Cada día más, más seres humanos nos negamos a someternos a la dictadura de la percepción, porque hemos experimentado —más que leído o escuchado— que somos seres multidimensionales, y nos negamos a vivir anestesiados y limitados en la única realidad que nos habían dicho existía, y para la que únicamente habíamos sido entrenados.

Cada vez a más y más seres humanos nos entusiasma la exploración y no la evasión, el descubrimiento y no la ignorancia, la novedad y no el hábito, la expansión de nuestra conciencia y no la robotización de nuestras vidas, el amor real y no la esclavitud disfrazada de ternura.

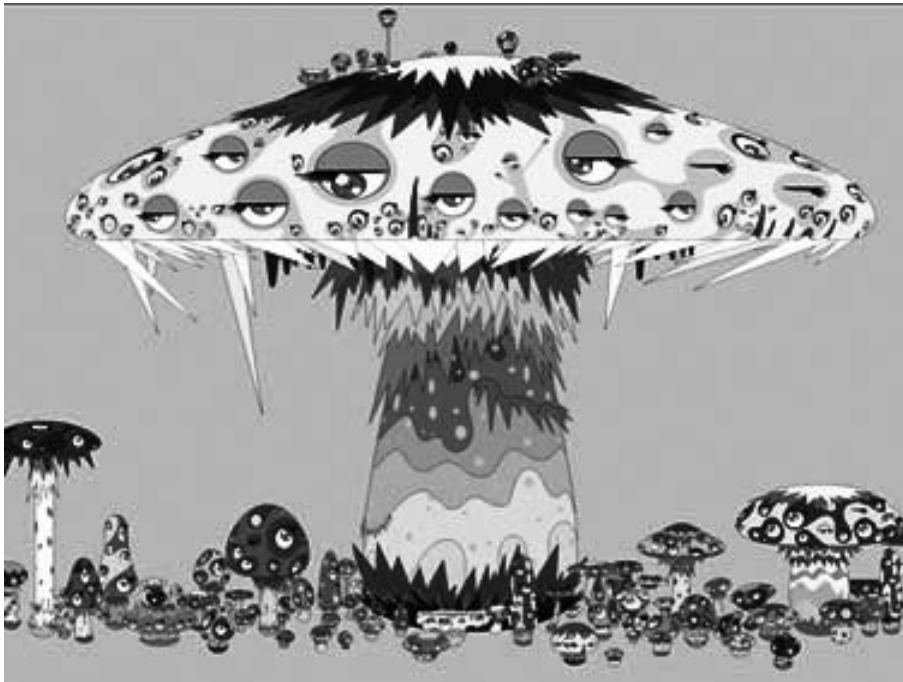
*En otras palabras: cada vez más seres humanos anhelan la libertad y no la falsa seguridad.
[...]*

No necesitamos someternos a personas, tradiciones o sistemas de creencias que actúan como verdaderos alucinógenos —según el diccionario de la Real Academia un alucinógeno es algo que nos ofusca, seduce o engaña, haciendo que se tome una cosa por otra—. Maestros pueden ser cualquier persona, los enteógenos, y también situaciones que sirven para provocar nuestro despertar, nuestro cambio interno y nuestra evolución.¹⁹

El artista neoyorquino Roxy Paine ha dado vida a varias cosechas de arte fúngico, como el *Psilocybe Cubensis Field*, instalación de 1997 en la que cumplía los sueños de cualquier buscador de exquisiteces psicodélicas, salvo por una salvedad: estaban realizadas en polímero y aparecían encerradas entre cuatro paredes.

Alexander y Ann Shulguin, autores de *PIHKAL* (1991) y *TIHKAL* (1997), dos valiosísimas alhajas de la psiconáutica mundial, han dedicado su vida al estudio y diseño de sustancias psicoactivas, difundiendo masivamente las fórmulas químicas y el proceso de síntesis de numerosas fenetilaminas y triptaminas, para que no puedan ser controladas ni mantenidas de nuevo en secreto. En el quinto capítulo de *TIHKAL*, Ann relata el primer viaje de hongos que ambos compartieron. Un gramo y medio por cabeza.

19. Piñeiro, J. 2000. *El despertar del hongo*. México: Grijalbo, p. 7-9.



Supernova (Takashi Murakami, 1999).

Sentí los primeros efectos diez minutos después de comernos a los pequeños diablos. Poco después, el mundo erupció en patrones. Patrones sobre todas las cosas. Parecían rellenar todo el espacio entre yo y mis alrededores. El diseño más prevalente era una especie de ameba cuadrada con un punto negro central, como un núcleo, repetido interminablemente y en tres dimensiones. [...]

Hay una parte de mí que de alguna manera está queriendo flotar en el mundo de las imágenes. Una especie de sentimiento carente de ego. A esa parte no le importa tomar el control de esta situación [...] La otra parte de mí tiene la firme determinación de tomar el control, y está jodidamente loca por no poder hacer lo que quiere, especialmente con las palabras. Y no sé con cuál de las partes ir. Excepto que no tengo mucha elección, porque existe esta extraña desconexión. ¡Me pregunto si los dos lados de mi cerebro están realmente separados de alguna forma! [...]

Después de dormir largo tiempo, durante todo el día siguiente tuve energía y una silenciosa, calmada placidez. Sin necesidad de echar la siesta, como después del 2C-B. Quería escribir, me apetecía cocinar, disfrutaba cualquier cosa que hiciera. De lo más inusual.

Desconcertante experiencia, quisiera explorar un bongo diferente la próxima vez, quizás al mismo nivel, y ver lo que aparece. Ésta fue frustrante y difícil, pero también suponía un desafío, de una extraña manera, gratificante. Mucho que aprender.²⁰

20. Traducción propia de Shulgín, A. y A. 1997. *TIHKAL. The Continuation*. Berkeley: Transform Press, p. 112-117.

En 1999 salía a la luz «Fields of Psilocybin», de Nebula-H, y el dúo de *hip-hop* de Chicago V & Legacy lanzaban «Shrooms».

Kaibōi Bibappu es una serie japonesa de *anime* realizada por los estudios Sunrise, estrenada en *TV Tokyo* en 1998. En su episodio número 17, «Masshurūmu Sanba», los protagonistas ingieren setas alucinógenas al ritmo de «Mushroom Hunting», compuesta por la artista Yōko Kanno e interpretada por la banda The Seatbelts y colaboradores.

En la película *Jesus' Son* (Alison Maclean, 1999), el protagonista ingiere una enorme pastilla en forma de huevo que contiene hongos mágicos, y experimenta sus efectos en el hospital. Por su parte, en *Detroit Rock City* (*Cero en conducta*, Adam Rifkin, 1999), los adolescentes aderezan con setas alucinógenas la *pizza* del reverendo para sacar a su amigo del colegio católico en el que se encuentra internado y viajar a Detroit a un concierto de los Kiss.

Antes de su turbulenta relación con las drogas, Eminem ya les había perdido el respeto en sus letras, que incluyen algunas referencias fúngicas, como «My Fault» (1999), en la que una joven muere por beber desinfectante tras haber ingerido una dosis eleva-



Psilocybe Cubensis Field, instalación de Roxy Paine
(Museo de Israel, Jerusalén, 1997).

da de setas, o «The Kids» (2000), una sórdida perorata antidrogas dirigida a los niños donde quien muere por sobredosis de hongos es Kenny, el personaje de *South Park*.

El 1 de enero de 2000 salió a la venta el disco *Tales from the Shroom Room*, de McCuaig, que incluye una pista llamada «Mushroom Stump». Ese mismo año, Jaume Sisa graba junto a Pascal Comelade el disco *Visca la llibertat*, donde figura su aclamado homenaje «Boletaires», que en 2004 sería utilizado como banda sonora de la serie *Caçadors de bolets*, de TV3. Los brasileños Tihuana hablan de los habitantes de las setas en «Eu vi gnomos» y Nickelback se las comen en «Leader of Men». Por su parte, Incubus incluye en su primer disco, *Fungus Amongus*, un tema llamado «Psychosilocybin».

En *The Beach (La playa)*, Danny Boyle, 2000), basada en la novela de 1996 del mismo nombre escrita por Alex Garland, los muertos ofrecen setas a los vivos a través de los sueños. Y en la miniserie estadounidense *The 10th Kingdom (El décimo reino)*, producida por Hallmark Entertainment en 2000, las setas cantan y bailan mientras padre e hija se las zampan.

El 14 de febrero de 1993, Caveh Zahedi decidió celebrar su cumpleaños con la ingestión de cinco gramos de hongos, que le provocaron una experiencia de posesión divina, en la que sintió que un ser sobrenatural tomaba posesión de su cuerpo y hablaba a través de él, con una voz que no era la suya y un conocimiento que él no poseía. Posteriormente trató de repetir la experiencia en varias ocasiones. *I Was Possessed by God* (Caveh Zahedi, 2000) es un documental de media hora de duración sobre uno de esos intentos. Posteriormente filmaría *Tripping with Caveh* (Caveh Zahedi, 2004), otro documental de la misma duración en el que toma una ración menor de bombones de setas junto con el cantautor Will Oldham, más conocido como Bonnie 'Prince' Billy.

Irreverente bufón urbano, el cantautor mallorquín Daniel Higiénico descubre un fascinante universo en «Me comí una seta» (2001). Dog Fashion Disco, en colaboración con Serj Tankian (líder de System of a Down, a quienes erróneamente se ha atribuido el tema), componían ese mismo año el genial «Mushroom Cult», y Aerosmith comía hongos con Alicia en «Sunshine».

En la comedia alemana *Lammbock* (Christian Zübert, 2001), los protagonistas, que planean añadir champiñones mágicos a las *piçças* que reparten, recogen setas en el campo e intoxican al policía infiltrado que les acompaña. En *Super Troopers (Supermaderos)*, otra comedia del mismo año dirigida por Jay Chandrasekhar, un joven se come al principio una bolsa entera de marihuana y otra de hongos, aunque en la versión doblada al castellano éstos han sido sustituidos por peyote.

Magic Mushrooms in Religion and Alchemy es un libro publicado por Clark Heinrich en 2002 sobre la capacidad de los hongos psicoactivos para conectar con la divinidad. En



Magician Mushroom (Danny Gómez, 2002).

cuanto a los aspectos legales referidos a los hongos, pueden leerse en *Sacred Mushrooms and the Law*, de Richard Glen Boire.

En la comedia romántica canadiense *Men with Brooms* (Paul Gross, 2002), el padre del protagonista cultiva y consume setas mágicas con fines medicinales. *The Rules of Attraction* (*Las reglas del juego*, Roger Avary, 2002), basada en la novela homónima de Bret Easton Ellis, también incluye en su menú psilocibes, entre otras muchas delicias psicoactivas.

«Purple Pills» (también conocida en la versión censurada como «Purple Hills») es un sencillo del grupo de *hip-hop* D12 de su álbum de debut *Devil's Night*. *Teonanacatl* constituye una ceremonia psicodélica improvisada en vivo, de 33 minutos de duración, grabada en 2002 por Paradise Camp 23. Ese mismo año, José Alfredo González Celdrán publica su ensayo *Hombres, dioses y hongos*, en el que nos ofrece una visión etnobotánica de los mitos clásicos, rastreando la presencia de hongos psicoactivos como integrantes de tales leyendas, así como su influencia en el origen de muchas religiones.

Otro artista visionario que ha dedicado varias de sus obras pictóricas y esculturas a las setas alucinógenas es Danny Gómez.

En 2003, los jóvenes barceloneses Zeidun, con su segundo disco, añadían un nuevo tema a la historia de la psilocibina en la música, «When the Psilocybin Started Flowing through the Priest's Blood», mientras que ShitOuttaLuck aportaban «Psilocybin Haze» y el *funk* delirante de los sevillanos O'Funk'illo reservaba unas estrofas fúngico-lisérgicas en «Loco». Por otro lado, Biffy Clyro comenzaba el viaje de toda una vida en «A Day of...».

En 2004, el trío *indie* de barcelonesas Sibyl Vane cantan «Hongos», mientras en Los Angeles los raperos The Psycho Realm editan «Poison Rituals» y Tuatha de Danann nos sumerge en un mundo de hadas, pitufos y setas en «Believe, It's True!», al tiempo que Sergeant Sawtooth dedicaba un par de temas a la psilocibina en su álbum *Mescaline*. En la gran pantalla encontramos *Smoking on Heaven's Door* (Óscar Martín, 2004), un cortometraje rodado en Super 8 en el que aparecen también referencias fúngicas.

En *El códice azteca* (2004), John Major Jenkins relata el viaje emprendido en 1961 por el poeta *beat* Martin Matz a las montañas de Oaxaca, donde un chamán le reveló la Pirámide de Fuego, un códice azteca que había sido mantenido en secreto desde la conquista española. Matz dio forma literaria a ese código pictórico para fijar y propagar sus profundas enseñanzas metafísicas, con ayuda, entre otras herramientas mágicas, del sabio consejo de los honguitos.

Soul Plane (Jessy Terrero, 2004) es una comedia de *hip-hop* en la que Snoop Dogg interpreta el papel de un piloto nada convencional que consume hongos y marihuana durante el vuelo.

Un año después, el último tema del segundo álbum de los californianos Finch, «Dreams of Psilocybin», nos muestra su particular visión de la experiencia, y Sidonie rescata retazos de *Alicia en el país de las maravillas* en «Boheme».

Sacred Mushroom of Visions: Teonanácatl (Ralph Metzner, 2005) es una colección de artículos y ensayos escritos por el autor sobre los hongos sagrados. Por su parte, la película *Stoned* (Stephen Woolley, 2005) narra la vida de Brian Jones, uno de los miembros fundadores de los Rolling Stones, una historia de drogas, sexo y *rock n'roll* en la que encontramos también psilocibina.

En obras como *Woodland Bistro* o *After the Summer of Like* (2005), el artista inglés Richard Hughes (Birmingham, 1974) muestra elementos cotidianos, como un viejo sofá, sobre los que crecen esos entes bajitos, guardianes del silencio, que en el bosque se ocultan, sigilosos, bajo nuestros pies.



After the Summer of Like (Richard Hughes, 2005).

En 2006 encontramos el primer trabajo de Space Funghi Project (México), *Elektrik Psilocybe Experience*, «Progres» de ToteKing y el tema «Psilocybin Top» de la banda de folk James Ellsworth & The Dynasorrows, así como una canción infantil de Alain Schneider, «La chasse aux champignons». Los mexicanos Coyotzin sintonizan con las profundas raíces de los hongos sagrados en «Teonanacatl, Cuauhnacatl», mientras que Soundcave Entertainment le dan un toque de *hip-hop* en «Good Shrooms».

Tenacious D in The Pick of Destiny (Dando la nota, Liam Lynch, 2006) es una comedia musical de *rock* en la que el protagonista se come unas setas que encuentra en el bosque y se zambulle en un paisaje mágico de brillantes colores, donde tropieza con Sasquatch, una criatura mitológica de aspecto simiesco que afirma ser su padre. Por otro lado, *Asudem* (Daryush Shokof, 2006) cuenta en blanco y negro la historia de una mujer perseguida por el bosque después de consumir hongos mágicos.

El libro *Mushroom Wisdom: How Shamans Cultivate Spiritual Consciousness* (Martin W. Ball, 2006) explora los aspectos universales de la experiencia psicodélica y su relación con la espiritualidad, mientras que *Psilocybin Mushroom Handbook: Easy Indoor and Outdoor*

Cultivation, L. G. Nicholas y Kerry Ogame nos enseñan a cultivarlos. En cuanto a la historia cultural del hongo mágico, se puede consultar en *Shroom: A Cultural History of the Magic Mushroom* (Andy Letcher, 2006).

La murga más antigua del carnaval uruguayo, Curtidores de Hongos, con más de un siglo de historia, compuso entre los años 2006 y 2008 la trilogía compuesta por *Psicodelia*, *Luz y Caos*, con numerosas referencias a los intrincados universos a los que dan acceso nuestros pequeños amigos.

En 2007 los navarros Koma vociferan «Las setas» en su disco *Sakeo* y Andrés Calamaro quiere llevar un hongo al cielo en «Los chicos», mientras los finlandeses de *blackened death metal* Impaled Nazarene se sitúan al borde del universo en «Mushroom Truth». The Captain Lazerblast Band, en su disco *Journey to Flootopia*, incluye el tema «Shrooms in the Park», al tiempo que Endeverafter se desquita con «Poison», sobre un mal viaje con psilocibina.

El realizador irlandés Paddy Breathnach dirigió en 2007 la película *Shrooms*, traducida en nuestro país como *Cabeza de muerte*, en la que un grupo de estudiantes estadounidenses visita Irlanda para recoger psilocibes, consumirlos y embarcarse en una pesadilla de sueños, muerte y alucinaciones entre las sombras de un bosque habitado por extrañas criaturas. Un *setting* muy distinto a la habitación de hotel en Las Vegas que escogen Ben y Pete para su viaje de hongos en *Knocked Up* (Lío embarazoso, Judd Apatow, 2007). *Borderland* (Zev Berman, 2007) es una película de terror basada en una historia real sobre el líder de una secta que practicaba sacrificios humanos y donde no faltan las setas alucinógenas. En *Remember the Daze* (Jess Manafort, 2007), los duendecillos hechiceros le añaden su pincelada de color al último día de clase en un instituto.

La cantante bonaerense Juana Molina canta en 2008 «Los hongos de Marosa», inspirada en el poema «Los hongos nacen en silencio», de Marosa di Giorgio, y Leo Fernández, en clave de *techno*, edita «Hongos de colores», los mismos que le crecen a Albert Pla en los dedos de los pies en su simpática canción «Hongos». El brasileño Marcio Lomiranda entona «Cogumelos vermelhos», y los australianos Strangejuice les dedican una encantadora composición en «Shrooms», mientras que Barn Owl, dúo *dron*e de San Francisco, nos muestran su visión en «Teonanacatl». The Dirtball se adentra en una nube de hongos a ritmo de *hip-hop* en «Mushroom Cloud», y la nave cósmica de Farflung nos propulsa hasta «Silver Shrooms» mientras Tommy Whyte pide otra bolsa de hongos en «Another Bag O' Shrooms». La joven banda barcelonesa de *punk-rock* Los Tronchos también canta «Psilocibes Cubensis».

Otra artista plástica seducida por el esotérico mundo de las setas es Sylvie Fleury (Ginebra, 1961), madre de numerosas esculturas de fibra de vidrio en forma de hongos de muy diversos colores y tamaños.



Mushrooms (Sylvie Fleury, 2008).

Know Your Mushrooms (Ron Mann, 2008) es un documental, en el que aparecen Gary Lincoff y Larry Evans, que investiga el mundo secreto de los hongos, combinando material filmado en el Telluride Mushroom Fest con animación e imágenes de archivo, y banda sonora de The Flaming Lips. Y desde Finlandia llega *Korkein oikeus* (Olli Ylinen, 2008), un profundo y psicodélico viaje audiovisual donde no faltan las setas mágicas. Por su parte, Harold y Kumar rechazan hongos psicócbicos en *Harold & Kumar Escape from Guantanamo Bay* (Jon Hurwitz y Hayden Schlossberg, 2008) y toman extracto de psilocibina en *Harold & Kumar: A Very Harold & Kumar Christmas* (Todd Strauss-Schulson, 2011).

Das Geheimnis der Zauberpilze (Christian Markhoff y Werner Timm, 2009) es una película alemana de bajo presupuesto sobre el secreto de los hongos mágicos. Sobre ellos hablaba también Krystle Cole (quien fuera la novia de Todd Skinner) en su serie de vídeos *NeuroSoup*. Además, encontramos una escena de setas, de la cual se borró un fragmento en la edición final, en *Youth in Revolt* (2009), así como en el cortometraje *Shroom Runner* (Ben Adams, 2009).

En 2009 se publicó el libro *Mushroom Magick. A Visionary Field Guide*, una guía de campo sobre psilocibes y otros hongos alucinógenos, con ilustraciones de Arik Roper y textos de Gary Lincoff, Erik Davies y Daniel Pinchbeck. Al mismo año pertenece *The Holy Mushroom: Evidence of Mushrooms in Judeo-Christianity* (J. R. Irvin, 2009). Ese año comenzaba a su vez la serie de vídeos titulada *Hamilton's Pharmacopeia*, en la que Hamilton Morris dedica varios capítulos a los sabrosos frutos del micelio mágico.

Bill Hicks (1961-1994), el más corrosivo genio de la *stand-up comedy* estadounidense, incluyó en varios de sus monólogos a las setas alucinógenas, de las que no se privó ni siquiera después de que le diagnosticaran cáncer de páncreas en 1993, quedando con sus amigos para un último viaje al otro lado de las puertas de la percepción. La historia de su vida puede disfrutarse en el documental *American: The Bill Hicks Story* (Matt Harlock y Paul Thomas, 2009).

Les Claypool, bajista y vocalista de Primus, editó en 2009 el álbum *Of Fungi and Foe*, donde aparece la divertidísima «Mushroom Men». Ese mismo año verían la luz «Donde crecen las setas», de Los Delinquentes, canción incluida en el disco *Bienvenidos a la época iconoclasta*, «Psilocybin», de Tall Blue Midget, «Hongo Atomic», de los chilenos Astro, y «Psycho Psilocybin», de Czar Rose. Por su parte, ESE (Entheogenic Sound Explorers) publica *The Shroom Experience*, uno de cuyos temas lleva por título «Hongos». «Shrooms» es el nombre de un interludio de 34 segundos en el primer álbum de The Lonely Island, tema versionado posteriormente por Bing Bong Brothers.

En 2010, la hiperactiva banda japonesa de *rock* psicodélico Acid Mothers Temple deleitaría los más exquisitos oídos con un tema, de cuarenta minutos de duración, denominado «Electric Psilocybin Flashback», y Lysergic Foundation dedicaba a estos pequeños seres un álbum entero, *Shrooms*, con temas como «Psilocybe Arcana», «Copelandia Anomala» o «Conocybe Cianopus». En España, los sevillanos Pony Bravo grababan «Noche de setas» y en Brasil Joana cantaba «Ele queria cogumelos». Tampoco podía faltar el *death-metal* melódico desde Rusia: Fall from Reality y su «(Psilocybe) Fields». Y, sin salirnos del *rock* más pesado, encontramos también a Lesbian y su álbum *Stratospheria Cubensis*.

En 2010 se edita *Aquests catalans estan tocats del bolet!*, de Jordi Cantavella, una delirante novela de urbanitas que salen al campo a recoger setas y cuyo argumento deriva en una rocambolesca aventura de ciencia ficción.

En el film *Hot Tub Time Machine (Jacuzzi al pasado)*, Steve Pink, (2010), tras cambiar el curso de los acontecimientos de su propia juventud, uno de los protagonistas consume setas, cocaína, cannabis y mucho alcohol.

En el programa de radio *The Bob and Sheri Show* se hizo popular la pieza «John's Shrooms», donde los presentadores se ríen de un joven consumidor de hongos. Por su

parte, en la serie *The Simpsons*, en el episodio 19 de la temporada 22, «The Real Housewives of Fat Tony», Otto toma setas y decide ver *Koyaanisqatsi*, aunque en realidad pone el DVD en una roca y se queda contemplando el campo.

En 2011, a ritmo de *hip-hop*, en España Yesh y Porta cantan «Super Mareo Bros», mientras que, desde Detroit, Esham nos sorprende con el álbum *DMT Sessions*, repleto de letras psiconáuticas, entre las que se encuentra, en la duodécima pista, «Psilocybin». También Los Pecadores, desde España, aportan su granito de arena con «Setas en mi boca». El artista bielorruso Vladislav Buben, dentro de su proyecto Dope Smoke Dope, les dedica a las setas un par de refrescantes sesiones, «Fresh Mushroom Mix» y «Psilocybin Mix», mientras que el brasileño Diego Fantini les reserva un tema de *minimal techno*, «Psilocybin», y el colombiano Nicolás Domínguez se sumerge a ritmo de *house* en «Los hongos». Ralph MacDonald, por su parte, les hace su ofrenda *new-age* desde Nueva Jersey en «Teonanacatl». Ras G, dj y productor de *hip-hop* cósmico y sonidos interestelares, aporta a su vez temas como «(((Shrooms)))», «Mush Mouth (I Can't Feel My Face)» y «Psilocybin».

Uno de los estilos musicales más influenciados por los hongos es el *psychedelic trance*, donde los pequeños niños santos han dado nombre a grupos, como Infected Mushroom, Psilocybe Project o Teonanacatl, y a numerosos temas, como «Juicy Shrooms» (Aija), «Bouncing Shrooms and Giggling Gnomes» (De-Fect), «Infected by Shrooms» (Cryptonym), «Dance of the Psilocybin Men» (Linguistic Spermy Dervish), «Rising Psilocybin» (Michael Tanner) o «Psylocibin» (Artifakt), por citar sólo algunos ejemplos.

El libro *The Psilocybin Solution: The Role of Sacred Mushrooms in the Quest for Meaning* (Simon G. Powell, 2011) nos muestra cómo los hongos psilocínicos facilitan una conexión directa con la sabiduría de la naturaleza y el significado de la vida. Al mismo autor pertenece el documental *Manna* (2003), inspirado en el efecto de las setas, y la canción «Good Trip» (2012). En la actualidad trabaja en su nuevo libro, *In Love with Gaia*, sobre sus experiencias con psilocibina en las últimas décadas. Por su parte, Nicholas P. Money ofrece una introducción al mundo de las setas, incluyendo su uso como droga recreativa, en *Mushroom*.

En 2012, el grupo Psilocybe edita «Musique psychédélique», Mickey Moonlight saca «The Psilocybin Bars» y Luna Moth canta «Psilocybin Superfly», mientras, desde Texas, Deadly Obsession ametrallan con su «Psilocybin City» a ritmo de *deathgrind* y el colombiano Ne_K prepara «Potions of Psilocybin» con una buena ración de *progressive techno*. Y, desde Seattle, Olla de Gringos aportan la chispa de humor con «El Hongo Bongo», mientras en Montreal suena «Champignon magique», de 11h11. EpicLifeStyle toca «Shrooms», el cuarteto germano My Sleeping Karma edita «Psilocybe», la banda sueca Berret Elmore incluye en su álbum de debut un *bonus track* titulado «Psilocybe

Semilanceata», y Poldoore, desde Bélgica, produce «Shrooms» en clave de *funk*. El *chill-out* espacial de DJ Purple Rabbit también hace escala en «Shrooms» y «Field of Mushrooms», mientras The Incredible Melting Man se pone el traje de superhéroe para bailar, a ritmo de *electro*, «Superman on Shrooms». Por su parte, Killer Theory nos advierte del ataque de los hongos mágicos en «Attack of the Shrooms».

Grow Mushrooms: A Complete Guide to Growing Mushrooms (Alex Ranger, 2012) es una exhaustiva guía de cultivo de setas. Por su parte, en la novela *The Mushroom Man* (John Vault, 2012), un granjero cultivador de setas comestibles descubre que dan mucho más dinero los psilocibes.

N'Dali. El legado mazateco de los hongos mágicos (Eduard Casas, 2012) es un documental realizado por GASS en el que colabora José Carlos Bouso, editor de este libro, y donde aparecen algunas de las ilusiones ópticas creadas por el autor de este capítulo. También encontramos alusiones a la demencia provocada por los hongos en *El Hobbit: un viaje inesperado* (Peter Jackson, 2012). Por su parte, la producción brasileña *Paraísos artificiais* (Marcos Prado, 2012) nos muestra el mundo de los festivales de *trance*, donde las setas se huelen pero no se dejan ver.

Por último, en la película *A Field in England* (Ben Wheatley, 2013), un grupo de hombres que buscan un tesoro se sumergen en un viaje de locura y magia propulsado por las setas alucinógenas.

Los hongos, alimento, medicina y veneno, demonio y dios al mismo tiempo, custodian entre las redes de su micelio la llave secreta de un conocimiento ancestral que nos conviene recordar si pretendemos sobrevivir a nuestra sombra. Desde el período paleolítico, innumerables artistas de las más variadas disciplinas han tratado de comunicar al mundo la inefable grandiosidad de tan sobrenatural experiencia, pero su lenguaje se muestra tan limitado que resulta imposible definir mediante imágenes o palabras lo que te puedes encontrar al otro lado del abismo. Así lo expresaba Gordon Wasson:

Lo que necesitamos es un vocabulario para describir todas las modalidades de una ebriedad divina. Estas dificultades de comunicación han jugado su papel en ciertas situaciones divertidas. Dos psiquiatras que han tomado el hongo y han conocido la experiencia en todas sus dimensiones han sido criticados en círculos profesionales por dejar de ser «objetivos». Así pues, estamos todos divididos en dos clases: aquéllos que hemos tomado el hongo y quedamos descalificados por nuestra experiencia subjetiva y aquéllos que no han tomado el hongo y se descalifican por su ignorancia total en el asunto. Siento un profundo agradecimiento a mis amigos indios por haberme iniciado en el tremendo misterio del hongo.²¹

21. Traducción propia de Wasson, R. G. 1961. Hallucinogenic Fungi of Mexico. An Inquiry into the Origins of the Religious Idea among Primitive Peoples. *Botanical Museum Leaflets Harvard University*, 19 (7), p. 137-162. Disponible en: <<http://www.psychedellic-library.org/wasson.htm>>.

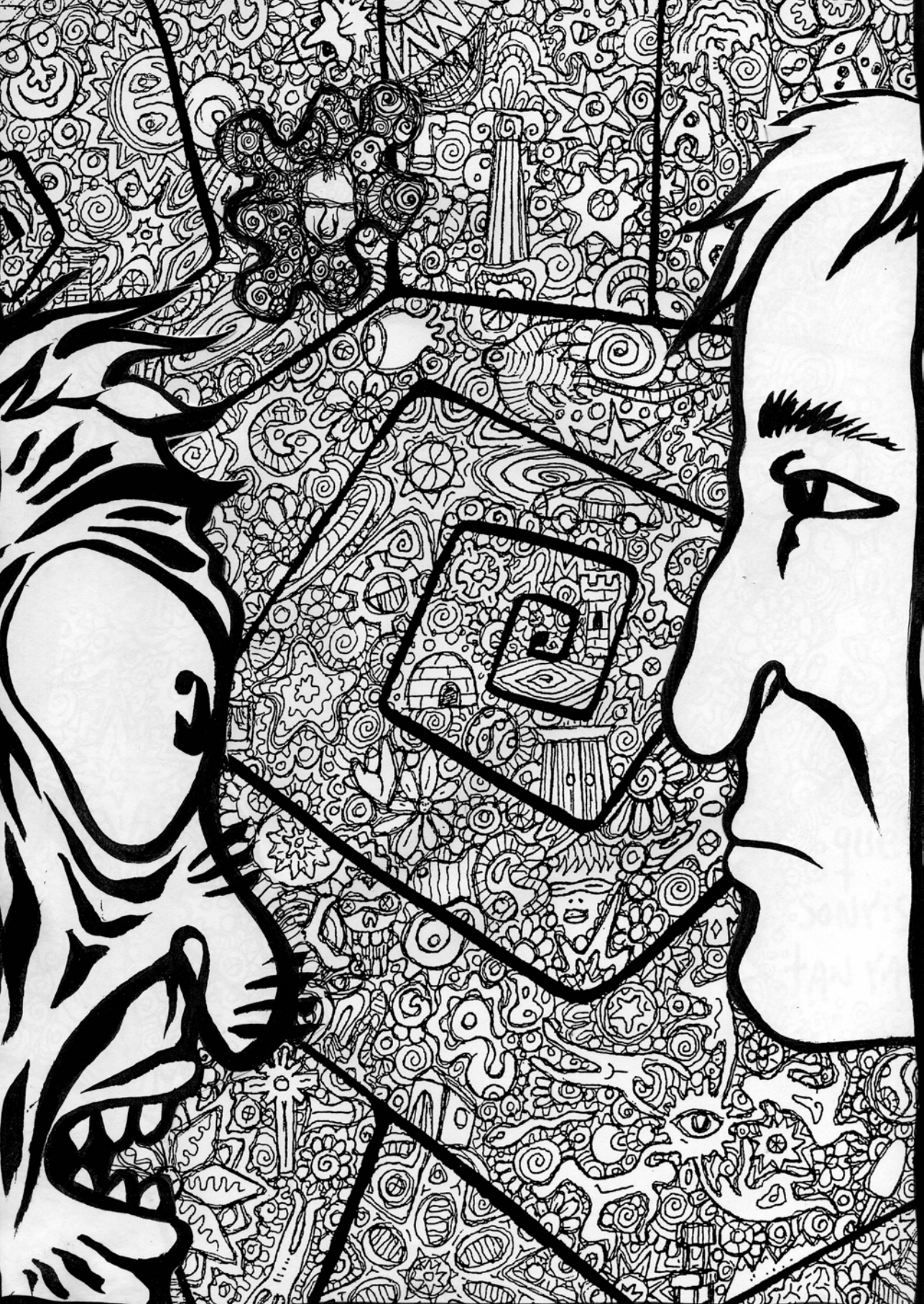
Ese tremendo misterio del que Wasson nos hablaba dejaría de ser un misterio en el preciso instante en el que pudiéramos explicarlo. Y, aun a sabiendas de que no se puede, tampoco podemos dejar de hacerlo. Como repetiría Terence McKenna si levantara la cabeza:

Con una dosis bastante heroica de psilocibina, una persona tumbada a oscuras y en silencio tiene la impresión de que está presenciando más arte, de mejor calidad, que el que se ha producido en todo Occidente en los últimos mil años. Y tu pequeño ser, ahí en tu cuarto, insignificante, y aun así este Niágara de belleza impredecible y alienígena se filtra por tu cabeza, ¡es una alfombra mágica para los artistas! El desafío, a mi parecer, después de treinta años involucrado en esto, es tener la experiencia. Tenerla en una actitud de apreciación y calma, pero hay una segunda implicación de tintes políticos, y es la de comunicar la visión a través de palabras, de pinturas, de animación. Porque si nos comunicamos colectivamente, se volverá real. Y exactamente esto es lo que está sucediendo en Internet. De hecho, Internet es un ejemplo perfecto de tecnología psicodélica al servicio de metas psicodélicas. [...] No podrás saber dónde termina tu cuerpo y comienza Internet. [...] es un sistema nervioso, la mente colectiva de la humanidad que está siendo cableada, como un artefacto que cubre el planeta entero en un pensamiento.²²

La naturaleza se sirve de curiosas artimañas para gritar en silencio sus enseñanzas. De entre las múltiples herramientas que el multiverso nos brinda para sintonizar frecuencias más sutiles, las setas han extendido su influencia por las muy variopintas culturas de los cinco continentes a lo largo, ancho y profundo de los tiempos. En la actualidad, un polvoriento laberinto legislativo pretende bloquear el caudal de información procedente del otro lado, el cual se multiplica de manera inversamente proporcional al empeño que las autoridades emplean en ocultar sus secretos, un derroche descomunal de energía y medios para desoír los conocimientos milenarios tallados en las entrañas de las plantas maestras, sigilosas emisarias del mensaje que transmiten las raíces de nuestro árbol genealógico. Quizás vaya siendo hora de actualizar nuestro sistema operativo...

22. Traducción propia del video de Terence McKenna titulado *I Ching, Habit and Novelty*. 2(7) 8:49 – 3(7) 0:48. Disponible en: <<http://www.youtube.com/watch?v=-7FdaadO-c>>.





VI

ASPECTOS LEGALES EN TORNO A LOS HONGOS PSILOCIBIOS

*Diego de las Casas*¹

En este capítulo vamos a abordar la compleja situación legal de los hongos psilocibes, para lo cual tenemos que empezar con algunas notas generales acerca de cómo está estructurado el ordenamiento jurídico español en temas de drogas.

Las leyes vigentes básicamente nos dicen tres cosas en relación con las drogas:

1.º: Si traficas con drogas, te meto en la cárcel.

2.º: Si consumes drogas en lugares públicos, te sanciono con una multa.

3.º: Si quieres hacer y comercializar un producto para consumo humano con drogas, debes someterte a la ley del medicamento (ensayos clínicos, recetas, etc.).

Por lo tanto, para saber a qué atenernos, lo primero que tenemos que preguntarnos es si una sustancia en cuestión es droga a efectos jurídicos o no lo es.

Para contestar esta pregunta, tenemos que acudir a los dos convenios internacionales sobre drogas ratificados por España, ambos firmados en sede de las Naciones Unidas: la Convención Única sobre Estupefacientes de 1961, y el Convenio sobre Sustancias Psicotrópicas de 1971. Si una sustancia está fiscalizada internacionalmente como estupefaciente o psicótropo en virtud de estos dos convenios, esa sustancia es considerada droga en nuestro ordenamiento interno.

Es decir, si una sustancia es considerada estupefaciente por la Convención de 1961, o psicótropo por el Convenio de 1971, esa sustancia debe considerarse droga, y en consecuencia a quien trafique con ella le podrán imponer penas de cárcel, quien la consume en público podrá ser sancionado con una multa y para comercializar un producto

1. Diego de las Casas Cañedo, colegiado del Ilustre Colegio de Abogados de Madrid – <diego@colomboasesores.com>.

para consumo humano con ella se deberán cumplir los requisitos de la ley del medicamento (Ley 29/2006, de 26 de julio, de garantías y uso racional de los medicamentos y productos sanitarios).

Teniendo todo esto en cuenta, ¿son los hongos psicocibes droga, a efectos jurídicos?

Como se trata de un psicótropo, debemos comprobar si se trata de una sustancia fiscalizada internacionalmente por el Convenio de Viena de 1971.

Este convenio, en sus anexos, establece un sistema de listas en el que se incluyen las sustancias consideradas psicótropos. Además, el articulado del Convenio da unas normas para interpretar estas listas.

La psilocibina y la psilocina aparecen en las listas anexas al Convenio y, en consecuencia, son consideradas droga.

Sin embargo, mientras que en el Convenio de 1961 sobre Estupefacientes se incluyen algunas plantas (la adormidera, el arbusto de coca y el cannabis), en la Convención de 1971 sobre Sustancias Psicotrópicas se incluyen principios activos y sustancias químicas específicas, pero no las plantas que las contienen.

Ninguna planta está, pues, sometida a fiscalización internacional en virtud del Convenio de 1971.

Es decir, mientras que la psilocibina y la psilocina sintetizada son consideradas droga a efectos jurídicos, los hongos que las contienen no lo son.

Para fundamentar jurídicamente esta afirmación, debemos acudir al Convenio sobre Sustancias Psicotrópicas de Viena de 1971, concretamente a su artículo 1.º:

Art. 1: TÉRMINOS EMPLEADOS

Salvo indicación expresa en contrario o que el contexto exija otra interpretación, los siguientes términos de este Convenio tendrán el significado que seguidamente se indica:

e) Por «sustancia psicotrópica» se entiende cualquier sustancia, natural o sintética, o cualquier material natural de la Lista I, II, III o IV.

Este artículo nos indica que para la interpretación de las listas anexas al convenio en las que se describen las sustancias fiscalizadas debemos estar atentos a las «indicaciones expresas».

Estas indicaciones expresas proceden del órgano que los propios convenios constituyeron para velar por el buen cumplimiento de los mismos: la Junta Internacional de Fiscalización de Estupefacientes (JIFE).

La JIFE ha expresado en varias ocasiones y por distintos medios que ninguna planta está fiscalizada en virtud del Convenio de 1971 sobre psicótropos.

Por ejemplo, en su Informe anual del año 2010:

Informe de la Junta Internacional de Fiscalización de Estupeficientes

II. Funcionamiento del sistema de fiscalización internacional de drogas.

6. Materiales vegetales que contienen sustancias psicoactivas.

284. Muchas plantas que contienen sustancias psicoactivas con propiedades estimulantes o alucinógenas, así como preparados elaborados con esas plantas, tienen usos tradicionales en algunos países o regiones, por ejemplo, en ritos religiosos. De conformidad con la Convención de 1961 y de esa Convención enmendada por el Protocolo de 1972, las plantas que son fuente de estupeficientes, como la de cannabis, la adormidera y el arbusto de coca, están sometidas a medidas de fiscalización específicas. En cambio, aunque algunos ingredientes activos con efectos estimulantes o alucinógenos contenidos en ciertas plantas están sometidos a fiscalización en virtud del Convenio de 1971, actualmente no hay ninguna planta fiscalizada de conformidad con ese Convenio ni con la Convención de 1988. Tampoco los preparados (por ejemplo, las decocciones para consumo oral) elaborados a partir de plantas que contienen esos ingredientes activos son objeto de fiscalización internacional.

Ante una afirmación tan clara por parte de la JIFE, el organismo internacional cuyo fin último es velar por el buen cumplimiento de los tratados internacionales sobre drogas, un letrado inocente, como el que escribe estas palabras, no puede más que, sustentándose en la lógica, estar convencido de que los hongos psilocibes no son droga a efectos jurídicos en España, y por extensión escribirlo ahí donde le dejen.

Peeeeeero (esto es un gran aviso para los que, tras lo leído, ya andan planeando llenar la habitación de esporas), como tantas otras veces, la realidad moldea la lógica a base de hostias, deformándola a su antojo, y la realidad es que en la práctica los hongos psilocibes son tratados por policías, fiscales y jueces en España como droga y si te pillan traficando con ellos se te procesará como si de droga se tratase, pudiéndote caer penas de cárcel de tres a seis años en el mejor de los casos.

¿Y cómo puede ser esto?, se preguntará algún inocente lector. Yo, evidentemente, no lo sé.

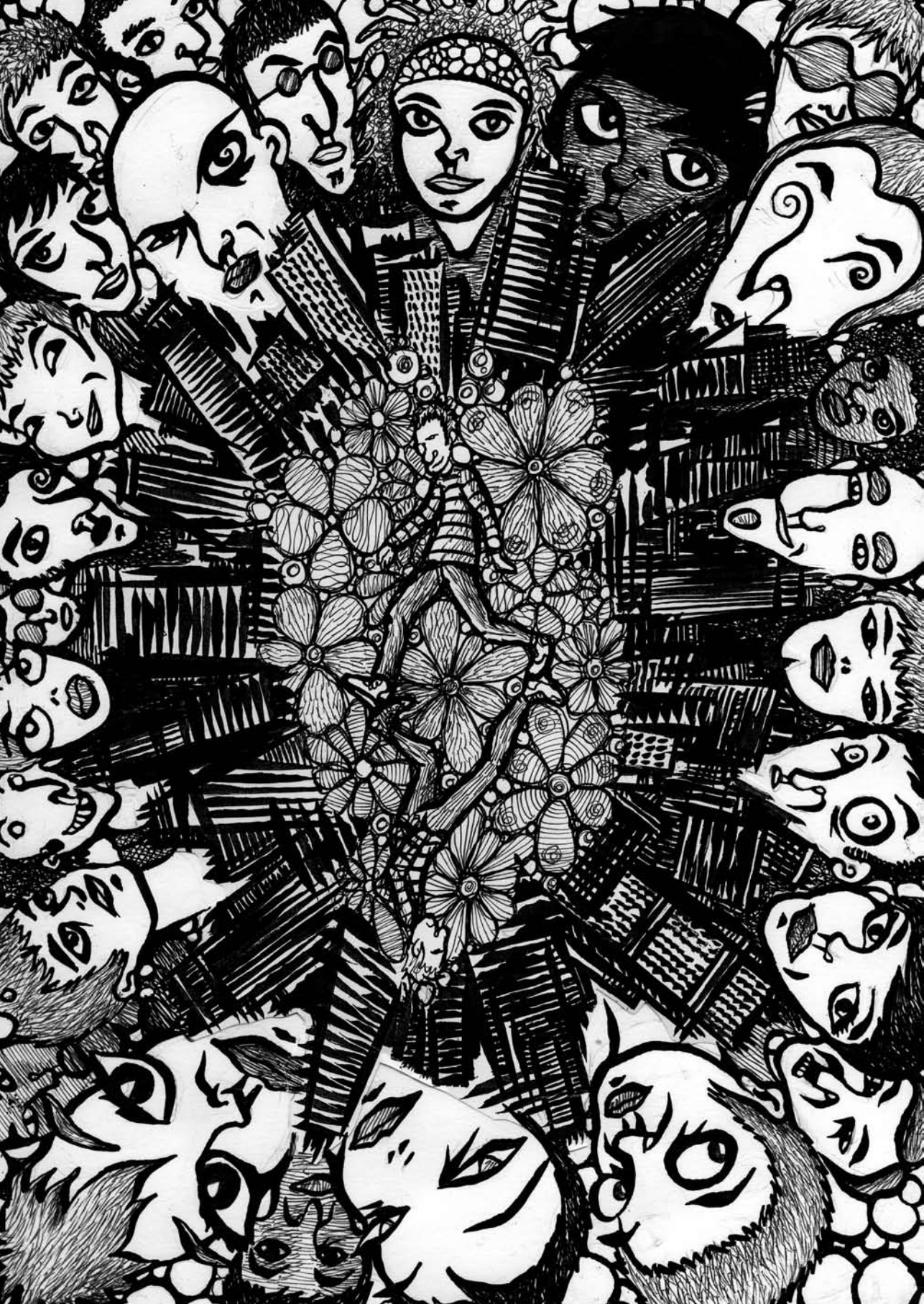
Puede ser que en realidad yo esté equivocado, y que la JIFE haga estas afirmaciones en sus informes anuales sólo para despistar al personal, y que, como la psilocibina y la psilocina están en las listas anexas al Convenio, las setas que las contienen también estén fiscalizadas internacionalmente y en consecuencia sean droga a efectos jurídicos en nuestro ordenamiento.

También puede ser que, dado el escaso número de procedimientos judiciales relacionados con los hongos psilocibes, nos encontremos con que este tema no ha sido abordado de forma profunda por ningún juez español hasta la fecha.

Lo que es evidente es que nos hallamos ante una gran inseguridad jurídica, donde algunos escribimos que los hongos psilocibes son legales, y lo defenderemos ahí donde haga falta, mientras que los que manejan el poder coercitivo del Estado, y siempre dan el primer rechazazo, ponen todo su empeño en tratarlos como ilegales.

Siendo así, y para concluir, yo como abogado aconsejo: cultivar y tomar hongos psilocibes con libertad; eso sí: que no os vean.





VII

HONGOS VISIONARIOS EN LA PENÍNSULA IBÉRICA

Ignacio Seral Bozal

El autor desea clarificar que el texto que prosigue en ningún caso pretende alentar ni favorecer el consumo o recolección de hongos psicoactivos, siendo ésta una cuestión de índole personal no exenta de riesgos. De igual manera, advierte que el texto no pretende constituir una guía identificativa de hongos psicoactivos ni el sustituto de la experiencia, obligatoriamente necesaria a la hora de recolectar cualquier tipo de hongo.

Dedicado a Miguel Ángel Velasco y Antonio Vic.

La presencia de hongos con propiedades psicoactivas en la península ibérica ha sido ignorada durante siglos por la gran mayoría de la población. Su uso y recolección en el pasado debió de restringirse a escasos individuos que no transmitieron sus conocimientos por escrito. Las circunstancias religiosas, una geografía abrupta y, de alguna manera, el carácter micófono de algunas zonas de la península, fueron enterrando en el olvido un conocimiento que la antropología actual trata de sacar a la luz, no sin grandes dificultades.

En el imaginario colectivo de los pueblos europeos, el uso de hongos psicoactivos parece restringido al consumo de la *Amanita muscaria*. Sin embargo, gracias a los trabajos conjuntos de Robert Gordon Wasson, Richard Evans Schultes, Roger Heim y Albert Hofmann, entre otros, a finales de la década de los cincuenta del pasado siglo renace un inusitado interés sobre los hongos visionarios que traerá durante las décadas siguientes el descubrimiento de cientos de nuevas especies fúngicas.

Este nuevo interés, claramente unido al desarrollo de la contracultura, la aparición del movimiento psicodélico, el ecologismo y el neopaganismo, surgirá fundamentalmente en el mundo anglosajón. Durante los años setenta, desde las islas británicas, comienza lentamente la popularización en Europa del uso y recolección de especímenes

autóctonos con propiedades psicoactivas. Los hongos psicoactivos se convertían en sustitutos orgánicos gratuitos de la LSD, y el acceso a ellos era relativamente sencillo. Hasta este momento, existía la creencia generalizada de que la aparición de hongos visionarios estaba restringida a los lugares donde existía un uso cultural tradicional de los mismos, concretamente en el continente americano. No obstante, la existencia de especies fúngicas en Europa con características similares a las originarias de México era conocida ya por botánicos europeos desde el siglo XIX. Asimismo, las intoxicaciones producidas por el uso de las mismas fueron reflejadas junto a detalladas descripciones de la especie causante (*Psilocybe semilanceata*) en diversos documentos en la Inglaterra de 1803.

En el ámbito de la península ibérica, a raíz de una serie de publicaciones en castellano, comienza a desarrollarse lentamente, en las últimas décadas del siglo XX, un interés creciente por los hongos psicoactivos. Los pioneros en el uso de estos hongos solían viajar a Centroamérica, ignorando la existencia de los mismos en su propio país. Al mismo tiempo, en los Pirineos, los hongos autóctonos eran recolectados por jóvenes franceses mejor informados que cruzaban la frontera para tal fin. Probablemente debido a influencias anglosajonas y francesas, en el entorno del País Vasco y en la vertiente sur de los Pirineos empiezan a recolectarse hongos psicoactivos, fundamentalmente el *Psilocybe semilanceata*, y se generaliza su uso entre ciertas capas de la población. Este fenómeno se irá extendiendo progresivamente a lo largo de la península en las zonas propicias a la aparición de estos hongos.

La diversidad geográfica y climática de la península ibérica posibilita la aparición de numerosas especies fúngicas que presentan propiedades psicoactivas. Podemos establecer dos grandes grupos de acuerdo con las propiedades químicas y farmacológicas de los alcaloides que contienen.

El primero lo formarían los hongos que poseen como principal compuesto psicoactivo el ácido iboténico y el muscimol, el hongo más conocido de este grupo sería la universal *Amanita muscaria* junto a sus parientes cercanos, como la *A. pantherina*.

El segundo grupo estaría compuesto por aquellos hongos que presentan como componentes psicoactivos alguno o varios de estos alcaloides de la familia de las triptaminas:

- psilocibina (4-fosforiloxi-N,N-dimetiltriptamina)
- psilocina (4-hidroxi-N,N-dimetiltriptamina)
- baeocistina (4-fosforiloxi-N-metiltriptamina)
- norbaeocistina (4-fosforiloxitriptamina)
- aeruginascina (4-fosforiloxi-N,N,N-trimetiltriptamina)

1. Hongos que contienen ácido iboténico/muscimol

Sin lugar a dudas, la *Amanita muscaria* es el hongo psicoactivo más conocido del mundo. Esta especie se encuentra distribuida por todo el hemisferio norte y en la península ibérica es muy abundante en su mitad septentrional. Se recolecta a finales de verano y en otoño. Su hábitat preferido son los bosques húmedos de robles, hayedos, abedules, pinares y abetos. Se distingue por su cutícula roja con escamas blancas, aunque aquélla puede variar sus tonalidades hacia el anaranjado, e incluso al amarillo, cuando aparece lavada tras una fuerte lluvia. Las escamas blancas y flocosas del sombrero se disponen concéntricamente y suelen ausentarse en ejemplares viejos o lavados. El sombrero, de margen estriado e incurvado, mide de unos 5 a 25 cm según el estadio de desarrollo de la seta o de las condiciones ambientales y presenta una forma convexa ligeramente umbonada que va aplanándose conforme la seta va envejeciendo. El pie, con una longitud de hasta 15 cm, el anillo y las láminas son blancos. En la base del pie se distingue la clásica volva, común en muchas especies del mismo género.

A pesar de que la imagen de la *Amanita muscaria* es un icono cultural fácilmente reconocible por cualquiera, el hecho de que en ocasiones pueda confundirse con otras especies mortales del mismo género, como son las conocidas *A. phalloides*, *A. verna* y la *A. virosa*, obliga a tener un especial cuidado. Así, debe evitarse a toda costa recolectar o consumir ejemplares que presenten sombreros blancos o con tintes verdosos.

La *Amanita muscaria* debe sus propiedades psicoactivas a la presencia de un compuesto llamado ácido iboténico (alfa-amino-3-hidroxi-5-isoxazolil-acético). Este ácido, perteneciente a la categoría de los isoxazoles, por descarboxilación (usualmente producida durante el secado) se convierte en muscimol (3-hidroxi-5-amino-metilisoxazol). Tanto uno como otro presentan efectos psicoactivos similares, pero el muscimol es cuatro veces más potente. El contenido de ácido iboténico en cada ejemplar es muy variable y depende de numerosos factores como el tipo de hábitat (los bosques de abedules y pino negro se recomiendan para la obtención de ejemplares potentes), el estadio vital del hongo, la época del año y la altitud (aparentemente, la altura aumenta la cantidad de alcaloides). Se han registrado variaciones de contenido en muscimol de entre 0,1% y 0,03% en diferentes ejemplares. Todo esto dificulta enormemente la dosificación por parte del usuario. Otro compuesto de psicoactividad dudosa, la muscazón, ha sido hallado en ejemplares suizos de *A. muscaria* y en otros de *A. pantherina*. Este compuesto puede estar relacionado con el proceso de extracción del ácido iboténico o ser un derivado del mismo.

Una estrategia adecuada sería recoger exclusivamente sombreros sanos, descartando los pies por poseer menor porcentaje de alcaloides y encontrarse llenos de larvas de insectos. Estos sombreros se secan lo más rápidamente posible para evitar su putrefacción y al mismo tiempo favorecer la conversión del ácido iboténico a muscimol. Para una mejor dosificación, y esto es aplicable a todas las especies de hongos si se quiere ser riguroso, se deberían mezclar los ejemplares recolectados y totalmente secos obteniendo un polvo homogéneo para ser guardado en las condiciones más adecuadas, es decir, ausencia de luz, hermeticidad y temperaturas estables.

Se suelen consumir dosis de entre 5 a 10 gramos del sombrero seco para obtener efectos enteógenos y siempre es necesario conocer de antemano la potencia del material recolectado mediante pruebas con dosificaciones inferiores a la plenamente psicoactiva. Los menos avezados suelen fumar la cutícula seca, obteniendo unos efectos de mucha menor intensidad, al parecer cierto porcentaje de muscimol resiste a la pirólisis y es activo por vía pulmonar.

Más peligrosa que la *A. muscaria* en sí misma es la incompetencia y desconocimiento de algunos trabajadores del sector sanitario, favorecida por una confusión científica que inicialmente señaló a esta especie como productora de muscarina, e incluso se le llegó a dar nombre basándose en esta suposición, que resultó ser errónea. A pesar de que este error inicial fue solventado por la ciencia oficial ya en 1967, y que los análisis de muscarina han arrojado porcentajes tan ínfimos como el 0,0003%, algún facultativo ha recibido a personas que presentaban fuertes intoxicaciones por el consumo de *A. muscaria* e ignorando que la intoxicación muscarínica presenta unos síntomas diferentes a la producida por la seta en cuestión, y creyendo que la sustancia responsable era la muscarina, usó como antídoto atropina, o derivados de la misma, con el paciente. Al potenciar la atropina, en gran medida, los efectos del muscimol, el paciente entró en coma, el «viaje» estuvo a punto de no ser de «ida y vuelta». Un íntimo amigo mío sufrió en sus carnes esta desagradable situación. La ignorancia a este respecto continúa. Recientemente, en una cadena de radio con bastante audiencia en España, supuestos «expertos» nombraban la atropina como remedio ante la intoxicación por *A. muscaria*. Ante esta situación, y no pudiendo confiar en las capacidades de ciertos «doctores», recomiendo que se exija una revisión y actualización de los protocolos de actuación sanitaria en estos casos. Dado que es dudoso que esto ocurra, sólo cabe esperar que algún acompañante ejerza de ángel de la guarda, y comunique al personal médico la posibilidad de que se produzca esta mortal confusión.

En la península ibérica aparecen dos especies más del género *Amanita* en las que está presente el ácido iboténico: se trata de la *Amanita pantherina* y de la *Amanita gemmata*. Todas ellas viven y se alimentan gracias a una relación simbiótica entre su

micelio y la raíz de los árboles bajo los que habitan. Esta asociación de raíz y micelio, denominada micorriza, ha dificultado desde siempre los intentos de cultivo artificial de estas especies.

La *Amanita pantherina* aparece en hábitats similares a los de la *A. muscaria*, aunque su distribución es más escasa. Se distingue principalmente por la coloración pardo rojiza o marrón clara del sombrero en lugar de rojo o anaranjado. Tiene las demás características similares a la *A. muscaria*, pero es de menor tamaño y es más habitual en bosques planifolios o de ribera. Según algunos autores esta especie poseería mayor cantidad de ácido iboténico. La *A. pantherina* puede confundirse fácilmente con otras especies del género *Amanita*.

La *Amanita gemmata* (*A. junquillea*), de menor tamaño, posee un sombrero convexo estriado en el margen, de unos 5 a 10 cm de diámetro, con una coloración ocre o amarillenta, a veces ligeramente anaranjada, que presenta en ocasiones restos blancos del velo. Su pie, de unos 5 cm, es de color blanco o amarillo limón y su carne y láminas son blancas. Posee volva, pero no es tan evidente como en las amanitas anteriores. Crece y es habitual en pinares y bosques planifolios, incluso en primavera. Se puede confundir con mucha facilidad con otras amanitas mortales, por lo que se desaconseja su recolección.



Amanita muscaria

Autora: Begoña Sierra

2. Los hongos psilocibios

El género *Psilocybe* engloba el mayor número de especies de hongos psicoactivos del mundo. Sin embargo, no todos los hongos pertenecientes a este género contienen alcaloides psicoactivos de carácter indólico como la psilocibina, la psilocina y sus análogos baeocistina, norbaeocistina y aeruginascina. Estos alcaloides también pueden estar presentes en otras especies que no pertenecen al género *Psilocybe*, como por ejemplo en los géneros *Copelandia*, *Panaeolus*, *Pluteus* e *Inocybe*.

Durante años, debido a la existencia de una literatura muy poco rigurosa y la carencia de trabajos científicos y de análisis objetivos, se ha considerado, sin serlo, a muchas especies de hongos como psicoactivas. Dentro del género *Panaeolus*, especies como *P. ater*, *P. foenicicii* y *P. sphinctrinus* fueron señaladas erróneamente como especies psilocíbicas en muchos libros, lo que llevó a cientos de jóvenes a recolectar setas que con suerte sólo producían dolencias gastrointestinales. Algunas poseían alcaloides, pero en cantidades tan ínfimas que su uso era impracticable. Otras, de mayor potencia, pero muy escasas, aparecían en muchas guías con la etiqueta de «inactivas» e incluso «comestibles».

Debido a limitaciones de espacio, nos ceñiremos a las especies con un contenido en alcaloides moderado o alto. A pesar de ello, conviene señalar las diferentes especies que aparecen en la península que han sido sospechosas de contener alcaloides psicoactivos en el pasado y que en la actualidad se consideran ausentes, en muy poca concentración o que aparecen de manera latente. Dentro de este grupo, en la península destacan las siguientes especies:

- Género *Panaeolus*: *P. ater* (*P. fimicola*), *P. foenicicii*, *P. sphinctrinus* (*P. papilionaceus*, *P. campanulatus*, *P. retirugis*), *P. rickenii*.
- Género *Hygrocybe*: *Hygrocybe psittacina*.
- Género *Psathyrella*: *Psathyrella candolleana*.
- Género *Mycena*: *Mycena cyanorrhiza*, *Mycena pura*.
- Género *Psilocybe*: *P. luteonitens*, *P. crobula*, *P. aeruginosa*, *P. semiglobata*, *P. caerulea*, *P. coprophila*, *P. montana*, *P. squamosa*.

Entre las especies que contienen una cantidad moderada o alta de estos alcaloides indólicos psicoactivos se encuentran:



Panaeolus spicthrinus

Autor: Ignacio Seral

2.1. Género *Panaeolus*

Panaeolus subbalteatus

Sombrero de unos 5 cm, convexo y casi aplanado en la madurez, color marrón claro a naranja con una franja marrón oscura en el margen, láminas marrones moteadas, pie fibroso y hueco de unos 5 cm de largo. Crece agrupado en zonas de pastos sobre excrementos del ganado o directamente en hierba en áreas muy abonadas. Su potencia es moderada, conteniendo en torno a un 0,2% de psilocibina, y algunos ejemplares azulean al ser manipulados. Está distribuido no muy abundantemente por la zona norte de la península y fructifica durante la primavera y el verano.

Otra especie incluida en este género, el *Panaeolus cyanescens*, ha sido citada excepcionalmente en la península ibérica. Esta especie, de carácter fímícola, es de origen tropical. Existe la posibilidad de que esporas de la misma llegaran a través de la importación de ganado. Dada la singularidad de esta cita, y la pertenencia de esta especie a un hábitat diferente a nuestro ámbito geográfico, no la considero perteneciente a las especies propias de la península.

2.2. Género *Pluteus*

Pluteus salicinus

Hongo lignícola de sombrero convexo que tiende a volverse plano con la edad. Anchura de 3 a 8 cm, de color gris o gris verdoso. El pie mide de unos 5 a 10 cm de largo, es de color blanco o gris verdoso y en ocasiones azulado en su base. Las láminas son pálidas y se vuelven asalmonadas en la madurez. Su hábitat son bosques de caducifolias y, especialmente, zonas de ribera bajo sauces, chopos y alisos. Aparece en casi toda la península durante el otoño. Aunque es bastante común, no obstante, presenta muchas variaciones de color según los ejemplares, es difícil de identificar y su potencia es muy variable. Todo esto lo convierte en una especie no utilizada habitualmente con fines enteógenos ni recreativos.

Existen varias especies pertenecientes al género *Pluteus* sospechosas de contener alcaloides similares, entre ellas el *Pluteus atricapillus* (*P. cervinus*). En los últimos años me han llegado noticias de alguna intoxicación accidental por consumo de supuestos *pleurotus* en la ribera del Ebro. Los efectos encajaban perfectamente con los producidos por la intoxicación por psilocibina y similares. Es muy posible que fuera el *Pluteus salicinus* el responsable, al ser confundido por el ojo inexperto, tomándolo por alguna seta del género *Pleurotus* con el que comparte hábitat.

2.3. Género *Inocybe*

Durante los años ochenta se analizaron algunos ejemplares de varias especies pertenecientes a este género, y fueron hallados diversos alcaloides psilocíbicos en el *I. baemacta*, *I. corydalina*, *I. coelestium* y en el *I. aeruginascens*. El género *Inocybe* es uno de los más complejos a la hora de identificar las diferentes especies. Si a esto se le suma el hecho de que dentro del mismo abundan variedades que producen compuestos tóxicos como la muscarina, se desaconseja totalmente su recolección. Dentro de este género, se aisló por primera vez el compuesto denominado aeruginascina, de farmacología no muy estudiada, y que contribuye con un aumento de los efectos eufóricos, según algunos autores.

2.4. Género *Gymnopilus*

Dentro de este grupo se encuentra el controvertido *Gymnopilus spectabilis*, el más común de su género en la península, distribuyéndose por toda ella. Es un hongo majestuoso de sabor muy amargo con un sombrero de unos 5 a 40 cm de un vivo color ama-

rillo anaranjado que con la edad va oscureciendo y puede presentar restos del velo en su margen. Las láminas y el pie (llega a alcanzar los 50 cm) son de colores similares al de su sombrero. Saprofito de la madera, se le suele encontrar agrupado en tocones, bajo los árboles, sobre madera enterrada y en ocasiones se le distingue en parques públicos.

Esta especie presenta importantes variaciones en su contenido de alcaloides. En ejemplares asiáticos se ha detectado psilocibina; en los americanos, sólo en algunos casos. Los europeos, según algunos análisis, contienen bisnoriangonina e hispidina, compartiendo con el *Inonotus hispidus*, también llamado *Laetiporus sulphureus*, saprofito de la madera, estos mismos compuestos químicos. La falta de estudios apropiados e investigaciones sobre sus efectos farmacológicos y la posibilidad de confusión, en el caso de ejemplares muy pequeños, con las mortales *galerinas*, desaconsejan su uso.

2.5. Género *Psilocybe*

Sin duda el mayor número de especies con alcaloides indólicos psicoactivos en el mundo se encuentra catalogado dentro de este género, que ha colonizado los más diversos hábitats. En el ámbito geográfico que nos compete, aparecen cuatro especies que merecen ser destacadas ya sea por su ubicuidad, su potencia psicoactiva o por ser endémicas de la península ibérica. Suelen ser hongos de pequeño porte, quizá por ello han pasado desapercibidos a lo largo del tiempo, siendo despreciados por los aficionados a la micología gastronómica.

Psilocybe hispanica

Hongo coprófilo pequeño que crece de forma gregaria exclusivamente sobre estiércol de caballo en los prados alpinos y subalpinos del Pirineo aragonés y en la correspondiente vertiente francesa. Fue descubierto por un servidor a mediados de los años noventa del siglo pasado, e identificado más tarde como una nueva especie perteneciente al género *Psilocybe* por Gastón Guzmán. Es posible que exista en la alta montaña italiana, lo cual no sería extraño, pues el hábitat es idéntico: el investigador italiano Giorgio Samorini me comunicó hace unos años que creía haberlo observado allí en alguna ocasión.

Aparece entre los 1700-2300 metros de altitud y fructifica en otoño, incluso después de las primeras nevadas. En su estado inicial algunos ejemplares son muy parecidos al *P. semilanceata*, excepto en el color del sombrero, que en el caso del *P. hispanica* es marrón oscuro achocolatado. Este sombrero, en ocasiones ligeramente mamelonado, de 1 a 8 cm de ancho, es convexo, acampanado inicialmente y se aplanan casi totalmente

en la madurez. Los restos del velo, como en el *P. semilanceata*, recuerdan a un anillo pero desaparecen pronto. Su carácter higrófono, pie flexuoso y blanquecino, esporada violácea, cutícula viscosa y el tono azul en la base de algunos ejemplares lo relacionan con el *P. semilanceata*, aunque la potencia del *P. hispanica* es considerablemente inferior.

Se cultivó en exterior por primera vez en la costa oeste de Estados Unidos en el año 2000, en substrato de estiércol. Se constató que se trata de un hongo norteno, exigien-



Psilocybe hispanica

Autor: Ignacio Seral

do un descenso de las temperaturas para una correcta fructificación. Pocos años después, tras aislarse una cepa más vigorosa, pudo cultivarse en interior sobre substrato de grano con bastante facilidad. Se trata de un hongo escaso, endémico y de potencia no muy alta. Todo esto, unido a su hábitat fímetario, hace poco aconsejable su uso como enteógeno, sobre todo teniendo en cuenta que su primo, el *P. semilanceata*, crece en los mismos lugares y en mucha mayor profusión.

Esta especie fue elegida como candidata para la identificación de unas supuestas setas pintadas en un mural de pintura neolítica situado en Cuenca. En un artículo publicado en la revista *Economic Botany*, en junio de 2011, se especula con la posibilidad de que se trate de la primera representación pictórica europea del uso de hongos enteógenos.

A pesar de que la teoría es muy sugestiva, la información en lo que respecta al *P. hispanica* no es muy acertada, ya que sugiere que crece en estiércol de vaca, lo cual resulta muy dudoso, y también indica que su hábitat es boscoso, en lugar del prado alpino o subalpino. Personalmente, opino que el candidato más adecuado, si se aceptan los trazos que aparecen en el mural como representaciones fúngicas, sería el ubicuo *Psilocybe semilanceata*. Tras comunicar estas observaciones a los autores del citado artículo, éstos han decidido revisar el contenido del mismo.

Psilocybe galicae/gallaeciae

Fue descubierta en Galicia en torno a 1997 y declarada nueva especie por Gastón Guzmán en 2003. Esta nueva especie, hasta el momento endémica de la península ibérica, es quizás el descubrimiento más interesante de los últimos años. Perteneció al género *Psilocybe* y, dentro de él, curiosamente es la primera especie europea que pertenece a la sección *mexicana*.

Posee características que lo relacionan con especies de ultramar como el *P. galindoi* y el *P. antioquiensis*. Su hábitat natural son pastos herbáceos y jardines durante el otoño y parte del invierno. Se ha localizado en la franja litoral gallega y en el norte de Portugal. Su fructificación es gregaria y presenta un sombrero de convexo a ligeramente campanulado de color marrón rojizo o anaranjado con un diámetro de 1 a 3 cm, láminas pardo grisáceas con tonos rojizos o violetas y un pie de 2 a 6 cm que puede presentar tonos azulados en la base. Su potencia es alta, prácticamente similar al *P. semilanceata*. Hasta el momento, no tengo noticias de que haya sido analizada para determinar sus componentes concretos.

Como curiosidad, cabe señalar que, durante la formación del micelio, es un hongo que produce esclerocio, al igual que sus parientes mexicanos y el *P. semilanceata*. Esta



Psilocybe galicae

Autora: Marisa Castro

formación de esclerocio la he podido comprobar personalmente al observar su cultivo en substrato de alpeste. En este cultivo se utilizaron esporas recolectadas por Arturo Lorenzo García, codescubridor de esta especie junto a Marisa Castro de la Universidad de Vigo. Envié personalmente esporas y ejemplares secos de este hongo al micólogo Gastón Guzmán para su identificación, quien confirmó que, junto a otros ejemplares recibidos desde Galicia, todos pertenecían a una nueva especie, el *Psilocybe galicae*.

Psilocybe cyanescens

Esta especie de hábitat boscoso, que se encuentra distribuida en las regiones costeras del Pacífico en Norteamérica y diversas zonas de Europa, es citada por Krieglsteiner en los Pirineos centrales. Su distribución y taxonomía han sido discutidas por los expertos durante años. Forma junto con otras especies muy similares, como el *P. azurescens*, *P. serbica*, *P. mairei*, *P. bohémica* y los recién descubiertos *P. arcana* y *P. moravica*, un grupo aparte dentro de los *psilocybes*. Todas ellas son lignícolas y crecen en restos de madera en descomposición.

El *P. cyanescens* se caracteriza por su sombrero de margen ondulado de unos 2 a 4 cm, inicialmente con forma cónico-convexa de color marrón claro que pasa a ser aplanado



Psilocybe cyanescens

Autor: John Allen

y marrón oscuro con la edad. Su pie, de 2 a 8 cm de largo, es blanquecino y grueso, adquiriendo un tinte azulado muy evidente al manipularlo o con el paso del tiempo. Su esporada, como en la mayoría de los *psilocybes*, es de un color violeta oscuro.

Se trata de una especie muy potente en la que, en ocasiones, la combinación de psilocibina y psilocina puede alcanzar concentraciones del 2%. Su cultivo es relativamente sencillo en exterior y para su fructificación exige un descenso de las temperaturas, la técnica básica es muy similar a las utilizadas para otras especies comestibles que se alimentan de restos de madera.

Al parecer, es una especie en expansión y la actividad humana facilita en ocasiones su desarrollo. En cualquier caso, al no existir apenas citas de la misma en la península ibérica y ser muy similar a otras especies mortales, la *Galerina autumnalis* y la *Pholiotina filaris*, compartiendo todas ellas hábitats similares, se recomienda encarecidamente evitar su recolección y consumo.

En estos últimos años, este grupo de *psilocybes*, todos ellos saprofitos de la madera, no deja de aumentar. Al igual que está ocurriendo en algunos países de Centroeuropa, donde nuevas especies han aparecido recientemente, la península ibérica podría albergar especies nuevas o especies foráneas que no han sido citadas hasta el momento.

No es descartable que alguno de los ejemplares pueda provenir de esporas o micelio introducido en el medio natural por algún aficionado, ya que esporas de multitud de variedades se encuentran a la venta en muchos países.

Psilocybe semilanceata

Probablemente, se trate del hongo psicocíbico más común en el mundo. Se distribuye por todos los continentes, incluso en África y Australia. En nuestro país se le conoce popularmente como *mongui*, *congui* o *bongui*.

En el País Vasco se le denomina *sorgin zorrotz* (bruja picuda) en alusión a su característico mamelón o, según algunos, a sus efectos. En las demás zonas peninsulares carece de nombre propio. Puede que sea este término vascoence en particular el que nos proporcione las claves para encontrar un posible uso tradicional de los *psilocybes*, relacionado con el mundo de la brujería y los antiguos ritos paganos.

En la península se distribuye a lo largo de toda la zona septentrional, siendo más abundante en los lugares más húmedos, especialmente en las zonas del norte, donde las precipitaciones anuales oscilan entre los 1500 mm y los 2000 mm, siendo las mismas de carácter constante. Ocupa toda la franja del Cantábrico, incluyendo zonas de Portugal. Se extiende por ambas vertientes de los Pirineos casi hasta el Mediterráneo y aparece citado, aunque en menor medida, en el Sistema Ibérico, el Sistema Central y en el norte de Castilla. Su amplia distribución, la abundancia del mismo en las épocas adecuadas, su alto contenido en alcaloides y la facilidad de su identificación hacen del *Psilocybe semilanceata* el hongo psicoactivo autóctono más consumido y buscado.

La versatilidad del *P. semilanceata* para colonizar los más diversos hábitats es sorprendente, aunque sólo aparece en zonas de clima húmedo. Excepcionalmente, se ha observado a principios de verano o en primavera, pero las citas en estas épocas son muy escasas y suelen ser confusiones con el *P. semiglobata*. Es posible comenzar a encontrar ejemplares a mediados de agosto. Suele fructificar abundantemente desde mediados de septiembre hasta mediados de noviembre, ya que al ser una especie de hábitats relativamente fríos, tolera bastante bien las heladas suaves.

La temporada puede variar según las condiciones específicas de cada año en concreto. Las zonas sombrías y frescas producen los ejemplares más tempranos. Conforme avanza el otoño, las condiciones son más favorables en las zonas más soleadas y protegidas de las heladas. El frío juega un papel importante en el desarrollo de esta especie y los veranos frescos favorecen su proliferación. En las zonas más continentales, sólo se encuentran en los prados de alta montaña, normalmente entre 1500 y 2200 metros de altitud, las tormentas de verano aumentan enormemente su fructificación en otoño.



Psilocybe semilanceata

Autor: Ignacio Seral

El *P. semilanceata*, como todos los psilocibes saprofitos, comienza a fructificar como respuesta a una serie de estímulos exteriores, un descenso en las temperaturas, un aumento de la humedad de hasta el 95-100% y un descenso de la concentración del dióxido de carbono. La presencia de luz es necesaria para la correcta formación de la seta.

El *P. semilanceata* puede encontrarse desde la costa hasta la alta montaña. Gusta de pastizales naturales, prados de montaña, prados alpinos, zonas herbáceas inundadas, a veces de turberas, e incluso de algunos jardines. Tiene especial predilección por los terrenos ácidos y los pastos abonados por el ganado de forma natural, estando ausente en aquéllos tratados artificialmente. Comparte con otros *psilocybes* una afición especial por los terrenos removidos, que facilitan la expansión del micelio y proveen de detritus vegetal al mismo: toperas, bordes de caminos o pistas, riberas de arroyos y derrumbes.

Contrariamente a una opinión muy extendida, no es un hongo coprófilo y no crece sobre los excrementos animales salvo en rarísimas ocasiones. Quizás el origen de esta creencia se encuentre en el hecho de que, cuando los excrementos son recientes, el hongo es capaz de atravesarlos desde el suelo, o a que, simplemente, debido a una prolongada sequía, los únicos ejemplares que fructifican son aquéllos protegidos por la humedad de las heces y se disponen a su alrededor.

El micelio del *P. semilanceata* produce esclerocio, una forma de protección del mismo frente a agresiones externas. Este esclerocio, que probablemente contiene alcaloides psicoactivos, permite al hongo resistir largas temporadas de tiempo, enquistado bajo la superficie, superando sequías y heladas.

El substrato en el que surge suelen ser restos de hojas basales muertas y raíces de gramíneas y otras herbáceas como *Dactylis glomerata*, *holcus* y *festucas*. Aparece en grupos de hasta treinta ejemplares o más, y también en solitario. En terreno llano, pero igualmente en taludes casi verticales. No es difícil observarlo en medio de los arroyos de montaña creciendo como palmeras, sobre pequeñas islas herbáceas.

La morfología del *P. semilanceata* es extremadamente variable y puede llevar a confusiones. Sin embargo, el *P. semilanceata* estándar es relativamente sencillo de reconocer: sombrero de 0,5 a 3 cm de ancho, cónico o puntiagudo, a veces campanulado, que muestra habitualmente un mamelón muy característico del mismo color que el sombrero excepto en escasas ocasiones en las que aparece oscurecido, el margen del sombrero es traslúcido y estriado, curvado hacia dentro y ondulado con tintes verdes o azulados en ejemplares jóvenes.

El sombrero, en ocasiones, en ejemplares adultos, suele estar oscurecido por las esporas. Es muy higrófono y su color es muy variable dependiendo de la humedad que contenga. De color pardo amarillento pálido en condiciones normales, pasa a marrón

oscuro cuando se humedece. Presenta tintes oliváceos y excepcionalmente, en ejemplares muy jóvenes, azulados. Posee una cutícula viscosa cuando está húmedo. Las láminas son ascendentes, estrechas, de color pardo a violáceo con los bordes más claros. El pie es de unos 3 a 15 cm, flexible y muchas veces retorcido, de color pálido o blanquecino y en ocasiones azulea en la base. En algunos ejemplares los restos del velo oscurecidos por las esporas dan la impresión de que posee un levísimo anillo. Su esporada es violácea oscura.

El *P. semilanceata* puede presentar muchas variaciones morfológicas que se desvían de los parámetros habituales en la especie. Estos cambios de forma vienen determinados fundamentalmente por el hábitat donde se encuentra. De esta manera, el sombrero varía en ejemplares expuestos al viento, aplanándose a veces totalmente. Un pie extremadamente ancho y retorcido es característico de los especímenes que crecen debajo de piedras en las solanas de la alta montaña aprovechando los últimos resquicios de humedad. La altura de la hierba también determina la del tallo. En grupos de hierba alta y densa es posible encontrar ejemplares con tallos de hasta 20 cm.

El tamaño suele depender de la capacidad alimenticia del substrato y la humedad correcta. El ganado influye sobre el tamaño igualmente: al cortar la hierba, favorece los ejemplares pequeños, y sí, se come los ejemplares maduros que encuentra en su camino. En cuanto a si el ganado se ve afectado por los efectos característicos de esta especie, mucho se ha discutido, pero considerando la cantidad de ejemplares que deben ingerir si las condiciones son apropiadas, es probable. Se han contado muchas historias sobre caballos o vacas actuando de forma «rara» en pastos repletos de *psilocybes*.

Al tratarse de un hongo relativamente pequeño y a pesar de que muchas veces es el hongo más abundante en los lugares donde crece, se confunde fácilmente con otras especies aledañas. Quizás las principales confusiones se produzcan con especies muy relacionadas, como el *Psilocybe semiglobata*, que se distingue a primera vista del *P. semilanceata* por su pie siempre recto, restos del velo con forma de anillo más evidentes y un hábitat mucho más coprófilo. El *Panaeolus sphinctrinus* en sus primeros estadios también es muy parecido a un pequeño *P. semilanceata*. Otras especies que pueden llevar a equívoco serían *mycenas*, *coprinus*, *conocybes* y otros *psilocybes* como el *P. luteonitens* y el *P. caerulea*.

Existen, sin embargo, especímenes aislados de *P. semilanceata* que presentan características muy diferentes a los habituales, como señala Paul Stamets, que en Norteamérica ha observado una variante anaranjada que apenas produce esporas. Ésta podría llegar a confundirse con la mortal *Galerina autumnalis* en pastos cercanos a zonas boscosas. Puedo confirmar la presencia de dicha variedad anaranjada de *P. semilanceata* en los Pirineos centrales, ya que la he observado personalmente en varias ocasiones a lo largo de los años. Otra variedad confusa que he encontrado más frecuentemente en el



Psilocybe semilanceata secos

Autor: Ignacio Seral

Pirineo es prácticamente albina, incluidas las láminas, y suele aparecer en el interior de las *festucas* de alta montaña. Ésta última es susceptible de ser confundida con diversas especies del género *Mycena*.

La distribución y características del contenido de alcaloides en esta especie es muy interesante, y sin duda ha contribuido a la difusión de su uso. El *P. semilanceata* apenas contiene psilocina; sin embargo, su contenido en psilocibina es muy alto, alrededor de un 1% de media, y fue un ejemplar de *P. semilanceata* el que mostró en unos análisis la mayor proporción de psilocibina hallada en un hongo hasta el momento, un 2,37%. Otro alcaloide similar, la baecocistina, puede aparecer en una cantidad nada despreciable, en torno a un 0,3%. Entre otros alcaloides no indólicos cabe destacar la presencia en cantidades variables de feniletilamina.

La psilocina, al carecer de un radical de fósforo, se degrada con facilidad con el tiempo; sin embargo, la psilocibina, fuente principal de los efectos del *P. semilanceata*, lo posee y se mantiene muy estable. Se han analizado especímenes procedentes de colecciones finlandesas datadas en 1869 que aún poseían porcentajes de un 0,014% de psilocibina. Por esta razón, junto a que el diminuto tamaño del hongo facilita sobremanera su secado, este *psilocybe* es el candidato perfecto a la hora de conservar largo tiempo las propiedades del mismo. Otra ventaja añadida es la solubilidad en agua de la psilocibina, mientras que la psilocina apenas se disuelve. Los usuarios que eligen el consumo en infusión son los grandes beneficiados.

Un factor importante que se debe tener en consideración, común en muchas otras especies, es la distribución espacial de los alcaloides dentro del propio cuerpo fructífero del hongo. La psilocibina se encuentra en mayor concentración en las zonas externas del mismo. Este fenómeno lleva consigo que los ejemplares más pequeños contengan proporciones altas de psilocibina en relación con su peso total, mucho mayores que los ejemplares grandes. Los usuarios poco informados suelen recibir instrucciones de consumo basadas en falsas creencias o leyendas como la de consumir los hongos en número par, etc. Éstos deberían considerar lo anteriormente dicho, evitando sustos derivados del consumo de dosis altas sin estar preparado.

El porcentaje de alcaloides depende de muchos factores. A los anteriormente señalados hay que añadir los propios derivados del hábitat donde se instala, como son: el tipo de substrato del que se alimenta, las heladas soportadas, la intensidad de la luz solar y las precipitaciones. La exposición a los rayos solares puede degradar los compuestos químicos del hongo y las lluvias intensas podrían lavar parte de la psilocibina o favorecer, por la simple agresión física, la aparición de procesos enzimáticos que transformarían a ésta en psilocina. Estos procesos enzimáticos, todavía sin comprender del todo, explicarían la aparente contradicción que ocurre cuando se observa un ejemplar

de *P. semilanceata* con tonos azulados: en teoría no debería ocurrir esto, pues el color azul es consecuencia de la degradación de la psilocina, y esta especie no la produce sino muy escasamente.

El tipo de almacenaje y secado que se observan tras su recolección son esenciales para conservar con éxito estos compuestos. No es recomendable congelar los ejemplares una vez secos, ya que la psilocibina corre el peligro de degradarse en este proceso debido a las características porosas de su textura. Al igual que en las otras especies, los ejemplares se preparan mediante un secado rápido, pero sin fuentes de calor excesivas, y demandan un almacenamiento en un lugar hermético, seco y sin cambios de temperatura. Las dosis mínimas comenzarían a partir de unos 0,5 g secos (12-15 hongos de tamaño medio), las medias a partir de unos 2 g secos y a partir de 4 g serían dosis altas.

El *P. semilanceata* ha sido cultivado en interior con éxito en diferentes substratos, tanto en grano como en compost. He podido comprobar que, en ocasiones, el micelio del mismo colonizaba pacas de paja de cereal degradadas situadas sobre la hierba, dando lugar a unos ejemplares extremadamente grandes. A pesar de todo esto, su cultivo es poco práctico, ya que el micelio tarda hasta cuatro meses en desarrollarse lo suficiente para fructificar y exige la simulación de un golpe de frío para el desarrollo de los carpóforos. Los aficionados al cultivo suelen optar por especies de desarrollo más rápido y más sencillas de cultivar como los *Panaeolus tropicales* o la multitud de variedades del *Psilocybe cubensis*.v

La actividad humana influye radicalmente en la distribución de esta especie. No se trata solamente de las agresiones al medio donde se asienta, producidas por una excesiva recolección de ejemplares. Esta influencia tiene dos caras: por un lado se favorece la extensión de la especie con la práctica del pastoreo natural, roturando bosques y ampliando su ecosistema, como había venido ocurriendo hasta hace pocas décadas; por otro lado, con la continua apertura de pistas forestales y su consiguiente erosión, las intervenciones derivadas de las actividades deportivas de montaña, el urbanismo descontrolado y la industria turística en general, se está literalmente asfaltando el futuro de la especie.

En un principio, debido a la querencia del hongo por los ambientes removidos, y tras una intervención humana de este tipo, se observa con sorpresa un aumento de ejemplares en la zona. La razón es simple: la cantidad de materia vegetal muerta ha aumentado y el micelio lo aprovecha. Pasados unos pocos años, agotado el substrato, y sin capacidad natural de regenerarse, los hongos desaparecen del lugar, y no vuelven. Si a esto le añadimos la progresiva desaparición de las labores tradicionales y el retroceso de la cabaña ganadera sin estabular, es fácil darse cuenta de la delicada situación de esta hermosa especie.

3. Agradecimientos

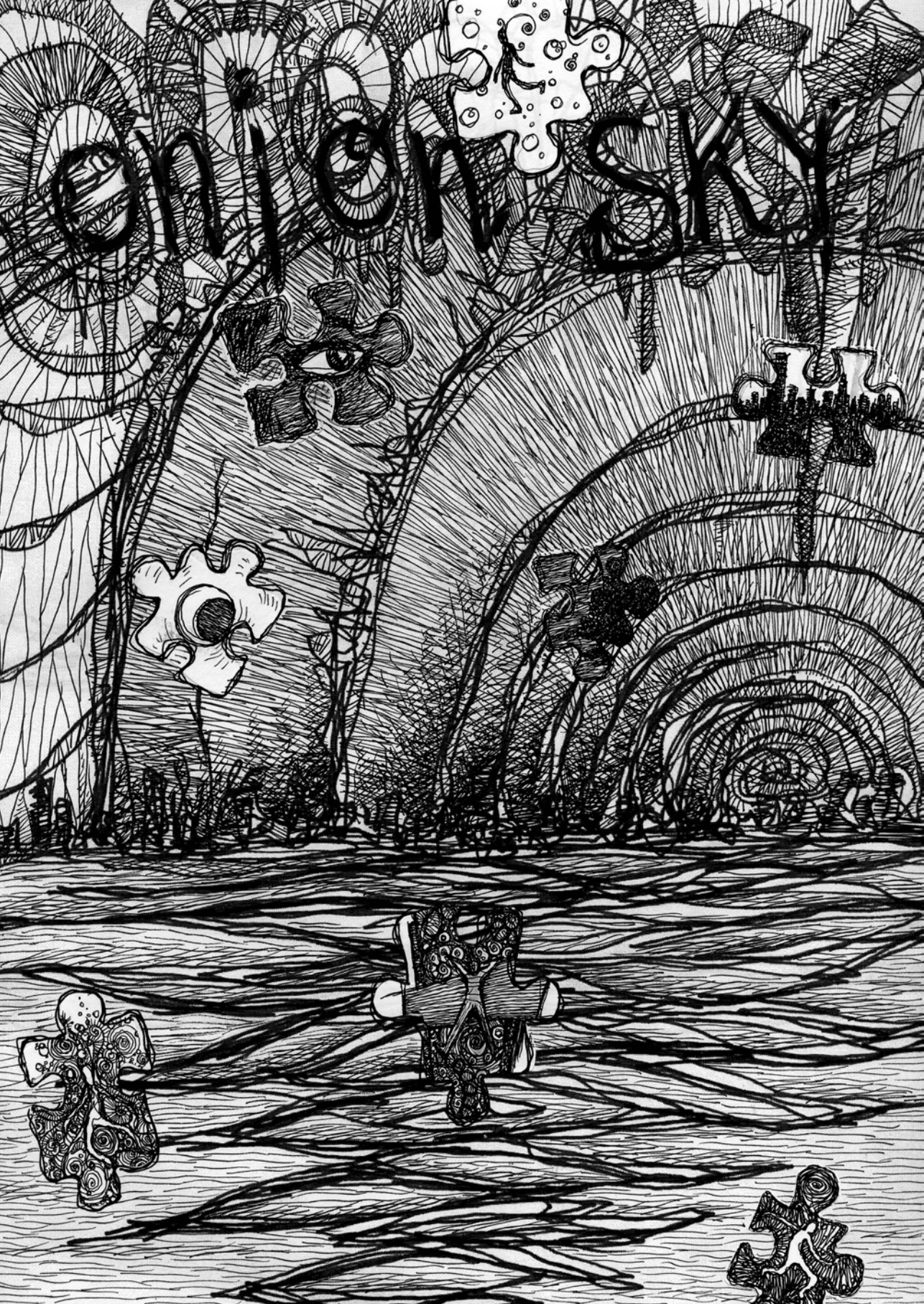
Rafa Gastón, Ángel Gari, Giorgio Samorini, Josep Maria Fericglà, Paul Stamets, John Allen, Jonathan Ott, Gastón Guzmán, Alexander Shulgin, Juan Samper, Luis Otero, José Otero, Joaquim Tarinas, Francisco Salazar, Juan Carlos Usó, Juanjo Piñeiro, Mario Bellandi, Víctor Castillo, Arturo Lorenzo García, Begoña Sierra, Miguel Ruiz, Borja Franco, Jesús Ubieto, José Antonio Luna, Pedro Estaún, Lorenzo Buil, David Serrano, Ted Hopkins, Workman, Gary Jennings y a la guardería forestal del Altoaragón.

4. Bibliografía

- Ackers, B. P.; Ruiz, J. F.; Piper, A.; Ruck, C. A. P. 2011. A Prehistoric Mural in Spain Depicting Neurotropic Psilocybe Mushrooms. *Economic Botany*, 65(2): 121-128.
- Marcel, B. 1987. *Guía de campo de los hongos de Europa*. Barcelona: Ediciones Omega.
- Borovička, J. 2008. The Wood-Rotting Psilocybe Species in Central Europe - An Identification Key. *Czech Mycol.* 60(2): 173-192. Disponible en: <<http://web.natur.cuni.cz/cvsm/CM60202.pdf>>.
- Fericglà, J. M. 2008. *El hongo y la génesis de las culturas*. Barcelona: Los Libros de la Liebre de Marzo.
- Gartz, J. 1996. *Magic Mushrooms around the World*. Los Angeles, CA: Lis Publications.
- Gartz, J. 1996. Observations on the Psilocybe Cyanescens Complex of Europe and North America. *Ann. Mus. civ. Rovereto*. 12: 209-218. Disponible en: <http://www.museocivico.rovereto.tn.it/UploadDocs/35_art11_gartz.pdf>.
- Guzmán, G.; Castro, M. L. 2003. Observations on Some Known Species of Psilocybe from Spain and Description of a New Species. *Bol. Soc. Micol.* Madrid. 27: 181-187.
- Guzmán, G.; Allen, J. W.; Gartz, J. 1998. A Worldwide Geographical Distribution of the Neurotropic Fungi, an Analysis and Discussion. *Ann. Mus. civ. Rovereto*. 14: 189-280. Disponible en: <http://www.museocivico.rovereto.tn.it/UploadDocs/104_art09-Guzman%20&%20C.pdf>.

- Schultes, R. E. y Hofmann, A. 1993. *Plantas de los dioses. Orígenes del uso de los alucinógenos*. México: FCE. Disponible en: <<http://es.scribd.com/doc/41614165/Las-Plantas-de-Los-Dioses-Schultes-y-Hofmann>>.
- Ott, J. 1996. *Pharmactheon*. Barcelona: Los Libros de la Liebre de Marzo. Disponible en: <<http://es.scribd.com/doc/36705920/PharmactheonOtt>>.
- Ott, J. y Bigwood, J. (Eds.). 2009. *Teonanácatl. Hongos alucinógenos de Europa y América del Norte*. Barcelona: Estudiosos del Tema.
- Shulgin, A. y A. 1997. *TIHKAL. The Continuation*. Berkeley, CA: Transform Press.
- Stamets, P. 1996. *Psilocybin Mushrooms of the World*. Berkeley, CA: Ten Speed Press.
- Stamets, P. y Chilton, J. S. 1984. *Mushroom Cultivator: A Practical Guide to Growing Mushrooms at Home*. Agarikon Press. Disponible en: <<http://es.scribd.com/doc/6652468/Mushroom-Cultivator-A-Practical-Guide-to-Growing-Mushrooms-at-Home>>.
- VV. AA. 1995. *Actas II Congreso Internacional para el Estudio de los EMC*. Disponibles en: <<http://www.muscaria.com/actas.htm>>.





APÉNDICE

VISIONES DE HONGOS EN LA PENÍNSULA IBÉRICA

Joaquim Tarinas Fàbregas

En recuerdo de Joaquim Blasco Font de Rubinat.

1. Presentación

El arte ofrece más que pura presencia; ofrece trascendencia.

(Ernst Jünger, *The Details of Time*).

Éste es un ensayo sencillo, pero entretenido, sobre la posible presencia de hongos visionarios en diversas representaciones artísticas de la península ibérica. Empezaremos antes de que diera comienzo la historia y llegaremos hasta nuestros días, pasando por los visigodos, los románicos y los modernistas. Antes de emprender nuestro viaje, lo primero que haremos será disertar un poco sobre el arte y su posible relación con los enteógenos, pues muchos de los perfiles fúngicos que se presentarán en este estudio no pueden relacionarse con ninguna especie de hongo —visionario o no—, y en cierto modo puede resultar conveniente preguntarse sobre el posible significado de su presencia en diversas representaciones artísticas.

De todos es conocida la afición que tenemos los seres humanos a las artes plásticas. Bueno, también a la música, a maravillarnos, a la diversión, a hacer niños, a preguntarnos por cosas que no entendemos, a refunfuñar y a ir a pegarnos de tortazos con el pueblo vecino, a trabajar un rato e incluso a la religión (o sea, a pensar en qué haremos en la otra vida). Sea como fuere, muchas de las cosas que hicieron nuestros ancestros —como lo que vivieron, quisieron y sintieron— quizás se las habrá llevado la memoria del viento, pero otras han permanecido. Una de ellas es el arte: representaciones plásticas como las pinturas, las esculturas o los monumentos arquitectónicos, algo tradicionalmente relacionado con la belleza, el misterio, las concepciones espirituales de cada cultura o con los rituales más diversos.

A pesar de que cada vez que cambiamos de época a los humanos nos da por tirar por el suelo todo lo que habían hecho anteriormente otras personas, Clío, la musa de la historia, ha tenido la gentileza de ir preservando pequeños recuerdos de épocas anteriores en forma de *souvenirs*... Quizás habrá quien piense que todas estas obras de arte han llegado hasta nuestros días por casualidad, o que era imposible destruirlo todo y no dejar piedra sobre piedra, pero cabe recordar que Clío era hija de Mnemósine, que en la mitología griega representaba la personificación de la memoria y del recuerdo. Podríamos considerar también que estos fragmentos dispersos de obras de arte que han llegado hasta nuestros días no representan más que una tenue sombra de lo que una vez fueron grandes civilizaciones, y que por lo tanto no podemos tener mucha información sobre su manera de pensar y de vivir; pero también podemos mirar la situación de una forma un poco más positiva: como un gran rompecabezas del que nos falta no uno, sino muchos fragmentos, pero que mediante la imaginación, la intuición y un poco de paciencia podemos adivinar, soñar y reflexionar acerca de la manera en que estos pueblos concibieron el mundo.

Como comentábamos, el arte tiene que ver con la espiritualidad; o al menos ésta es una de sus posibles concepciones: por ejemplo, en la antigüedad, aquí en Occidente la palabra arte significaba la habilidad para hacer algo (de aquí el *ars medica*), mientras que en la actualidad se ha llegado a sugerir que las artes pueden ser algo puramente estético, una recreación para los sentidos, e incluso algo ornamental. Y digo todo esto para no pensar en las sorpresas que quizás nos llevaríamos si fuéramos a Oriente, o a otras tierras del mundo, y preguntáramos allí sobre la opinión que les merecen estas producciones aparentemente inútiles —algo que no sea un azadón o una casa, por ejemplo— que los seres humanos han tenido el gusto de realizar a lo largo de los siglos. Pero retornando a la concepción espiritual o religiosa del arte, podemos apuntar que las imponentes pirámides egipcias eran monumentos funerarios —o sea, relacionadas con el recuerdo, pero también con el más allá o la existencia después de la vida—. Y sin movernos de las tierras del Nilo, observaremos que sus pinturas y esculturas representaban divinidades o principios cósmicos; y podríamos decir lo mismo de casi todo el arte que han producido las culturas alrededor del mundo: los espíritus y los dioses eran símbolos de lo invisible y también de lo significativo («indican un lugar para cavar en busca de oro», Ernst Jünger *dixit*¹). El arte cristiano, el arte persa, el asirio, el hindú o el budista presentaban divinidades, figuras, símbolos y escenas que apuntan a los mitos, que son representaciones de las concepciones que esas culturas tenían sobre la vida, el cosmos y la existencia —para decirlo todo de una manera un poco rimbombante—.

Con relación al arte rupestre y al arte moderno, el disertar sobre este asunto puede

1. JÜNGER, E.: *La tijera*, p. 201.

resultar un poco más difícil —el primero nos cae muy lejos en el tiempo y el segundo quizás demasiado cerca—. Podríamos preguntar, por ejemplo, a los pueblos iletrados que han *sobrevivido* hasta la actualidad qué piensan sobre este tema... Pero, en todo caso, uno siempre podría quedarse con la duda razonable de saber hasta qué punto las culturas ágrafas actuales no han quedado contaminadas, tan rápidamente como uno se contagia con una bacteria, por el primer antropólogo que les diera la mano; además, nadie nos garantiza que los pueblos que pintaban las rocas hace 7 000 años pensarán y sintieran lo mismo que los pueblos ágrafos de la actualidad. De todas formas, también podemos navegar en el reino de las posibilidades. Las pinturas rupestres suelen estar constituidas por imágenes de animales y de figuras humanas, de escenas de caza y de danza, así como elementos geométricos y abstractos. Los eruditos en el tema, además de reconocer que no saben nada a ciencia cierta sobre todo ello, acostumbran a sugerir que estas pinturas parietales podrían haber sido utilizadas como representaciones mágicas para llevar a cabo rituales propiciatorios para la caza de animales; y últimamente también se ha considerado la posibilidad de que algunos esquemas geométricos nacieran de visiones de fosfenos surgidas en la oscuridad de las cavernas...

Con relación al arte moderno nos encontramos ante un contexto tan o más complejo que en el caso del arte rupestre; no en vano, sobre el arte contemporáneo, suele decirse que «si no lo entiendes más vale que no te metas donde no te han invitado», y ante una aseveración como ésta uno debería pensárselo dos veces antes de seguir avanzando. En todo caso, si a lo largo de los siglos el arte ha sido una manera de plasmar las creencias y las concepciones de los pueblos, deberíamos preguntarnos qué tipo de figuras deberían representar los artistas de hoy en día. En relación con épocas anteriores, lo primero que hay que reconocer es que actualmente vivimos en un mundo desacralizado —donde antes había iglesias ahora encontramos gasolineras; en lugar de monasterios hoy hallamos centros comerciales; y en lugar de catedrales actualmente edificamos aceleradores de partículas, que en lugar de elevarse hacia los cielos se hunden en las entrañas de la tierra, lo cual no deja de tener su simbolismo—. Por su parte, los científicos no cesan de recordarnos que para conceptualizar el mundo no hace falta más que hallar la fórmula matemática adecuada —o sea, unos cuantos números y la relación existente entre ellos—. Nada de música o de poesía, ni de pensamientos o sentimientos —en todo caso, éstos no serían más que productos secundarios del proceso evolutivo, por lo tanto, epifenómenos de escaso interés y más bien poco trascendentales—.

El arte hoy en día no representa a dioses, aunque tampoco podemos decir que sea muy aficionado a buscar la inspiración en fórmulas matemáticas, o bien que se dedique a escenificar creativas interacciones de partículas elementales. Entonces, ¿qué es lo que observa, imagina y crea el artista moderno? Yo no entiendo mucho sobre el tema,

pero a veces me da la impresión de estar viendo texturas, descomposiciones, conceptualizaciones, ángulos de luz, formas orgánicas y diseños con un punto de fuga más o menos geométrico. Una cosa curiosa del arte moderno es que quema distintas etapas a la velocidad de la luz —nada que ver con la estabilidad del arte egipcio, por ejemplo, que mantuvo sus cánones durante más de 3 000 años—. Bien podría decirse, claro está, que en la actualidad los artistas no disponen de una férrea casta sacerdotal que les instruya y vigile sobre todo lo que han de hacer, como acontecía en el contexto del antiguo Egipto. Pero también podrían mencionarse otros motivos, como, por ejemplo, que no está muy claro en lo que creemos hoy en día como comunidad; o que los artistas no encuentran nada a lo que atenerse con claridad; o bien que deben andar dando pasos de gigante para alcanzar alguna meta que hoy en día no sabemos muy bien en qué consistirá. Para ir finalizando esta resbaladiza disertación sobre el mundo del arte moderno, mencionaré una frase de un filósofo del siglo XX que, además de apuntar que «Dios se retira» y que «el logos se ha establecido en su nivel material»², también sugería algo así como que «los artistas modernos andan palpando en la oscuridad». Quizás estas almas sensibles que van palpando en la oscuridad encuentren algún día algo nuevo; quizás algo que siempre había estado allí y a lo que nunca se había prestado atención: algo que le sirva a uno para maravillarse, para meditar, para representar.

Pronunciadas estas bellas palabras sobre el arte y la espiritualidad, recordaremos que deseábamos hablar sobre los hongos en el arte plástico, o sea, preguntarnos si determinadas formas fúngicas que aparecen en representaciones artísticas de la península ibérica corresponden efectivamente a la figuración de una seta. Y en caso más o menos afirmativo, también indagaremos sobre la posibilidad de que estos hongos simbolizaran especies enteógenas.

Bueno, lo primero que cabe reconocer es que a ciencia cierta una identificación *biunívoca* entre figuras fúngicas y hongos no puede hacerse; algunas representaciones que se mostrarán se parecen bastante al perfil físico que tiene una seta, mientras que otras se asemejan menos. Y también podría decirse que algunas de estas figuras quizás aludieran a otras cosas u objetos que no tengan nada que ver con los carpóforos —aunque en este momento no se me ocurre cuáles pueden ser—. En definitiva, ninguna de las pinturas nos ha llegado acompañada de una nota firmada por el señor notario indicando qué querían significar en la época en la que fueron realizadas. Y con relación a su posible identificación con especies de setas enteógenas, lo mismo cabe decir al respecto: nada podemos asegurar. Aparte de dos o tres imágenes en las que puede establecerse claramente una filiación con especies visionarias (por ejemplo, con la *Amanita muscaria* —el hongo enteógeno por antonomasia—), descubrir un posible significado visionario

2. JÜNGER, E.: *Los titanes venideros*, p. 92 (en realidad la cita es de Léon Bloy). JÜNGER, E.: *La tijera*, p. 168.

en el resto de figuras fúngicas, que no tienen una relación clara con ninguna especie de hongo, es más bien difícil. De todas maneras, es posible que analizar pequeños detalles de algunas de estas figuras, estudiar la representación artística en su conjunto, o bien considerar el contexto cultural de la época pueda ayudarnos a establecer una nube de posibilidades.

Pero en cierto modo uno de los apuntadores más plausibles que tenemos hacia la hipótesis enteógena es el contexto religioso, espiritual o artístico en el que encontramos algunas de estas representaciones, pues en buena medida las religiones y todo esto que solemos llamar *espiritualidad*, así como el arte, tienen una relación con la expresión de lo invisible —como apuntaba Albert Camus, «si el mundo fuera evidente, el arte no existiría»³—. Por otra parte tenemos la cualidad visionaria de la experiencia con los hongos psicodélicos —un aspecto recurrente en numerosos informes de los psiconautas del siglo XX—, y por lo tanto una puerta de acceso a lo que nuestra consciencia cotidiana no percibe. Este nexo de unión entre los enteógenos, lo invisible, el arte, lo significativo y la espiritualidad podría quedar materializado por la identificación enteógena de varios alimentos sagrados de antiguas religiones euroasiáticas, como es el caso del *kykeón* en los misterios eleusinos de la Grecia clásica, o bien el *soma* de los vedas hindúes.

Ciertamente, no todas las personas que ingieran hongos visionarios tendrán una experiencia *espiritual* —dependerá del entendimiento del sujeto, del contexto en el que se realice la experiencia, de la preparación o de la compañía, entre otros—, del mismo modo que no todas las *religiones* podrán identificarse con la espiritualidad o el misticismo —dependerá, quizás, de la fase en la que se encuentre un sistema religioso y la vitalidad de la que goce en un momento determinado—. De todas maneras, hablando grosso modo, sí que podemos tener en cuenta la relación entre el arte, las religiones y la espiritualidad por un lado, y la experiencia visionaria o mística de los enteógenos por el otro —y, por lo tanto, preguntarnos hasta qué punto es razonable establecer un nexo de unión entre las figuras de hongos representadas en las pinturas y las especies enteógenas presentes en la naturaleza—. Hasta allí donde sabemos, la relación entre los seres humanos y los hongos ha sido *culinaria, medicinal, chamánica o como utensilio* (las yescas para encender fuego, por ejemplo) y, en buena medida, la que se aproxima más al tema del arte es su vertiente visionaria; por lo tanto, indagar sobre esta posibilidad tiene un cierto sentido.

3. CAMUS, A.: *El mito de Sísifo*.

2. Arte rupestre

Puedo narrar, puedo también guardar en secreto lo que aprendí en esta región —silencio prudente o impuesto por un temor reverencial—. No sólo he comprendido lo que motivó a hombres de los tiempos y lugares más remotos. Lo he visto en su espacio, y con sus ojos.

(Ernst Jünger, *Acercamientos*).

Empezamos nuestro relato por la prehistoria, o sea, una época en que a los humanos aún no les había dado por codificar y anotar todas las cosas que hacían y pensaban... No sabemos muy bien cómo vivían en esos tiempos, qué querían o esperaban de la vida y de la existencia, cómo se relacionaban los unos con los otros, cómo rezaban y todas estas cosas. Pero sí sabemos que pintaban en las paredes, que danzaban, que gustaban de observar a los animales y que también los cazaban...

Pero antes de empezar a hablar de arte rupestre convendría recordar que el *descubridor* de este tipo de arte fue nada más y nada menos que el mismísimo Darwin. Según parece, esto fue así, pues antes de mediados del siglo XIX nadie había prestado mucha atención a este tipo de utensilios primitivos y representaciones parietales que encontramos en las cuevas, o en los abrigos de las rocas de nuestros bosques y montañas. Si alguien los divisó ocasionalmente, quizás pensó que se trataba de objetos y pinturas más o menos rudimentarios realizados por algún que otro pastor de la época —o, en todo caso, por los abuelos de estos pastores—. Pero con las propuestas de Darwin sobre las selecciones naturales, los chimpancés y todo eso de la parsimoniosa evolución, a algunas personas se les pasó por la cabeza que estos objetos tallados y adornados con extraños dibujos quizás no los habían realizado nuestros tatarabuelos, sino seres humanos mucho más antiguos de lo que hasta el momento se pensaba. Hay que recordar que la mitología católica, a diferencia de la científica, atribuía al mundo una antigüedad de unos pocos miles de años, y no miles de millones; digamos que los devotos feligreses empezaban a contar de un poco antes del diluvio para acá... ¡y se quedaban tan contentos!

Al retrasar la edad del ser humano unos cuantos centenares de miles de años y crear una nueva mitología evolucionista, a nuestros bisabuelos se les despertó la curiosidad por saber cómo debían ser los ancestros de nuestros ancestros —qué hacían, cómo se comportaban y con qué se vestían—, por lo que de repente sintieron un vivo interés por los utensilios y pinturas de estos antiguos artistas (que debían ser, para los estándares de la época, algo así como hombres-mono —a diferencia del ser humano del siglo XIX, que se tenía por muy civilizado, quizás porque aún no había llegado al siglo XX—).

Así pues, con Darwin, la antigüedad de estas tallas y pinturas rupestres se retrasó unos cuantos lustros; bueno, en realidad, de 4 000 a 25 000 años, dependiendo de si

hablamos del Paleolítico, del Mesolítico, del Neolítico... o del año catapún. Así, los objetos rupestres que hasta el momento pudieran haberse encontrado, y que hasta el momento se interpretaban como toscos artefactos realizados por nuestros bisabuelos, pasaron a ser considerados como valiosos objetos culturales que los *homo sapiens* habían realizado al sentir, por decirlo de alguna manera, sus primeros impulsos artísticos.

Suele considerarse que la identificación del primer arte parietal rupestre (o sea, de pinturas realizadas en paredes de roca, tanto al aire libre como en el interior de las cuevas) empezó con el descubrimiento de las pinturas de las cuevas de Altamira —que, dicho sea de paso, han sido bautizadas como la Capilla Sixtina del arte rupestre, por la admirable habilidad en el trazo de sus figuras—. La historia de este hallazgo tiene un protagonista, así como un pequeño saltamontes que ayudó a nuestro héroe a enfocar la mirada —como suele ocurrir en todas las grandes gestas legendarias—. Nuestro personaje se llamaba Marcelino Sanz de Sautuola, era natural de Santander y aficionado a la prehistoria. En el año 1878 visitó la Exposición Universal de París, donde pudo contemplar pequeños objetos muebles (utensilios portátiles o móviles) presuntamente prehistóricos, así como mantener conversaciones con diversos especialistas sobre el tema. Según parece, Sautuola quedó tan fascinado por lo que vio y escuchó que, al retornar a su tierra natal, decidió echar un vistazo a una cueva que se encontraba en unos terrenos de su propiedad. Como suele ocurrir en estas ocasiones, mientras él estaba concentrado y ofuscado en hallar algún pequeño artilugio prehistórico en el suelo de la galería, su pequeña hija María, que se distraía mirando las paredes de la caverna, acabó por descubrir los impresionantes bisontes que se encuentran pintados en el techo de la caverna. Las secuelas de este hallazgo son divertidas pues, cuando Sautuola dio a conocer las pinturas a la comunidad de estudiosos, pronto le replicaron que «su descubrimiento» no era más que una impostura: los dibujos eran demasiado «perfectos» como para ser pintados por hombres prehistóricos —se esgrimía, claro está, que en la Edad de Piedra no había academias de arte, y que el «talento artístico» de los humanos se encontraba aún en sus albores—. Como ha ocurrido en tantas ocasiones a lo largo de la historia, la aceptación y el reconocimiento por el descubrimiento de las pinturas de Altamira no llegó para Sautuola sino de forma póstuma. Con todo, las cosas no acabaron aquí y, siguiendo con la enigmática y maravillosa habilidad en el trazo de las pinturas de Altamira, el mismo Pablo Picasso, al verlas, volvió a dar la vuelta a la galleta sentenciando: «Hoy en día ninguno de nosotros podría pintar así»⁴ o, según otras versiones de la misma leyenda: «Después de Altamira, todo es decadencia». Con todo, las pinturas de Altamira fueron las primeras que entraron en el inventario oficial del arte prehistórico parietal.

4. No existe una fuente certera para estas citas, pero para más referencias pueden consultar en *Wikipedia*: http://en.wikipedia.org/wiki/Cave_of_Altamira

Más allá de la maravilla de Altamira, el legado de pinturas y arte rupestre en la península ibérica es notable. No en vano una parte muy significativa del arte parietal prehistórico descubierto en Europa hasta la fecha se encuentra en la zona que engloba el Levante ibérico, la cornisa cantábrica, los Pirineos y diversas regiones meridionales francesas (Dordoña, Corrèze, Charente, Loira, o Garona). Seguramente el arte rupestre del Levante español no es tan refinado como los bisontes de las cuevas de Altamira, pero podemos decir con toda seguridad que también tiene su encanto.

Uno de los emplazamientos más emblemáticos del arte rupestre ibérico es La Roca dels Moros, que se encuentra en el término municipal de El Cogul, en la comarca ilerdense de Les Garrigues. Este nombre, la «Roca de los Moros», se lo dieron las gentes del lugar al observar las extrañas pinturas y grabados que allí se encuentran —y suponer que las habían realizado gentes de alguna cultura distinta y lejana—. Entre las figuras que se encuentran en el emplazamiento, la escena más conocida es la de un conjunto de nueve mujeres que aparecen agrupadas en parejas. Inicialmente se pensaba que esta escena representaba una danza, quizás por la sensación de dinamismo y movimiento que produce alguna de las figuras, pero posteriormente se ha planteado que este «efecto visual» de movimiento es debido a las sinuosidades de la roca más que a la intención de los autores; de todas maneras, ésta sería una discusión infinita, pues en algunas ocasiones el arte rupestre se vale de los perfiles de las rocas para dibujar animales, como acontece por ejemplo en Altamira. Se ha apuntado también que esta escena representa un ritual relacionado con la fertilidad, dado que en la parte central del conjunto de mujeres aparece un hombre de reducida estatura con el miembro sexual erecto. Alrededor de estas figuras también podemos ver perfiles de varios animales (toros, ciervas, caprinos) que han sido interpretados como una escenificación de actividades de caza, aunque lo cierto es que sólo uno de los animales aparece junto a la figura de un cazador (con arco incluido), encontrándose esta representación apartada de las demás.

Dicho esto, se considera que este emplazamiento fue frecuentado por seres humanos desde hace unos 10 000 años, aunque siempre de forma esporádica, pues no se han hallado restos de asentamientos permanentes en la zona. Por las temáticas de los grabados y los restos arqueológicos localizados junto a las pinturas se piensa que este enclave fue usado habitualmente como un lugar de culto, incluso al llegar a la época romana, ya que pueden verse inscripciones en alfabeto íbero y latino, en este último caso con frases que relacionan la función del lugar como un santuario. En relación con la escena que nos ocupa (la del grupo de mujeres), diremos que se considera que fue realizada durante el período más antiguo de presencia humana en el lugar (final del Paleolítico o quizás principios del Mesolítico), mientras que los grabados más esquemáticos que se encuentran a la izquierda de esta escena —y que no presentamos aquí— corresponderían al período neolítico.

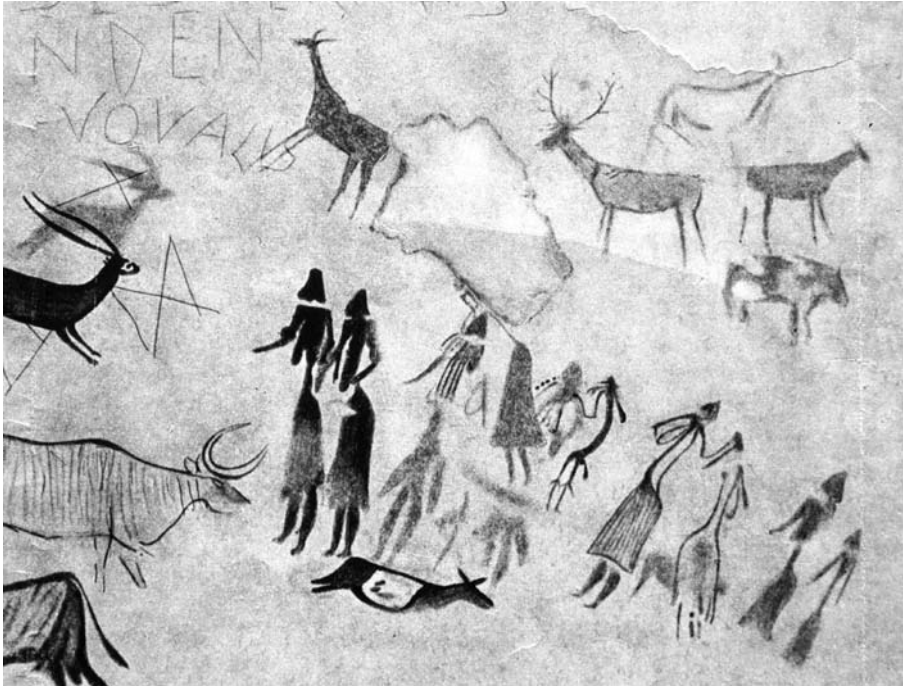


Imagen general de El Cogul (Garrigues, Lleida).

Calco realizado por Martín Almagro y Benítez Mellado.

Las pinturas de El Cogul fueron identificadas como arte rupestre en el año 1907, y al año siguiente fueron presentadas oficialmente en sociedad —ante la sociedad de eruditos, se entiende—. Han sido consideradas como una de las representaciones más relevantes del arte prehistórico ibérico, y supusieron el punto de partida para el estudio de toda la pintura parietal del arco levantino —en Valencia, Castellón, Alicante, Murcia, Lleida o Tarragona—, un conjunto de grabados que presenta una uniformidad estilística notable.

Con todo, lo que desde el punto *entoe-micológico* llama más la atención en esta representación es la forma de las cabezas de las mujeres, que de manera invariante aparecen plasmadas con el perfil del sombrero de una seta. En algunos estudios se ha mencionado que esta peculiar forma de las testas puede ser debida a que representan una máscara —usada en esta escenificación de una danza, por ejemplo— o bien como un peinado femenino que estaba de moda por aquellos tiempos. A esto último cabría apuntar que la figura masculina adyacente que está cazando con un arco tiene también una cabeza con un perfil fúngico, pero más achatado o estilizado.



*Detalle de la escena de las pinturas de El Cogul
(hecha a partir del calco realizado por Martín Almagro y Benítez Mellado).*

Antes de considerar la posible identificación micológica de estas formas fúngicas que aparecen en las pinturas, me gustaría hacer un comentario. En realidad no disponemos de una reproducción nítida del conjunto de las pinturas, entre otras cosas por la antigüedad de las mismas, pero también debido al paso arrollador del hombre civilizado por el lugar desde que las imágenes fueran *redescubiertas* a principios del siglo XX: curiosos, estudiosos, turistas, científicos y demás manoseadores que deseaban palpar las figuras en toda su extensión para conocerlas en profundidad. Todas las imágenes que han llegado hasta nuestros ojos —los ojos populares de gente de a pie— son reproducciones que se han realizado llevando a cabo *calcos*, o bien dibujos, de las pinturas en

la roca —el primero de ellos publicado por el Centre Excursionista de Catalunya en el año 1908 y realizado por Juli Soler y Ceferí Rocafort, siendo las últimas las fotografías tratadas digitalmente que aparecen en el libro *L'art rupestre del Cogul* (Tejada y Grimal, 2007)—. Una de las más famosas reproducciones es la que hizo el dibujante Benítez Mellado, que fue publicada en 1952 en el libro de Martín Almagro, pues esta imagen se ha reproducido en numerosos libros y también ha servido de base para la copia a gran tamaño que se encuentra en el emplazamiento de El Cogul para el deleite de visitas más o menos culturales o turísticas. En esta copia que menciono puede apreciarse una figura de un hongo (con un pie alargado y un sombrero plano, formando un cuerpo con forma de T), que aparece sostenido por una de las mujeres que se encuentran junto a la figura masculina.

Al ver esta imagen hace unos años, en mi imaginación se formó de inmediato la idea de que este pequeño y delgado perfil podía corresponder a un hongo —de la misma manera que los *peinados* de las mujeres o del cazador parecían evocar el perfil del sombrero de una seta—. Este hongo sostenido por una de las figuras parecía, en todo caso, reforzar la entusiasmada impresión inicial sobre las testas fúngicas. Con todo, finalmente me di cuenta de que en otras reproducciones de estas pinturas parietales no aparecía este *hongo* en la mano de una de las féminas. ¿Qué hacer ante esta situación tan enigmática? La primera meditación de un investigador *amateur* es que el estado de las pinturas originales se encuentra tan deteriorado (al menos actualmente) que los dibujos y calcos que se han realizado a lo largo de los años se han *completado* necesariamente con un poco de inventiva, imaginación o buena fe por parte de los dibujantes. Esto no quiere decir que las reproducciones que tenemos de las pinturas de El Cogul sean fantasiosas e irreales, sino que en cierta manera algunos de sus detalles pueden no corresponder al 100% a los restos de pigmentos que hay en la pared de la roca —que en algunas zonas casi adquieren la cualidad de etéreo o incorpóreo—. Esto es lo que ocurre con las dos damas que aparecen representadas a la derecha del hombrecillo que se encuentra en la parte central del grupo: a veces aparecen con cabeza, a veces sin ella, otras con una de las cabezas *desplazada* con relación al tronco, mientras que en el dibujo de Benítez Mellado la cabeza de una de ellas y el brazo de su compañera aparecen hermanados formando una figura que se asemeja al perfil de un hongo.

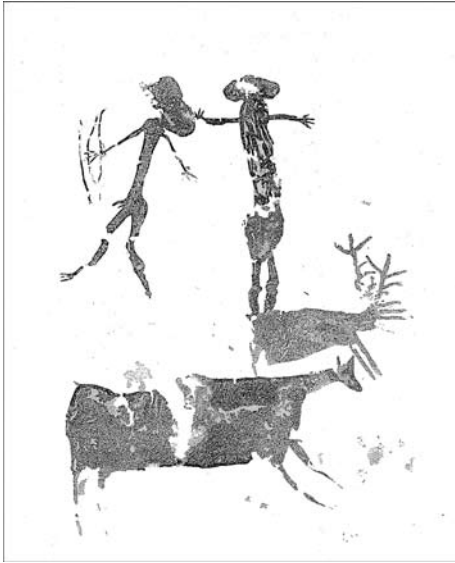
Para salir de dudas ante este desconcertante y confuso enigma, he intentado hacer un *max-mix* de esta zona de la pintura a partir de las reproducciones tratadas digitalmente que aparecen en el libro de Anna Alonso Tejada y Alexandre Grimal Navarro (ampliando la figura de una de las mujeres, rotándola y uniéndola en el ordenador a la imagen de su *pareja*). El resultado es una entremezcla de todas las reproducciones realizadas hasta la fecha: la figura de la izquierda parece clara (una mujer esbelta, como



*Detalle de una escena de las pinturas de El Cogul
(composición elaborada a partir de las imágenes tratadas
digitalmente en el libro *L'art rupestre del Cogul*).*

las demás, con una cabeza con forma de hongo...), mientras que su compañera de la derecha, con un *cuerpo* dibujado con claridad, parece tener la cabeza un poco desplazada hacia su derecha. Esta cabeza, quizás la menos *estandarizada* de todas, aparece con una forma poco clara: si miramos detenidamente esta imagen tratada digitalmente, la testa de esta segunda mujer aparece más oscura que otras zonas que dibujan el cuerpo, mientras que el contorno que se dibuja es más bien el de una semi-mariposa coronada por el perfil de un pequeño hongo. Esta *cabeza*, en su conjunto, aparece unida por un *tronco* (o quizás un brazo) al cuerpo de su compañera, creando la ilusión óptica de que nos encontramos ante un hongo de gran tamaño. Así pues, ¿qué solución tiene este enigma? Misterio, misterio... En mi opinión no hay mucho que decir, más que uno no puede suponer ni de lejos las intenciones de estos artistas que pasaron por la zona siglos atrás.

Un aspecto interesante en relación con las formas fúngicas de El Cogul es que en varias pinturas del arte rupestre levantino también aparecen representaciones de seres humanos con una testa en forma de seta. Además, estas pinturas parecen formar parte de un mismo *ciclo* que las de El Cogul, pues tienen un estilo bastante similar —tanto, que a veces uno se pregunta si no fueron pintadas por algún pariente del artista de



Abrigo del Milano (Mula, Murcia)



La Risca (Moratalla, Murcia).

El Cogul—. Algunos ejemplos serían: la Cueva de los Grajos, en Cierza (Murcia); el Abrigo del Milano, en Mula (Murcia); La Sarga, en Alcoy (Alicante); La Risca, en Moratalla (Murcia); la Cueva de la Vieja, en Alpera (Albacete); la Cueva del Garroso, en Alacón (Teruel); o el Abrigo de Lucio o Gavidia, en Bicorp (Valencia)... Con todo, no deja de ser curioso que estas formas fúngicas aparezcan como representación de la cabeza de algunas figuras de seres humanos —una posible o quizás remota referencia a la *experiencia* enteógena que percibe la mente, el alma o la visión de quien ha ingerido los hongos—.

A estas imágenes me gustaría añadir una procedente de Cantabria. La vi con ocasión de las IV Jornadas Internacionales sobre Enteógenos (que se llevaron a cabo durante el 28, 29 y 30 de abril del año 2000 en Barcelona, en la sala de actos del pabellón docente del Hospital Vall d'Hebron, y fueron organizadas por Josep Maria Fericgla). A pesar de que en esta edición las jornadas estaban dedicadas a los «estados modificados de consciencia, creatividad y arte», la imagen que tengo *in mente* no la presentaron en ninguna ponencia, sino que la vi en un libro que traía consigo uno de los asistentes a las charlas. En la antesala de las conferencias, el espacio en que se reunían los participantes hablando de forma distendida entre conferencia y conferencia, encontré a este asistente

que, desplazándose de un grupo de personas a otro, iba mostrando una imagen de una cueva cántabra en la que podía verse una ristra de pequeñas figuras humanas con cabezas con forma de seta. La escena recordaba un poco a una de las pinturas *enteoartísticas* del Tassili n'Ajjer, en la que pueden apreciarse unos hombrecillos de testa fúngica que corretean sosteniendo unas setas en sus manos, con unos puntos *mágicos* que interconectan estos hongos con sus cabezas —de aquí que estos dibujos hayan sido interpretados con bastante certeza como escenas de temática enteógena—. Lo que presentaba la escena de Cantabria era un grupo de unas diez personas, situadas una al lado de otra como si de una fila india se tratara, que parecían más bien de pequeño tamaño y de un color negro o bien bastante oscuro, mientras que las cabezas con forma de hongo parecían muy claras.

Sea como fuere, no apunté ni el título ni la editorial del libro en el que aparecía esta imagen, ni tampoco el nombre del emplazamiento en el que se encuentra; la situación es que ese día estaba un poco contrariado y pensé que otras personas ya tomarían nota del acontecimiento, cosa que finalmente no ocurrió —al menos a mi saber—. No sabría decir si estas imágenes pueden considerarse como relevantes para el estudio de los enteógenos en la prehistoria, pero entre los afortunados que tuvieron el privilegio de ver esta reproducción se encontraba un renombrado enteomicólogo que, según parece, asintió con bastante rapidez a la posibilidad de que esas pinturas tuvieran una conexión con el mundo de los enteógenos. Poco más recuerdo de este acontecimiento, excepto que el libro en el que aparecía la imagen era uno de esos volúmenes de *arte* de formato grande, tapa dura e imágenes en color. Por lo demás, si alguien que lea este ensayo tiene alguna información sobre estas pinturas, tendría mi más noble y elevado reconocimiento si pudiera enviar un mensaje electrónico a la dirección tarinas@muscaria.com, facilitando algún tipo de información para la localización del emplazamiento.

(Sobre lo mencionado, también podría ocurrir que, transcurridos diez años desde que vi estas imágenes, mi memoria y mi imaginación hayan interactuado un poco y que las cosas no sean tal y como creo recordarlas. Quizás el lugar no fuera Cantabria, o que el libro no tuviera una tapa dura y todo esto. En todo caso, buscándola un poco en libros de bibliotecas, he dado con una imagen rupestre emplazada en el castillo de Monfragüe, en Torrejón de Rubio, en la provincia de Cáceres, que se asemeja mucho a la imagen de los hombrecitos dispuestos en fila que acabo de describir. Y, a decir verdad, no me parece nada concluyente con relación a la posible interpretación fúngica de sus cabezas —esta imagen puede encontrarse en la página 163 del primer volumen de la enciclopedia *Historia del arte español*, titulado «Los orígenes», editado por Planeta-Lunweg. Con todo, seguir buscando sería lo más sensato).

(Segunda nota: pocos instantes antes de la edición de este ensayo, José Carlos Bouso me hace llegar una referencia en la que aparece una imagen bastante parecida a

la que creía recordar. Se trata de un artículo publicado recientemente en la revista *Economic Botany*, y que por lo que parece también aparecerá como apéndice de este libro, a modo de cierre. Este pequeño ensayo, escrito por Brian P. Akers, Juan Francisco Ruíz, Alan Piper y Carl A. P. Ruck, diserta sobre unas pinturas rupestres del panel de Selva Pascuala, en Villar del Humo, Cuenca, en las que puede verse una ristra de pequeñas figuras de supuestos hongos dispuestos en fila india. En este caso no aparecen figurillas de hombres, sino aparentes perfiles de hongos directamente; pero en todo caso la disposición general de la pintura es casi idéntica a la que creo recordar con relación a la que vi ahora hace unos diez años —por lo que diría que es casi seguro que el misterio ha sido más o menos solventado—).

3. Arte prerrománico

El hombre blanco va a la iglesia y habla acerca de Jesús; el indio va a su tipi y habla con Jesús.

(Quannah Parker, fundador de la Native American Peyote Church).

Saltar de la prehistoria al arte cristiano puede parecer un poco precipitado. Entre una época y la otra, ¿las gentes que vivían en la península no conocían y tomaban plantas psicoactivas? Y, en todo caso, ¿no las representaban en las pinturas, en la cerámica, en la escultura? Para decir la verdad, no lo sé. Celtas, íberos, romanos, cartagineses, griegos... Había gente a tutiplén: culturas antiguas que debían conocer la naturaleza y sus frutos, y que en todo caso sabían del vino y del opio. ¿Y algo más? Por ejemplo, los hongos, que es el tema que nos ocupa... Pues los griegos parece ser que sí que sabían de ellos —también de los visionarios—. ¿Y los romanos? Yo más bien diría que no. ¿Celtas e íberos? Sé tan poco como algunos de ustedes. De todas maneras, me gustaría comentar una cosa al respecto: si en este ensayo no incluyo artesanías ibéricas con presencia de hongos para el período mencionado (del Mesolítico a la era cristiana), esto no significa necesariamente que no existan, sino que nadie me lo ha comentado... Como explico al final de este escrito, la mayoría de imágenes que presento aquí no las he encontrado yo mismo, sino que me han llegado a través de amigos y conocidos. Así pues, en caso de que existan imágenes de hongos para el mencionado intervalo de tiempo y no estén aquí, en buena medida no es culpa mía sino responsabilidad de mis amigos, que no las vieron, o no las buscaron, o quizás se olvidaron de mencionarlo.

Dicho esto ya podemos hablar de la época visigótica, que es un período de tiempo que toma su nombre de los visigodos, uno de tantos pueblos *bárbaros* que compraron un billete en una agencia de viajes del lejano Nordeste y que entraron en desbandada para recorrer, y finalmente asentarse, en la Europa meridional. Esta historia empezó

alrededor del siglo V de la era cristiana o, más exactamente, un poco antes y un poco después del colapso del imperio romano occidental, cuando godos, ostrogodos, alanos, visigodos, francos y demás tropa se trasladaron a tropicónes hacia el sur del continente europeo y a una parte del norte de África. Con todo, hay que mencionar también que al llegar a Europa estos pueblos se cristianizaron o, para decirlo de otro modo, se bautizaron en masa, primero el cabecilla y luego el resto de la población, mediante la conocida regla matemática de la transitividad. El zigzagueante itinerario del pueblo visigodo acabó recalando en la península ibérica y, siendo un pueblo más o menos civilizado, acabaron por levantar sus propias iglesias, ilustrando sus biblias y todas las cosas que se solían hacer en aquellos tiempos.

Volviendo al tema de las setas, quizás alguien se preguntará: ¿pero realmente hay hongos en el arte cristiano? Bueno, pues quizás sí —todo esto ya lo han estudiado y dejado claro los libros y artículos de Giorgio Samorini y de Gianluca Toro, entre otros—. ¿Y el origen de estos hongos?, se preguntarán otros... Bueno, para decirlo de una forma muy rápida, ahora no vamos a entrar en este tema. En todo caso, un apunte: si en la Edad de Piedra ya se conocían los hongos, es bien seguro que el invento venía de lejos y que éstos no fueron descubiertos por los cristianos (a no ser que un par de *pre-cristianos* como Adán y Eva sean considerados como los indiscutibles descubridores del fruto del árbol del conocimiento... Pero ésta ya es otra historia, aún más lejana).

Una de las piezas en que nos centraremos es el famoso Pentateuco de Ashburnham, que constituye el manuscrito iluminado latino más antiguo que se ha conservado de la Edad Media, fechado hacia el año 427. Su procedencia ha sido muy discutida y se le han atribuido todo tipo de orígenes (visigodo, norteafricano, siríaco, de Tours, Roma, Cataluña y lo que hiciera falta). Finalmente, un informe elaborado por una comisión pontificia sentenció que era de origen visigodo —posiblemente realizado en el *scriptorium* de San Isidoro de Sevilla—. Y, por lo que parece, ésta podría ser la opción más sensata (para más información, pueden consultar algunos libros e Internet). El curioso nombre que le han dado al manuscrito (Ashburnham, o también de Tours) es debido a que hacia el siglo XI este libro iluminado corría por la biblioteca de la catedral de Tours, en Francia, y a que de allí fue sustraído (alias *robado*) para ser finalmente vendido a Bertram Ashburnham, un lord inglés aficionado a los temas culturales pero que según parece era poco habilidoso a la hora de reconocer manuscritos robados. Finalmente, el libro fue identificado y actualmente se encuentra en la Biblioteca Nacional de París (Nouvelles Acquisitions Latines, 2334).

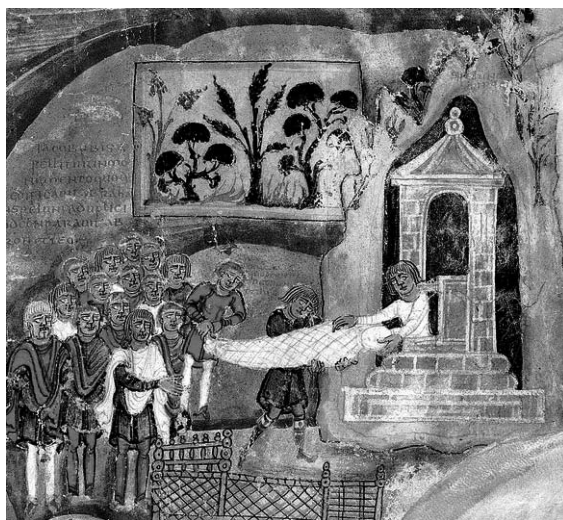
Dos de las páginas ilustradas de este manuscrito, fechado hacia el siglo VII, contienen figuras o perfiles de lo que Giorgio Samorini y Gianluca Toro han denominado «árboles-hongo» —y de los que podremos ver un magnífico ejemplo en la sección de-

dicada al arte románico—. Estas figuras representan un árbol con varias ramas, que a su vez presentan unas copas que tienen la forma de un hongo (con la parte superior semicircular y su parte inferior plana). La primera representación de un *árbol-hongo* que fue hallada en el arte cristiano fue identificada por Giorgio Samorini en unos bautisterios de iglesias tunecinas, fechados entre el siglo IV y VII (en las que además de los *árboles-hongo* aparecen dos animales rodeándolos). Mirando las cosas en perspectiva, probablemente estas primeras representaciones eran una transposición de la figura arquetípica mesopotámica de dos animales rodeando el árbol de la vida, o la fuente de la vida, mientras que en estas primeras representaciones del arte cristiano el árbol aparece transfigurado en una forma de hongo —y también con una forma cruciforme—.



*Pentateuco de Ashburnham. Historia de Adán (folio 6).
Imagen obtenida a través de Wikimedia Commons.*

La primera imagen que presentamos corresponde a unas ilustraciones relacionadas con la historia de Adán (folio 6 del Pentateuco) y en ella podemos ver dos *árboles-hongo*: uno con tres copas, mientras que otro tiene tres copas principales y otras tres más pequeñas. La otra imagen, del folio 50r, corresponde a la bendición y muerte de Jacob, y en esta ocasión aparecen también dos *árboles-hongo*, representados casi a modo de un tapiz colgado en la pared (y nuevamente con tres destacadas *copas-hongo* en cada árbol).



*Pentateuco de Ashburnham.
Bendición y muerte de Jacob (folio 50r).*

Si estos *árboles-hongo* representaban especies visionarias o no, nunca lo sabremos; pero en cierta manera pueden recordarlo: por la forma fúngica de los árboles, por analogías posteriores en el tiempo (por ejemplo, la imagen que se presenta en la sección del arte románico) o por el contexto de las imágenes (recordemos que Adán probó la fruta del árbol del conocimiento, y que Jacob, por su parte, tuvo un sueño místico en el que divisó una escalera que subía de la Tierra hacia el cielo)...

Seguimos avanzando y nos desplazamos ahora un poco hacia el Norte, hacia el reino de los astures. Allí encontramos la iglesia de Santa Cristina de Lena, un edificio prerrománico construido a mediados del siglo IX y situado en el concejo de Lena, a unos 35 km al sur de Oviedo. En el interior de este bello edificio veremos varios bajorrelieves esculpidos en piedra, pero nos vamos a fijar en lo que podríamos llamar el cancel o iconostasio (algo así como una mampara —en esta ocasión inamovible— que separa el altar de la zona en la que se encuentran los fieles). En él podemos ver unos bajorrelieves que quedan divididos en tres franjas: izquierda, central y derecha. En las tres secciones encontramos diseños verticales con cruces estilizadas, y tanto en la parte izquierda como en la derecha también vemos una cenefa con unos motivos que podrían parecer florales, pero que a ojos de los ávidos psiconautas también podrían significar algo más (¿han imaginado qué?). Centrándonos en la columna de la zona izquierda vemos una especie de *hojas* que forman una cenefa serpenteante, unas hojas que también podrían representar hongos; si a primera vista sería más fácil identificar estas figuras con hojas

de plantas o árboles, vemos que en su parte central están totalmente punteadas, detalle que en principio no nos remite al mundo vegetal, pero que sí nos podría recordar al aspecto moteado del sombrero de la *Amanita muscaria*, con los remanentes del velo universal esparcidos como puntos por su sombrerillo. A esto podríamos añadirle las pequeñas espirales que van alternándose con estas figuras de *hojas-bongo*, y recordar que en cierta manera la *espiral* podría ser también un *símbolo* de la experiencia visionaria (del *raptó* por el hongo); por ejemplo, según el *Diccionario de los símbolos* de Jean Chevalier, uno de los significados de la espiral es «el viaje del alma» —aunque en este diccionario se menciona, en concreto, el viaje *póstumo* del alma—.



Iconostasio de Santa María de Lena (Asturias).

También es interesante observar que en una de las columnas de la parte derecha de este iconostasio encontramos una secuencia muy similar, sólo que las *hojas-bongo* y las espirales se encuentran alternadas con otro tipo de *hojas*, esta vez con unas claras estrías o *acanaladuras* que las surcan verticalmente. No soy entendido en botánica, pero nuevamente no me viene a la memoria ninguna planta o árbol que tenga las hojas con unos nervios con geometría de líneas paralelas —que se extiendan desde la base al ápice—. En cambio, sí que puedo recordar las estrías que tienen algunos hongos (las *estrías* son las líneas paralelas y verticales que recubren la parte exterior del sombrero del hongo)

y que en cierta manera también constituyen un rasgo característico de algunas especies visionarias (por ejemplo, en algunos ejemplares de *Psilocybe semilanceata*).

Un bajorrelieve muy parecido a éste es un fragmento del cancel de San Francisco de Avilés, que puede encontrarse en el claustro de San Nicolás de Bari, en el municipio de Avilés, en Asturias. También tiene hojas punteadas en su interior, espirales intercaladas y más hojas con líneas paralelas y verticales.



Fragmento de cancel presente en la iglesia de San Francisco de Avilés (claustro de San Nicolás de Bari). Fotografía: Juan Luís Menéndez.

4. El arte románico

De todos modos, vale la pena apuntar que hay una profunda diferencia entre tener experiencias religiosas o espirituales, y alcanzar la vida espiritual o religiosa. Aunque un enteógeno pueda permitirle a uno echar un vistazo rápido a la tierra prometida, por así decirlo, la vida espiritual a la que cabe aspirar continúa tan distante de la realidad cotidiana como siempre; sigue requiriendo disciplina, sacrificio y sometimiento de la mente caprichosa y el ego despótico. (...) Los enteógenos pueden proporcionar una revelación más o menos fácil y comparativamente rápida de lo que podría ser la iluminación, y servir, por tanto, como estímulo o incentivo para buscarla o perseguirla; pero quien los considere un atajo en el terreno espiritual es un iluso, o está mal informado.

(Jonathan Ott, *Pharmacophilia*, o los paraísos naturales).

Ya hemos hablado del arte prerrománico, que como su nombre indica es una especie de aproximación al arte románico. Entre el uno y el otro, diría yo, hay una diferencia de uniformidad geográfica. El primero lo encontramos un poco por aquí y por allí,

y ha recibido nombres ligados a los pueblos, zonas geográficas o movimientos políticos que lo llevaron a cabo; de aquí que hayamos creado etiquetas para un arte prerrománico visigodo, asturiano, mozárabe, altoaragonés, ostrogodo, carolingio, otomano o lombardo... En realidad, este arte no es tan diferente del románico o del arte cristiano oriental. Lo que ocurre es que una vez desmoronado el imperio romano de Occidente, aquí quedaron un montón de pueblos bárbaros que, con algunas dosis de buena fe, intentaron ir asentando sus vidas por aquí y por allí; al quedar todo este conjunto políticamente desligado del imperio romano de Oriente, y en cierta manera desasido un núcleo del otro, se realizó un arte cristiano con una base común —escenas de los evangelios y patrones estilísticos llegados de Oriente—, pero a la vez entremezclado con estilos locales —como el celta—, por lo que en el ámbito académico se decidió asignar nombres regionales a las producciones artísticas de estos pueblos.

Con el arte románico propiamente dicho lo que acontece es una homogeneización artística a través de una mayor unidad y estabilidad política de toda la parte occidental europea, una transformación que tuvo su semilla en la entronización de Carlomagno, hacia el año 800, con la intención de volver a dar forma a la desmembrada unidad política del imperio romano occidental. De todas maneras, este mundo europeo occidental seguía conservando un vínculo con el imperio bizantino (la parte oriental del antiguo imperio romano), tanto en el arte como en la cultura y la política —durante toda la Edad Media no cesaron de aparecer semana tras semana imágenes en la Europa occidental cortadas según el patrón del estilo bizantino—. Con firme convicción y algún que otro tropiezo, la Europa occidental llegó a una especie de estabilidad social alrededor del año 1000, con lo que ir y venir de aquí para allí no era algo tan complicado o peligroso. Es por ello que las diferencias estilísticas que separaban las producciones artísticas del prerrománico fueron difuminándose, por lo que suele considerarse que la mayor uniformización del románico permite considerar que nos encontramos ante el «primer arte europeo» —y aunque no fuera exactamente así, bien podría parecerlo—. Por ejemplo, un amigo mío me comentó que los escultores que llevaron a cabo la portada del monasterio de Santa Maria de Ripoll (en la provincia de Barcelona) fueron los mismos artesanos que realizaron los trabajos de escultura de una iglesia que se encuentra en la actual Suiza. Es posible que anteriormente esto ya aconteciera, pero en la época del románico por lo visto esto era más que habitual.

Con todo, hacia el año 1000 las diferencias locales de la época del prerrománico ya se habían diluido, por lo que ya no es pertinente hablar de arte visigodo u ostrogodo, mientras que por otro lado en la época del románico los Estados-nación aún no habían surgido, y por lo tanto resulta un poco precipitado hablar de arte románico español, alemán, francés o italiano. Es quizás por esto que las representaciones religiosas de

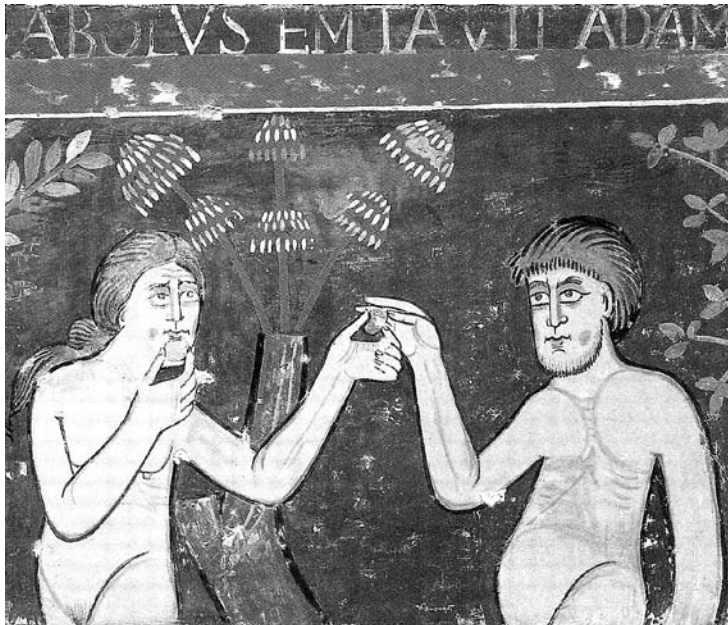
esa época se han englobado bajo un solo nombre, y resulta que este nombre es el de «románico» —pensándose inicialmente que este «estilo artístico» tuvo sus raíces en el norte de Italia, aunque quizás todo el arte cristiano occidental de ese período tomó su modelo, tanto en un inicio como posteriormente con revisiones periódicas, de la ciudad pontificia y sobre todo de la escuela griega que empezó a florecer en Bizancio tras la aceptación del cristianismo por parte de los emperadores Constantino, Teodosio, Justiniano y sucesores—.

Hechos estos preámbulos etimológicos y geográficos, no podemos más que decir que el arte románico fue un estilo espléndido, con unas pinturas de intensidad visionaria, unas esculturas llenas de humanidad y una arquitectura muy enraizada en la tierra —pues las iglesias casi parecen una prolongación de la geografía del paisaje—. Aproximándonos más al tema que nos ocupa, cabe mencionar que Cataluña, según parece, es la tierra en la que mejor se ha conservado este tipo de arte, entre otros motivos porque las iglesias románicas quedaron resguardadas en las montañas de los Pirineos y las pinturas en algunas ocasiones ocultas tras retablos barrocos. En otros países, en cambio, el arte románico fue decididamente sustituido por otros estilos artísticos, con el añadido de que el románico se consideró entonces como un estilo bárbaro y tosco, de poco gusto y decididamente primitivo —para decirlo suavemente—. Así, nos encontramos que en Francia el gótico ha sido considerado como el «arte nacional», y en Italia otro tanto ha pasado con el arte renacentista, pero bien podríamos decir que en las tierras catalanas el arte románico ha acabado por sobresalir como el estilo artístico más emblemático (seguido del gótico en los núcleos urbanos importantes, así como las excentricidades del modernismo a principios del siglo XX). Cabe recordar que el Renacimiento no llegó a Cataluña, mientras que el Barroco tuvo una implantación bastante irregular —hechos que ayudaron a salvaguardar el arte románico de un par de oleadas de sustitución de edificios y pinturas en el devenir de los tiempos—.

Pero no se vayan todavía, que aún hay más. La restauración del interés por el arte románico en el ámbito europeo también nació en Cataluña, de la mano de personajes como Rafel Puget, Josep Pijoan, Domènech i Montaner o Puig i Cadafalch; todo ello en una especie de sorpresa, fervor y admiración por descubrir el propio pasado histórico. Entre otros encuentros y encontronazos, en estas expediciones emergió a la luz el magnífico pantocrátor de Sant Climent de Taüll, quizás el fresco románico más famoso de todo el arte europeo, que se encontraba resguardado detrás de un enorme retablo de madera barroco. Y al cabo de poco tiempo, entre viajes, estudios, creación de museos, publicación de libros y demás conferencias sobre el tema, toda Europa reconoció ese magnífico arte medieval que hasta el momento había permanecido olvidado, arrinconado y desprestigiado en nombre de las modas y demás tendencias progresistas y

propagandísticas. Estas noticias sobre el redescubrimiento del románico llegaron hasta los Estados Unidos de Norteamérica, que raudos y veloces enviaron corresponsales a comprar pinturas, esculturas y hasta claustros enteros para llevarlos a un país bien organizado pero carente de instituciones culturales —de aquí el nombre del Cloisters del Metropolitan de Nueva York—.

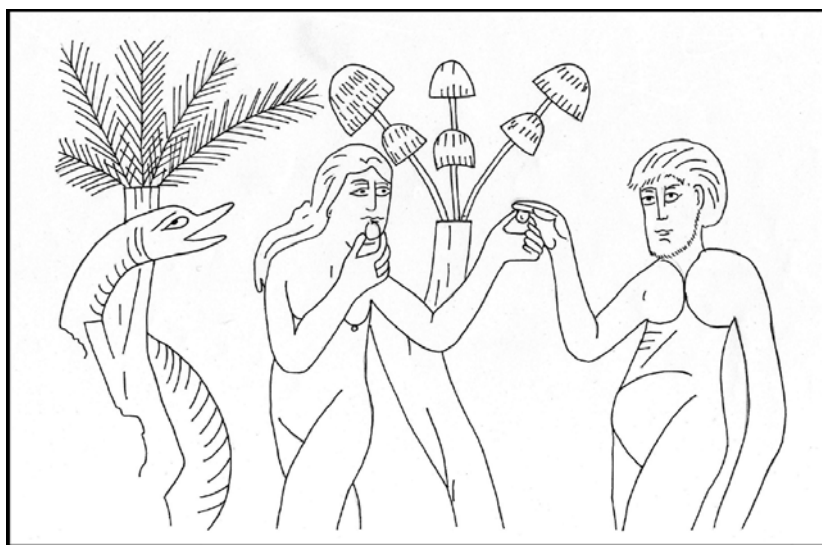
Con relación a las pinturas, a los hongos y al arte románico, en Sant Sadurní d'Osona (cerca de Vic, en la comarca de Osona, provincia de Barcelona) encontramos una iglesia en la que se pintaron unos magníficos frescos en los que pueden apreciarse unas bellas setas de color encarnado... Las pinturas representan la escena de la tentación del libro del Génesis, con Adán, Eva, la serpiente y también el fruto del árbol del conocimiento —una escena crucial en la que nuestros ancestros, unos simpáticos chimpancés que vivían despreocupados en el jardín terrenal, quedaron transformados en seres humanos al comer el fruto del árbol del bien y del mal, con todos los problemas que esto conllevó: el conocimiento, la libertad, la responsabilidad y demás dolores de cabeza asociados (por si no habían pensado en ello, bien podría ser que los primeros darwinistas de este mundo hayan sido los creadores del relato del Génesis)—.



*Frescos de Sant Sadurní d'Osona. Escena de la tentación
(reproducción de Joan Vallhonrat i Sadurní, 1916).*

En la escena de la tentación representada en estas pinturas, el árbol del conocimiento (o aún mejor: el árbol de la vida, como me hizo notar Gianluca Toro al ver la imagen) aparece representado como un *árbol-hongo*, o sea, un árbol cuyas ramas terminan en forma de seta. Lo más interesante de esta pintura, además del notable tamaño del *árbol-hongo* y de su significación en la escena, es su coloración: los hongos aparecen claramente pintados de un color rojo con puntos blancos —y por lo tanto con la misma pigmentación que la *Amanita muscaria*, la seta enteógena por antonomasia—. Para más señas de identidad, las motas blancas de este *árbol-hongo* aparecen pintadas con una forma alargada (verticalmente), de tal manera que recuerdan también a las típicas estrías de algunos hongos, por ejemplo el *Psilocybe semilanceata* (otro hongo visionario que fructifica en numerosos bosques y montañas de Europa).

Así pues, la particularidad de esta imagen es que además de representar un hongo naturalista, éste puede identificarse con una especie enteógena, acontecimiento que ocurre en contadas ocasiones en el arte románico —o en cualquier representación artística de otras épocas que contenga figuras con forma de hongo—. Otras pinturas en las que puede establecerse igualmente una identificación con la *Amanita muscaria*, y que presentan también representaciones de escenas del libro del Génesis, pueden ser: los frescos de la iglesia de Plaincourault (en Francia), la decoración del techo de la iglesia



Misma imagen. Dibujo esquemático realizado por Gianluca Toro.

de San Miguel en Hildesheim (Alemania) o una imagen de la Biblia monumental de Admont en Salzburgo (Austria), en este caso tanto en la imagen del folio 3v que representa la escena de la creación de los peces y las aves, como en el folio 94v, en el que aparece el llamamiento de Dios a Gedeón. De todas maneras, es posible que las pinturas de Osormort sean las más representativas entre todas las imágenes enteógenas del arte románico europeo, pues la de Plaincourault se encuentra muy deteriorada, la de Hildesheim queda parcialmente transfigurada en el fondo de la representación, y en las de la Biblia de Admont los hongos se encuentran *estilizados*.

Para añadir algunos detalles técnicos sobre esta imagen de Vic, podríamos comentar que durante la guerra civil española la iglesia fue incendiada —como no podía ocurrir de otro modo—, siendo posteriormente restaurada. Ante la sospecha de que el restaurador pudiera haber sido un elfo bromista, y que la *Amanita muscaria* hubiera aparecido espontáneamente sin poder presentar credenciales de autenticidad aristocráticas, nos encontramos con un pequeño milagro: en el año 1916 Joan Vallhonrat i Sadurní realizó una copia en color de estos frescos, y en ella podemos apreciar las mismas formas fúngicas y la misma coloración que la que puede apreciarse en la actualidad (las pinturas se encuentran actualmente en el Museu Episcopal de Vic).



Escena de las pinturas de la sala capitular de Santa María de Sixena, en las que puede verse la escena del Génesis, con Adán, Eva y la serpiente. En la parte inferior derecha puede verse un posible hongo estilizado. (Imagen de Baldiri B., en Monestirs.cat).

Pero si la representación de hongos enteógenos en el arte románico es muy esporádica, no lo es tanto la plasmación de figuras de hongos naturalistas que no pueden ser identificadas con claridad con ninguna especie de hongo en particular —ni visio-naria ni culinaria—. Éste es el caso, por ejemplo, de las pinturas de la sala capitular del monasterio de Santa María de Sixena (en Huesca), en las que aparecen representadas varias escenas del libro del Génesis, entre ellas la escena de la tentación, con la figura de Adán, Eva, la serpiente y un hongo en la parte inferior derecha de la imagen. Cier-tamente podría observarse que esta figura no corresponde exactamente a un *hongo* —a no ser que represente a la seta en sus primeros estadios de desarrollo, antes de que el sombrero empiece a desplegarse—. Bueno, ahora no discutiremos desde un prisma científico si este perfil corresponde a un hongo o no; en todo caso, bien podríamos decir que parece una representación estilizada de un hongo (entre otras cosas, por los patrones gráficos punteados que tiene en su interior).



*Pliegues con forma de seta en la terminación de los faldones
(en algún lugar del Pirineo, de cuyo nombre no sé si debo acordarme. Fotografía: JTF).*

Para cambiar un poco de tema, pero sin movernos del arte románico, continuaremos nuestro camino recordando un refrán catalán que dice: «Al pot petit hi ha la bona confitura» («en la tarrina pequeña se encuentra la buena mermelada»). Y así resulta que en una pequeña iglesia de la zona pirenaica encontramos una imagen de la Virgen con el niño, tallada en madera y fechada en la época del románico —más en concreto, en el período de las vírgenes encontradas—. En esta talla podemos descubrir unas curiosas formas *fúngicas* en los pliegues de las ropas de la Madre Atemporal (o de este espíritu telúrico local, según se prefiera verlo). En el manto azul que cubre la figura de la Virgen podemos ver, en la zona de los pies, cuatro pliegues que forman las ropas al terminar el vestido; tres de estos pliegues tienen forma de seta: el del centro muy claramente, mientras que los dos que lo circundan tienen una forma menos nítida —pero lo suficiente para traernos a la mente la forma de un hongo—. Cabe destacar que en la parte superior del cuerpo de esta figura podemos ver un manto encarnado salpicado con estrellas doradas —lo que podría remitir a la coloración de la *Amanita muscaria*—. En la espalda, además, podemos ver un perfil de seta, de color dorado, dibujado de una forma muy tenue, mientras que el pedestal que sostiene sus pies queda representado como una retícula con fondo verde que puede recordar la de las piñas de los abetos en los que crece el hongo siberiano.



*Baldaquín de Tost (actualmente en el MNAC, en Barcelona).
En los pliegues pueden observarse también terminaciones agudas,
como acontece en algunos hongos del género *Psilocybe*.*

Otra imagen que presenta unos pliegues *fúngicos* similares a los que acabo de referirme se encuentra en el baldaquín de la iglesia de Sant Martí de Tost, un pequeño pueblo —hoy en día abandonado— perteneciente al municipio de Ribera d'Urgell, en la comarca del Alt Urgell, provincia de Lleida. Los *pliegues* de los faldones de la imagen de Jesucristo presentan nuevamente una forma semi-fúngica, aunque en esta ocasión con un perfil muy geométrico —con unos ángulos muy pronunciados—. Lo interesante en esta ocasión es que en la parte superior de dos de estos pliegues se aprecia que el pintor dispuso intencionalmente un curioso detalle: una terminación en forma de punta, que puede recordarnos nuevamente al sombrerillo que en algunas ocasiones se puede apreciar en la parte superior de determinados hongos (por ejemplo, el *Psilocybe semilanceata*, o el *Panaeolus papilionaceus*). Así pues, este detalle sería un punto a favor de que estos pliegues fueran una representación simbólica de hongos, aproximándose también a determinadas especies de naturaleza visionaria.

Bueno, realizados estos apuntes, me gustaría comentar que disertar sobre la posibilidad de que estos pliegues sean en realidad una representación simbólica de hongos (incluso de variedades enteógenas) es un tema bastante complejo. Y es por este motivo, entre otros, que en este breve artículo no me dedicaré a filosofar sobre ello.

5. El modernismo catalán

La tarea de amueblar idealmente el espacio le incumbe al arte, que crea desde el silencio y desde lo invisible. Ahí están dispuestas reservas inmensas para él. El artista no inventa: muestra.

(Ernst Jünger, *La tijera*).

Primero de todo, decir que entre finales del siglo XIX y principios del XX hubo más de un modernismo. Encontramos por ejemplo el modernismo literario latinoamericano, iniciado y representado por Rubén Darío. Pero existe también el *Modern Style* inglés, que, más que un arte literario, lo fue plástico, centrado en la arquitectura, la pintura, los muebles y las artes decorativas en general. Lo que pretendía el *Modern Style*, con William Morris y los prerrafaelistas a la cabeza, era recuperar la labor artesanal y la autonomía del artista en relación con la elaboración de las obras, a la vez que retornar al mundo natural como fuente de inspiración. En plena época de la revolución industrial, en la que el mundo del arte amenazaba con la moda de la producción en serie, a estos hijos espirituales de John Ruskin se les metió en la cabeza que el artista debía volver a ser también un artesano con pleno conocimiento de su oficio, y distanciarse al mismo tiempo de modelos y academicismos vacuos o carentes de espontaneidad y vitalidad. Así pues, el objetivo era elaborar las obras de arte de una manera individualizada,

creativa y diferenciada, con una marcada inspiración procedente de la observación del mundo natural... Y, aunque parezca un poco sorprendente, inspirándose y reflejándose un poco en los artistas de la Edad Media, que en cierta manera, y a pesar de toda la codificación de aquella época, fueron creadores de un arte que los modernistas ingleses consideraban más auténtico y sincero que el surgido a partir del Renacimiento.

Del *Modern Style* inglés se pasó con un espíritu e ímpetu semejantes al *Jugendstil* alemán, el *Art Nouveau* francés, el *Sezessionstil* austríaco, o al modernismo catalán —del que también pueden encontrarse ramificaciones en Mallorca, Valencia, Castellón y Melilla, entre otros lugares—. En Cataluña, las principales figuras de este estilo entre creativo, naturalista y medieval fueron Antoni Gaudí, Domènech i Montaner, Puig i Cadafalch y Josep Maria Jujol —a los que podría añadirse un mecenas cultural: Eusebi Güell—. Este movimiento artístico, en cierta manera heredero de la Renaixença cultural de la segunda mitad del siglo XIX, se centró sobre todo en la arquitectura y también en el diseño de muebles así como en aspectos decorativos de las casas (como la pintura, la vidriería, la escultura o la forja). A pesar de la enorme creatividad de este movimiento, que llenó Barcelona, alrededores y lejanías de naturalistas, llamativos y desconcertantes edificios, su período de vitalidad no alcanzó más que unos 25 o 35 años —desde 1885 hasta 1925, para dar algunas fechas—. Sobre el modernismo catalán cabría comentar un par o tres de cosas. Primero, que en la decoración de la mayoría de los edificios modernistas los motivos florales parecen ser la norma, junto con el gusto por la línea curva; luego, que Gaudí es considerado como «algo más que un arquitecto modernista», pues en cierto modo tenía suficiente fuerza como para hacer el camino por su propia cuenta; y tercero, que en el modernismo catalán las reminiscencias del arte medieval son considerables, debido, quizás, a que dos de sus principales representantes, Puig i Cadafalch y Domènech i Montaner, fueron dos figuras muy destacadas en el redescubrimiento, en el ámbito mundial, del arte románico.

Entre las «construcciones imposibles» llevadas a cabo por el modernismo catalán encontramos el Park Güell, un recinto residencial ajardinado destinado a albergar viviendas unifamiliares rodeadas de bosque y vegetación, que además pretendía promover —de acuerdo con las ideas *progresistas* de la época— la vida saludable en los límites de una gran ciudad. En la cubierta de los pabellones de entrada de esta extensa finca (convertida hoy en parque público) encontramos dos hongos bastante particulares... El más famoso se halla coronando el pabellón derecho y representa una *Amanita muscaria*, con un sombrero de intenso color rojo moteado por unas blancas tazas de café... ¡colocadas cabeza abajo! —y para añadir una nota técnica a la identificación como un hongo visionario, decir que hasta los expertos más escépticos apuntan hacia esta interpretación—.



Amanita muscaria en la cúpula de uno de los pabellones de entrada del Park Güell, en Barcelona.

En la azotea del otro pabellón de la entrada al recinto aparece una decoración similar, con un hongo que por su forma bien podría recordar a los del género *Morcella* —también denominados *colmenillas*—, que se caracterizan por su aspecto reticulado. Más interesante que la forma de este segundo hongo es su coloración, que actualmente es roja pero que originalmente fue azulada (este cambio de pigmentación fue llevado a cabo durante la *remodelación* que se realizó a las instalaciones del Park Güell antes de los JJ OO celebrados en Barcelona en el año 1992). Ni el color rojo ni el azulado concuerdan con la coloración natural de las *colmenillas*, que tienen una tonalidad entre parduzca y amarronada, pero la coloración azul original bien podría recordar el pigmento que se aprecia en los hongos psicibios al ser tocados por la mano del hombre (según parece, esta transfiguración en la pigmentación de estos hongos se debe a la degradación de la psicocina, y en buena medida a nivel popular los *psilocybes* suelen relacionarse con esta característica).

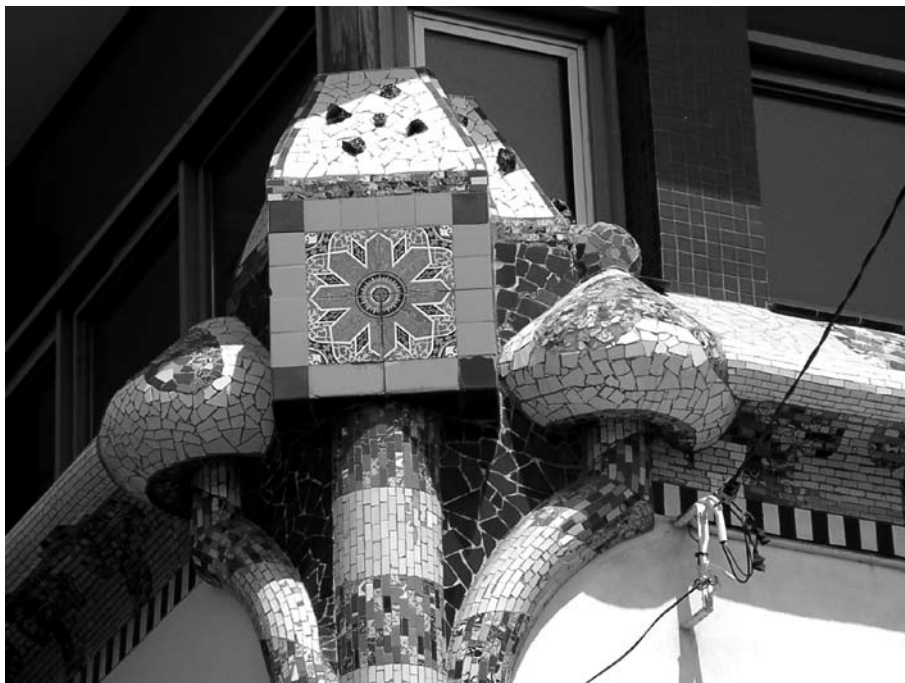
Con todo, hemos de reconocer que el diseño global de los pabellones de entrada al recinto del Park Güell es por sí mismo bastante alucinógeno. En la época en que se edificaron, la población barcelonesa quedó tan impresionada y desconcertada que, entre unos y otros, sintieron la necesidad de hallar una explicación para este extraño fenómeno. La encontraron al recordar que en los tiempos en que se construyeron los pabellones se representó en la Ciudad Condal una versión operística de Hänsel y Gretel —un cuento de hadas de origen germánico—, y en cierto modo relacionaron la imaginativa decoración de la función teatral con el sorprendente diseño de los edificios de Gaudí. Al respecto no tengo muchas opiniones, pero sí que me gustaría recordar la reiterada representación de la *Amanita muscaria* en los temas relacionados con hadas, sobre todo en el ámbito de las tradiciones populares.

Nuestra próxima destinación en el mundo de la arquitectura y decoración modernista nos llevará a un lugar insospechado —entre otros motivos, por no ser un sitio conocido ni haber sido catalogado como emplazamiento modernista singular—. Se trata de una casa situada en la parte más elevada de Barcelona, en el cruce de las calles Cuatre Camins y Dominics, en el barrio de Sant Gervasi. La casa se edificó en el año 1916 (según los papeles que se conservan en el ayuntamiento) y hasta el momento no hemos aclarado muy bien quién fue el arquitecto de la obra. Por lo que cuentan los vecinos de esta finca, es posible que en su edificación no intervinieran arquitectos destacados —de hecho, se trata de un edificio unifamiliar de planta relativamente simple, cuyo principal mérito es la vistosa decoración exterior—. Pero entre los recuerdos transmitidos generacionalmente entre la vecindad sí que se comenta que en la construcción del edificio —o quizás en su ornamentación— trabajaron personas que también habían participado en algunas construcciones de Antoni Gaudí. Lo que es indudable es que al contemplar la parte decorativa de las puertas y ventanas exteriores, así como de los ángulos y la terraza de la casa, no es difícil reconocer motivos policromados que embellecen también algunas obras de Gaudí, como es el caso del Park Güell, la Sagrada Familia o la azotea de la casa Batlló, situada en el Passeig de Gràcia.

Por ejemplo: buena parte de la decoración exterior del edificio recuerda claramente el famoso *trencadís* usado por Jujol en el banco del Park Güell, que consiste en una especie de mosaico elaborado con pequeños fragmentos de cerámica obtenidos a partir de piezas de mayor tamaño —a veces casi a modo de *reciclaje*—. A pesar del renombre que ha adquirido la figura de Jujol en relación con el banco de la plaza del Park Güell, no fue este colaborador de Gaudí quien usara esta técnica por primera vez, pues ya aparece en los pabellones de entrada de la Finca Güell, en Pedralbes, o en la terraza del Palau Güell, pero en buena manera sí que podría considerarse que esta técnica fue profusamente utilizada en las construcciones gaudinianas —así como en algunas casas

diseñadas por Jujol—. Para exponer más elementos relacionales, diremos que algunos motivos geométricos que aparecen en los contornos de las ventanas de este peculiar edificio se corresponden también con ciertas formas fúngicas *inversas* que pueden verse en las azoteas de los pabellones de entrada del Park Güell, o que los hongos que aparecen en esta casa recuerdan a las chimeneas o conductos de aireación de la azotea de la casa Batlló, o que unas piedras negras incrustadas entre dos hongos que encontramos en una de las esquinas de la casa —y cuyo significado desconozco— recuerdan bastante a las que pueden verse en la decoración superior de los campanarios de la Sagrada Familia, con lo que la identificación de personas que trabajaron en ambas construcciones es bastante plausible.

Dicho esto, pasaremos a disertar sobre el *motivo* más sorprendente de este edificio: unos hongos —en este caso sin necesidad de utilizar cursiva— que brotan por doquier en la fachada de esta casa. Estas formas de seta aparecen como terminación de lo que parecen ser unos canelones construidos para la evacuación del agua, decorados a su vez con un *trencadís* que va *elevándose* en forma de espiral. De todas maneras, estas *tuberías*



Figuras decorativas con forma de hongo, Barcelona.

en realidad no tienen un propósito funcional para la evacuación del agua, sino que simplemente son un motivo decorativo que representa el pie de los sombreros fúngicos. Estas hermosas setas de color blanco, que en la parte central aparecen decoradas con un perfil más pequeño de hongo multicolor, quedan completadas por una bola igualmente policromada que también recuerda a las coronaciones de las *chimeneas* que se encuentran en la azotea de otra construcción de Gaudí-Jujol: la casa Batlló. Podríamos mencionar, igualmente, que ambas coronaciones del *hongo* recuerdan al característico *mugrón* (pezón, mamelón) de algunos hongos con un sombrero terminado en una forma puntiaguda o aguda (como es el caso del *Psilocybe semilanceata*, hongo visionario que se da en el Pirineo).

Al mismo nivel de la fachada en el que encontramos estos hongos tridimensionales, también podemos apreciar una cenefa que rodea las paredes exteriores y que está compuesta por un sinfín de perfiles fúngicos multicolores realizados nuevamente con la técnica del *trencadís*. Con relación a la disertación metafísica sobre si todas estas figuras decorativas son hongos o no, ésta es más bien irrelevante, puesto que por su forma claramente «lo son». Sobre su simbolismo enteógeno... esto ya es otra cosa. De todos modos hay tres motivos que apuntan o sugieren esta posibilidad: su simpática policromía multicolor o psicodélica; la bola superior que recuerda a la protuberancia de los *semilanceata*; y quizás la decoración en espiral del pie de los hongos —nuevamente recordando la experiencia del viaje del espíritu—.

Y ahora, unas palabras para cerrar, de momento, el tema de la autoría de esta casa. Las voces populares de la vecindad, que apuntan a un colaborador o colaboradores de Gaudí, parecen ser coherentes con lo que encontramos: utilización del *trencadís* (bastante elaborado y difícil de realizar por un neófito), la presencia de motivos decorativos similares a los que encontramos en algunas obras de Gaudí, así como las formas fúngicas, sugieren esta posibilidad. Con relación a conjeturar posibles nombres para los arquitectos y artesanos que participaron en la elaboración de la obra, esto es algo más etéreo. Un amigo mío, admirador incondicional de la creatividad del arquitecto Josep Maria Jujol, al presenciar por primera vez la decoración de esta casa inmediatamente quedó cautivado ante la posibilidad de que ésta hubiera sido realizada por su admirado y creativo artista (punto de vista que quizás estuviera apuntalado por su exaltación, en aquella época, por creer haber identificado la mano de Gaudí y quizás Jujol en la elaboración de la decoración del jardín del psiquiátrico de Sant Boi, como una preparación para la elaboración de la fachada del nacimiento de la Sagrada Familia). He de mencionar que por esos tiempos fuimos a visitar con mi amigo al hijo de Jujol, a quien mostramos fotografías de la casa, ante las que reaccionó primero con escepticismo y luego con interés... hasta que un conocido suyo se acercó y volvió a implantar reservas

al respecto («¡Ah!, otra identificación imaginativa, ¿no?») —lo más curioso es que esta persona ni tan siquiera se dignó a mirar las imágenes!—. Por lo que a mí respecta, la única pista que en esos tiempos tenía a favor de Jujol se basaba en dos puntos: el dicho que circulaba en tiempos de Gaudí de que Jujol era una persona «sin horarios ni honorarios» (o sea, un ser un poco despistado a quien le gustaba trabajar y crear, pero que no conocía muy bien los límites de las cosas); y por otro lado, la singularidad de este personaje (un arquitecto de quien Gaudí dijo que era como «su hermano» pero que por otro lado ha sido muy poco estudiado —buena parte de la admiración y reconocimiento que su obra ha recibido hasta ahora ha llegado del extranjero: Holanda, Estados Unidos o Japón—). Con todo, las posibles fuentes de información en relación con esta casa aún no han sido exploradas en su totalidad, por lo que las supuestas autorías constructivas y decorativas quedan por el momento en el aire.

6. Artistas más modernos

Ahora los artistas habrán de asumir las tareas y responsabilidades que se han desprendido de las espaldas de los sacerdotes... y llenar nuestras mentes no con cosas, sino con la esencia de esas cosas.

(W. B. Yeats, *The Autumn of the Body*).

En este apartado hablaremos de dos artistas más actuales, el primero nacido durante la primera mitad del siglo XX, y el otro en la segunda mitad: un pintor y un ceramista. Curiosamente, ambos han desarrollado buena parte de su obra figurativa en las Islas Baleares, y ambos han estado relacionados, de una manera u otra, con el movimiento psicodélico posterior al redescubrimiento de los enteógenos.

Matias Klarwein nació en Hamburgo en el año 1932. Cuando tenía dos años, sus padres se trasladaron a vivir a Jerusalén; luego, a los diecisiete años, se mudó a París —harto, según comentaba, de ver cómo las tres religiones monoteístas se disputaban el control de la ciudad sagrada—. Más tarde alternó su residencia entre París, Nueva York y diversas estancias en el norte de África, la India o prolongados viajes a diversos países. Finalmente en 1984 se estableció en Deià, un pequeño pueblo de Mallorca al que se había asomado por primera vez en el año 1952. Mati organizaba allí esporádicamente algunos *happenings* y *performances* artísticos, en los cuales se asomó alguna vez Jaume Mateu —un artista ilerdense afincado en Formentera del que hablaremos dentro de un rato—.

Decía Abdul Mati Klarwein que él era el pintor desconocido más famoso del mundo, pues uno de sus lienzos, titulado *Anunciación*, apareció como ilustración de la por-

tada del disco *Abraxas* de Carlos Santana —un vinilo que se vendió por millones—, convirtiendo este cuadro en una de las imágenes más populares de la cultura de los sesenta y setenta, pero sin que la mayoría de la población conociera el nombre del pintor que había realizado el cuadro.

Quizás fuera por la temática, los colores o las representaciones que aparecían en los lienzos de Mati, o también por los aires psicodélicos de la música del disco de Santana, que finalmente a Abdul le colgaron la etiqueta de pintor psicodélico, o al menos empezaron a preguntarle —y no dejaron de hacerlo por muchos años— si tomaba sustancias visionarias como modo de inspiración para realizar los cuadros. Al respecto, Mati Klarwein aseguraba que él no era un pintor psicodélico, y para demostrarlo se refería a las primeras telas que había realizado a finales de los años cincuenta: en ellas el estilo, la técnica, la claridad del aire y en cierto modo la temática ya se parecían a las de los lienzos que dibujara tras su iniciación con la LSD en los años sesenta. Puesto a ofrecer más detalles y justificantes, Mati comentaba que quizás su técnica de pintar (que era muy minuciosa) o bien el espíritu de la época era lo que hacía que sus pinturas pare-



Paisaje percibido, de Abdul Mati Klarwein.

cieran psicodélicas, y casi como si se tratara de una prueba notarial definitiva, también recordaba un comentario que le había hecho Tim Leary al ver sus primeras pinturas: «Tú no necesitas tomar LSD».

Con todo, la fama de pintor lisérgico acompañó a Mati toda su vida y, ya de mayor, en la presentación de una exposición de cuadros en una ciudad andaluza, un periodista le preguntó si solía tomar drogas cuando pintaba lienzos. El alcalde de la población se encontraba también en la inauguración y Mati se dio cuenta de que éste empezaba a ponerse un poco más que nervioso, por lo que decidió resolver la situación respondiendo de la siguiente forma: «Sí, claro, cada vez que me dispongo a trabajar lo primero que hago es tomarme tres cafés bien cargados; luego me pongo a pintar el lienzo» —como es de entender, esta respuesta refrigeró el sudor de la frente del alcalde—.

Dicho todo esto, hemos de mencionar que Mati también conoció los psicodélicos a principios de los años sesenta. Y, como muchas otras personas en aquella época, lo hizo con una cierta inocencia y también por curiosidad. Un conocido suyo le había regalado un terrón de azúcar envuelto en un papel de aluminio, con una nota en la que decía: «Cómetelo y verás la luz». Cuando, unos días más tarde, Mati abrió el papel



Paisaje descrito, por Abdul Mati Klarwein.

de aluminio para ingerir su diminuto volcán de luz, decidió bajar al cabo de un rato a la playa de Deià y acabó por percibir cómo las olas del mar, el aire y los rayos del sol se entrelazaban todos en una armónica danza de partículas de luz cósmica y diamantina. Cuando en esos momentos Mati elevó su mirada hacia la zona de la costa sobre la que se alzaba su casa, pudo divisar el paisaje que en esos días estaba pintando en un lienzo, pero éste se mostraba totalmente transfigurado: las piedras, los árboles, las terrazas con los cultivos, las nubes, las montañas y el cielo aparecían ondulantes detrás de dos espirales formadas por frases escritas en alfabeto hebreo. Y de aquí salieron dos de sus cuadros más famosos: *Paisaje percibido* y *Paisaje descrito*, en los que se alterna el mismo paisaje mallorquín, primero pintado de forma hiperrealista y hasta cierto punto naturalista, y luego plasmando lo que vio bajo el influjo de la LSD —con los mismos colores y formas pero descritos con letras hebreas formando una doble espiral—. En el inicio del texto desarrollado en una de las dos espirales pueden leerse las palabras de San Juan: «Al principio fue el verbo», mientras que la otra espiral se inicia con la siguiente frase: «Antes de todo, conoce al que perdura» (o sea, todo muy metafísico: ¡ya tenemos el nexo entre arte, religión y psicodélicos!).

Si bien este cuadro es más o menos lisérgico, personalmente no conozco ninguna pintura de Mati que contenga perfiles de hongos. En todo caso, en alguna de sus telas pueden verse unos símbolos que también aparecen en pinturas medievales y que quizás podrían tener un significado simbólico que apunte al hongo visionario; pero de todas maneras desconozco el motivo por el que Mati los incluyó también en sus pinturas.

Mencionado esto, para mí la mejor piedra angular del trabajo de Mati en relación con lo visionario es una frase que escribió en un breve ensayo titulado «El santuario Aleph»:

Parece que una de mis especialidades es hacer de catalizador de lo numinoso, y la mejor forma de empezar con ello es con un espacio concentrado y limitado, una capilla, un santuario. Me decidí por un cubo de 3×3×3 metros, y lo llamé El santuario Aleph.

En este artículo, Mati hace referencia a la génesis de un famoso templo de reducidas dimensiones que se dedicó a edificar laboriosamente durante los años sesenta. Casi al modo de una antigua iglesia bizantina, todas las paredes interiores quedaron iluminadas por varios de sus más famosos lienzos, entre otros: *Anunciación*, *Natividad*, *Grano de arena*, *Crucifixión*, *Resurrección*, *El Árbol de la Vida* o cinco cuadros agrupados bajo el nombre de *San Juan* —entre otros—. Con todo, la frase «Parece que una de mis especialidades es hacer de catalizador de lo numinoso» no ha de significar necesariamente que Mati utilizara la LSD para convertirse en una especie de canal, sino que más oportunamente podría recordarnos una frase semejante de Salvador Dalí, un pintor surrealista al que Mati conoció en Francia y luego en Port Lligat, cuando comentaba: «Yo no tomo drogas: yo soy la droga».

Sin movernos de las Islas Baleares, ahora iremos a visitar a otro artista plástico: Jaume Mateu. Conocí a Jaume hace ya unos años, por un encadenamiento de casualidades sobre las que uno acaba por preguntarse si realmente eran tan casuales o no. Jaume, ceramista, fue discípulo de Gabrielet —un renombrado artista de las islas— y actualmente se encuentra enfrascado en la elaboración de un lenguaje figurativo propio muy relacionado con el paisaje de Formentera, con los colores de la tierra y con las formas orgánicas de la naturaleza. Antes de conocerlo ya había visto unas cerámicas suyas en casa de unos amigos comunes: se trataba de unas piezas de unos cuarenta centímetros de diámetro con unas reproducciones estilizadas de las pinturas rupestres de Tassili n'Ajjer (una zona del Sahara en el suroeste de Argelia), en las que pueden verse unas representaciones de figuras humanas, de cabezas fúngicas, que corren y danzan sosteniendo un hongo en la mano mientras se comunican *telepáticamente* en el mundo visionario del *teonanácatl*.

A pesar de que siempre me había sentido interesado por la relación entre el arte de Jaume (principalmente la cerámica, pero también el dibujo) y su interés personal por el mundo de los enteógenos, no fue hasta que me propusieron escribir este pequeño ensayo que le sugerí la posibilidad de tener una conversación al respecto. Su disposición para el encuentro personal fue máxima... pero cuando llegué a su casa me dio la impresión de que su predisposición para mantener esta delicada conversación más bien era mínima (o, en todo caso, consideraba esta posibilidad con una cierta reluctancia —para no mencionar un íntimo y secreto espanto—). Después de pasar un par de días juntos, con su familia y Andrea Ghelfi (un antiguo amigo y pintor suizo), visitando el taller con sus nuevas piezas de cerámica, Jaume finalmente accedió con sigilo y cautela a que el intercambio de palabras se produjera —quizás por acercarse la hora de marcharme y porque no quedaba más remedio que ser educado con los invitados—. Así que finalmente tuve un pequeño espacio para conversar...

Nos sentamos alrededor de la mesa del comedor y, antes de que yo tuviera tiempo de preguntar nada, él mismo empezó la entrevista haciéndome una pregunta a mí: «¿Te has fijado en la pintura japonesa que hay en el taller de mi esposa?». Ciertamente, en la habitación en la que Hiromi elaboraba sus cerámicas había una reproducción de una pintura japonesa colgada en la pared, aunque cuando mi amigo me hizo la pregunta yo no acababa de *apvisar* cuáles eran los motivos ocultos de su pregunta. Se trataba de una reproducción de unos setenta centímetros de alto de una acuarela japonesa, que representaba una figura de un chamán o poeta iluminado, quien, reposando sus pies con desconcertante naturalidad en la cabeza de un dragón, elevaba la mirada hacia los cielos en dirección a una enigmática figura que yo no sabría muy bien cómo describir: más que un perfil de otro dragón me pareció una evocadora forma que apuntara al

trascendente mundo de la imaginación con el que se relacionaba este misterioso personaje. Pues bien, lo que mi amigo quería mencionarme acerca de dicho lienzo era una pequeña figura de un *hongo* que este personaje iluminado o chiflado sostenía en su mano derecha; efectivamente este objeto parecía el sombrero de un hongo: se trata de un perfil circular, con un aro más oscuro en la parte exterior y con un punto en la parte central (que bien podría representar la parte central puntiaguda característica de algunos hongos), y a pesar de que no aparecía representado un pie para esta posible seta, el tamaño del sombrero con relación a la mano del personaje encaja perfectamente con el de un hongo de tamaño medio. Con todo, el acertijo planteado por Jaume era el siguiente: tanto si lo que sostenía el poeta japonés en su mano era un hongo o no, la relación entre los vegetales visionarios y el arte, el chamanismo, la poesía, el mundo de la imaginación y el del espíritu era más antigua que el ir a pie. Y por lo tanto, los hongos que aparecían en sus propias cerámicas y dibujos formaban parte de otros tantos hongos que anteriormente habían sido conocidos, comulgados y dibujados en el ámbito del arte desde tiempos inmemoriales —en este antiguo interés y diálogo del ser humano con lo significativo y lo atemporal—.



*Cerámica de Jaume Maten.
Inspirada en pinturas rupestres del Tassili n'Ajjer, en Argelia.*

Este aire de «entrevista inversa» con el que se había iniciado nuestra conversación —preguntándome primero él a mí— tomó seguidamente un aspecto de auto-entrevista, de una reflexión en voz tenue y pausada en la que mi amigo iba desglosando sus meditaciones sobre el tema del arte y los enteógenos (pienso que esto era así, quizás, por el temor a la pregunta habitual: ¿son tus diseños fruto de la inspiración que tienes con el uso de los hongos mágicos?). Así pues, siguiendo con los pensamientos de Jaume, deberíamos considerar que la persona creadora, visionaria o no, psicodélica o no, ha de nacer por su propio pie, ha de sentir una atracción inicial por un tipo de artesanía u otro: por el pintar, el moldear, el tararear una melodía o imaginar una narración... Y todo esto como si de un juego se tratara, pero a la vez como una necesidad —o sea, como una especie de habilidad a la que quedara entretejida una búsqueda de algo que está por descubrir...—.

Luego estará la vida privada y personal de cada cual. Uno puede casarse, o no hacerlo; emprender muchos viajes, o más bien pocos; jugar al parchís, o decantarse por el ajedrez; puede ser una persona ensimismada, o quizás más vital; puede sentirse interesado por el mundo de los enteógenos, o incluso sentir un poco de aprensión en relación con estas flores embriagantes. Sea como fuere, Jaume conoció los hongos visionarios hace ya unos años —y lo cierto es que a mí no se me ocurrió preguntarle ni el cómo, ni el dónde, ni el porqué—. En todo caso, sí les puedo contar cómo llegué yo a ellos: fue a través del libro *Las puertas de la percepción*, de Aldous Huxley, que me dejó una amiga, quien a su vez lo conoció a través de la escuela a la que había asistido de adolescente. Curiosamente, esta escuela era un colegio religioso, las Escuelas Pías, donde le habían encomendado la lectura del libro para llevar a cabo un trabajo en una de las asignaturas. Siendo así las cosas, queda más o menos demostrado que a los enteógenos puede llegarse por mil y un caminos —y supongo que cada cual tendrá el suyo—.

Como he mencionado anteriormente, resulta que en algunas cerámicas y dibujos de Jaume también encontramos representaciones de hongos. Y entonces podríamos preguntarnos: ¿qué hacen allí? Pues en realidad están allí de la misma manera que otras cosas de la vida y del mundo de la imaginación hacen acto de presencia en sus obras plásticas —una higuera, una danza, o afinidades y símbolos personales—. En ciertas ocasiones, me comentaba Jaume, algunos esbozos, esquemas y dibujos que luego se convirtieron en diseños cerámicos nacieron del trazo libre del bolígrafo sobre un papel durante una bajada de una experiencia con hongos —de la misma manera que otras docenas de dibujos se labraron en contextos diferentes—. En este sentido —y siguiendo con las palabras de Jaume—, esto no quiere decir que por tomar hongos uno amanezca a la mañana siguiente convertido en pintor, o que al artista no le convenga más una larga y prolongada dosis de ensimismamiento que una alta dosis de mescalina.



Cerámica de Jaume Mateu.

De todas maneras, es posible que los hongos hayan influenciado de una manera u otra en el arte de Jaume Mateu; por ejemplo, sin referirse necesariamente a los hongos, él mismo me confesó que, a veces, sin buscarlo, una experiencia puede abrirle a uno una puerta y revelar una idea —un mundo o una visión— que luego quedará marcada de forma indeleble en la memoria o el espíritu, y que esta persona se nutra e inspire posteriormente de esta visión interior. Esta intuición, tanto si se ha producido por el empleo de hongos como si no, puede desvelar un tema que el artista explorará a lo largo de su vida, sin necesidad de volver a recurrir a la experiencia inicial para renovarlo; sólo con los ojos de la imaginación, el trabajo persistente, los sueños o el encuentro con la vida podrá elaborar, redescubrir y reelaborar lo que su sueño inicial le mostró.

Creo que este caso podría haber sido también el de Mati Klarwein, cuya transición entre las primeras pinturas y las que elaboró durante los años sesenta, tras su encuentro

con la LSD, denota una mayor predominancia de colores vivos e intensos y un mayor descaro a la hora de abordar temas extravagantes. Aunque todo depende de cómo se miren las cosas, pues, según cómo se considere la cronología de sus pinturas, estos pequeños detalles ya entraron en el arte de Mati antes de su iniciación con la travesía criatura de Albert Hofmann, y como elemento de transición deberíamos fijarnos, entonces, en otra posibilidad, como su menor interés por el cuerpo femenino, que como él mismo comentaba fue reemplazado por una mayor obsesión por las piedras y las rocas —quién sabe—.

En el caso de Jaume Mateu no sabría decir en qué manera podría haber influido la experiencia visionaria en su arte —y él tampoco me lo comentó—, pero cuando veo las ubicuas líneas curvadas y danzantes en sus diseños me acuerdo de la misma tendencia estilística de Josep M.^º Jujol, que trascendió las líneas geométricas de Gaudí con etéreas y serpentinadas líneas ondulantes. En todo caso, sí que es cierto que tanto Jaume como Mati han mostrado a lo largo de su producción artística un sostenido interés por la textura de la materia, por los diseños orgánicos del paisaje y de las rocas —una manera de explorar, tocar y acariciar de nuevo el rostro de este mundo—.

7. Perfiles de una época incierta

El bonguillo viene por sí mismo, no se sabe de dónde; como el viento que viene sin saber de dónde ni por qué.

(Mulero Oaxaqueño, citado por R.G. Wasson).

Esta sección también podría llamarse «el cajón de sastre». Bien es sabido que los sastres solían tener un rinconcillo en el que iban guardando recortes sobrantes de telas, por si acaso un día podían ser útiles para remendar o completar una pieza u otra. Bueno, en realidad no sé si las imágenes que aquí se presentan servirán para completar alguna cosa u otra en una fecha más o menos lejana, pero en todo caso también tienen su gracia e interés, y por esto las exponemos aquí. La peculiaridad de estas imágenes es que hasta el momento no he sabido emparejarlas con otras representaciones fúngicas de la misma época o estilo artístico —lo que hace que parezcan una especie de isla en medio de un desierto—.

La primera escena que presentaré en este apartado la encontré en un periódico, *El Heraldo de Soria*, en el que aparecía una curiosa imagen de una talla de madera —o quizás podríamos decir un *bajorrelieve* de madera— en la que puede verse a dos jóvenes portadores llevando a hombros unos racimos de *uvas*. Esta imagen, que en el periódico aparecía junto a una nota en la que se leía «Exploradores portando el racimo de uvas.



Exploradores portando el racimo de uvas.

Relieve 1502-1505 ubicado en Zamora.

Relieve 1502-1505 ubicado en Zamora», presenta una característica peculiar: los racimos de uvas tienen la forma de unos hongos, con una base vertical y la parte superior más o menos redondeada, creando un perfil en forma de T, más o menos parecido a la forma de un hongo típico que podemos encontrar en los montes. Podría suponerse que esta similitud entre las uvas y la forma de una seta es una simple casualidad o, como solía advertirse hace unos años en el mundo de la enteogenia, podría meditar para mis adentros: «quizás estoy viendo hongos por todas partes». Ciertamente, esto podría ser así —como de cualquier otra manera—, pero da la casualidad que durante la época del románico, al principio del gótico y sobre todo en el arte griego, esta *transfiguración* de las *mas* en hongos era un hecho relativamente habitual en representaciones de arte religioso. Por ejemplo, en el caso del románico, la he visto en una pequeña iglesia cerca de Pinerolo, en Italia, cuando me los mostró Gianluca Toro hace unos años; o bien en

pinturas cristianas medievales en que los racimos aparecen asociados, por su coloración, con la *Amanita muscaria* (por ejemplo, en unas pinturas de Capadocia; en el aula gótica del monasterio de Santi Quattro Coronati, en Roma; o el fresco que representa el milagro de San Magno, en la catedral de Anagni, en Lacio, Italia). En el caso del arte gótico, estas formas de uva-hongo pueden encontrarse en los relieves esculpidos en el portal de entrada del monasterio de Santa María de Pedralbes, en Barcelona; mientras que para el caso del arte griego puede verse el libro de Giorgio Samorini sobre los hongos enteógenos, *Funghi allucinogeni*, reseñado en la bibliografía. Esta transformación de los racimos en perfiles de hongos también trae a la memoria la posible relación entre los sombreros moteados de la *Amanita muscaria* y el relieve punteado que dan las uvas al racimo, así como la conexión embriagante entre el vino y los hongos enteógenos —aunque esta embriaguez pertenezca a categorías diferentes—.

Ahora no vamos a entrar a discutir si en el relieve de Zamora las *uvas* representan hongos o no; y en caso de que así fuera, qué motivos llevaron a los artistas a operar esta transfiguración y qué significado podían asignarle (en todo caso, bien podría representar una metáfora, un símbolo reconocible para *entendidos* —en el caso de los griegos la *típica*, consabida y sospechada relación entre Dioniso y los embriagantes chamánicos—). Lo que sí es cierto es que la imagen de Zamora guarda un indudable parentesco con otras uvas-hongo que encontramos en el arte románico, el gótico o el griego, y en este sentido lo sorprendente de esta imagen es su emplazamiento en el tiempo: a principios del siglo XVI —o sea, más que a finales del gótico—, pues las otras imágenes conocidas similares a ésta se remontan, como mínimo, dos siglos antes en el tiempo...

Entremos ahora en el reino de la intemporalidad —o, en todo caso, en el de la difícil asignación de fechas—. En Vizcaya se encuentra la población de Elorrio, y en ella la necrópolis de la ermita de Argiñeta. En este emplazamiento se han dado cita numerosas estelas de piedra, presuntamente funerarias, que originalmente se encontraban dispersadas en los alrededores y cuya procedencia, función o datación se desconoce con exactitud. En todo caso fueron reunidas alrededor de esta ermita para ofrecerles un mejor resguardo y conservación.

Entre estas estelas hay una que nos interesa particularmente: se trata de una piedra en cierta manera *bidimensional*, pues no tiene *volumen* sino que presenta una forma de *lámina*, y que en buena medida tiene el perfil de una seta. Esta estela tiene un tamaño aproximado de 1,05 metros de alto (actualmente sólo sobresale del nivel del suelo unos 50 cm) y unos 68 cm en la parte más ancha. Lo más interesante, además de su forma de hongo con un sombrero en forma *triangular* y un pie en la base, es que en una de sus dos caras podemos ver numerosos círculos que recubren la zona superior de la figura (correspondiente a la parte del sombrero del hongo), pudiéndose apreciar también un



Una de las estelas que actualmente se encuentran
en la ermita de Argñeta, en Elorrio, Vizcaya.
(Fotografía de Javier Cuadra Lira)

punto en el interior del círculo central. En la parte superior del hongo encontramos tres círculos, en la parte media cinco y en la parte inferior siete —éstos más bien con forma de herradura, pues no están *cerrados* en su base—. La otra cara de esta estela presenta un relieve esculpido con forma de cruz (que podría interpretarse como un símbolo cristiano), circunscrito dentro de tres círculos concéntricos.

¿Qué decir sobre esta estela —que quizás tenía una función funeraria—? Bueno, en todo caso es una representación tan aislada que es difícil pronunciarse sobre el tema. Sí que es cierto que nos encontramos ante una escultura con forma de hongo —pocas dudas hay—. Los círculos que aparecen en una de sus caras también podrían remitirnos a las motas de la *Amanita muscaria*, que son restos del velo universal —aunque esto también acontece en otros tipos de *Amanitaceae*—, mientras que el punto interno en el círculo central podría apuntar a otro símbolo *típico*: el del hongo visto desde su parte superior (siempre que se trate de un hongo con *sombrecillo* —de forma umbonada obtusa o aguda—).

Por otro lado, el trazado de la cruz en la parte anversa podría remitirnos a la cultura cristiana —que quizás conocía los hongos visionarios—, pero esta cruz también podría representar otra cosa, o haberse agregado con posterioridad a la pieza inicial... quién

sabe. Por último, podemos añadir que si realmente esta obra fue una pieza funeraria, podría existir una especie de analogía entre lo que podríamos llamar «el último viaje del alma» y los *viajes* psíquicos facilitados por los enteógenos —aunque ésta sería una interpretación más que arriesgada, pues, que yo sepa, en el mundo del arte no se ha empleado nunca el enteógeno como símbolo del tránsito—. Con todo, el significado de esta escultura sigue siendo un misterio —sobre todo por su singularidad—, pero constituye un enigma que no deja de tener su interés.

Y para terminar con estos misterios aislados, no puedo dejar de mencionar unos medallones de los que habló Ángel Gari en una conferencia que impartió en el año 1994 en Lleida. A continuación transcribo lo que Gari menciona sobre estos medallones en la ponencia que aparece en las *Actas del II Congreso Internacional para el Estudio de los Estados Modificados de la Consciencia*, organizado por J. M.^a Fericgla:

Sorprende que, entre las drogas utilizadas por las brujas, no consten las extraídas de setas como: la Amanita muscaria y otras; pero algunos objetos coetáneos muestran una cosmovisión y unos posibles usos de determinadas setas muy diferentes a los ya descritos y que podrían enlazar con prácticas chamanísticas pre-cristianas. Se trata de dos medallas: una del s. XV y otra del XIX. En la primera, aparece un diablo con forma de gnomo sentado sobre una toza en un bosque y a sus pies hay unos bultos que pueden ser interpretados como setas; además, porta en su mano un farol que puede significar la luz proporcionada por el conocimiento generado por la ingestión de las setas. En la segunda, aparece otro gnomo enmarcado por una herradura y que también tiene a sus pies setas; en este último caso de forma mucho más clara.

Según parece, estos medallones (o al menos uno de ellos) actualmente forman parte de una colección de objetos de Ángel Gari.

Noticias de última hora: ya en el cierre de la edición del libro que incluirá este artículo, Nacho Seral Bozal, descubridor del *Psilocybe hispanica* y persona relativamente próxima a Ángel Gari, me comunica que el origen de estos medallones se encuentra en Inglaterra. Como consecuencia de un intercambio de correos electrónicos con uno de los autores del artículo sobre las pinturas de Selva Pascuala («A Prehistoric Mural in Spain Depicting Neurotropic Psilocybe Mushrooms?»), esta persona le comunicó que medallones semejantes son comunes en Inglaterra desde hace más o menos un siglo. De hecho, se trata de abridores de puertas, o picaportes de la buena suerte, y su diseño siempre se basa en la figura de un gnomo con orejas alargadas y gorro puntiagudo (como el *P. semilanceata*, tan común en las islas británicas), así como algún que otro hongo. Muestras de estos diseños pueden encontrarse en Internet haciendo una búsqueda por los términos «pixie + brass» (*pixie* es la palabra inglesa para gnomo). Ahora sólo queda por saber qué camino encontraron estos medallones para llegar hasta Aragón

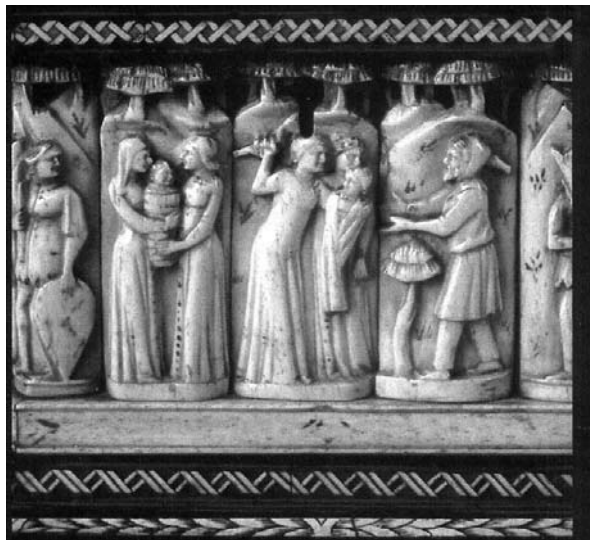


*Medallón de bronce, del siglo XVII o XIX, localizado en Aragón
(imagen facilitada por J. M.^a Ferigla).*

—en pleno siglo XIX— y qué gracia les encontraron allí para que en cierta manera procedieran a su adopción.

Y para añadir un apunte final sobre las obras de arte hipotéticamente fúngicas, que de una manera u otra han encontrado su camino hasta Hispania, mencionar unos bellos «cofres de amor», producidos por el taller de la familia italiana de los Embriachi. Este taller artesanal estaba especializado en la producción de pequeñas obras de arte de marfil trabajado (básicamente, bajorrelieves); entre sus piezas se encuentran unas pequeñas cajitas denominadas «cofres de amor» que presumiblemente servían de regalo en las bodas. En casi todas las representaciones que pueden apreciarse en estas cajitas aparecen árboles de forma peculiar que recuerda al perfil de un hongo. Si lo son o no lo son, esto es algo que seguramente será difícil de dilucidar —entre otros motivos, por lo aisladas que aparecen estas representaciones en el período artístico de finales del

gótico, aunque el nombre de la familia (Embriachi) no deja de resultar curioso para algunas personas—. De alguna manera u otra, varios trabajos de esta familia llegaron a España —pueden verse en el Museo Arqueológico Nacional, así como en el Museu Episcopal de Barcelona—. Para muestra, un botón:



8. De lo local a lo universal

*To see a world in a grain of sand,
And a heaven in a wild flower,
Hold infinity in the palm of your hand,
And eternity in an hour.*

(William Blake, *Auguries of Innocence*).

Decía Salvador Dalí que «lo ultra-local lleva a lo universal». Pues algo parecido acontece en nuestro viaje: vamos a salir de aventura, a recorrer tierras y continentes, y cuando retornemos haremos una pequeña exposición con algunas esculturas, cerámicas y pinturas que recuerdan a las que acabamos de mostrar en las anteriores secciones, procedentes de la península ibérica.

En la primera etapa de este recorrido nos iremos al *desierto* de Tassili n'Ajjer, en Argelia. Esta es su localización espacial y en lo que se refiere a las coordenadas del tiempo, decir que iremos a divisar pinturas rupestres a las que se atribuye una antigüedad de entre siete y nueve milenios. La riqueza y variedad de estos grabados y pinturas rupestres del Tassili es indescriptible; los hay a centenares y quizás aún no han sido explorados e identificados en su totalidad. En todo caso, en estos grabados rupestres encontramos representaciones de seres humanos, fauna animal (por ejemplo, jirafas y rinocerontes) y también algunas figuras con hongos, por lo que podríamos deducir que en esa época la zona del Tassili no era precisamente un desierto.

Entre las figuras fúngicas del Tassili más conocidas en el mundo de la enteogenia encontramos una que representa unos atléticos personajes, de cabeza con forma de hongo, que sostienen una *seta* en su mano; a su vez, unas líneas de puntos conectan estos hongos con las cabezas de las figuras, hecho que ha llevado a Giorgio Samorini, que fue el primero en estudiar el significado enteógeno de estas imágenes, a sugerir que estas líneas punteadas podían ser un símbolo de la cualidad psicoactiva o visionaria de los hongos representados.

Otra imagen del Tassili que contiene figuras de hongos es la pintura de un *ser* —o quizás una *máscara* que simboliza la figura de un *chamán*— en la que podemos ver cuatro



Figuras danzantes con máscara o sombrero
(Tim-Tazarift, Tassili n'Ajjer, Argelia).

setas que emergen de sus brazos y piernas. Esta imagen también se parece mucho a otras dos figuras del Tassili en las que podemos ver un ser antropomórfico, con rostro de abeja, que tiene todo su perfil circundado de setas que emergen como si fueran su aura o un resplandor.



Detalle de una escena con mujeres blancas de cabeza redonda; una de ellas lleva una máscara de estilo negro en la que pueden apreciarse cuatro hongos que emergen de sus extremidades (Aouanbet, Tassili). [Dibujo realizado por JTF a partir de una de las imágenes del libro The Search of the Tassili Frescoes, de Henri Lotbe].

Avanzando un poco más en el tiempo, podemos encontrar también perfiles de hongos en el arte griego, por ejemplo en un vaso griego de la época clásica (350-330 a. C.), en el que podemos ver las figuras de Dioniso, Hermes y Apolo celebrando un banquete. En la parte superior de la imagen hay una parra, con sus hojas y también los racimos de uvas. De todos modos, estos racimos pueden interpretarse a su vez como una estilización de figuras de setas, no sólo por su perfil o por la coloración rojiza en la cerámica, sino por los puntos blancos que podemos apreciar en su interior —que si bien representan las uvas en el racimo, también pueden recordarnos el característico aspecto moteado de la *Amanita muscaria*—.

Otra imagen griega en la que podemos ver representaciones de racimos de uvas-hongo la encontramos en un bajorrelieve procedente de Locri, en Italia, fechado hacia



Imagen de un vaso griego. De izquierda a derecha, Dioniso, Hermes y Apolo celebran un banquete. 350-330 a. C. (Museo Arqueológico Nacional, Madrid).

[© Marie-Lan Nguyen / Wikimedia Commons].

los años 470-460 a. C. En él podemos contemplar una escena en la que Dioniso entrega la «copa de la transformación» a Deméter, que a la vez sostiene unas espigas de trigo; por su parte, Dioniso acarrea en sus espaldas una gran rama con racimos de *mas*, que bien podrían ser interpretados como hongos (esta imagen puede verse en el libro *El mito de la diosa. Evolución de una imagen*, de Baring y Cashford, 2005).

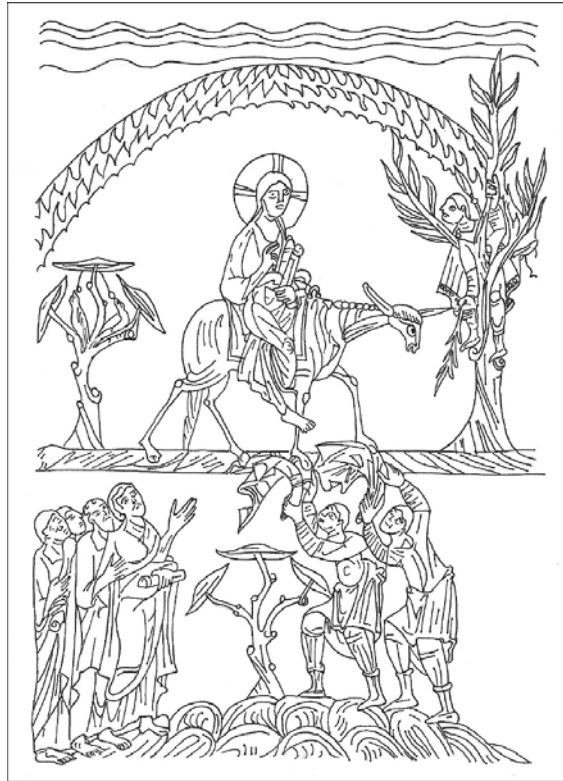
Y para finalizar nuestro pequeño periplo por la Grecia clásica, mencionaré un bajorrelieve que contiene una clara representación de un hongo. En ésta, localizada en Eleusis, se muestra una representación de Deméter y Perséfone, las divinidades del submundo y de la regeneración que tutelaban los misterios eleusinos, junto con Dioniso. En la representación, las dos diosas aparecen intercambiando unas florecillas —según los libros de texto—, pero si nos olvidamos de las interpretaciones académicas más bien deberíamos apuntar hacia la forma de un hongo, esta vez con notable claridad. A



*Deméter y Perséfone. Bajorrelieve eleusino de la Grecia clásica.
En el centro podemos apreciar la figura de dos setas.*

mi saber, la primera persona que identificó esta imagen en el contexto del estudio de los enteógenos fue el poeta Robert Graves, quien la mencionó en una carta a Gordon Wasson en los años cincuenta, aunque posteriormente Giorgio Samorini también dio con ella por sus propios medios y la eligió como el *emblema* de la revista *Eleusis*, una excelente publicación sobre enteógenos que durante los años noventa editó en Italia.

Y siguiendo nuestro andar en el tiempo nos encontramos en la época del cristianismo, que, como ha mostrado Gianluca Toro (2008) en su libro *Alberi-fungo e funghi nell'arte cristiana*, en el período del románico sus frescos y libros iluminados casi parecen una especie de incubadora de hongos. Una bella imagen con representaciones de setas aparece en el Evangelionario de Otón III, en el que podemos ver dos árboles-hongo, de color azulado, en la escenificación de la entrada de Jesucristo en Jerusalén.



*Entrada de Cristo en Jerusalén. Evangelionario de Otón III. Reichenau o escuela cortesana de Otón III, 997-1000 (Clm. 4453, fol. 234v) Staatsbibliothek, Múnich. 33x23,8 cm (dibujo de Gianluca Toro, en el libro *Alberi-fungo e funghi nell'arte cristiana*).*

Otra imagen interesante se encuentra en la Biblia de Admont, en la que vemos otro árbol-hongo con una pigmentación muy interesante: las setas son de un color rojo muy intenso con unas motas de color blanco, al igual que la *Amanita muscaria*, aunque en este caso aparezcan dibujadas con un perfil alargado (nuevamente recordando a las estrías de algunos sombreros de hongos).



Llamamiento del ángel del Señor a Gedeón. Miniatura de la Biblia monumental de Admont. Detalle del fol. 94v (Jueces). Salzburgo, hacia mediados del siglo XII. Actualmente se encuentra en la Österreichische Nationalbibliothek, en Viena (dibujo de Gianluca Toro, mejorado por Joaquim Tarinas Fàbregas a partir de la imagen que aparece en el libro Las biblias más bellas, publicado por Taschen, 2008).

Con relación a los pliegues con forma de hongo que hemos visto en el arte románico, encontramos una representación de símbolos similares en una biblia realizada en el siglo XIII en Inglaterra por un artista llamado Hugo (uno de los pocos artesanos del arte románico de quien conocemos el nombre). Como ocurre con numerosas biblias realizadas en todo el mundo medieval cristiano, este ejemplar dispone de varias ilustraciones de una belleza extraordinaria y que además se encuentran en un excelente estado de conservación. En la imagen que presento aquí pueden apreciarse hasta siete pliegues en las ropas, formas que también podrían interpretarse como simbolizaciones de hongos (unas más y otras menos, quizás).



Detalle de una ilustración de la biblia de la abadía de Saint Edmund, en Inglaterra (sobre el año 1135-1140, actualmente se encuentra en la biblioteca Parker del Corpus Christi College, en la universidad de Cambridge, Gran Bretaña).

[El copyright de esta imagen pertenece a Zenodot Verlagsgesellschaft mbH, que lo ha licenciado Vbajo la GNU Free Documentation License].

No tengo una idea muy clara sobre si en el *Art Nouveau* europeo hay perfiles de hongos enteógenos o no —hace tiempo que le doy vueltas, pero me lo miro de lejos y no me acabo de decidir...—. Ciertamente hay algunos perfiles de hongos, o al menos así lo parece. Por ejemplo, algunas de las famosas lámparas de mesa diseñadas por Emile Gallé, un artesano y humanista que trabajó en Nancy a finales del siglo XIX, tienen una clara inspiración en el reino de la micología. ¿Pero tienen estas figuras una motivación filosófica, espiritual o trascendente? No lo sé. La relación entre los enteógenos y la luz (la de la lámpara, por ejemplo) puede tener su gracia, pero no es excesivamente determinante. Ciertamente todo el *Art Nouveau* supone una clara reivindicación del mundo natural (flores, plantas, líneas curvas) y los hongos pertenecen a este mundo. También hemos de tener en cuenta que Gallé, en su juventud, estudió botánica y filosofía, además de dibujo.



Lámpara de cristal de Emile Gallé.

Otro artista que hace florecer una seta en sus trabajos es el celebrado ilustrador de carteles Alfons Mucha, un pintor, dibujante y diseñador checo que parecía estar enamorado de las mujeres —o, mejor dicho, de las hadas—, pues en muchos de sus diseños aparece una bella dama rodeada de motivos vegetales, todo ello con un aire bastante evocador, imaginativo y mágico. No puedo decir que haya estudiado la obra de Mucha a fondo, pero, en todo caso, en uno de los primeros diseños que encontré de este artista puede apreciarse a una joven mujer que asoma a través de una imaginativa ventana que tiene el contorno de una seta. He de mencionar que en otros grabados y diseños que he encontrado de este artista no aparece ninguna figura fúngica, pero, eso sí, coincide con muchos otros artistas modernistas europeos en su obsesión por la naturaleza y el mundo de las bellas doncellas.



Diseño de Alfons Mucha.

Y hablando de *ventanas*, en el *Art Nouveau*, desde Rusia hasta España, puede apreciarse una tendencia a diseñar de forma esporádica pero bastante clara ventanas y puertas con el perfil de un hongo. Quizás no es un hecho muy frecuente, pero no deja de sorprender que podamos encontrar esta anécdota en los lugares más inesperados. Un ejemplo podría ser la casa-galería de Borgo Ognissanti, emplazada en el centro histórico de Florencia y diseñada por Giovanni Michelazzi en 1911; o la fachada de una casa en Riga, cuyo arquitecto fue Mikhail Eisenstein, padre del famoso director de cine Sergei Eisenstein; o también la casa de Stepan Ryabushinsky, en Moscú (construida entre el año 1900 y el 1903).

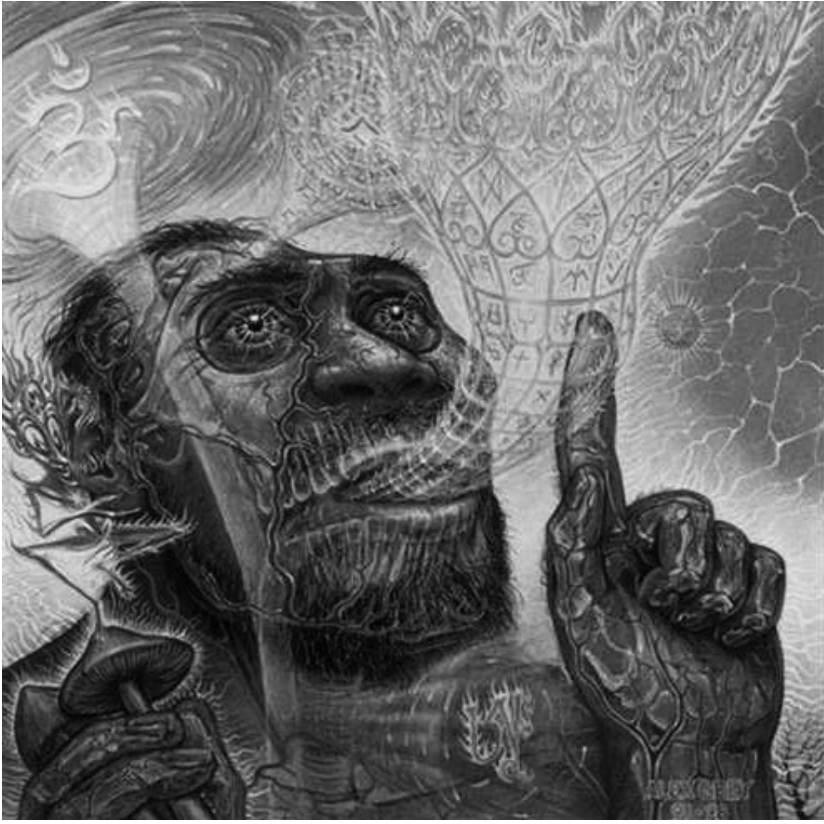
Nuevamente nos encontramos aquí con ciertas analogías: puertas, ventanas, luz, paisajes... ¿Podrían estas formas fúngicas ser símbolos, indicadores o acuerdos *gremiales* entre los diseñadores modernistas europeos de aquella época? Bueno, a decir verdad, yo no lo sé. Mi conocimiento sobre el *Art Nouveau* europeo es más bien escueto. Para mi limitado saber, en el modernismo europeo la presencia de formas y hongos



Fachada de un edificio de Riga (Letonia), diseñado por Mikhaïl Eisenstein.

podría ser una herencia de la fascinación que sentían por el mundo natural, más que un símbolo de la experiencia visionaria. Pero todo está por andar.

Y llegando ya a nuestra época nos encontramos, cómo no, con Alex Grey, un pintor visionario y declaradamente psicodélico. Este creador norteamericano, cuando llevaba unos años en el oficio de artista, se tropezó inesperadamente con la experiencia lisérgica en una fiesta a la que le habían invitado —casi al más puro estilo del *Electric Kool-Aid Acid Test*—. Después del bautizo con la traviesa criatura del doctor Hofmann, Alex Grey amaneció de la experiencia consternado e intrigado. Quiso saber un poco más sobre todo ello, y con el paso del tiempo sus orgánicas y cósmicas pinturas fueron entablando un diálogo muy personal con el mundo de los enteógenos. Quizás uno de los ejemplos más claros de este interés sea una reelaboración del mito del génesis que encontramos en el lienzo *El origen visionario del lenguaje*, en cuya parte inferior izquierda podemos apreciar un par de hongos que sostiene nuestro lejano pariente, el Adán primigenio. Además, la «revelación interior» que experimenta provoca que surjan de



El origen visionario del lenguaje (*Alex Grey*).

sus labios determinadas palabras y fonemas, que además de signos gráficos también configuran perfiles semejantes a la sección de un hongo. Esta teoría, que relaciona el lenguaje, los simios y los hongos psicodélicos, ya fue planteada por Terence McKenna en numerosas charlas y en su libro *El manjar de los dioses* (1994), así como por Henry Munn en un artículo titulado «Los hongos del lenguaje», aparecido en una compilación de ensayos realizada por Michael Harner (1976) y publicada en el libro *Alucinógenos y chamanismo*.

Dicho y hecho, hemos visto que esto de representar hongos —sean visionarios o no— en las expresiones pictóricas no es exactamente un invento hispánico. Más bien podríamos decir que es una tendencia, costumbre o afición que acontece en numerosas culturas a lo largo de la historia y de la prehistoria en todo el planeta.

9. Epílogo. Primeras y últimas meditaciones

No es que al mundo antiguo le faltasen nuestros medios, es que el conocimiento de estos medios lo habría destruido. Aún hoy vemos cómo ocurre esto en todos los casos en que introducimos nuestros medios en culturas extrañas a la nuestra. Cometemos una falta de lógica cuando nos parece que el espíritu inventivo de entonces estuvo a punto de tocar fuerzas como las del vapor, la electricidad y la pólvora y que palpó con sus manos cerrojos de puertas cerradas. Lo que allí había no eran puertas, sino paredes y muros y un tabú impenetrable. Por otro lado, allí donde sí hubo puertas y accesos a mundos que se nos han vuelto extraños, lo único que nosotros vemos son viñetas.

(Ernst Jünger, *El libro del reloj de arena*).

Como el *Ulises* de James Joyce o *En busca del tiempo perdido* de Marcel Proust, éste es un texto circular, pues, en buena manera, termina como ha empezado —en este caso, sin saber nada a ciencia cierta—.

Hemos visto imágenes de hongos, o de figuras que se parecen a hongos. ¿Lo serán o no? En cierto modo, es difícil de dilucidar. La intuición, el razonamiento y los conocimientos de cada cual decidirán, de forma aproximada, qué opinión sienta mejor al propio entendimiento. De hecho, que yo sepa, ni los prehistóricos ni los medievales ni los modernistas dejaron escrito ningún papel confesando cuáles eran sus intenciones al pintar estos perfiles⁵; si las tenían, más bien debía de ser algo que circuló de palabra entre ellos. Ciertamente, algunas de estas representaciones se parecen bastante a una seta, mientras que otras lo son claramente (por ejemplo, la de la iglesia de Sant Sadurní d'Osormort, o la coronación de los pabellones del Park Güell); otras, como es el caso de las imágenes prehistóricas, ofrecen una identificación más difícil y titubeante.

Por otra parte, si estos hongos, en caso de serlo, simbolizaban especies enteógenas, es algo que cabe más bien intuir que demostrar. Ciertamente, en algunos de los casos mencionados nos encontramos claramente ante una *Amanita muscaria*, mientras que en otros el único indicativo *enteógeno* podría ser la representación alegórica de las estrías o del mamelón de algunas especies visionarias de hongos —aunque bien es cierto que también hay otras setas, no psicoactivas, que presentan este perfil (por ejemplo, la *Cantbarellula umbonata*)—. En el caso del arte románico, al encontrarnos en un contexto *religioso*, también podríamos suponer que una significación visionaria es la que sienta mejor para estos símbolos fúngicos, pues, como he mencionado al principio del artícu-

5. Al revisar este artículo, me doy cuenta de que sí que existe por lo menos una referencia al conocimiento de los hongos sagrados en el mundo del cristianismo: se trata de una leyenda de Ucrania, que hace mención a unos hongos sagrados que nacieron milagrosamente y que curaron a todas las personas de la región. Este texto puede encontrarse en la página 151 del libro *The Holy Mushroom*, de J. R. Irvin.

lo, para un contexto artístico o religioso ésta sería una función más adecuada que el uso culinario o como utensilio (las yescas para prender fuego, como ya he mencionado).

Si hacemos ahora la suposición de que un buen número de estas formas fúngicas puedan ser una simbolización de los hongos visionarios, nos encontramos con que tampoco tenemos claro para qué los emplearon, en caso de que los usaran. En todo caso, también podría suceder que las representaciones de hongos fueran simplemente debidas a una especie de simpatía que algunos pueblos micófilos tuvieran por estos pequeños seres; o incluso que algunas de sus más majestuosas representaciones, como en el caso de la *Amanita muscaria*, no tuvieran otro motivo de ser que escenificar la magnífica belleza de esta emperatriz de las setas. Pero supongamos por un momento que conocieran sus efectos visionarios, e imaginemos por un instante para qué podrían utilizarlos —más allá de dárselas a los pájaros para que cantaran mejor—.

En el caso del hombre primitivo, por ejemplo, podríamos conjeturar rituales propiciatorios de la caza, pues en algunas de las pinturas en las que pueden apreciarse formas de hongos aparecen también escenas con animales. Esto se correspondería con uno de los empleos que dan a los enteógenos actualmente algunos pueblos ágrafos, a saber: intentar visualizar e identificar zonas de caza o áreas en las que podrán encontrar comida⁶.

Si estas artes adivinatorias —o de visión anticipada, como podríamos decir *filosóficamente*— podrían resultar un poco extrañas, en el caso del arte románico, o del prerrománico, el posible empleo de los enteógenos escaparía aún más a la comprensión moderna. Por un lado, la mentalidad octogenaria de la Iglesia católica está suficientemente cerca de nosotros como para que podamos confundirnos un poco y hacernos rumiar: ¿cómo es posible que esos señores tan aburridos llegaran a comer hongos visionarios años atrás? Y, siguiendo por este camino, podemos confundirlo todo aún más pensando en los festivales *hippies* que se prodigaron en los Estados Unidos de Norteamérica o bien por algunos paisajes de la Europa occidental durante la década de los años sesenta: melenas, música a todo volumen, amores libres, ropas moteadas con pétalos de hermosas flores... Uno quedaría ligeramente desconcertado: ¿pero cómo es posible que en aquellas épocas medievales todos esos monjes no salieran de los monasterios, se quitaran las ropas y corrieran y danzaran desnudos alrededor de los muros de sus iglesias —algo así como para celebrar un reencuentro con la naturaleza después de pasar tanto tiempo encerrados en sus bibliotecas, ilustrando libros y cantando salmodias—? Esta carencia

6. Si no voy equivocado, en el libro de Johannes Wilbert sobre el uso chamánico del tabaco en Sudamérica, hay una curiosa anécdota en este sentido: Wilbert, tras una fuerte experiencia con jugo de tabaco, fue interrogado por los nativos acerca de sus visiones, a lo que respondió que había visto unos animales cruzar un río. Los indígenas, excitados, le pidieron que describiera lo más detalladamente posible este paisaje; identificaron el lugar y a la mañana siguiente fueron allí y efectivamente encontraron una manada de animales que formaban parte de su menú habitual.

de evidencias podría servir a algunos para sospechar que en realidad en la Edad Media tantos hongos no se comían, o bien que no sabían utilizarlos como Dios manda. Pero quizás en la Edad Media no se aburrían tanto como nosotros solemos pensar, y puede que tampoco se encontraran tan alejados de la naturaleza, pues, al revés que nosotros, no tenían ni televisores, ni luz eléctrica, ni grandes ciudades de altas fachadas, ni trabajaban al son del reloj en magníficas oficinas iluminadas por neones. Como apuntaba Nietzsche, «también en la Edad Media iban rodando de un lado para otro, cantando y bailando, muchedumbres cada vez mayores»⁷, por lo que bien cabría suponer que la historia del cristianismo no sea tan corta como nosotros solemos pensar, ni haya sido siempre igual en todas sus épocas.

Quizás sería mejor imaginar que en cada época los hongos se han empleado para llevar a cabo celebraciones diferentes, con propósitos distintos dependiendo de su contexto cultural. En la Edad de Piedra, por ejemplo, es posible que uno de los motivos para tomar hongos fuera localizar manadas de ciervos y poder tener así más oportunidades para cazar y encontrar alimento. Luego están los chamanes que curan, como María Sabina, y por lo general suele aceptarse que esta mujer de conocimiento consideraba que tomar hongos para encontrar a Dios o bien llevar a cabo la experiencia a la luz del día —cosa que hacían muchos *hippies*— era una cosa absurda y una locura. Siguiendo con el tema de las curas, hoy en día usamos los psicodélicos también para sanar, pero son unas medicinas que no toma el terapeuta sino el paciente; no se invoca a los espíritus, sino al propio inconsciente de la mente humana; y no se emplean para hallar un diagnóstico, pronóstico y posible tratamiento de una dolencia, sino para reconfigurar las piezas mentales del paciente y encontrar así una mayor completitud psíquica —en el mejor de los casos—. Así, el hecho de que no encontremos a docenas de personajes desnudos en los frescos de las iglesias románicas no significa, a mi modo de ver, que los medievales no tuvieran una idea clara de cómo usar los hongos. Sólo que quizás los empleaban de forma ligeramente diferente a nosotros —y a los chamanes—, y quizás también enfocaran su atención a otros lugares del universo.

Sólo para imaginar un poco la gran diferencia entre unas épocas y otras, comentar que en la Edad Media se entretenían cantando gregoriano —aliñándolo con hongos o sin ellos—, mientras que en nuestra vertiginosa época de cambios se ideó la música psicodélica. Claro que el primer estilo musical pertenece a lo que podríamos denominar «música culta», mientras que el segundo se engloba en la categoría de la música popular —aun así, la diferencia entre estas dos formas musicales puede dar una lejana idea de cómo están la cosas y lo distante que se encuentra un mundo del otro—. Por lo que

7. Citado por Antonio Escohotado en su obra *Historia general de las drogas* (2008), página 490. Originalmente en el libro *El nacimiento de la tragedia*.

a mí respecta, me quedo con Bach y la música rusa —tanto popular como religiosa—, además de dos o tres cantantes de *jazz* y una buena cucharada de *swing*.

Antes de pasar al modernismo, recordaré que también hemos mencionado el conocimiento de los hongos entre los griegos de la época clásica. Por ejemplo, en la representación de unas divinidades celebrando un banquete: Dioniso, Hermes y Apolo —en el caso de Dioniso, nos encontramos claramente ante una figura relacionada con los embriagantes—. Aquí ya nos acercamos más al mundo religioso de la Edad Media, aunque ciertamente la sociedad griega tenía una concepción más *pagana* de la existencia (o sea, más cercana a la naturaleza y al devenir de las cosas), mientras que la cultura cristiana ha tenido un enfoque más centrado en el tema moral y el de la *bondad*, por decirlo de alguna manera. Pero ambos tenían sus templos, sus sacerdotes y sus figuras de veneración —por ejemplo, los santos y los dioses—. ¿Para qué usaban los hongos —en caso de que los emplearan— los griegos y los cristianos? ¿Para cantar, para *ver*, para entrar en contacto con sus dioses, para desvelarse? Quizás nunca lo sabremos... Sigue separándonos un abismo mental, vivencial y de *zeitgeists* con todas estas sociedades antiguas. Ha quedado atrás la manera en que concebían ellos el mundo, cómo lo sentían y cómo lo vivían, qué querían de él, qué esperaban, o lo que pretendían hacer; al menos en buena medida.

Quizás podríamos probar mejor suerte en el caso de épocas más cercanas, como el principio del siglo XX con el arte modernista... Recuerdo que hace unos años le mencioné a un amigo mío que quizás en las obras de Antoni Gaudí había alguna que otra representación de hongos, a lo que él, de sopetón, respondió: «¡Anda pues, aún resultará que a Gaudí y a sus amigos les gustaban las setas, y hacían reuniones y fiestas y se ponían todos del revés...!». Recuerdo, igualmente, mi tembloroso estado de estupefacción y el desconcierto ante semejante idea; la verdad es que en esos momentos yo no fui capaz de imaginarme a Gaudí y compañía celebrando reuniones secretas y poniendo el Parsifal a todo volumen en el gramófono...

En todo caso, hay una frase de Josep Maria Jujol —que ahora no sé exactamente dónde localizar— en la que disertaba acerca de sus propósitos al elaborar sus pinturas, utilizando expresiones como «festivales de colores» y «fuegos artificiales». Estas imágenes me han hecho meditar un poco, rumiando si este artista no intentó plasmar en su arte decorativo el festival de colores que ofrecen los psicodélicos a la retina del ojo humano. Podemos pensar, por ejemplo, en la extravagante decoración de la casa Mañach, hoy en día desaparecida, pero de la que se conservan algunas fotografías. Aunque la verdad es que más allá de aquí no tengo mucho que decir. Ciertamente Gaudí fue una persona que en algún momento de su juventud experimentó una especie de conversión religiosa, pasando de ser un poco anticlerical a una persona decididamente piadosa.

Jujol, por su parte, era un personaje más aéreo, un hombre religioso pero poco dado a frecuentar capillas. Puig i Cadafalch, por su parte, tenía más bien una vertiente intelectual y de acción, pues fue arquitecto, político, historiador... y algo parecido acontecía con Domènech i Montaner. Aunque la figura más enigmática, quizás, fuera la de Eusebi Güell: industrial, hombre culto, políglota, mecenas, confesor de Gaudí en sus largos paseos por el Park Güell... Con todo, lo que es seguro es que estos personajes y muchos otros arquitectos del modernismo estaban interesados en el mundo natural, en las flores que aparecieron por doquier en la mayoría de edificios modernistas, y también en estas bellas damas, casi a modo de etéreos seres de la naturaleza, que asomaron en pinturas, vitrales, decoraciones de muebles y esculturas de todo el arte modernista catalán. Y decir más ya sería abusar exageradamente de la imaginación.

Y llegando a tiempos más cercanos... ¿Qué llevó a Mati Klarwein o a Jaume Mateu a experimentar con los psicodélicos? Pues, en buena medida, el «espíritu de la época». Las plantas y los compuestos corrían por allí, y en cierta manera establecer contacto con ellos no era algo tan raro —sobre todo en el mundo del arte...—. No se necesitaba entrar en ninguna orden monástica, ni hacer trabajos de investigación en el campo de la historia del arte o lo que fuere; los psicodélicos estaban al alcance de muchos. ¿Y para qué los usaron? Bueno, esto ya es algo más personal; como ya he mencionado, ambos eran bastante reticentes a relacionar demasiado los visionarios con su arte. No cabe duda de que, como muchas otras personas, estos dos artistas sentían un interés personal acerca de las desvelaciones maravillosas de los psicodélicos. Yo diría que los visionarios influenciaron en su arte de la misma manera que lo hicieron muchas otras cosas que interesaron a su personalidad: el paisaje, la sensualidad, la danza, el mundo de los árboles y las plantas, lo sorprendente y desconcertante, los colores, las texturas... Cuando me encontré con Mati por primera vez, al salir a pasear un rato por las calles de Barcelona y pasar por delante del Gran Teatre del Liceu, se me ocurrió hacerle la pregunta fatídica: «¿Para qué crees que sirven los psicodélicos?», a lo que Mati, señalando hacia la cola que se había formado para entrar en el Liceu, respondió: «Para no hacer esto». Al pedirle yo una aclaración, me comentó: «Pues para no amargarse la tarde haciendo estas colas, y en su lugar salir a la naturaleza para tomar un poco el aire». Ya ven, una observación enigmática que tenía poco que ver con la creatividad artística y el uso de psicodélicos. Y volviendo a Jaume Mateu, al haberse ya disertado un poco sobre su interés en el empleo de los enteógenos más arriba en este ensayo, me gustaría aprovechar para comentar que con él nos encontramos ante una situación singular: de todas las imágenes presentadas en este breve ensayo, él es el único artista del que podemos confirmar que las figuras de hongos que aparecen en algunas de sus cerámicas corresponden efectivamente a setas, y aún más: son un símbolo de las especies enteógenas.

Todo esto podría llevarnos a pensar en un interrogante aún más complejo: en caso de que nuestros abuelos del románico y sus tatarabuelos de la prehistoria conocieran los efectos de los hongos psicoactivos, ¿qué necesidad tenían nuestros ancestros de representarlos en sus dibujos, esculturas y pinturas? Ésta es la pregunta del millón (millón de besos, de aplausos, o de lo que sea). Por decirlo de alguna manera, si estas personas utilizaban los hongos visionarios con un propósito u otro, bien podrían haberse contentado con lo que había, sin llegar a sentir la necesidad de representarlos en el arte... Yo no he estudiado a fondo el arte prehistórico en relación con su interpretación enteógena, pero en todo caso, y para exponerlo superficialmente, parece que su predilección era representar las cabezas de los seres humanos con la forma de un hongo. ¿Era así debido a que pretendían transmitir una metáfora del *efecto psicoactivo* de los hongos visionarios? Quizás la experiencia extática era algo que les sorprendía mucho, y por esto enfatizaban la relación entre el hongo y la cabeza... Aunque tampoco hemos de suponer que nuestros antepasados tuvieran una mentalidad excesivamente sencilla, y que sus representaciones se limitaran a una especie de cuaderno pedagógico de «las sorpresas que da la vida». María Sabina no vivía en una sociedad prehistórica, pero en todo caso sí que lo hacía en un entorno social muy distante de nuestra mentalidad moderna, y no por esto entendía los enteógenos de una forma infantil o inmadura. Más bien diría yo que su conocimiento y dominio de la situación era varias veces superior al de muchos *psiconautas* modernos, que a veces basan sus experiencias en ver quién ha ido a lugares más lejanos del universo, en probar raras combinaciones de plantas y sustancias, o en calcular quién ha tomado una dosis mayor de un psicodélico u otro (o sea, que hoy en día aún nos encontramos en una fase de pruebas, de experimentación y de aproximación).

En el caso del arte románico, la situación es aún más enigmática, pues parece que las representaciones de hongos sean numerosas y aparezcan por doquier. No es que vayamos a encontrar hongos naturalistas en todos los frescos, pero si uno se dedica a mirar el libro de Gianluca Toro podrá ver 137 ilustraciones de pinturas del románico con figuras de formas fúngicas. Y me consta que Gianluca no exprimió todas las posibilidades y que descartó reproducciones que podrían haber aparecido perfectamente en el libro (seguramente esto fue así porque Gianluca no pretendía alcanzar ningún tipo de récord en el número de imágenes presentadas, sino que su propósito principal fue plantear el libro para estudiar las diferentes formas de representar hongos naturalistas en el arte románico, considerar el contexto en el que aparecían —los pasajes bíblicos— y los centros de arte en los que se produjeron un mayor número de figuraciones de hongos, así como la posible identificación de los hongos con especies visionarias). Pues bien, si tenemos en cuenta que mucha parte del arte románico que se produjo hace ocho o

diez siglos no ha llegado hasta nuestros días, bien podríamos suponer que el número total de imágenes fúngicas fue relativamente importante. ¿Había algún tipo de acuerdo o entendimiento para pintar tantas figuras de hongos? En el caso del arte prehistórico nos encontramos ante otra situación desconcertante: ¿se conocían entre sí las personas que dibujaron las representaciones potencialmente fúngicas? ¿Qué intencionalidad tenían? ¿Era todo una casualidad o una coincidencia pintoresca? No lo sabemos —por lo menos un servidor—, pero en el caso del arte románico da la impresión de que toda esta historia sea menos casual. El románico era un arte paneuropeo: los pintores y escultores viajaban de un lugar a otro del continente, el estilo en las pinturas era muy uniforme a pesar de las distancias, y las temáticas, claro, lo eran aún más: partían de temas bíblicos. Quizás las supuestas representaciones fúngicas pretendían enfatizar determinados temas de la Biblia: la escena del árbol del conocimiento, la revelación de Moisés en el Sinaí, el nacimiento de Cristo o su entrada en Jerusalén, así como la escena de la crucifixión y la resurrección.

De todas maneras es difícil imaginar que en esta época estos hongos aparecieran en las pinturas de una manera aleatoria o a raíz de iniciativas personales —y menos aún en el complejo tema de los pliegues en las ropas—. ¿Cuál era su intención? Quizá mensajes ocultos, mensajes populares o el divertimento de los artistas... En todo caso, en aquella época algo debían de saber de todo ello (los pintores, los obispos, o los campesinos, no sé), mientras que nosotros hemos de conformarnos con mirarlo todo bastante de lejos.

Luego están los modernistas; estos actores ya nos cogen un poco más cerca, apenas hace unos cien años. Podríamos suponer que su mentalidad era más parecida a la nuestra que la de personas que vivieron hace siglos, pero yo no estoy tan seguro de ello. Vivían en un subcontexto cultural en el que se entremezclaban un poco de catolicismo, un poco de cristianismo, un poco de romanticismo, un poco de interés por el estudio del propio pasado y una elevada obsesión por la creación artística exuberante. De todas formas, da la casualidad de que estas personas, quizás llenas de sabiduría, no anotaron nada sobre sus opiniones acerca del reino micológico —o, en todo caso, si escribieron algo, ciertamente no lo publicaron—. En caso de que conocieran la experiencia visionaria con hongos, ¿encontraban que era lo suficientemente curiosa y llamativa como para representar algún que otro perfil y forma de hongo por aquí y por allí —para dejar constancia de ello, o como un *tributo* u honor al maravilloso reino del hongo—? ¿O quizás podría acontecer que conocieran alguna que otra representación de hongos en el arte románico, y que decidieran *imitar* a estos ancestrales artistas poniendo ellos también perfiles de hongos en sus obras?

Retomando las producciones plásticas de artistas más actuales, como es el caso de Mati, Jaume o Alex Grey, quizás podríamos ver la situación con un poco más de esperanza, pues en cierta manera estos artistas *contemporáneos* podrían haber dejado constancia, o haber hecho algún comentario sobre la presencia de hongos o enteógenos en sus pinturas. De todas maneras, en el caso de Mati Klarwein no contamos con reproducciones de hongos, sino tan sólo con la metáfora de su experiencia de percepción *dual* de un paisaje mallorquín: primero en un estado de consciencia ordinario y luego bajo el influjo de la traviesa criatura modelada por Albert Hofmann. Jaume Mateu, como hemos visto, es bastante reticente a hacer demasiados comentarios sobre este tema, y más bien se limita a observar que «si en el diseño de una cerámica aparecen higueras y danzas, ¿por qué no podría haber también un hongo?». Claro que nos encontramos con que una higuera y una danza no entran exactamente en la categoría a la que pertenecen los hongos visionarios; una higuera o una danza son formas que podemos encontrar por aquí y por allí, y los hongos mágicos entrarían ya en una categoría de un símbolo o bien representar algo sagrado —o, por lo menos, una posible llave de entrada a este mundo—. Esto, claro está, en el caso de que no consideráramos a la *higuera* y a la *danza* como *símbolos* que apuntan a un nuevo descubrimiento de lo natural, de los elementos enraizados en el paisaje, o bien de antiguas costumbres rituales que pueden tomar una nueva forma actualizada —por ejemplo, en el mundo semi-pagano de los *hippies* que durante unos años danzaron en las Islas Baleares—. Por otro lado, quizás Jaume empezara representando hongos en sus cerámicas en ocasión de los diseños inspirados en las pinturas rupestres del desierto del Tassili, por lo que esta «presencia fúngica» estaría más que justificada, mientras que otros diseños quizás nacieron durante el aterrizaje de una experiencia con setas: sería entonces normal que un perfil de seta pudiera aparecer en este diseño.

En el caso de Alex Grey sólo me vienen a la mente tres pinturas con motivos enteógenos: la que he mencionado sobre Adán y el lenguaje —inspirada en las hipótesis de McKenna y otros escritores—; otra en la que aparece una hoja de marihuana —que realizó en ocasión de un encargo para unas conferencias—; y el retrato de Albert Hofmann, quien aparece sosteniendo una *molécula* de LSD. Demasiados pocos casos como para poder dibujar una hipótesis sobre la *presencia* de símbolos enteógenos en sus obras de arte; quizás en este caso deberíamos conformarnos con asumir que estas formas aparecen en sus obras de una forma *natural*, sobre todo si tenemos en cuenta el contexto de la época psicodélica, con todo el revuelo que trajo consigo el descubrimiento de estos vegetales y sustancias visionarias. De todos modos, no deja de resultar significativo que estos artistas hayan representado las llaves visionarias en sus obras, como hicieron, quizás, sus predecesores prehistóricos y medievales.

10. Créditos de reconocimiento

Tanto es así que algunas veces pienso que todo nuestro trabajo fue compuesto por otros, con nosotros en el papel de simples emisarios.

(R. G. Wasson, *Los hongos enteogénicos de México*).

Como que no estamos solos en el mundo, me gustaría mencionar a varias personas que han contribuido, consciente o inconscientemente, a la elaboración de este artículo.

Mi entrada en el arte rupestre ibérico aconteció de la mano de Ana del Valle y su compañero Juanjo Piñeiro, un trotamundos granadino y psiconáutico autor de varios libros sobre enteógenos. Juanjo y Ana me reenviaron un correo electrónico (que me parece que les había enviado Fernanda de la Figuera) con algunas imágenes de arte rupestre levantino, apuntando que quizás tenían algún interés enteógeno. No tengo anotado qué imágenes eran, pero sí recuerdo que dos de ellas eran un poco pintorescas, mientras que las otras parecían más interesantes. Es bastante probable que la imagen de El Cogul se encontrara entre las que recibí en este correo electrónico, y que estas pinturas me llamaran la atención no sólo por su posible simbolismo fúngico, sino también porque en aquellas fechas solía ir bastante por esas tierras leridanas a visitar a amigos y conocidos. Por otro lado, la imagen rupestre de Moratalla se la debo a Jordi Martí Aladern, aunque no tengo claro si la publicación en la que la divisé me la enseñó Jordi debido a un artículo sobre arte rupestre en la que aparecía esta imagen, o bien a otro escrito sobre la isla de Thera (o Santorini) que aparecía en la misma revista, pues en aquellos tiempos Jordi estaba bastante obsesionado con las pinturas minoicas que se encontraron en las excavaciones llevadas a cabo en esta isla del Egeo.

Tampoco recuerdo con exactitud cómo llegué al arte visigótico, pero en mis notas y apuntes figura el nombre de mi padre para la imagen del folio 6 del Pentateuco de Ashburnham, mientras que en la correspondencia recibida de Gianluca Toro aparece también una reproducción de la imagen del folio 50r. Para las imágenes de la iglesia de Santa Cristina de Lena, en mis archivos aparece el nombre de Daniel Ciro Ríos, un asturiano que conocí a través de Internet ya hace años; de todas maneras, las imágenes prerrománicas de Asturias me llegaron a través del historiador Juan Carlos Usó, que me reenvió un correo electrónico que Daniel le había enviado mencionando estos relieves visigóticos.

Con relación al románico y a sus espléndidas representaciones de hongos —algunas de ellas muy claras—, debo citar en primer lugar los trabajos llevados a cabo durante los años noventa por Giorgio Samorini, un investigador italiano que fue quien abrió

la puerta de esta área de estudio, a la que R. G. Wasson presuntamente no había entrado. Recuerdo una conferencia que impartió Giorgio en un congreso sobre enteógenos celebrado en San Francisco (en el Palace of Fine Arts, en el año 1997), en la que casi como primicia mundial se presentaron varias imágenes de posibles hongos en el arte románico —quedándose un servidor un poco más que alucinado—. Con relación a las imágenes que se presentan aquí, la de Sant Sadurní d'Osomort llegó de la mano de Jordi Martí Aladern, un forofo del arte románico que conocí gracias a Juanjo Piñeiro y su persistente insistencia para que nos encontráramos. La copia de este fresco que se presenta en este breve ensayo, realizada por Joan Vallhonrat i Sadurní en 1916, nos la facilitó Eva Franquero, que a su vez también indicó la posible presencia de hongos en los «cofres de amor» del taller de los Embriachi.

Con relación a las pinturas románicas de Santa María de Sixena, fue Gianluca Toro quien las divisó en lo alto de la última sala del museo de arte románico de Barcelona durante una visita que realizó a la Ciudad Condal ya hace unos años. Por otra parte, fue Alexandra B. B. quien desveló a mi entendimiento el profundo secreto del arte románico, mientras que fue mi padre quien descubrió su multiplicidad.

Al modernismo catalán llegué nuevamente cogido de la mano de Jordi Martí Aladern —mi guía en el firmamento del arte románico—. Recuerdo que unos años atrás solíamos quedar para tomar café mientras que él me irrígaba con sus conocimientos sobre el arte cristiano medieval. A mí me gustaba atender sus disquisiciones y, como solía hacer con otros amigos, mi estado de latencia era más o menos silencioso, interrumpiéndole ocasionalmente para hacer alguna consulta y reconducir la conversación hasta que llegaba la hora de partir. Nunca he sabido si a Jordi le gustaba hablar de estos temas por placer personal, o porque no conocía otras personas con quien conversar sobre estos asuntos, o si era debido a que le hacía gracia la cara que ponía yo ante sus disquisiciones. Sea como fuere, un buen día Jordi empezó a hablarme del modernismo catalán: Gaudí y compañía. En esa época andaba yo muy atareado —o así me gustaba pensarlo a mí—, y recuerdo mi tendencia a sermonear a Jordi advirtiéndole algo así como «con el arte románico ya tengo más que suficiente», y que no quería perder mucho tiempo escuchando más y más teorías sobre los estilos artísticos más diversos. Finalmente llegó el día en que la paciencia de Jordi llegó a un límite y, encontrándonos en La Pedrera de Gaudí para ver una exposición, y ante otra de mis negativas para hablar del arte modernista, un poco saturado, Jordi sentenció: «¡Es que en el modernismo catalán también hay hongos!». Supongo que éste era su último cartucho, o en cierta manera una fina estrategia psicológica para hacerme prestar un poco de atención a lo que quería explicarme sobre la «importancia cultural» de este período artístico. Sea como fuere, en ese momento me giré y enfrente de mí encontré el relieve de un hongo

esculpido en una columna de este edificio emplazado en el Passeig de Gràcia (ahora que han pasado los años, diría que este relieve sigue siendo un perfil bastante plausible de un hongo). Al señalarle a Jordi esta seta *petrificada*, él me comentó que en realidad tenía *in mente* otro perfil de hongo que se encontraba a unos veinte metros de donde nos encontrábamos (y que también, hoy en día, sigue pareciéndome un perfil fúngico bastante distinguido). Allí empezaron nuestras investigaciones conjuntas sobre el arte modernista catalán (a base de más encuentros y más cafés), mientras Jordi me iba cantando historias sobre Gaudí, Jujol, Domènech i Montaner, Puig i Cadafalch o el señor Eusebi Güell. Finalmente, estas conversaciones acabaron resonando también en las paredes de la residencia de un buen amigo común, Joaquim Blasco Font de Rubinat, a quien gustaba filosofar compartiendo enseñanzas, teorías y ensoñaciones en la casa Navàs de Reus, diseñada por Domènech i Montaner y de la cual era heredero.

El encuentro con la casa semi-modernista del barrio barcelonés de Sant Gervasi se produjo de forma *serendípica*, gracias a F. T. R. (alias *Icus*), un amigo de la infancia. En ese día nos dirigíamos a visitar la casa diseñada por Antoni Gaudí en Bellesguard, pero mi amigo, que manejaba el automóvil, por algún motivo que no acabo de comprender se desvió del camino más corto y dando un rodeo acabó por pasar cerca de esta edificación. En realidad, en un primer momento no me di cuenta de la presencia de los hongos de la decoración original del edificio, sino que divisé a lo lejos unos «símbolos de picas» con los que habían *embellecido* la azotea de la casa al levantar una planta adicional a principios de los años setenta. Al ir a visitar el emplazamiento unos días más tarde, me di cuenta de que los *hongos* modernistas se encontraban en la fachada antigua del edificio, y que lo que había divisado inicialmente en realidad no era más que uno de los símbolos de la baraja de naipes... Con todo, este feliz hallazgo no deja de ser curioso, pues la plaza que se encuentra delante de este edificio era el lugar al que nos llevaban a jugar, de pequeños, en la escuela en la que nos conocimos.

La primera ocasión que oí hablar de Mati Klarwein fue en boca de Felipe Borrallo, el emérito librero de la extinta librería Makoki, situada en la Plaza Sant Josep Oriol de Barcelona, en la que vendía principalmente títulos de temática psiconáutica y espiritual. Mati, que vivía en Mallorca y venía quincenalmente a la Ciudad Condal para visitar a la familia, había dejado a Felipe unos ejemplares de sus libros para exponerlos y venderlos en la librería. De todas maneras, no fue hasta que Josep Maria Fericgla organizó las IV Jornadas sobre Enteógenos en Barcelona, en el año 2000, centradas en esta ocasión en el tema del arte y la creatividad, que tuve la oportunidad de conocer a Abdul en persona. El bueno de Fericgla había planteado la estructura del congreso y luego se marchó a las Américas, dejándome una lista de teléfonos y correos electrónicos para ir contactando con los ponentes e invitarles en su nombre a dar charlas en las jornadas. Uno de

estos candidatos era Mati, y cuando contacté con él para invitarle a las ponencias, con toda la naturalidad del mundo —y para la mayor de mis sorpresas—, me comentó que podríamos quedar un día para hablar de esta posibilidad. Nos encontramos en casa de su esposa, de la que no paraban de entrar y salir personas, y en la que tuve también la oportunidad de conocer a Jill, la musa del lienzo que apareció en la portada del disco *Abraxas* de Santana (y que seguía tan bella como el día en que amaneció en esa pintura). Con Mati nos fuimos viendo a lo largo de los dos años que nos quedaban antes de su traspaso, y no dejaba de sorprenderme que al venir a Barcelona a veces contactara conmigo para charlar un momento o tomar un café; éste fue un período de tiempo que se me hizo irremisiblemente breve, debido al aprecio y estima que sentí por él.

A Jaume Mateu lo conocí a través de unos amigos comunes, Victòria y Bep, así como a Joan, y aún hoy en día mantenemos una buena relación y encuentros personales más o menos esporádicos (me gustaría aprovechar esta ocasión para disculparme con Jaume, pues hace tiempo que quedamos en hacer una página web con sus cerámicas y aún estoy a mitad de camino en este proyecto).

Las imágenes que aparecen en el apartado «Perfiles de una época incierta» llegaron a través de varios caminos. Las fotografías de las estelas del País Vasco me llegaron zigzagueando digitalmente desde el correo electrónico de Javier Enrique Cuadra Lira, un nicaragüense residente en el País Vasco y aficionado a los libros de la cultura enteógena. Por lo que se refiere a las uvas-hongo de Zamora, el periódico en las que aparecían me fue facilitado por María Flor Pérez León, residente en Barcelona pero nacida en Buimanco, en la provincia de Soria. Decir también que los medallones de Ángel Gari están aquí gracias a Nacho Seral Bozal, que en una conversación telefónica me comentó: «¡No te olvides de ponerlos!» (y la verdad es que yo no los tenía presentes). Una reproducción de calidad de esta imagen fue facilitada por el antropólogo Josep Maria Fericgla, quien había organizado en Lleida el II Congreso Internacional para el Estudio de los Estados Modificados de la Consciencia, en el que Ángel Gari presentó esta imagen.

Como ustedes pueden ver, la autoría de este pequeño ensayo es de muchos, y bien podría decir que yo me he limitado a coleccionar todas estas imágenes, sugerencias, ideas y posibilidades para ensartarlas luego en un cordelito y confeccionar un pequeño collar —no de perlas, sino de figuras con forma de hongos—.

11. Bibliografía

En los sitios donde se desmoronan imágenes es menester que vengan otras imágenes a sustituirlas; se corre el peligro de que haya pérdidas si no acontece esto.

(Ernst Jünger, *La tijera*).

- Alcobeda, S. y Sureda, J. 1975. *L'art romànic català*. Barcelona: Editorial Juventud.
- Alonso, A. y Grimal, A. 2007. *L'art rupestre del Cogul*. Lleida: Pagès Editors.
- Arregi, G. 1994. Monumentos funerarios en las ermitas de Bizkaia. *Cuadernos de selección. Antropología-etnografía*. 10: 157-172.
- Baring, A. y Cashford, J. 2005. *El mito de la diosa. Evolución de una imagen*. Barcelona: Siruela.
- Blázquez, J. M. 1983. *Primitivas religiones ibéricas*. Tomo II. Religiones prerromanas. Madrid: Ediciones Cristiandad.
- Camus, A. 2001. *El mito de Sísifo*. Madrid: Alianza Editorial.
- Clottes, J. y Lewis-Williams, D. 2001. *Los chamanes de la prehistoria*. Barcelona: Ariel.
- De Palol, P. 1968. *El arte hispánico de la España visigótica*. Barcelona: Ediciones Polígrafa.
- Escototado, A. 2008. *Historia general de las drogas*. Madrid: Espasa.
- Fingernagel, A. 2008. *Las biblias más bellas*. Colonia (Alemania): Taschen.
- Fontaine, J. 1973. *L'art préroman hispanique* (vol. 1). Yonne (Francia): Zodiaque.
- García Moreno, L. A. 1998. *Historia de España visigoda*. Madrid: Cátedra.
- Generalitat de Catalunya. 1999. *Arte rupestre del arco mediterráneo de la Península Ibérica*. Barcelona: Generalitat de Catalunya.
- Guerra, E. 2006. *Las drogas en la prehistoria. Evidencias arqueológicas del consumo de sustancias psicoactivas en Europa*. Barcelona: Ediciones Bellatera.
- Harner, M. 1976. *Alucinógenos y chamanismo*. Madrid: Punto Omega.
- Irvin, J. R. 2008. *The Holy Mushroom. Evidence of Mushrooms in Judeo-Christianity*. Lexington: Gnostic Media.
- Jünger, E. 1997. *La tijera*. Barcelona: Tusquets.
- Lewis-Williams, D. 2005. *La mente en la caverna*. Madrid: Akal.
- Llimagas, G. M.; et al. 2001. *Hàbitat, naturalesa i cosmos*. Barcelona: Lunwerg Editores.
- McKenna, T. 1994. *El manjar de los dioses*. Barcelona: Paidós.

- Neumann, E. 1993. *The Origins and History of Consciousness*. Nueva Jersey: Princeton University Press.
- Samorini, G. 2001. *Funghi allucinogeni*. Dozza: Telesterion.
- Stamets, P. 1996. *Psilocybin Mushrooms of the World. An Identification Guide*. Berkeley, CA: Ten Speed Press.
- Toro, G. (Ed.). 2008. *Alberi-fungo e funghi nell'arte cristiana*. Pinerolo: Ed. Mamatèra.
- Volpi, F. y Gnoli, A. 2007. *Los titanes venideros*. Barcelona: Península.
- VV. AA. 1994. *Actas II Congreso Internacional para el Estudio de los Estados Modificados de la Consciencia*. Barcelona: Institut de Prospectiva Antropológica.
- Wasson, R. G. 1968. *Soma. Divine Mushroom of Immortality*. Nueva York: Harcourt, Brace & Jovanovich, Inc. (co-escrito con Doniger O'Flaherty).
- Wasson, R. G.; Hofmann, A.; Ruck, C. A. P. 1993. *El camino a Eleusis. Una solución al enigma de los misterios*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Wasson, R. G. 2009. Los hongos enteogénicos de México: una indagación sobre los orígenes de la idea religiosa entre los pueblos preletrados. En: Ott, J. (Ed.). 2009. *Teonanácatl. Hongos enteogénicos de Norteamérica*. Barcelona: Estudiosos del Tema.
- Wilbert, Johannes. 2004. *Tobacco and Shamanism in South America*. New Heaven: Yale University Press.

Joaquim Tarinas Fàbregas

Barcelona, del 9 de agosto al 25 de diciembre de 2010.



CIERRE: NOTA DEL EDITOR

Arte rupestre en Selva Pascuala (Cuenca)

Revisitando la identificación de los supuestos hongos psilocibios representados

En el número de junio de 2011, la revista *Economic Botany* publicaba un artículo firmado por Brian P. Akers, Juan Francisco Ruiz, Alan Piper y Carl A. P. Ruck titulado: «A Prehistoric Mural in Spain Depicting Neurotropic Psilocybe Mushrooms?» [«¿Un mural de la prehistoria en España representando setas psilocibes neurotrópicas?»]¹. En el artículo se presenta el hallazgo de unos supuestos hongos psilocibios representados pictóricamente en un mural prehistórico dentro de un abrigo conocido como Selva Pascuala, en las inmediaciones de Villar del Humo, Cuenca. El abrigo de Selva Pascuala se había descubierto en 1918, en una zona en la que se han encontrado cerca de cuarenta yacimientos de arte rupestre pertenecientes a los estilos conocidos como arte levantino y arte esquemático, los dos tipos de arte rupestre prehistórico post-paleolítico propios de la península ibérica. El estilo levantino es anterior al esquemático y ambos muy diferentes y distinguibles del arte paleolítico, más temprano que aquéllos y más propio del norte de España y sur de Francia, como son las representaciones pictóricas de Altamira o Lascaux. En los yacimientos de Villar del Humo y concretamente en el mural de Selva Pascuala, se encuentran representados los dos estilos. Se especula que las pinturas de arte levantino de Selva Pascuala pueden tener unos ocho mil años, mientras que las de arte esquemático podrían tener unos seis mil. La razón para encontrar ambos estilos en un mismo mural puede deberse, bien a que una misma cultura estuvo asentada mucho tiempo allí a la vez que su arte fue evolucionando, o a la instalación posterior de una cultura foránea. Lo interesante de este mural sería, de ahí su publicación en forma de artículo científico, que representaría la evidencia más antigua de un uso visionario ritual de hongos psicoactivos ya en la prehistoria.

1. El artículo se puede encontrar aquí: <<http://es.scribd.com/doc/81892998/Akers-Et-Al-2011-Psilocybe-Hispanica>>.



El mural de Selva Pascuala. (a) Mural completo (trazado digital, J. F. Ruiz). (b) Detalle, pictogramas del toro y las setas (fotografía, A. Piper). Fuente: Akers et al. (2011).

Debido a la combinación de estilos, lo más probable es que el mural de Selva Pascuala fuera realizado por varios artistas en sucesivos períodos de tiempo. Los autores del artículo identifican los trazos estilizados que aparecen en la parte de la mitad derecha del mural como el hongo *Psilocybe hispanica*, descubierto por Nacho Seral en 1998 en el Pirineo aragonés. Los autores también interpretan los motivos representados en todo el conjunto del mural como la evidencia más antigua de un uso ritual visionario de este tipo de hongos en la prehistoria.

Mientras preparaba la edición del libro que está usted leyendo ahora, tuve noticia de la publicación de este artículo. Antes de decidirme a hacer algo con él aquí y el qué, se lo envié a Nacho Seral, nuestro erudito micólogo hispánico, descubridor de la *Psilocybe hispanica* y autor del «Capítulo VII», para conocer su opinión sobre el mismo. Seral me comentó que estaba en desacuerdo con los autores con relación a la identificación de los eventuales hongos representados en Selva Pascuala como *P. hispanica*. Así que decidí que sería el cierre perfecto para este libro compartir con el lector los argumentos que tan amablemente me razonó al respecto y de paso presentar al lector la publicación de este interesante artículo.

Es posible que la identificación de los pictogramas de Selva Pascuala como *P. hispanica* sea errónea. Los autores del artículo afirman que «la *Psilocybe hispanica* se ha encontrado solamente en la región de los Pirineos, en bosques alpinos de pino a 2000-3000 metros de altitud». Pero no parecen existir pinos a 3000 metros de altura en los Pirineos, sólo el pino negro aparecería a unos 2700 metros como máximo. Además, la *P. hispanica* crece solamente en zonas de pasto, tanto alpinas como subalpinas, entre los 1700 y 2300 metros de altura, precisamente donde ya no crecen los árboles pirenaicos y sólo hay hierba. Los autores del artículo ponen también como prueba de que los hongos representados en la pintura son *P. hispanica* el hecho de que aparezcan justo debajo del dibujo de un toro, en cuyos excrementos crecerían. Sin embargo, en la zona en la que crece dicho hongo pastorean caballos y ganado vacuno, pero el hongo sólo se encuentra en los excrementos sólidos de los caballos, nunca del ganado. Los autores del artículo también afirman que Selva Pascuala está muy próxima al lugar donde Seral recogió el primer espécimen de la *hispanica*, esto es, en Pirineos. Pero tanto el suelo como las condiciones ecológicas propias de Selva Pascuala son extremadamente diferentes de las de los Pirineos, a pesar de encontrarse sólo a 300 kilómetros de distancia, pues 300 km para las condiciones geográficas españolas son una distancia muy relevante. Por todo ello, parece poco probable que en las inmediaciones de Selva Pascuala creciera la *P. hispanica*. Por último, se trata de un hongo difícil de encontrar incluso en el ecosistema en el que crece, luego parecería más improbable aún encontrarlo en otros ecosistemas que ni son el suyo ni parece que lo fueran hace seis mil años. Por último, la

CIERRE

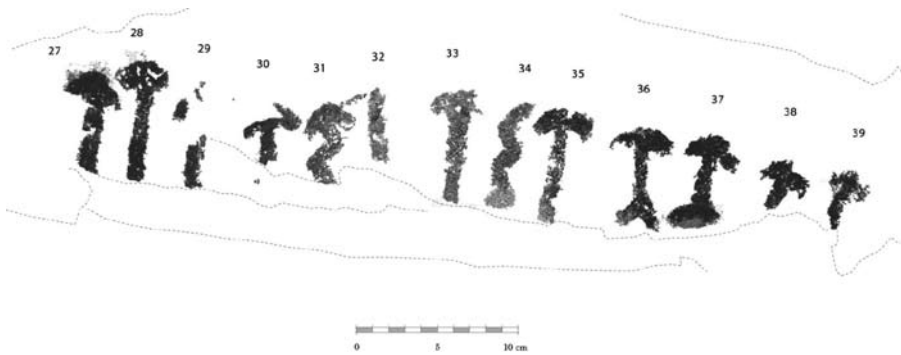
P. hispanica ha sido cultivada e ingerida y su poder psicoactivo es bajo. Por todo ello, parece más acertado considerar como posible candidato a lo representado en el mural, de ser efectivamente especies fúngicas lo representado y de reflejar el mural efectivamente un uso ritual visionario, a la especie *P. semilanceata*, un hongo de alta psicoactividad y que puede encontrarse en lugares geográficamente cercanos a Selva Pascuala, aparte de ser morfológicamente más parecido a los representados en el mural que la *P. hispanica*.

En cuanto a la relación entre el toro que figura en el mural y la identificación de los hongos representados, de nuevo, aunque la *P. semilanceata* no crece directamente en los excrementos del ganado, Selva Pascuala es una zona en la que probablemente en el pasado había ganado en abundancia y por crecer el hongo en zonas de pastos se encuentra habitualmente en espacios en los que abundan las boñigas de vacunos. Luego sigue siendo coherente, en términos simbólicos, la aparición de ambas figuras en el mural.

Por último, pareciera que las cabezas de los hongos de Selva Pascuala carecieran de la característica forma puntiaguda propia de los *P. semilanceata*, apareciendo más



P. hispanica junto a *P. semilanceata*. Foto: Ignacio Seral.



Detalle: imágenes del mural de Selva Pascuala.

Fuente: Akers (2010).

bien sus cabezas en forma de campana, más propia aparentemente de los *hispanica*. Sin embargo, tanto el viento como las condiciones ambientales locales de cada ecosistema modifican mucho las cabezas de los hongos, haciendo bastante subjetiva la descripción de la forma concreta de la cabeza de un hongo psicocibio, por lo cual la morfología de la cabeza no debería ser tampoco determinante para tomar la decisión final de la identificación de unas figuras pictóricas ya de por sí artísticamente ambiguas.

Este conjunto de argumentos fue finalmente aceptado por los autores del artículo, después de que Nacho Seral se los expusiera, en una entrevista que se publicó con ellos tras la publicación del artículo original².

Una última alternativa que se plantea es que la representación pictórica no se corresponda con ninguna de las dos especies mencionadas de psicocibes, sino con alguna tercera que creciera hace seis mil años en la zona de Selva Pascuala y que ya no exista, o que exista pero no haya sido identificada aún. O incluso que lo representado no sean hongos en absoluto.

De serlo, ¿están ahí dibujados porque se conocían sus propiedades visionarias y el mural es la encriptación de un posible uso ritual de los mismos, tal y como especulan los autores? Y lo más enigmático de todo: de ser así, ¿cuáles eran los contextos de uso, si es que efectivamente se ingerían intencionadamente?

2. Akers, P. A Cave in Spain Contains the Earliest Known Depictions of Mushrooms. *Mushroom: The Journal*, 2010; Summer-Fall: 45-58.



www.ultrarradio.com

www.iceers.org

